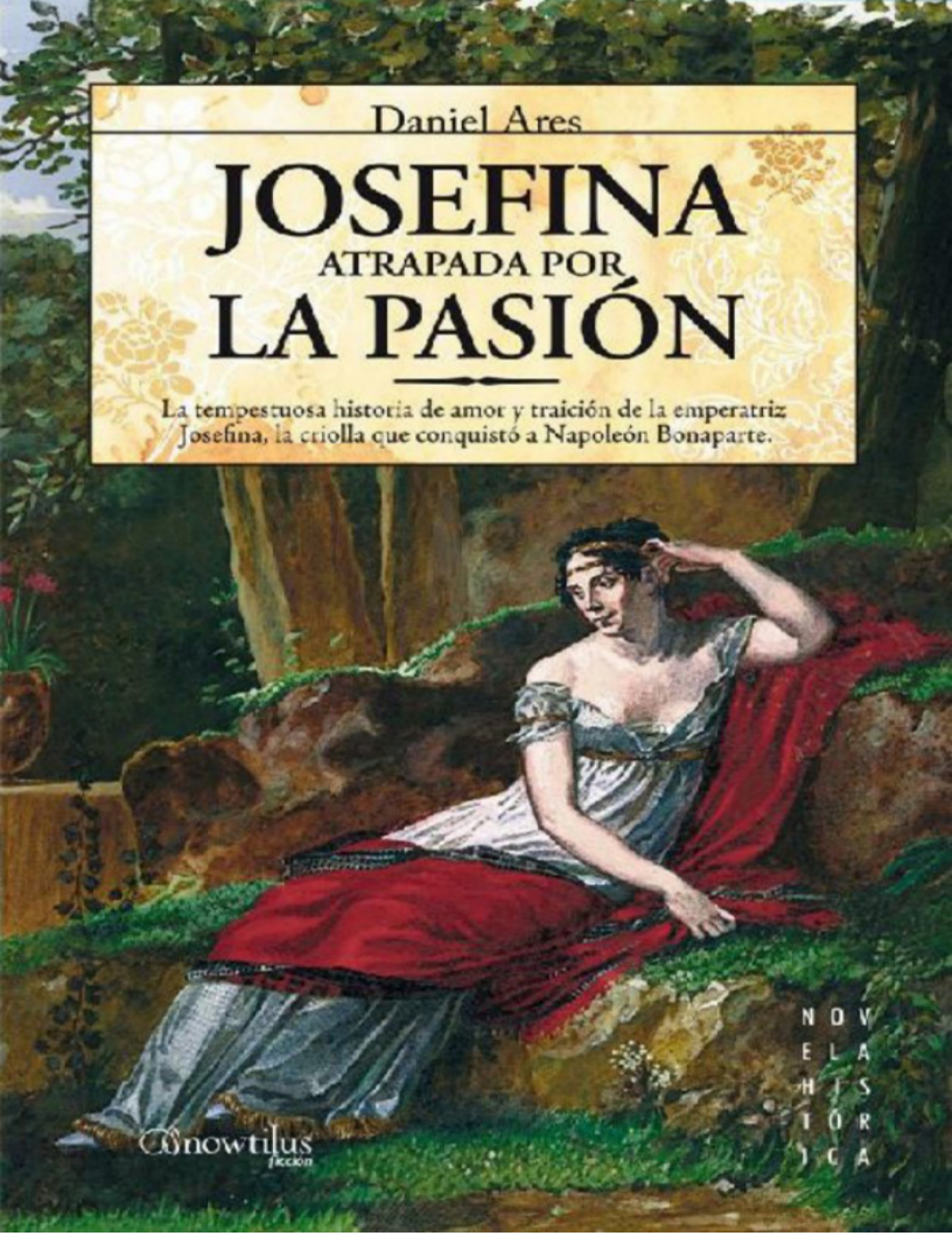
Daniel Ares

JOSEFINA
ATRAPADA POR
LA PASIÓN

La tempestuosa historia de amor y traición de la emperatriz Josefina, la criolla que conquistó a Napoleón Bonaparte.



NOVELA HISTÓRICA

Nowtilus ficción

Josefina
Atrapada por la pasión

Daniel Ares

Copyright Daniel Ares 2006
Copyright de esta edición Daniel Ares 2012.

Prólogo del autor a la edición digital

Esta es la segunda edición de *Josefina atrapada por la pasión*, la primera digital, la única legítima, cuyo texto yo, el autor, acepto como propio y original.

La primera edición fue publicada sin las revisiones de galera correspondientes, y así no sólo se filtraron errores, repeticiones, frases y hasta párrafos truncos, sino que en algunos pasajes, se afectaba ya la comprensión del argumento.

Pese a los muchos reclamos, y la consecuente rescisión del contrato por mi parte, la editorial siguió adelante y publicó un texto defectuoso, por momentos incomprensible o ilegible, sin ningún respeto por los lectores, no ya por el autor.

Mis reclamos continuaron, por supuesto. Un copioso archivo de mensajes electrónicos respalda esta historia. Finalmente, ya sin salida legal, la editorial dejó de responder esos mensajes, y se ocultó hasta hoy en el más descarado de los silencios. Típico.

Ultrajados mis derechos, como cualquiera en mi lugar, busqué un abogado. Varios… pero los abogados no querían justicia: querían dinero. Un editor español me lo dijo con toda claridad durante las tratativas de otro acuerdo: *"sin dinero para litigar, no hay contrato que te ampare"*.

Total: la editorial siguió y sigue vendiendo la obra por todo el mundo sin contrato que los respalde, y jamás el autor recibió una sola liquidación por sus derechos. Típico. Desde Cervantes no se ha llegado a otra cosa… hasta hoy; c Cuando la edición electrónica nos trae la justicia tantos siglos esperada.

Un viejo mundo se termina y uno nuevo comienza.

En el mundo viejo, como en una dimensión ajada, los editores siguen siendo el puente insalvable entre el autor y el lector, explotando al uno, y negándole al otro lo que ellos no entienden, o nada más no les conviene.

En el mundo que nace, en cambio, esos puentes fueron dinamitados y ya no quedan intermediarios mercantiles entre las ansias del autor y los lectores.

Que en el mundo que se va los editores de la versión defectuosa de esta novela sigan engañando a sus lectores, como hicieron con el

autor.

Aquí el autor, en este mundo nuevo, en nombre de sus lectores, presenta y legitima esta edición de *Josefina atrapada por la pasión*, como la única verdadera y original.

Tal cual avisó Arlt: *el futuro dijo*.

Daniel Ares
Arraial D´Ajuda, febrero 2012.

Josefina
Atrapada por la pasión

“La tragedia es ahora la política”.
Napoleón Bonaparte

“A ratos me parece que estoy muerta,
y que sólo me queda algo así
como un vaga facultad de sentir que ya no existo”.
Josefina Bonaparte

PARTE I°

“No era bueno ni violento ni dulce ni cruel como los otros hombres. Un ser que no tenía iguales no podía provocar ni inspirar ninguna simpatía.
Era algo más y algo menos que un hombre”.
Germaine de Staël

Capítulo 1

París, 11 de frimario (2 de diciembre) de 1804

Nunca había caído tan bajo.

Pero fue inevitable.

O *necesario*.

Ahora, allí, epicentro de esa fiesta nacional, recuerda aquellas noches con la claridad que le falta sin embargo al presente, a ese instante mismo.

El carruaje imperial que la contiene avanza contra la multitud y la desgarra, pero la multitud igual la viva.

El cielo está cubierto de nubes.

Llueve.

Tal vez por eso todo cuanto mira se borra y desdibuja y aquella noche no. Ni la anterior, ni la siguiente, ni la otra, ni la otra... Recuerda al desconocido, su porte, cómo la empuja, montado sobre su lomo, encajado en ella, contra la pared; puede sentir -aún ahí, aún ahora- el hedor de la bosta, el sudor, sus pies negros de mugre hundidos en la paja mojada, y aquél desconocido que empuja y empuja mientras se muerde rabioso sus propios relinchos de placer. *Podrían oírlos, claro, sus dos hijos, sobre todo, podrían oírlos*, recuerda que piensa, *aunque al desconocido qué le importan mis hijos* -piensa también, recuerda-, pero a ella sí, a ella le importan y podrían oírla, saber qué hace su madre, ahí, tan cerca y tan bajo, empotrada contra un muro en la oscuridad de la caballeriza, reducida a una yegua mientras un macho sin nombre la embiste y la embiste con el porte y la fuerza de un caballo verdadero.

Duele, desgarra.

Pero más le duele aún esa especie de goce inasible y remoto que sin embargo la humedece y sin embargo la angustia.

Piensa en su marido (recuerda que piensa): no hace una semana que le cortaron la cabeza, y ahí está ella ahora, así, con la falda sobre la cintura, las bragas amarrándole las rodillas, las manos contra la pared, resistiendo ofrecida, hundida en la bosta, asqueada y sin embargo…

Ruega.

Todavía es joven y se teme fértil. Le pedía, recuerda, era lo único que le pedía, le imploraba, hincada a sus pies, la boca bien abierta, los ojos bien cerrados, la lengua asomada, esperando… a veces, algunas noches, el desconocido había sido clemente. Un semental. Otras noches no. Otras noches sus ruegos no le importaron nada.

Pero hubo suerte, mucha. Ya no recuerda cuántas veces fueron, ¿cinco?, ¿diez?, ¿más?, no lo recuerda. El resto sí. Retiene detalles que le duelen todavía: las manos sucias, las cuatro, las suyas y las de él, que la ensucian por todas partes mientras ella intenta ser amable, cuando menos convincente. El desconocido debía volver mañana. Tenía volver. Era él, o la guillotina.

Pero hubo suerte, Mucha. (¿Si?) Allí va, ahí la tienen, a través de París en carruaje imperial; y el pueblo, el mismo pueblo que ayer quería decapitarla, ahora la envuelve en su ovación de bestia. Mucha suerte hubo, cómo no. La cabeza salvada del hachazo, en minutos apenas portará la corona del Imperio de Francia. Muchísima suerte hubo, cómo no. Sonríe: tal vez aquél desconocido, ese animal que entonces la humillaba, la sometía y la embestía, quizás, ahora, estaba ahí, perdido entre el vulgo, reducido a nadie, licuado por la misma turba que la viva. *¡Viva la emperatriz!*, gritan los infelices. Sí: acaso esa bestia estaba ahí, ahora, entre todos, entre tantos, por qué no… Y quizá ni la recuerde, quizá no asocie a la emperatriz que pasa, con aquella lejana vizcondesa condenada y tan puta, que hasta se mojaba y todo. Sonríe más. Saluda y los mira, se demora en sus caras, se detiene en un rostro, en otro, en el siguiente, intenta descomponer en individuos la muchedumbre anónima; saluda y les sonríe. Acaso ellos piensen que ella es feliz, que está contenta, que los ama, incluso, y no, ella piensa que si encontrara al animal aquél podría ordenar su ejecución allí mismo, y que aún así, aún entonces, ellos igual la vivarían, piensa, sonríe y saluda, mueve apenas la mano y los mira a los ojos, uno por uno… pero las caras pasan, no duran nada, y no reconoce a nadie. No: nadie perderá su cabeza esa mañana. Sólo la suya será coronada.

¡Viva la emperatriz! ¡Nuestra Señora de las Victorias! ¡Viva!.

Todo se desdibuja y se deshace, menos aquella noche, la siguiente y la anterior; esas visiones, la bosta, los caballos, aquellos orgasmos envilecidos por el miedo. *Nunca había caído tan bajo*, volvió a pensar ante la cumbre ya insuperable de su vida. El presente es espuma, sólo el pasado se imprime y queda, deforme pero firme, irrevocable y por lo tanto…

Tiene miedo.

Esa mujer, que ha sobrevivido a la guillotina, a la miseria, incluso a la esperanza; esa mujer, que en menos de una hora será consagrada la mujer más poderosa de todo el imperio de su inmenso marido; esa mujer, que allí idolatra el pueblo, y que custodia el ejército más poderoso de la Tierra, sonríe, saluda, y tiene miedo. Acaso por primera vez tiene miedo de verdad. Ni siquiera en los días del Terror había temido así. Al menos entonces sabía a qué le temía. Ahora no. Ahora sólo teme y teme, y como no sabe a qué temerle, le teme a todo y todo la amenaza.

El río que la lleva es puro torrente y busca el mar. Estáticos, sobre cada una de sus márgenes, ve pasar -(deja atrás)-, figuras, formas, contornos, siluetas, nombres, hombres y mujeres, rostros, cuerpos desnudos, muertos que se ríen, risas que se mueren, la vorágine de toda su vida comprimida entre dos latidos; hasta que aparece él y se detiene, ahí está, ahí lo ve, asustado, insignificante, intrascendente, insustancial, pasado ya, presente siempre, en su memoria, ¡en su conciencia!, (¡ojalá fuese sólo en su memoria!): quizá ya esté muerto o a punto de estarlo; acaso en ese mismo instante, mientras a ella la viva la multitud, él es ejecutado o está a punto de serlo, y todo por su culpa, por su culpa, por su grandísima culpa *¡Viva la emperatriz!*, sonríe y saluda, *¡Nuestra Señora de las victorias!, ¡Viva!*...

¿Pero culpa de qué?, se pregunta y sabe -o siente que sabe-, y piensa en Jim, y en Charles, y en Alejandro, incluso en Barrás, desterrado hace tanto… y ahora también teme por Él, invulnerable a su lado, y sin embargo tan frágil que ni siquiera se da cuenta. Lo mira. Saluda -Él- y sonríe. No teme. Debería ser Él el que tiemble de miedo. Después de todo es Él el que no sabe perdonar, el que ha matado, el que mata y volverá a matar. Después de todo son Sus esbirros los que ahora ocupan Europa y se expanden y aplastan a quien quiera que se Le plante… Pero Él no teme. Él sólo crece, sólo avanza, sólo ordena que disparen Sus cañones, y después deja que las balas hagan el resto del trabajo. Ningún temor. Saluda y sonríe, la turba lo adora. No tiene miedo. No es un hombre.

Y ella también quería, precisaba, un hombre. No un semidiós, no *el amo de lo imposible*, ni un rayo ni un icono, sólo un hombre, un hombre cualquiera, incluso uno vulgar, uno capaz de excitarse con su sólo cuerpo, con sus buenas artes de criolla criada entre dioses paganos y mulatos calientes, sólo eso quería: sentirse bella, deseada y suficiente. Por eso Charles y por eso todos los otros tantas veces, los demás, los que ahora pasan –y quedan-, allí, estáticos o muertos

sobre las márgenes del torrente de las aguas de su memoria, espectrales, del todo abstractos, y aún así, mucho más ciertos y reales que la vana y vaga muchedumbre que allí la viva sin tocarla. *"Sólo en crueldad se puede rivalizar con los dioses"*, dice siempre su esposo que decía Calígula.

Y sí.

Con los años Su castigo adquiría destellos divinos: ella sin poder saber jamás si rezaba, se culpaba y temía por un vivo o por un muerto; y el *vivo-muerto*, huyendo sin vida ni muerte de un enemigo que crecía y se expandía como el agua de un diluvio universal. Sonríe, saluda y sonríe. ¿Pensaría en ella, aún? La vanidad no tiene hora ni tristezas ¿La recordaría cómo?, ¿ardiente?, ¿didáctica?, ¿con su juguete entre las manos? ¿De rodillas? ¿Qué recordaría más, mejor?, ¿su boca?, ¿sus manos?, ¿sus pezones morados del tamaño de las moras?, ¿la mata espesa dónde él hundía la cara muerto de sed?...

Tuvo miedo. Muchísimo miedo. Apretó la mano del inminente emperador, y el inminente emperador sonrió sereno, dueño del mundo que se abría a su paso, y lo adoraba. Sólo las mujeres temen. Los hombres ignoran, y los dioses disponen.

El carruaje imperial que los contiene cruza la fiesta que es París por ellos. Todos los miran, y ellos también se miran. Él le toma la mano –nadie ve eso-, la aprieta apenas, y vuelve a los demás, al pueblo que lo aclama, al pueblo soberano, que ahora, en minutos apenas, Él mismo habrá de convertir en plebe de nuevo. Y más lo vivan. Y más ella lo mira: es más grande que la multitud. Lo mira y no sabe. ¿Amaba a ese hombre, o sólo había sido absorbida por Él como el resto de Europa, como el resto del mundo era absorbido por Él?... ¿Le gustaba ese hombre?, o simplemente había sido encantada por Él como lo habían sido y eran millones de seres y no sólo en Francia, incluyendo sus propios hijos, y no sólo a ella... Pero ese hombre, ¿la amaba?; ¿o nada más la había tomado como una herramienta de sus ambiciones porque ella y los otros, el mundo, y todo lo que el mundo contenía, no eran más que elementos de Su imaginación, herramientas, medios, los seres, la masa, las cosas, las Pirámides, Los Alpes, las leyes; si ya hasta los sueños ajenos no eran más que parte de los Suyos … ¿Pero era un hombre ese hombre?... ¿Existía, o no era más que la proyección colectiva de una humanidad perfectamente desolada?…

¡Viva el Emperador!, gritan los desdentados…

¿Era un hombre?... Había aparecido de una forma tan extraña, así, tan de repente, tan de la nada, una noche de fiesta, una fiesta

de tantas, en mitad de un minué, de vuelta de un giro y su contra giro, y sin que nada lo anunciara -como si nada sucediera-, allí lo tenía ya, ínfimo, torpe, el pelo largo y despeinado, mal vestido, con su tosco acento italiano y su corta estatura, sin ningún talento para la danza, pero tomándole la mano, marcándole el paso, imponiéndole el ritmo, clavados en ella lo ojos que en breve iban a fascinar a toda Europa.

-- Madame… deseo poseerla –fue lo primero que le dijo.

Ella sonrió apenas, siempre sin abrir la boca, y más sorprendida que ofendida.

-- General… no seré un dechado de virtudes, pero tampoco soy una prostituta…

-- Mejor así, madame, pues no pensaba pagarle.

La sorprendió y no lo olvidó, pero tampoco le gustó. Demasiado rústico, demasiado petiso, demasiado italiano, demasiado pobre, y para colmo Su mal aliento... Además ella buscaba un proveedor del ejército. Su agudo olfato -afilado por el infortunio- le decía ya entonces que serían las armas el gran negocio del porvenir. No le gustó el corso, pero no lo olvidó. *Por sus ojos*, se dijo, creyó ver en ellos una promesa nueva, una especie de augurio, una ilusión como un abismo, o algo así… *No tiene más que su espada*, recuerda que le dijo, después, su notario, Radigueau, y que Barrás, su protector (¿su propietario?), asintió. *No tiene más que su espada*. Los dos le temían.

Y Él entonces era apenas él, casi nada, un general de brigada, un joven oficial encumbrado por las circunstancias, un muchachito de 25 años que decían que había recuperado Tolón de manos de los ingleses, y entonces la prensa lo convirtió en uno de esos héroes del día que luego volvió a dar que hablar cuando en París aplastó a cañonazos las revueltas monárquicas de octubre del 95 que amenazaban a la Convención… o más bien a las cabezas de sus honorables miembros; y desde entonces, aquellas mismas cabezas, agradecidas, lo habían nombrado jefe del ejército del interior, algo así como jefe de policía, y eso era todo. Allí toda su épica, toda su nobleza, y toda su fortuna. Pero le temen.

-- No tengo más que mi espada, pero con ella iré muy lejos.

Barrás, su protector, (¿su propietario?), le teme. Se jacta de haberlo descubierto, de haberlo inventado, de manejarlo a su antojo, pero le teme. Tanto le teme que ha recurrido a ella. Lo vio mirarla cuando la vio por primera vez; y supo que al fin le había hallado una debilidad. Llevaba meses buscándosela, haciendo seguir Sus pasos, vigilando Sus contactos, Sus movimientos y relaciones

personales, Sus hábitos, Sus costumbres. El pequeño corso era más raro que una noche soleada. No frecuentaba tugurios, tabernas ni lupanares, no tenía amantes, no bebía ni jugaba, no comía ni fumaba opio, ni siquiera el dinero lo pervertía. El pequeño corso no parecía humano. Sobre todo por eso resultaba temible.

Pero entonces la vio mirarla por primera vez, y supo que sí, que al fin le había encontrado una debilidad: ella, Josefina, tan luego Josefina, su amante, su protegida, su propiedad…

Los echó al uno sobre el otro, creyendo que ganaba él. *Así caen los idiotas*. "*Si es tuyo, es mío"*, no le había dicho a ella; *"si es tuya es porque es mía",* no le había dicho a Él, pero así estaban las cosas y los tres lo sabían: él, ella y Él. Ella le pertenecía a él, él quería manejarlo a Él, y Él la deseaba a ella aunque ella no quería a ninguno de los dos pero los complacía a ambos. Imbécil. *Así caen los idiotas.*

Los echó al uno contra el otro y ya no pudo separarlos. No le gustaba el corso, a ella, es cierto. Pero al corso no le importó. Decidió acosarla, rodearla, sitiarla, asaltarla, penetrarla por fin, dominarla en principio, y conquistarla después. Ahí toda Su extraordinaria estrategia siempre: atacar, atacar, atacar, atacar, atacar, golpear, retirarse y volver a golpear con la naturaleza del relámpago, amalgama de furia, sorpresa, resplandor y ausencia. Un pésimo amante.

-- Todo lo hace rápido –se quejaba con Teresa- camina, piensa, come, habla, todo apurado…hasta se casa apurado y se apura en su noche de bodas…-reían las dos, no sin tristeza, no sin indiferencia, en comunión…

La pasión de Él, y la ambición de ella, los unió con urgencia. Se casaron por civil -y sólo por civil- el 9 de marzo de 1796, sin demasiados testigos y ningún oropel; apenas cambiaron las alianzas con sus nombres, y en las cuales el novio hizo grabar esta frase: *hacia el destino siempre*. Fue un trámite rápido, y rápido también, antes de 48 horas, los esposos fueron separados.

Era el regalo de bodas del padrino Barrás, que aún la creía suya. *Imbécil.* Para darle ya un merecido descanso de su fatigoso Bonaparte, el honorable Directorio (se) lo nombró comandante en jefe del ejército de Italia… o más valía decir: *de los restos del ejército de Italia.*

El plan era bueno. Barrás la conocía muy bien, conocía su azaroso pasado, y más, peor aún, su difuso presente. *Imbécil. El plan era bueno, Barrás, sí.* Allá en Italia acabarían entonces y enseguida Su mucha buena fama y Su brillante provenir, sí… Y mientras tanto

en París, él, Barrás, con tan regio movimiento de *"su"* alfil, recuperaba así *"su"* dama, y el juego era suyo otra vez. El plan era bueno, sí.

Pero falló el *generalito.*

Su rosario de victorias imposibles que retumbaron por toda Europa como si ya sólo se oyeran sus cañones: Montenote, Millesimo, Dego, Mondevi, Cherasco, Lodi, Lonato, Castiglione, Roveredo, Bassano, Arcole, Rivoli, la Favorita, Tagliamento.

Falló el generalito, Barrás (¿Me escuchas? ¿Dónde estás? ¿Tú también te fuiste? ¿Me dicen que te pudres en Italia? ¿Todos se van, desparecen, mueren o me dejan?)…

El 5 de diciembre de 1797, el gran comandante Napoleón Bonaparte regresó a Francia.

Traía con Él un ejército resucitado por la gloria, y lo esperaba un pueblo entero que ya no confiaba en otro. Desde entonces nadie supo más nada de aquél generalito que aquél Directorio había mandado al fracaso.

¿Sabrá algún día, alguno de estos cronistas, que fueron sus celos de macho mediterráneo el combustible inédito del frenesí triunfal de la campaña de Italia?, sonríe y saluda, se pregunta sin responderse, y recuerda que fue tan luego Charles quien le trajo por primera vez una de aquellas estampas que ya por entonces circulaban hasta en Inglaterra y las Rusias, y que lo pintaban a Él tal y como era: diminuto y descomunal, levemente fantástico.

Aquél grabado, puntualmente –aún podía verlo-, era de Raffit y representaba *El paso del puente de Lodi.* Se veía una columna diezmada que moría avanzando sobres sus propios muertos; se veía un puñado de bayonetas francesas que arremetía contra los vanos cañones de los diez mil austriacos; se veía a los austriacos que empezaban a retroceder, y luego, a la izquierda del cuadro, emergiendo etéreo desde la masa tensa de su propia tropa (como si en vez de un hombre fuese un centauro, mitad humano, mitad ejército), se lo veía a Él, a Napoleón Bonaparte, a su esposo, tal y como era: veloz, expeditivo, contundente, fulminante, levemente monstruoso, levemente irreal, siempre lejano…

Charles, en cambio, aparecía y desaparecía como un genio salido de una botella cada vez que ella frotaba sus propias ansias de tener un hombre nada más que un hombre, un hombre sin nombre y caliente; un hombre sin otras ambiciones que sus tetas pardas, que su raja roja entre su mata negra, que su culo ansioso de puta desbocada, que le hablara así, que fuera un hombre nada más que un hombre, no el compendio o la apoteosis de un ejército; un

hombre que no precisara adueñarse del mundo cada vez que se le echaba encima; que no tuviese la urgencia de fundar Su Siglo, que le bastara con ella y sólo con ella, con su raja roja, con sus tetas pardas… Por eso le gustaba Charles, no lo amaba pero le gustaba, era su distracción, su relax, su juego y su juguete, sólo eso… no había por qué incendiar Italia, Europa, el mundo…

Ahora es tarde, ahora todo es tragedia. ¡Cuántas veces se lo había oído a su marido! *Ahora la tragedia reemplaza la política*. Sí, ahora todo es tragedia. Allí están: pisan por fin los umbrales del delirio, ya no puede retroceder. Lo pensó, llegó a pensarlo. Durante algunos pasos consideró la posibilidad de frenar y volverse, decir que no, que aquello era la cumbre, y por lo tanto el fin, que al salir de Notre Dame ya no quedaba más que el descenso, la caída, lo pensó, durante algunos pasos, pensó en parar, en detenerse, en escapar… Pero más le hubiese valido pensar en alzar el vuelo sin más alas que su sola capa; o transformarse por la rápida gracia de los milagros en uno cualquiera de todos esos miles que allí la vivaban, de todos esos miles que no eran ella y que querían serlo... Ambas alternativas, claramente fantásticas, le resultaban sin embargo más sensatas y factibles que tan sólo detenerse, darse la vuelta, y escapar. Eso sí que era imposible, irrealizable.

Del mural inquieto de rostros que la miran, capta al pasar la sonrisa tiesa de Siéyes, viejo voyeur, sodomita y pederasta. ¿Recuerdas cuando querías fusilarlo? Aquí me lleva, mira, honorable pervertido, díselo ahora, vamos, díselo: ¿Me permite fusilarlo, Majestad?... Le sonríe en un saludo que es apenas sonrisa ¡Oh, la emperatriz se ha dignado a saludarlo!... Y allí lo ve a Fouchet, serpiente capaz de aterrar a todas las serpientes de su Martinica natal…Todos ellos llegaron a pensar que Él era un instrumento de Barrás, un títere… *"Aquí lo tienen, distinguidos mierdas"*, sonríe y los saluda: *"emperador de Francia"*, se dice sin decirlo, y tiembla.

Tiene miedo. Mira la corona de laureles de oro que Lo espera, y más miedo le da. *No se puede dormir en la cama de un rey sin volverse loco*, se lo ha dicho. El delirio podría transmutar esos laureles en espinas. Ella ya lo sabe o cree saberlo o siente que lo sabe o qué más da: tiene miedo. No hay cómo detenerse, no puede, avanza, quiere frenar pero sus pies la llevan, no le responden, ya no es suya su voluntad, ni siquiera eso, todo es Suyo ahora, todo Le pertenece: su vida, su suerte, su destino, incluso sus hijos (Hortense lo ama y Eugene lo admira), incluso su pasado, todo es Suyo hace mucho, todo fue Suyo siempre. *El plan era bueno, podrido Barrás, pero tu ya*

no estás, y todo es Suyo ahora, piensa y olvida. Ya debe hincarse, arrodillarse, ya van a coronarla, recuerda aquellas noches, aquél desconocido, su verga que la desgarra, o la guillotina que la degüella.

Y llega.

Agacha la cabeza, ofrece su cuello. Lejos muy lejos -como detrás de las murallas de una fiebre-, oye hablar en latín. Es el Papa. Se Lo ha traído de Roma como quien se trae una escultura, una rareza, un fetiche. Lo trajo para que Lo corone, y allí Le arranca la corona de las manos y se corona a Sí Mismo y ya no hay más dioses que Él en este mundo. Sonríe y teme. Sabe que acaba de perderlo, y en el vértice de la cresta de su propia existencia, la desespera el pasado, la aterra el porvenir... *Falló tu plan, Barrás… y el mío también.*

Volvió de Italia, magno y triunfal y sin embargo furioso, blandiendo como *decía "el puñal de Otelo"*, preguntando iracundo por un joven oficial que la visitaba allí cuando Él estaba allá.

-- *Te quieren envenenar* –le dijo ella como toda explicación.

Él le juró que averiguaría su nombre, y que ordenaría fusilarlo.

Pero incluso encendido por los celos se aburría en París.

-- Esta ciudad me pesa como un capote de plomo –se quejaba con ella porque ni ella le bastaba.

La pasión que ardía en sus cartas, era un efecto de la distancia que se apagaba a su lado. La ama, le dice, pero se aburre. Josefina es la única fruta en ese bosque del hastío que es París. Ella no le basta porque a Él nada le basta y ella siempre lo supo. (Y siempre supo que habría de saberlo siempre). Él quiere más, quiere Todo, el mundo y su contenido, ella y lo demás. Se aburre. Los días lo cansan como años, los meses le parecen siglos, ni siquiera los celos lo encienden ya… De tanto en tanto vuelve a decir algo sobre *"el puñal de Otelo"*, y rabia y grita y amenaza… pero ella no le da importancia, porque uno de los secretos de la eterna juventud, es justamente el ejercicio regular de la inconciencia.

Y porque sabía calmarlo. Llevaba una vida calmando varones, y aunque él fuera otra cosa *–algo más y algo menos-*, lo calmaba también. Sólo que, sosegado ya, más aburrido aún, harto de los Directores que podían envenenarlo, de temerle más a esos burócratas cobardes y degenerados que a las dos mil quinientas balas que disparaba por minuto el enemigo; harto de andar por París topándose a cada paso con esa nueva extraña fama Suya mezcla de burlesque y majestad; harto, incluso, de aquella sola fruta de ese bosque del hastío; harto más bien del hastío que sólo pueden sentir los dioses entre los hombres; una mañana se fue otra vez,

dejó París, Francia, Josefina; se fue a Egipto.

Después de todo, *¿qué cosa era una isla sin su mar alrededor?* Si no era oportuno invadir Inglaterra, pues entonces simplemente se adueñaría del resto del planeta hasta que ya ningún mar rodeara *esa isla,* ni barco ninguno se acercara a sus costas. Cortaría la ruta de oriente como se corta una cinta de seda. Y adiós Gran Bretaña…

El supremo Directorio aprobó su plan porque cualquier plan que Lo llevara lejos de Francia, era un buen plan para el Directorio. Al menos para sus miembros. Y en cuanto a ella, su esposa, cansada, aburrida también, y de alguna forma despreciada, no sólo lo dejó ir, sino que lo alentó para que lo hiciera, porque de qué servía contradecirlo, porque Él era Él, porque la Historia no la escribía ella, y porque a cambio de perder al peor de sus amantes, recuperaba al mejor.

El 19 de marzo de 1798, Napoleón Bonaparte zarpó hacia Egipto desde el puerto de Tolón a bordo de la fragata Oriente, encabezando una flota de 48 navíos de guerra y 280 barcos transporte que cargaban un ejército de 38.000 hombres a través del Mediterráneo infestado de ingleses.

En París, mientras tanto, a partir de esa misma fecha -más relajado, aunque no menos expuesto-, el joven, dicharachero, esbelto, bello y ardiente teniente de húsares Hipólito Charles, volvió a frecuentar acaso demasiado a la señora de Bonaparte, porque uno de los privilegios de la verdadera juventud es, justamente, el ejercicio de la inconciencia…

-- *Vivat imperator in aeternum*

Ahora cualquiera sabe que debió haberlo dejado, pero entonces no era tan fácil, no parecía tan grave, ni siquiera tan importante. Ese *"don juan de sobremesa",* como el mismo general Lecrerc lo llamaba: Hipólito Charles, el intrascendente y simpático teniente de húsares Hipólito Charles, oficial del cuerpo de correos, ningún bravo guerrero, ninguna gloria, ninguna medalla, ninguna ambición, nada que mencionar aquí, ni allá, apenas un hombre, un simple edecán, el edecán de un general, el general Lecrerc, quien por otro lado lo había elegido como tal, impelido en parte por su vieja amistad con el padre de Charles, y en parte porque el muchacho era perfecto para el cargo: alto, elegante, bien plantado, carente por completo de pericia, disciplina y valor, no servía más que de adorno y en eso se convirtió. Por lo demás, bien parecido, de origen noble y muy finos modales, sociable, culto, buen lector, poeta de a ratos, pueril, más inconsciente que audaz, y más afortunado que astuto, sabía ganarse sin esfuerzos la simpatía de los

caballeros, y los favores de las damas. Las mujeres eran su vicio, sí, pero su debilidad era el juego.

Eran los tiempos aquellos cuando Él aún no era Él, y el general Lecrerc todavía tenía cierta ascendencia sobre otros generales. Barrás, entonces, cuándo no, quiso ganarse para sí los favores de Lecrerc, ofreciéndole a cambio, cuándo no, los favores de *su* Josefina. El plan otra vez era bueno, pero… así como ella buscaba un proveedor del ejército, más que un general asalariado; el general Lecrerc buscaba una heredera joven y casta, más que una viuda onerosa, madura y manoseada. En cambio el edecán del general…

Un agradable día hacia fines de la primavera de 1796 –cuando Él estaba en Italia (cuando Él se convertía en Italia)-, el general Lecrerc, a última hora, tuvo que suspender una cita en casa de la vizcondesa de Beauharnais, y para mejor excusarse, envió a su edecán con las correspondientes disculpas escritas y orales.

Más entusiasmada con el mensajero, que defraudada por el mensaje, Josefina invitó al joven teniente de húsares con un licor de almendras que alguien ese invierno le había enviado desde Italia… Y así los dos, en una atmósfera inicial serena pero estática, como quien evidentemente no cree en lo que dice, el teniente Charles, para romper el hielo, recitó, con innecesario énfasis, el inventario de hazañas, honores y victorias que enaltecían el pecho y la persona de su gran general Lecrerc… pero al advertir rápidamente que la vizcondesa de Beauharnais estaba más impresionada por su porte que por su discurso, Charles -que acaso lo ignoraba todo, pero no cuándo gustaba -, optó por rematar su espesa perorata, con una broma ligera:

-- Si será valiente nuestro general Lecrerc, madame, que hasta donde pude confirmar, ganó más batallas de las que ha librado.

La carcajada de Josefina hizo temblar los cristales de la casa y resolvió cualquier distancia entre los dos. Sin esfuerzos ya, con fluidez, la conversación pasó de las vanidades, grandezas y miserias de los otros, a sus debilidades, perversiones y vicios. Políticos, militares, burgueses, nobles, ex nobles, todos cayeron esa tarde en la noria del hilarante desprestigio de una charla cada vez más entretenida. El joven teniente Hipólito Charles era un excelente conversador, sabía apreciar el azúcar inútil del chisme (que no nutre, que no alimenta, que sólo enferma y deforma, y que tan sabroso es sin embargo), y en la virulencia de su vanidad, prefería que se dudara de su lealtad, incluso de su honor, pero no de su ingenio. Muy divertido, sí. Tanto que ese día tan agradable de finales de la primavera de 1796, en casa de la vizcondesa de

Beauharnais, por la gracia del joven y apuesto teniente de húsares Hipólito Charles; los minutos se licuaron en sus horas, enseguida la tarde trajo la noche, pronto se acabó el licor de almendras que le habían enviado desde Italia; luego cenaron pato con vino de Burdeos, ella despidió a los sirvientes, después le sirvió un coñac, quedaron a solas en la sala, él sacó de entre sus ropas un espléndido cigarro de hoja, ella se ofreció para encendérselo, él quiso enseñarle cómo, y ella le mostró que ya sabía, que en la Martinica, de donde era, desde muy niña había visto y había tocado y hasta había probado cigarros así, más gruesos y más grandes aún, algunos tan gruesos y grandes que apenas le cabían en la boca, le contaba y bajaba la voz, ya entre susurros, hasta que dejó de hablar, se reclinó a sus pies, y le mostró cómo sabía: mojó la punta con la lengua, la apoyó entre sus labios, y empezó a sobarla, a chuparla, así, con los ojos cerrados y la boca cada vez más llena, y cada vez más rápido, y cada vez más despacio, y cada vez mejor, hasta que esa sola brasa encendió toda la noche.

Pronto Charles se volvió suficiente, si no necesario. Sus encuentros más o menos furtivos cobraron la gravedad de sesiones terapéuticas. A partir de Charles, el resto se redujo a lo que ella llamaba sus *relaciones sociales* (sugerencias que todavía, aunque cada vez menos –asustado por el corso- le hacía Barrás); luego estaba Él –siempre lejos, siempre inasible-, y luego, en otro plano, en otra dimensión, Teresa. Pero su sed de hombres la saciaba Charles, recordó recordar, y una puerta de ese recuerdo la lleva de nuevo a la prisión de Las Carmelitas, y vuelve a ver a la inminente emperatriz de Francia hundida en el fango, con las faldas sobre la cintura y las bragas amarrándole las rodillas, contra el muro de la caballeriza, empotrada como una potra por su furia silenciosa de caballo en celo. Y fija la vista en el altar y ya no sonríe.

-- ¡*Así salvó su vida la inminente emperatriz de Francia, damas y caballeros!* -quisiera gritarles hasta que estalle su garganta por encima de los coros que ahora erizan la catedral. Pero calla.

Qué importa ahora; ahora que el mundo se concentra a su alrededor y la aclama y la saluda y le sonríe y se inclina a su paso porque ella es la reina, más, mejor: ella es la Emperatriz y todo le ha sido concedido, todo le es permitido, todo lo tiene perdonado *¿Matar también?* Si, se dice y sonríe, saluda y se consuela. Matar es privilegio de los dioses y oficio de los monarcas. Matar o mandar a la muerte a sus enemigos, pero también a sus súbditos; a sus rivales, pero también a sus amantes… Sí, ahora a ella también puede matar o mandar a la muerte a los demás. Para eso ella es la emperatriz, y

los demás son los demás. Inspira, saluda y sonríe. Ya ha visto el altar. Ya divisó la corona que la espera.

¡Viva!

En la gravedad inversa de su destino distinto, baja hacia el cielo, se alza hacia el fondo, en caída libre se eleva hacia su cumbre. Es el cenit, el mediodía, es un instante, menos. Ya fue. Ya sólo queda eso: el recuerdo del pasado, el temor al futuro, y el presente, desagarrado por los dos.

Capitulo 2

El convoy oficial atraviesa la estrecha calle Saint Nicaise con toda la velocidad de sus ocho caballos. En un coche van ella y su hija, en otro va Él, y atrás y adelante la Guardia Consular abre y cierra la marcha. Vuelan. Es la noche del 3 de nivoso de 1800, mañana es navidad, y ahora, en minutos apenas, será presentado en el teatro de la Ópera el oratorio de Haydn: *La creación del mundo.* Sonríe. No entiende el apuro, nada empezaría sin ellos y toda Francia ya lo sabe, ¿Quién se atrevería a presentar *La creación del mundo* sin su creador presente? A su lado, Hortense, le pregunta de qué se ríe. Todo tiembla, la calle Saint Nicaise no es ningún terciopelo, pese a su moderno y encomiable empedrado. *Tonterías*, responde ella, *tonterías que se me ocurren;* y ajena, indiferente a la velocidad de los caballos que la llevan, en el preciso instante previo a la explosión, siente que se queda quieta, inmóvil, y fija –pierde- la vista más allá del cristal de su escotilla, por donde corre París, sus calles, sus casas, su comercio y sus gentes con sus pequeñas vidas y sus pequeñas navidades, sin tanta *ópera* ni tantos *creadores del mundo*, cuando entonces estalló París, sus calles, sus casas, sus comercios, sus gentes, los cristales del coche, el mundo bajo sus pies, todo voló por los aires en menos de un segundo que duró demasiado, como si aquello sucediera debajo del agua, en una violencia demorada, regia, con tiempo suficiente para apreciar y sentir los detalles horribles del horror, los cristales de las ventanas que se desprenden y se rompen, sus añicos que flotan sin gravedad dentro del coche, los ve girar, vuelan, destellan y se le clavan; la ve a su hija que se eleva y se inclina, ve que abre los ojos y la boca en un grito de espanto sin sonido, no oye nada, no se oye nada, todo sucede en un silencio plano, aplastado por la explosión que fue lo último que oyó y que aún retumba en su cabeza como un trueno que no acaba de apagarse mientras por fuera todo es mutismo, pánico callado, sólo caos, pura furia, y sin embargo, no hay miedo, no hay dolor, no hay culpa, sólo flota, todo, ella también, por un segundo, menos aún, leve en el aire de un vacío tan grande, que alberga la inmensidad de su memoria y más: la inmensidad de lo que sabe su memoria aún antes de recordarlo.

Volvió de Egipto más loco que nunca, *blandiendo el puñal de Otelo*, pero esta vez en serio. Andaba por ahí vestido como un sultán, tocado por un rarísimo gorro de alta copa y sin alas, los pantalones tan amplios que parecían faldas, un chaleco bordado y sin mangas; y ajustada a la cintura, con un chal de colores vivos, aquella daga oriental con incrustaciones de diamantes. *Blandía el puñal de Otelo*, pero esta vez en serio. Ahora tenía un nombre, su rango y división: *Hipólito Charles, teniente de húsares*.

Su nombre sin cara lo había torturado sin calma en las noches de Egipto, cuando el calor y Su imaginación se la obligaban a ver tal y como estaría (y estaba) en ese mismo instante, en París, desnuda y con otro, gozando como una perra entre aullidos que a Él le perforaban la cabeza en el silencio ardiente de El Cairo.

Hipolito Charles. Ahora tenía un nombre.

Ella lo calmó, sabía cómo. Ahogó Sus gritos en su propia boca, le sacó del alma toda la arena de los desiertos; lo redujo entre sus piernas al tamaño de un hombre cualquiera, y una vez más calmo, más relajado, ya casi convencido de que todo eso no eran mas que rumores nacidos de la envidia, del ejército de mezquinos que buscaba separarlos; allí entonces le recordó Sus asuntos: el nuevo siglo que lo espera para ser.

Barrás -el Directorio todo-, le temía tanto, que ya planeaba eliminarlo, política, o físicamente si fuera necesario… o si tuvieran el coraje para hacerlo, claro.

Sieyés, el arribista Sieyés, había llegado incluso a pedir una corte de marcial para juzgarlo por desertor, luego de abandonar sus tropas en Egipto. Barrás le respondió con una rápida sonrisa que explicó lo necesario. Para ello hacía falta una fuerza que el Directorio ya no tenía. El descontento popular, las divisiones internas, y las derrotas externas, no dejaban espacio político ni demasiadas fuerzas militares para enfrentarlo. El ejército y el pueblo estaban con Él. El ejército que había sido abandonado en Egipto, no estaba en Francia; y el ejército que estaba en Francia, no había sido abandonado en Egipto. En cuanto al pueblo… la masa adora a los vencederos, no a los vencidos, y Él era un vencedor.

Y ella también estaba de su lado. ¿Qué más iba a esperar?

Lo bueno de las orgías es que establecen entre sus participantes una suerte de fraternidad, acaso desamorada, pero igualmente férrea.

Ya desde los tiempos de Robespierre, alrededor de Josefina, no había nadie en condiciones de arrojar ninguna piedra.

Paul Barrás no había sido el único honorable ciudadano director

que había pasado por su alcoba... Sieyés, por ejemplo, el ahora recio *fusilador* Sieyés, sabía comportarse como un gatito sumiso que gustaba de los castigos corporales, de las mujeres armadas como hombres, y de los muchachitos malos. No fue difícil, para ella, predecir sus movimientos, extraerle información, y convertirlo nuevamente de recio *fusilador* en *sumiso gatito*. Y así fue como la ardiente simpleza del n° 6 de la rue Chantereine; después de tanta lujuria, tanta intriga y tanta traición, se convirtió finalmente en el sacro vientre materno que habría de parir al monstruo inmemorial de su marido.

A mediados de octubre de 1799, la señora de Bonaparte corrió las cortinas de aquellas ventanas, y hasta el 9 de noviembre –18 de brumario-, adentro, en la ardiente simpleza del n° 6 de la rue Chantereine, transcurrió una sola noche larga, y al cabo una nueva luz alumbró el nuevo siglo.

Políticos, militares, empresarios y otros conspiradores, desfilaron durante aquellos días por allí, con la excusa de llevar su apoyo, y el objetivo de buscar Su aprobación.

Luciano, mientras tanto, su hermano, manejaba los Quinientos; y Fouchet, la serpiente, escondía debajo de su cama a toda la policía de Paris mientras ella, Josefina, tejía y destejía vínculos, rumores, deseos y amenazas.

Y Él ahí, a la corsa, sin más apoyo que su hermanos, un viejo amigo de Ajaccio, y su esposa: *la famiglia*…

Después la ola enorme de la Historia lo llevó al palacio de los Quinientos, y en una sola noche acarició el triunfo y la derrota: de pronto se eleva, lo alzan Sus propios granaderos, lo rescatan de una turba desencajada dispuesta a matarlo. Sobrevive, sí, pero ha pasado por el miedo. No a las a las balas, ni a los cañones y sus guerras, pero sí a los hombres; no a los soldados ni al enemigo entero, sino a los seres vulgares, a la chusma, a los ciudadanos comunes demasiado comunes que allí se le vienen encima enceguecidos por la ignorancia, sordos a la Historia que les grita entre sus gritos que ha llegado Su momento.

En menos de 48 horas, con la velocidad de su vida, deshizo el Directorio y se hizo con el poder; inventó un triunvirato y se eligió su jefe; se buscó un par de títeres -para completar la escena-, y dispuso Su Era.

Ahora Francia y su pueblo tenían un nuevo jefe, y el mundo un nuevo Sol, capaz de iluminar, de alzarse y calcinar.

Y ella lo había visto todo. Ella había estado ahí. Más y mejor: ella había sido la partera, sino la madre, sino la perra en celo que le

diera la vida.

De allí en más nada más lo vio crecer hasta perderlo.

En menos de un año ordenó el Estado, promulgó leyes, elaboró Su imperecedero Código, despertó la economía, resucitó la industria, esparció escuelas, levantó hospitales, creó el Banco de Francia, aplastó conspiraciones, recuperó el norte de Italia, ocupó El Tirol, se adueñó de la Santa Iglesia Católica, ganó la guerra y logró la paz. En menos de un año había crecido tanto y tan rápido, que ella llegó a pensar que así, abstraído como andaba aniquilando ejércitos rivales, haciendo y deshaciendo estados, repúblicas, confederaciones y países, inventando reyes, virreyes y príncipes, dibujando el mapa de Europa de vuelta, cruzando Los Alpes por las noches, midiendo las pirámides por la mañana, dejándose adorar allí mismo donde imponía Su espada; ella llegó a creer, entonces, que su esposo, con tanto trabajo, ya lo había olvidado todo… Es más: como si no lo conociera –como si no fuera a conocerlo nunca, (como si ni siquiera recordara que antes que nada y por sobre todo, era un corso)-, ella hasta llegó a creer que la, que lo, que los había perdonado... Pero una cosa era parir al monstruo –ayudar a parirlo- y otra muy distinta era llegar a conocerlo.

No lo perdonó jamás, ni lo olvidó tampoco. Sólo esperó. Esperó el momento, la excusa mejor, la coartada exacta que lo eximiera de esa segunda humillación que hubiese sido reconocer abiertamente que no podía perdonarlo porque no podía olvidarlo porque lo había lastimado de verdad. A Él, tan luego a Él, El Hombre, el hombre que se jactaba de tener el alma *“tallada como el mármol, el rayo no la muerde”*; a Él, tan luego a Él, lo habían lastimado como a un niño, peor aún: como Él sólo creyó que eran heridas las mujeres.

No descansaría hasta purgar toda la Tierra de traidores.

Había que haber estado atrapado en Egipto, acorralado por Nelson, levantándose cada mañana con la roca a cuestas de convertir en hallazgo aquél fracaso; escribiéndole todas las tardes cartas que ella nunca respondía porque estaba demasiado ocupada masturbando oficiales cobardes; había que haber estado allí, arrastrado cada noche por su imaginación hacia visiones cada vez más lascivas y cuya sustancia eran el chisme, sí, los rumores, sí, Sus propios celos de macho mediterráneo, puede ser, pero también los informes reservados que le traían sus espías, sus agentes, sus hermanos, ¡sus propios hermanos! Había que haber estado allí y escuchar como escuchaba Él qué poco impresionaban a su señora esposa la épica de sus campañas y la gloria de sus conquistas, y qué mucho más la deslumbraba en cambio un soldadito de juguete con

el que ella jugaba demasiado a menudo otras ardientes batallas donde el único vencido era Él… Había que haber estado allí, así, en Egipto, en El Cairo, en San Juan de Acre, en Siria, en los desiertos febriles del África del norte cuando llegaba la noche y el sol no se apagaba en su cabeza y el espectro desnudo y sin cara de Hipólito Charles no lo dejaba dormir de tan bien que se la pasaba encima de Su esposa, de Su propia esposa, de Su amada Josefina, de Su mujer, poniéndola de rodillas, llenándole la boca, trajinando *a piaccere* Su "*delta sedoso del valle de éxtasis"*, como Él mismo le ponía en Sus cartas, en Sus ridículas cartas que ahora ni el mismísimo Mahoma conseguiría borrar de la posteridad para Su escarnio eterno... Había que haber estado como estuvo Él, allá, en Egipto, lejos de Francia, acorralado por Nelson, despreciado por ella, aterrado por un fantasma sin rostro que no lo deja vivir, que lo asusta como a un niño, que lo amarga mucho más que una derrota, que convierte en espuma, con su sólo nombre, con su minúsculo nombre, *hipólito charles*, toda Su gloria.

Había que haber estado en Egipto entonces para entender en París ahora por qué tenía que matarlo.

Hipólito Charles. Nadie. Nada menos que nada, y sin embargo, ese nadie, esa nada, pesaba en sus pesares lo que pesaba la 2° coalición y todos los traidores que la integraban. Sencillamente inaceptable. Él, tan luego Él, el *amo de lo imposible*, el *rayo de la guerra*, Él, tan luego Él, arrastrado así, entre el oprobio, el dolor y la impotencia, por un nadie sin cara del tamaño de un insecto pero la fuerza de seis ejércitos. Debía eliminarlo. Era, acaso, no más que una piedra en Su zapato, es cierto, sí… Pero dada la extraordinaria importancia del camino que lo esperaba, cualquier mínimo estorbo era un obstáculo considerable, y había que eliminarlo.

Así de loco volvió de Egipto.

Blandía su daga de Otelo incrustada de diamantes, y gritaba su nombre y juraba vendetta.

"Cólera corsa", pensó ella de nuevo, y aunque esta vez calmarlo no fue tan sencillo, a poco de Su regreso, *casualmente*, el teniente Hipólito Charles fue dado de baja del ejército por una falta disciplinaria, acaso inexistente, quizá del todo injusta, pero que al menos lo dejaba con vida. Nada más lo exoneraron, le quitaron su grado y su paga, y ella quiso creer que con eso bastaba, que con eso Él ya se había calmado.

Después más o menos lo distrajo con el golpe de estado; con Su ascenso al poder, con sus caricias calientes, con esa exquisita disposición femenina que tanto puede provenir de la pasión como

del temor o de la culpa… Después Él se entretuvo ordenando Francia, después fue Su regreso a Italia, después el alba de Marengo… y después de Marengo ya nada fue igual.

-- *Aplastaré a Inglaterra y Francia impondrá su ley al resto del mundo*- le dijo también a ella después de Marengo. Así de loco volvió de Egipto.

¿Pero quién iba a decirle algo? Recuperada Italia, ganado el Tirol, expandidas otra vez las fronteras de Francia, refrendado con victorias militares su absoluto poder político, ya ni el mismísimo Dios parecía discutirle nada. Apenas los hombres –apenas unos pocos, muy pocos hombres- tratan cada tanto de matarlo, como quien trata de matar al sol. Y cada nueva mañana…

Por fin el mundo se detuvo y volvió a quedarse quieto aunque ya nada alrededor se parecía a lo que era. Todo estaba fuera de lugar, destrozado, reducido a escombros lo que recién era armonía, a confusión el orden, a miedo la esperanza, a nada lo demás… Hay un muerto contra una pared (parece un hombre que duerme, pero tiene un pedazo de madera como un libro incrustado en el pecho); hay un cuerpo sin sus piernas que aún gime sobre la acera; hay caballos enloquecidos que gritan como cerdos; hay dos cadáveres más allá, todavía calientes, todavía sangrando; hay un líquido rojo, oscuro, que corre como un río, hay gritos, Hortense está herida y ella también, hay golpes, hay contusiones, cortaduras, fracturas, más sangre. Pero Él no tiene nada. Él está intacto. A Su cuerpo tampoco hay rayo que lo muerda ni Dios que lo refute. Él es el que mata, no el que muere.

Capítulo 3

Aquella misma noche del 3 de nivoso del año de1800, mientras volaban por los aires Sus carruajes oficiales; en un tugurio lógicamente sombrío del Palais Royal, el ciudadano Hipólito Charles, ex teniente de húsares, ex edecán del general Lecrerc, recibió, por fin, una buena mano: tres reyes.

Más que una buena mano, era un buen augurio. *Jamás en mi vida he perdido con tres reyes*, le hubiese gustado recordarle a su audiencia; si fuese que todavía tuviera audiencia alguna.

Existían infinitas posibilidades de perder con tres reyes, pero nunca ninguna funcionaba con él. Siempre ganaba con tres reyes. Quizá, pensó -quiso creer-, también para él aquella noche fuera una *noche buena*. Confió en que el bendito Jesús se acordaría al menos entonces de su agobiado siervo. Las cosas no habían ido bien.

A principios del año lo habían expulsado del irrisorio ejército francés, tan presumido ahora, que se daba el lujo de prescindir de los pocos oficiales que aún sabían manejar los cubiertos, las damas y los naipes... Todavía se reía, sí. Pero desde entonces la desgracia y la desesperanza se lo comían de a poco.

Seguía viviendo en el mismo suntuoso hotel de la rue San Martín, pero ya debía seis meses de renta, y su colérico casero se ponía cada día más colorado. Lógico. Desde que ya no era edecán de nadie, ni teniente de nada, lo habían ido abandonando, en escalada fatal, sus impolutos camaradas primero, desde luego sus amantes, su sastre, su zapatero, su barbero, su cochero, y su coche también. Incluso su asistente, un joven primo suyo que era a la vez su secretario, su paje, su valet, (y las más de las veces, también su financista). Sin dinero y sin prestigio, todo lo que había sido su vida, ya no era suyo ni vida. Pero de pronto recibía tres reyes. Tal vez la mala racha empezaba a terminar, quiso creer... tal vez el buen Jesús, por fin…

Era verdad que el Primer Cornudo Bonaparte les había prohibido a sus oficiales los duelos y el juego. Pero era mentira que lo habían expulsado del ejército por jugar, y el buen Jesús bien lo sabía. Ningún mandamiento decía *"no jugarás"*. Sí decía *"no fornicarás con la mujer de tu prójimo",* pero en su caso esa no era su culpa, sino de *su prójimo*. Después de todo, si no hubiese sido él, hubiesen sido los

otros, todos los otros; en tal caso él (se) la contuvo calmada en Sus largas ausencias; él saciaba sus ansias, sofocaba sus histerias, regulaba sus humores, (se) la rescataba de los otros, de todos los otros, ¿o qué clase de virgen creía Él que era Su esposa?… Tal vez, después de todo, Él le debía un favor, sí… Y tal vez por eso, ahora, la suerte lo premiaba con tres reyes.

Jugó y ganó 238 francos y salió de aquél tugurio del Palais Royal, aquella misma noche helada del 3 de nivoso, con la profunda convicción de que al fin su suerte había cambiado. Caminó hasta su casa eufórico después de mucho. Cómo iba a saber que no lejos de allí, sobre la calle St. Nicaise, su suerte también había volado por los aires.

Recién al día siguiente se enteró del atentado, y en su inconciencia se alegró. Algo había oído por ahí sobre cierta organización a la que llamaban la *Compañía de los Tiranicidas* o cosa parecida, y hasta se entusiasmó pensando que alguien de una vez por todas pondría las cosas en su lugar. Su suerte mejoraba y mejoraba. Y en su inconciencia, se alegró.

"Tal vez hasta volviera a sus brazos", se atrevió a pensar *¿Por qué no?* Eliminado Él, quizá ella fuera suya de nuevo, y Su espectro maldito vagara ornamentado con sus cuernos por el resto de la eternidad. Miró los 238 francos de su nueva suerte, y enfrentó el nuevo día dispuesto a ser otra vez el que ya no era.

Contento y con dinero, encaró Les Champs Elysees a por un buen desayuno que se había ganado. Busca una amable terraza, y se sienta al sol tibio del invierno. Dos mesas más allá, un oficial de la Guardia Consular toma café. Una sola cicatriz oblicua le cruza el rostro y se lo desencaja por completo. Tiene un aspecto imponente, pero Hipólito Charles lo considera apenas un esclavo. Un esclavo de Francia, del ejército, de su jefe, de las guerras de su jefe, de la locura de su jefe, que ni siquiera sabía eyacular, ja…

El esclavo, imponente, acabó de un solo trago su café humeante, y se marchó. Parecía apurado, alterado. Pero esa mañana, casi todos los oficiales que vio por ahí, parecían alterados. Lógico: alguien había osado atacar a la abeja reina. Sonrió. Bebió su café sin prisa. Se felicitó por ser un hombre libre. Al fin la vida parecía acomodarse. *Restaurarse*, era la palabra… Si hasta pensó en pagarle la renta a su casero. Aún le gustaba París, no quería irse. Mucho menos ahora, que su suerte mejoraba. Sí. Volvió decidido a pagarle.

Cuatro gendarmes de civil lo detuvieron al llegar a su hotel, y una corte marcial, en juicio sumario, lo condenó en menos de 48 horas a la ejecución por fusilamiento bajo el cargo de traición a la

patria, conspiración contra el Estado, intento de magnicidio, y asesinato. Tres hombres habían muerto durante el atentado. Tres hombres, no tres reyes.

Capítulo 4

Y ya no ve nada, ya fue cegado para la vida, ya le vendaron los ojos, le quitaron el mundo, le dejaron nada más que el miedo, sólo espera el estruendo, las balas que van a perforarlo, no escucha ni siquiera la voz que da la última orden, ni siquiera atiende sus propias piernas que tiemblan como afiebradas y que se mojan porque se orina, pero de eso tampoco se da cuenta. *La muerte es horrible*, se le ocurre sin pensarlo, más bien es una idea, menos, más, una vaga revelación que pasa por su mente como un pájaro ajeno porque ya todo es ajeno: escucha que la Tierra se aleja, que la humanidad se aleja, que la vida se aleja, que sólo él, sin su alma, queda allí; y en un instante inasible de mágico terror, quiere creer que ya todo ha sucedido, que ya le dispararon, que ya las balas le rompieron el pecho, que ya ha caído, que ya ha muerto, y que la muerte no era nada, que inmediatamente le quitarían esa venda de los ojos y que vería un paraíso como nunca creyó merecer porque tampoco nunca creyó merecer ese castigo y… pero no, fue sólo un instante inasible de mágico terror, menos que una ilusión, menos incluso que un deseo cuando comprende con espanto que está vivo todavía, que aún falta matarlo, morir, que un líquido tibio le empapa los pantalones, cae por sus piernas, lo humilla hasta el final… y aún quedan los disparos, las rodillas contra la tierra, la cara contra el piso, el pecho que se incendia, el corazón inútil, la mente que por fin se calla… Por un instante de pánico gallardo, llegó a desear la orden, los disparos, la nada. y no ese infierno, quiso la muerte más que la libertad…

Pero no tuvo nada. Le fueron negadas a un mismo tiempo la muerte y la libertad, y su castigo fue el perdón, la vida. Como si a punto de matarlo, el dios que lo apretaba en su puño, hubiese hallado una tortura superior, un suplicio perfecto, un perdón sin perdón, un juego de esos que juegan los grandes gatos con sus presas más pequeñas, cuando en vez de matarlas, prefieren enloquecerlas hasta que se mueran solas…

Del cielo que habitaba ese dios, llegó la contraorden justo a tiempo, casi a coro con el grito de *apunten* que hizo croar los ocho fusiles que iban a matarlo. Y le sacaron esa venda de los ojos, pero no había delante ningún paraíso. Al contrario: ahí estaba el mismo mundo de siempre, sólo que ahora corrompido por un miedo

original, organizado, absoluto, que se expandía por toda Europa y convergía después sobre su mínima persona. Se largó a llorar.

Cuando le desataron las manos se tapó la cara pero ya era tarde, ya había visto con qué mezcla de compasión y desprecio lo miraban los ocho soldados que un minuto antes iban a matarlo. Esos sí eran hombres de verdad, no como él; valientes, no como él, que ahí lloraba como una mujer y se meaba como un niño. *La vida también es horrible*, comprendió sin pensarlo con los ojos cegados otra vez. *(O es que había muerto y la muerte era así: un estremecimiento eterno, un desprecio universal, una fuga sin escape)*.

Quizá.

Su sola calma ahora se apoyaba en la triste certeza de su mínima importancia. Seguramente sería bendecido por la magnánima indiferencia del tremendo coloso que había ofendido… Después de todo, ¿qué podía valer esa rata miserable para aquél titánico león?... A cambio de tan misericordioso olvido, la minúscula rata estaba dispuesta a vivir como una rata por el resto de sus días: comer, ocultarse y huir como una rata, sin más aspiraciones, ambiciones y sueños, a sus 25 años, que comer, ocultarse y huir como una rata por el resto de sus días. Volvió a llorar, a taparse la cara con las manos, a compadecerse, a despreciarse. Volvió a su domicilio a donde ya no debía volver, pero volvió para saberlo: las ratas sólo escapan, comen, defecan y escapan, no tienen domicilio.

Llegó hasta el hotel sin darse cuenta, cruzó la ciudad como andando un túnel de silencio abierto a través del ruido de la vida. Ya no lloraba, sólo sentía los pantalones mojados, y la vergüenza. No comprendía el resto, no lo veía, la gente, las casas, la nieve, los carros, los cafés, la tarde breve que ya se retiraba, la noche, ¡la noche!, la misma noche que ayer amaba por sus luces, y que ahora ansiaba por sus sombras… Todo parecía nuevo; eran los elementos de siempre, si, pero deformados por la sombra de un pánico inédito.

Llegó agitado, estaba su casero, pero lo vio tan mal que ni siquiera le reclamó la renta.

Recién al cerrar la puerta de su cuarto tuvo la primera buena sensación de su nueva vida horrible. Nada sustancial, nada que fuera a mejorar nada, apenas la brisa de un alivio, que en la gracia de su fugacidad, lo llevó a decidir, como todo plan, como única estrategia, no salir de su cuarto nunca más en la vida. Y así aquella brisa de alivio, terminó de pasar.

Y no salió de ese cuarto. Durante la primera semana mantuvo su plan con una firmeza que ni siquiera él se conocía. Se hizo subir la comida por la criada, nunca descorrió las cortinas de sus ventanas,

en raras ocasiones encendió la mínima luz de una vela –y jamás por mucho tiempo-, y cada vez dormía menos, pensaba más, y las manos no dejaban de temblarle.

Pensaba y era pensado por lapsos de lucidez y de cansancio. De a ratos dominaba su mente, y de a ratos su mente lo arrastraba a él entero como a un solo miembro muerto que apenas pesa y estorba. Iba y venía, pensaba, recordaba o planeaba; todo sin orden, sin dirección, sin conexión, sin resultados. Porque el Gran Cornudo estaba ahí. Volvía a verlo. Una vez y otra vez. Tan nítido y tangible como lo había tenido cara a cara cuando le cortó la cara, cuando lo perdonó sin perdonarlo; veía Sus ojos, el azul acero de Sus ojos, la tempestad de Su ira atrapada entre Sus labios como un gran pez entre dos redes; podía verlo, sentir la furia de su aliento repodrido como si hubiera desayunado todos los muertos de Sus batallas, y de nuevo la daga, el rápido corte bajo el ojo. Se tocó la cicatriz, pero ya no pensaba en Él, sino en ella, ahora la veía a ella, vestida con Sus ropas, con Su levita de general y Su gorro atravesado y Sus botas y nada más, desnuda el resto, ofreciéndose de espaldas, pulposa y mojada como las frutas de su tierra; jugando enrojecida a que ella era Él y a que él debía someterla para que alguien le enseñara a Ese Bárbaro cómo se trataba a una perra, decía y gemía, gritaba y la escuchaba, allí mismo, ahora, escuchaba sus gritos, sus alaridos, las piernas cada vez más abiertas, la vulva cada vez más ofrecida, y empezó a masturbarse y comprendió que enloquecía y se aferró a esa sola esperanza para no enloquecer: comprenderlo.

Debía salir, bajar, enfrentar la calle, el mundo, volver a la vida, *ser* otra vez. Quizás ya no podría ser nunca más el sociable y sonriente Hipólito Charles, oficial del cuerpo de correo de los húsares, ilustrísimo edecán del no menos ilustrísimo general Lecrerc… No, tal vez ya no seria aquél que fue, tal vez ahora había que iniciar una nueva vida, en una nueva ciudad con un nuevo nombre y un nuevo pasado, por qué no… Incluso en un nuevo país, *mejor aún*, se decía por pasajes de entusiasmo, y pasaban por su mente Alemania, Rusia, ¡Inglaterra, claro! Inglaterra donde Su largo brazo no llegaría nunca -¿o sí? ¿se atrevería?-; tal vez España, se le ocurrió también ¿Y América?, se preguntó de pronto y el mismísimo continente americano apareció ante sus ojos como ante los ojos de Colón aquél octubre viejo ¡América, claro! Dejaría su pasado al cruzar el océano, lo echaría a las aguas del Atlántico, y al otro lado del mar tendría por fin su nueva vida, con su nombre nuevo, y su futuro limpio ¡América, sí, América!...

Pero, sabìa, aún para llegar a América antes debía atravesar la

puerta de su propio cuarto, y eso, por el momento, le resultaba imposible. O al menos eso creía o sentía él. Porque de hecho, una mañana de aquellas, pocos días después, la criada le subió con el desayuno una misiva que en pocas líneas lo arrancó de ese cuarto y lo arrojó a la calle de las calles por las que habría de rodar hasta morir.

Capitulo 5

Una puta es una mujer en estado puro.

De camino al palacio Saint Cloud, una gélida mañana de principios del año de 1801, eso pensaba el sargento primero André Laglais, soldado de elite, granadero de la orgullosa Guardia Consular, soltero y sin hijos, natural de Grenoble, nacido aproximadamente hacia 1766; hijo de una alfarera sin apellido -que lo abandonó a los dos años de edad-, y de un vendedor de los caminos cuyo nombre ni siquiera su madre alcanzó a registrar. Por ello Laglais, hasta bien entrada la adolescencia, no fue más que André, apenas André El suntuoso *Laglais* (al menos a él le parecía suntuoso), se lo debía también al ejército, que no sólo le había dado un buen apellido, sino todo lo que poseía: su escasa educación, el espléndido uniforme que llevaba puesto, la comida que comía todos los días, su lecho y su techo, la fraternidad de sus camaradas, su inseparable fusil ¿Qué más necesitaba un hombre para ser un hombre?... ¿Quién precisaba, con todo eso, de una esposa, de una familia, de una mujer que lo llenara de hijos a mantener, y que luego se quedara con toda su paga por el resto de sus días, y que además le mintiera y lo engañara como hacían las esposas de los demás, que les gritaban y los maltrataban y engordaban y se deformaban, y que, para colmo de colmos, tan luego por ellas, por una sola de ellas, ellos debían renunciar a todas las otras mujeres del mundo; quién precisaba algo así?...

Por eso él prefería las putas. Las putas no mentían, no especulaban, no engañaban, no amenazaban, no se quejaban si uno bebía o jugaba, no había que oírles sus estúpidos problemas; las putas eran mejores: pedían lo que querían, y a cambio entregaban lo que se les pedía. Las putas eran claras, sencillas, directas, francas, sinceras: puras, bah… y para mejor uno podía cambiarlas continuamente por otra sin tener que soportar ningún escándalo ni pedirle permiso a nadie… Y en cuanto a eso de que no daban *amor*, sino sólo sexo… pues él no pretendía más que sexo de las mujeres. El amor no sabía qué era a no ser que fuera lo que él sentía por su patria, y sobre todo por su ejército, y sobre todo por su Guardia, y sobre todo, por su jefe: el extraordinario y magnífico Bonaparte, *le petit caporal*, como se jactaban de llamarlo los hombres que habían cruzado Los Alpes con Él, el mar y los desiertos con Él; que habían entrado a Milán y a El Cairo con Él; y que con Él habían tomado buena parte de Egipto y toda la Italia; y que ahora un día, de

pronto, Él mismo, Bonaparte el extraordinario, el magnífico; lo mandaba llamar, lo esperaba, lo recibiría, personalmente, a él, sí, al mínimo Laglais, al vulgar sargento André Laglais!... ¿Algarabía?, ¿Ansiedad?, ¿Plenitud?, ¿Temor?, ¿Terror?, ¿Qué siente un hombre a punto de encontrarse con su dios?

Laglais no era hombre de pensar esas cosas; Laglais allí, camino al palacio Saint Cloud, rumbo hacia Él, sólo pensaba -sentía-, que pese al frío le sudaban las manos; que por primera vez le apretaban sus viejas botas de cuero equino; y que algo inmaterial temblaba por debajo del mapa de todas sus cicatrices.

Bonaparte lo llamaba a él. Él. El Jefe de Todos los Jefes lo llamaba a él, al sargento primero André Laglais, a un sargento primero cualquiera que así dejaba de ser cualquiera porque Él lo llamaba.

Apenas la tarde anterior, a última hora, recibió la orden de presentarse en Saint Cloud, y sólo eso. Pero era tan extraño que el primer cónsul citara a un sargento directamente, que el secreto dejó de serlo apenas comenzó a bajar. Napoleón Bonaparte quería hablar personalmente con él, sin oficiales que los interrumpieran. Estaría con Él. Cara a cara con su dios. Pasó la noche celebrando en una de sus casas preferidas, entre mujeres puras, hermosas putas. Bonaparte lo llamaba.

Y allí están los dos por fin, frente a frente, el hombre y su dios. El creador y Su criatura.

Suda. Erecto y duro en el centro de un despacho que se le antoja más grande y más sacro que cualquier catedral o pirámide que hayan visto sus ojos, en posición de firme, con su uniforme impecable, el pecho erguido, la vista al frente, y el mentón bien alto, el sargento primero André Laglais, soldado de elite, granadero de La Guardia Consular, artillero de a pie, suda. No ve a su dios, pero lo siente, sabe que gira a su alrededor y que lo mira, que lo observa, lo escruta, lo circunda, lo recorre de pies a cabeza, se diría que lo descifra, que lo adivina o lo desnuda, que lo paraliza y petrifica, que lo mantiene vivo cuando bien podría matarlo. Una sola palabra Suya bastaría para pulverizarlo, y los dos lo saben.

Suda. El sargento primero André Laglais, a sus treinta y pocos años, es ya un veterano que supo enfrentar con regio valor y sincera euforia a los austriacos en Italia y a los mamelucos en Egipto, y ahora, allí, frente a Él, ni siquiera se mueve y sin embargo suda… Acaso si no fuera un hombre tan inculto, tan poco instruido, tal vez hasta disfrutaría de la escena sintiéndose el inmenso David recién terminado, mientras lo contempla su pequeño Miguel Ángel,

no menos inmenso y aún más imperecedero que su obra… Pero el sargento Laglais apenas sabe leer y escribir, y aunque estuvo en Italia, no sabe qué es el David ni recuerda a ningún Miguel Ángel. Sabe, sí, perfectamente, quién es Bonaparte, el dios que tiene delante por segunda vez en la vida, aunque su dios no lo recuerde.

La primera había sido justamente en Italia, en la víspera de Lodi, allá por el 96… no hacía tanto, se dijo, y sin embargo, le sorprendió sentir cuánto le costaba asociar a ese gigante que ahora lo rodea, con aquél pequeño oficial tan lejano y tan parecido a un cabo cualquiera, envuelto en un capote vulgar, sin insignias ni condecoraciones, atrevido mocoso que venía de París a explicarles la guerra a ellos, a ellos, tan luego a ellos, soldados mil veces vencidos, hambreados, descalzos, olvidados por su rey, por su pueblo, por sus jefes y hasta por Dios, y que ahora tenían que soportar a ese pendejo de mierda pretendiendo enseñarles la guerra a ellos, tan luego a ellos, ¡Jesús bendito!… Pero no, el pendejo no les explicó la guerra ni nada, se acercó a su vivac, se limitó a calibrar la mira de un cañón con sus propias manos (y con la misma pericia del mejor de sus cabos); y luego le sonrió y le palmeó el hombro, a él, tan luego a él, y le preguntó solamente si había comido, y con ese solo gesto borró toda una vida de orfandad. Y allí el aún soldado raso André Laglais -en ese preciso instante-, sintió decidir que moriría por Él.

-- ¿Sabe por qué está aquí, sargento? –la voz se oyó suave como el trueno lejano de una tormenta inminente.

El sargento Laglais buscó en su memoria algún acto de indisciplina propio, algún error, o algo que por error pudiera considerarse cosa tal… pero no, no recordaba nada, no encontraba nada, era un buen soldado, al menos se había esmerado por serlo, había entrado al ejército con 14 años, había participado de la guerra de la Asamblea contra y sus largas derrotas, y sufrió todo lo que sufrieron esas tropas hasta que Él, benditos los dioses todos, Él apareció sobre la faz de la Tierra. Él, que ahora lo circunda y le habla, sin abrir la boca, sin mover los labios, como si fuese posible, como hablan los dioses…

-- Descanse –ordenó la voz.

Laglais obedeció pero no se relajó ni dejó de sudar. Bonaparte el Extraordinario ya no giraba a su alrededor, pero Laglais lo hubiera preferido: ahora lo tenía cara a cara y estudiaba su rostro como si fuera una batalla. Se detiene, inevitable, (todos lo hacen), en esa formidable cicatriz mal cocida de apuro que nace en su pómulo izquierdo, cruza su nariz salvándola como un puente, trepa su ojo

derecho, y se pierde más allá de su ceja partiéndole la cara en dos mitades oblicuas, pero de dos caras distintas que no terminan de encajar. Por un momento Bonaparte lo contempló con el orgullo callado con que habrá contemplado Miguel Ángel su David.

Por fin dejó de mirarlo, le dio la espalda, pero por nada de ello dejó de verlo. Caminó hasta su escritorio, tomó unos papeles, los leyó en silencio, aún de pie, con la mano derecha detrás de la cintura, recortado contra el resplandor de la ventana, como si la luz naciera de Su espalda… y la voz, esa voz, Su voz…

-- André Laglais, un metro noventa y tres, 97 kilos de peso, excelente tirador, buena conducta, lee y escribe, lo tuvimos en Italia; herido en Arcole –miró su rostro-, y condecorado en Rivoli por rescatar malherido a un oficial malherido bajo la metralla enemiga –volvió a mirarlo, a sacudirlo-; fue destinado a Génova, y allí incorporado al cuerpo de operaciones especiales bajo las órdenes directas del general Berthier. Quién justamente me lo ha recomendado –y le clavó los ojos.

"Si lo que quiere es un sabueso letal, Laglais es perfecto. No es un hombre culto ni muy ilustrado, pero tiene entrenamiento, es tenaz, intuitivo, inteligente, y su lealtad y eficacia están fuera de toda duda", no dijo allí, pero así se lo había presentado Berthier.

Devoto confeso de Nuestra Señora de las Victorias, un solo incidente manchaba la foja de servicios de Laglais. Un antiguo episodio de indisciplina, si se quiere menor, y si se quiere saludable.

En 1797, en Milán, cuando ya Bonaparte había prohibido los duelos entre sus soldados, Laglais desobedeció a su Jefe y mató de un certero pistoletazo a un camarada de su mismo rango que había osado dudar de la virtud y castidad de *Nuestra Señora de las Victorias*. El general Bonaparte, al leerlo, sonrió sin mover los labios. *Es perfecto,* pensó como Berthier, quien tampoco supo nunca para qué su jefe quería ese sabueso. Se trataba de una misión extra confidencial. Casi personal, aunque ni siquiera eso le explicó a Berthier.

-- ¿Sabe qué es un soldado, sargento?

El sargento lo miró a los ojos por primera vez, pero no pudo responderle, no entendía la pregunta, hasta que abstraído por Su mirada, olvidó la pregunta. Sus ojos grises fulguraban metálicos, parecían plateados, y abrieron en los suyos, una incisión indolora pero profunda. No miraban esos ojos, hendían, calaban, sabían cortar sin lastimar, y disecaban. Para su bendición, allí El Extraordinario no esperó su respuesta, (como un buen dios que apretaba sin ahorcar).

-- Un soldado es el ejército entero, sargento. Cualquier soldado es su ejército. Bueno o malo, ese soldado es su ejército, y si es bueno, su ejército es bueno, y si es malo, su ejército se perjudica. ¿Comprende, verdad?.

Previsible, Laglaís gritó un enérgico *"sí, mi teniente general",* hizo la venia y se cuadró.

-- Descanse. –ordenó y atacó- Voy a encomendarle una misión secreta.

Laglais volvió a mirarlo.

-- Ultrasecreta –corrigió Bonaparte, y un sordo silbido en Su voz le recordó al sargento el canto de ciertas dagas oídas en Siria. Se dijo que debía concentrarse. El Jefe se oía grave.

-- Ultra-secreta –repitió, y sí: sonó a cuchillo.

Sin explicarle demasiado, mientras giraba a su alrededor, refirió en forma sumaria los hechos de la noche buena: el atentado, los muertos, la traición, el desastre, y en un rápido gambito verbal –demasiado rápido para Laglais-, El Extraordinario ya hablaba de las distintas células operativas que participaban del complot constante con el cuál era asediado y amenazado, no sólo Él, pues eso sería lo de menos, sino el ejército entero, y antes que nada, claro, Francia. ¡La República! ¡La Revolución!...

Como para confundirlo mejor, le habló sin detalles de las variadas organizaciones clandestinas que todos los días descubrían sus servicios de inteligencia: la *Unión de los Filadelfos*, bretones realistas a sueldo de Inglaterra, ¡cuándo no!; la tan mentada *Compañía de los Tiranicidas*, ¡Vaya descaro pretender con ese nombre torcer la voluntad del pueblo francés!; le habló, por supuesto, de la libertad, de la igualdad y de la revolución que ellos, los dos, él y Él, estaban llamados a llevar por el mundo para grandeza de la humanidad; y algo le dijo también de la tremenda importancia del más mínimo escollo en esa lucha ya impostergable para el planeta y la raza, y que él, Él y él, debían librar, aún al precio de sus propias vidas, eso desde ya ...

Laglais lo escuchaba y no, lo oía, sí, asentía con la cabeza y también con el alma, pero le costaba hilvanar la información, los hechos, Su voz y sus recuerdos, Arcole, la batalla de Arcole y aquél mismo cabito que avanza cuando todos retroceden, encara el puente, ínfimo y enorme a caballo con la bandera, sin miedo sobre el puente contra 30 mil austriacos que le disparan rabiosos hasta que Su propio fuego enciende a todos Sus hombres, a todos Sus mariscales, al último de Sus soldados, y allí van, y ven, y vencen, recuerda, sí, Laglais, Arcole, la noche, el puente, el cabito

descomunal, el sable contra su cara, todo se suma, se resta y se confunde en una sola conmoción interna que le impide comprender lo que Él le dice… El sargento primero Laglais, soldado de a pie, artillero de la Guardia Consular, sólo quería un nombre y una misión. Y su dios se los dio.

Sin explicarle demasiado a él tampoco, con la rápida excusa de proteger otras operaciones combinadas -que Él personalmente estaba dirigiendo-; resumió para Laglais la patraña del joven teniente de húsares relacionado con el reciente atentado contra Su vida, y que, aunque capturado y juzgado, descubrieron entonces que dicho traidor trabajaba para la inteligencia británica, y que mejor era dejarlo vivo y hacerlo seguir hasta conocer todos y cada uno de sus contactos… Pero, lamentablemente, sobornados por los británicos, los agentes encargados de vigilarlo, lo habían perdido de vista…

-- Por eso ahora recurro a la pericia y lealtad de un soldado como usted, sin tachas -le dijo sin mirarlo.

Ahora era Laglais el que lo seguía con la mirada, y el Otro el que lo esquivaba. Iba y venía con los ojos fijos en el piso, en Sus botas, en el techo, caminaba y hablaba, retumbaba entre Sus propios pasos y Sus propias frases como entre cascos y tambores ajenos. Por fin el Primer Cónsul se le paró delante y lo miró fijo otra vez, con ese doble escalpelo de diamante que eran sus ojos grises. Y disparó la pregunta.

-- ¿Oyó hablar alguna vez del teniente Hipólito Charles?

Aún antes de contestar, el sargento Laglais dio la respuesta correcta: frunció el ceño con legítima intriga, y negó con retardo, como quien niega lo obvio. Berthier tenía razón: *perfecto*.

-- Tal es el nombre de su único objetivo en esta vida a partir de ahora, sargento.

Así hablaban los dioses, pensó Laglais, sintió, no pensó, que no era hombre de pensar esas cosas. Así hablaban los dioses verdaderos, no las estampas, ni los íconos, ni las fábulas de los clérigos... Los dioses verdaderos no arrojaban sus juguetes al piso y los echaban a rodar sin explicarles lo que tenían que hacer ni cuándo podían o debían morir. Los dioses verdaderos hablaban claro y directo, como las putas, y les decían a sus criaturas exactamente lo que tenían qué hacer y cuál era el sentido concreto de sus vidas. Laglais comprendió, sintió, que era capaz de hincarse, de caer de rodillas y adorarlo. Un vértigo fugaz lo sacudió de nuevo.

Pero no, no se arrodilló, no hizo falta. Su dios no precisaba tanto. A cambio de la vida -y de todo lo que la vida podía contener:

techo, lecho, abrigo, pan, putas y vino-, su dios sólo pedía obediencia, lealtad… ¿Qué menos podía ofrendarle él, el mínimo y mortal André Laglais?

-- Teniente de húsares Hipólito Charles. Deberá eliminarlo- dijo la voz.

Así hablaban los dioses.

-- De cualquier forma, poco importa su nombre –siguió -, dudo que siga usando el mismo –Bonaparte giró, le dio la espalda, y sin dejar de hablar, caminó hasta su escritorio, y levantó otros papeles, otro informe-, aquí tiene una descripción física del traidor. Léala.

El sargento leyó y no, se concentraba y se perdía, le costaban algunos términos que no había ni siquiera oído jamás; y entre su nerviosismo y su gramática, no podía más que rescatar datos aislados: 25 años; 1 metro 81 de estatura; 79 kilos; cabello castaño-rojizo, ojos azules, cara delgada, nariz pequeña, frente escasa, dientes impecables…

-- Me han dicho que tiene un corte horizontal de poco más de una pulgada bajo el ojo izquierdo –mintió Bonaparte, sin mirarlo todavía.

El ex teniente de húsares Hipólito Charles, o como se llamara ahora, llevaba, efectivamente, un corte de poco más de una pulgada bajo el ojo izquierdo, en paralelo al párpado, y Él, Bonaparte, lo sabía muy bien, porque Él era el autor.

La escena -su recuerdo-, lo silenció bruscamente, y se acercó a su ventana, siempre de espaldas a Laglais. Pero aún así lo vio de nuevo ahí, allí mismo, en el lugar donde ahora se erguía Laglais, igual de firme, igual de erecto, pero todo lo contrario: maldito, deshonrado, intacto de cicatrices, y aunque aterrado, burlón... Nunca olvidaría Él ese *saber,* ese *conocimiento íntimo de su esposa* que allí vio alojado en su alma, en su memoria, en su imborrable recuerdo, aún ahí, delante de Él, muerto de miedo sabiéndose muerto, aún así, en su mirada –Él podía reconocerlo- llevaba el tinte de la victoria, y en su silencio le decía -Él podía oírlo- le diría siempre *"yo la exploré mejor que tú, gran capitán de los cornudos, yo alcancé confines de placer de tu propia esposa que tú jamás conocerás por más vueltas que le des a la Tierra, general de los testículos veloces; yo, un teniente cualquiera, sin valor ni poder, yo la vi descomponerse en gritos de goce que vuestra excelencia de las regias astas no escuchará jamás por más batallas y batallones que giman a su alrededor; ¡ah, gloriosos redobles de sus orgasmos, laureles que tú nunca tendrás, toro de los grandes pitones pero del pene sin encanto ni sabor!; yo la he sometido más de lo que tu jamás sometiste a Egipto y a Italia cuando estabas en Italia y en Egipto,*

oh, gran tirano de la gran cornamenta; yo la vi desguazada por la tempestad de sus propios ardores, exhausta por la batalla de los besos cuyo fuego tú no sentirás en diez mil vidas, estúpido corso enamorado para tu condena de la puta más puta de todas; tú, rey de todos los cabrones que ya no encontrarás en el mundo corona lo suficientemente grande para cubrir tus cuernos, porque yo, yo, el teniente Hipólito Charles, el inútil, el cobarde, el traidor, el mariquita, yo la tuve, yo ultrajé a tu Señora de Todas las Alcobas, pequeño déspota, inmenso bufón, y allí le marcó la cara con un pequeño pero muy afilado cortapapeles en forma de daga que llevaba con Él desde los días de El Cairo. *Su puñal de Otelo*.

Se lo cruzó tan rápido como rápido era.

El teniente Charles ni siquiera tuvo tiempo de asustarse, sentirlo o comprenderlo, cuando ya sangraba.

-- Aquí –dijo Bonaparte, y lo miró a Laglais y dibujó con el índice una línea recta bajo el ojo izquierdo, despacio, reproduciendo con cuidado la cicatriz que *le habían dicho que tenía*.

Sobre todo por eso precisaba matarlo, se le ocurrió no sin vergüenza. Por aquella cicatriz, por ese tajo, por ese rapto de furia que fue en su solo relámpago, la rubrica de Su derrota. Cuando vio la sangre bajo el ojo del teniente (del soldado que había sido Suyo, ¡de uno de los Suyos!, y que aún así no había tenido ningún prurito ni vergüenza ni temor en fornicar con Su esposa, ¡con Su propia esposa Suya!), ahí, cuando vio la sangre bajo el ojo del teniente, sintió que todo su Invicto era una ilusión ajena, y que nunca triunfaría, que ya no habría victoria, que el vencedor era el otro: ese teniente de mierda que ahora no sólo sabía qué tan puta era su esposa, sino también había visto qué tan frágil era Bonaparte. El Invencible. El Invicto. El Invulnerable.

-- Deberá eliminarlo, sargento.

Laglais hizo la venia y se cuadró.

-- Descanse –volvió a decir Bonaparte, pero a Laglais le pareció una orden, y se relajó por primera vez desde que había llegado.

A continuación, en un tono eficaz pero sin entusiasmo, el general enumeró para el sargento los eventuales peligros, limitaciones, facilidades y desventajas que entrañaba su misión.

-- No se trata de una tarea muy riesgosa, si no la subestima. Su objetivo no es un hombre brillante, ni peligroso en sí mismo, pero… perseguirá un conejo, una rata, un cobarde, lo cual siempre es peligroso. Porque hasta una rata es capaz de atacar si cuenta con el miedo suficiente... -se detuvo, hizo una pausa, y siguió con los ojos en alto como si fuera capaz de ordenar las ideas en el techo. Y

siguió:

-- Por desgracia para la especie humana, más allá de sus móviles íntimos, el valiente, el desesperado, y el temerario, no se distinguen por sus acciones, ¿coincide conmigo, Laglais?...

Al oír su nombre en boca de Bonaparte, el sargento cayó en la tentación de pensar que quizá Él aún lo recordaba desde Arcole, cuando le puso la mano sobre el hombro y le preguntó si había comido con esa voz de padre y esa mirada de madre como nunca había visto ni oído Laglais, y que allí oía de nuevo…

-- Por otra parte, no debe olvidar que se trata de un ex oficial de correos, lo cual significa que posiblemente conozca muy bien los caminos de Francia… -se detuvo, y ahora sí lo miró-, porque justamente otra de sus desventajas, sargento, es que su presa huye a través de un territorio interminable: el mundo… El conejo se moverá rápido. Seguramente huya hacia el norte, lo más probable es que busque amparo en Inglaterra o en algún otro punto donde pueda protegerlo el enemigo. Su familia paterna es de Caen, quizá intente contactarlos… en fin, aquí la dificultad de su misión: hallar un pez en el océano.

La voz se detuvo de pronto, y el magnífico ser que la emitía, volvió a darle la espalda, se acercó de nuevo a una de las grandes ventanas que alumbraban su despacho, y fijó los ojos en los dos guardias mecánicos que iban y venían allí abajo. Y todo para no verla otra vez como tuvo que verla sin poder verla en Egipto, Su *Giussepina*, Su "estrella", Su "norte", enrojecida, sudada, trastornada por el deseo, doblegada, vencida, arrasada por su propia carne, la ve desnuda, ve su cabeza que gira, ve sus ojos ansiosos y ardientes que lo buscan, lo reclaman y lo esperan; y lo ve a él, a Hipólito Charles, sin Su marca aún, detrás y enhiesto, artillado y ecuestre sobre Su esposa, sobre Su propia esposa, Su Josefina, Su *norte*, Su guía, Su *estrella*...

Gira y sale, logra espantar la imagen sin lograr asirla, y deja la ventana y a sus dos guardias mecánicos.

-- Ni siquiera se trata de un espía profesional, o de un verdadero soldado… no es más que un oportunista, un mísero traidor, un emergente de las circunstancias, una herramienta de la suerte… y he decidido que su suerte se acabó.

Así hablan los dioses.

La voz siguió. Se ampliaba conforme los espacios del lugar, ascendía, retumbaba contra las paredes de mármol, y llovía multiplicada en un falsete de gloria.

-- Ya ve que la misión no es peligrosa, si no la subestima. Porque

también cuenta con algunas ventajas de su parte… En principio, no nos consta que su objetivo sepa que será perseguido; sabe que fue descubierto, pero cree que fue perdonado, o sea, la sorpresa está de su lado, y….

La voz se detuvo abrupta. Laglais, cuya intuición no le iba en saga a su valor, percibió algo. Bonaparte volvió a darle la espalda.

-- En cuanto al apoyo que recibirá… poco, ninguno… Sólo usted y yo estamos al tanto de esta misión. Llegado el caso, no podrá recurrir más que a mí… Insisto: se trata de una misión ultra confidencial.

Y otra vez Laglais creyó escuchar el silbo de una daga. Pero se cuadró, hizo la venia, y sólo dijo:

-- Puede darlo por muerto, mi teniente general.

-- Bien. Entonces preferiría que no volvamos a vernos hasta que me traiga la cabeza de ese condenado –Bonaparte marcó la última palabra golpeando contra su escritorio con un pequeño saco lleno de piedras o algo así- Aquí tiene 3000 francos para sus gastos, si acaba rápido, puede quedarse con lo que sobre; –y le extendió un papel- este salvoconducto le dará paso entre nuestras tropas –desde el papel irradiaba dorada una N y Su firma, Laglais las creyó suficientes como un juego de llaves de todas las puertas del mundo-. Por lo demás, recibirá su paga regular donde usted lo indique. Pero desde este mismo momento, debe considerarse un civil, y también parecerlo. Nadie puede saber de su misión, nadie, ni siquiera un superior fuera cual fuera. Francia espera de usted lo que usted debe darle, sargento.

Un seco saludo militar dio por terminado el encuentro sin una palabra de más. Breve, rotundo, suficiente. Así hablaban los dioses.

Sin embargo, a punto de abandonar el templo de Su despacho, ya de espaldas al Primer Cónsul, casi abriendo la puerta, el sargento fue detenido, inmovilizado ahí, por las últimas palabras que oiría de su Creador en lo que le quedaba de vida.

-- Cuídese de las putas, Laglais… -el sargento no pudo no girar y no mirarlo, y vio, le pareció ver, que sonreía. Él. Que alzaba la comisura de sus labios, pero que esa sonrisa, o lo que fuera, no alcanzaba Sus ojos, que otra vez lo miraban severos, aún protectores, pero siempre abismales- El enemigo es como el diablo, Laglais –completó omnisapiente-: cobra formas muy atractivas.

Laglais salió de allí no menos transformado que Moisés después de su encuentro con Jehova.

Su sempiterna devoción, su antigua, su incuestionable fe, se había fundido en su alma por la mano divina de su mismísimo

Creador, cuyo dedo sacro, lo había señalado y elegido.

Cabalgó por París toda esa tarde hasta la noche, sin rumbo preciso, ya detrás de su conejo, buscándolo sin conocerlo, sin preguntar por él, suponiéndolo en cada joven que se ajustara a su descripción, pero sin increpar a ninguno; mirándolos sin verlos, sin ver otra cosa, aún, que Su imagen etérea, Su mirada palpable, Su voz tangible, Sus ojos encendidos encendiendo los suyos.

No moriría hasta matarlo.

Capitulo 6

Su propia realidad era de pronto tan extraña, que ya ni siquiera le parecía propia ni real.

Su mente no pensaba, estallaba o se astillaba en imágenes repentinas, en impresiones difusas, en formas deformes, fragmentos de razones rotas, destellos que no llegaban a ser ideas, que se alzaban sobre la superficie de sus emociones como las burbujas de un hervor, y apenas surgían, reventaban.

No podía pensar. Había descubierto que el miedo era una *cosa*, y lo miraba. Nada más lo miraba. Un remolino de río que absorbía hacia su fondo insondable cualquier intento por pensar, por ordenarse, por organizarse. Por salvar su vida.

Caminaba con prisa de pared a pared, quería trazar un plan, pero qué va… Escaparía hacia el norte, resolvió mientras consideraba que tal vez fuera mejor escapar hacia el sur ¿Llevaría su ropa? ¿Toda? No, por supuesto que no, ¿para qué? Cuanto menos cargara mejor; ¿qué pensará de él ahora su ilustrísimo general Lecrerc, inminente cuñado de Bonaparte? Iría hacia el norte, sí, Napoleón Bonaparte lo perseguía ¿El mismísimo Bonaparte? Sí, *El Mismísimo* ¡qué podía importarle ahora lo que pensara o no de él el general Lecrerc? Tal vez fuera hacia Caen, sí, allí tenía parientes, nada menos que su tío de sangre, el hermano de su padre, monsieur Philipe de Charles, vizconde de Evreux, un auténtico caballero que no dudaría en ayudarlo ¿Le pagaría, después de todo, la renta a su casero? ¡Pero cómo no iba a socorrerlo su tío al saber que El Gran Tirano lo perseguía! Al menos le daría refugio, alimento, protección ¿Y Ella, ahora? ¿Recordaría, todavía, las risitas, las bajezas, las infidencias que del Otro le contaba? Tal vez fuera mejor cruzar a Inglaterra, sí. Buscaría algún puerto más o menos despejado de tropas francesas, y se embarcaría en cualquier buque hacia Londres ¿Recordaría aquella noche, cuando lo hicimos leyendo Sus cartas? Cualquier enemigo de Bonaparte sería bienvenido en Gran Bretaña ¡Boinasse!, recordó de pronto, ¡Tenía un amigo en Cabourg!, ¡Boinasse!, un viejo camarada de los años de la Escuela Militar, jugador y juerguista como él, un verdadero camarada, ¡Boinasse!, su nombre estalló entre las incontables inasibles burbujas que enturbiaban su mente, pero ésta sí logró atraparla, y se detuvo.

¡Boinasse, desde luego!

Iría hacia el norte, volvió a decirse, volvió a decidir, a detenerse, a caminar por el cuarto de un lado al otro sin ir a ningún lado. No pensaba pero creía que pensaba sin siquiera creer lo que ocurría: el final, su final, era apenas un principio. Su propia realidad era de pronto tan extraña que…

Tomó la misiva y la leyó de nuevo con la desesperada esperanza de que las palabras hubieran cambiado de forma o de lugar, transformando los conceptos, los hechos, su repentino destino inconcebible… Y no. Allí estaban indelebles más allá de su tinta:

Mi querido amigo:

Confío en que esta nota no caiga en manos equivocadas, pues sería el fin para los tres, para ti, para mí, y para la persona que tan generosamente copia estas palabras a fin de no dejar ni siquiera mi letra como huella de nuestro último contacto. Es por ello que no reconoceréis la caligrafía, ni encontraréis firma alguna, ni hallaréis remitente al cual responder, y acaso os sobresalten mis palabras y te veas tentado a creer que son exageraciones de mujer. Pero es preciso deciros que estáis en peligro. Seré breve, ya no hay tiempo ni tienen sentido frases de más entre nosotros: no creo que haya perdón para ti jamás. Huye. Huye lo más lejos y lo más rápido posible, pues ya ni vuestra vieja amiga podrá hacer nada para salvaros.

Olvidadme y escapad.

Lo siento, no puedo hacer más.

Adiós y suerte…

Costance

Por eso le llamó tanto la atención encontrar una firma, y un remitente. Costance du Terrier, y un apartado postal, probablemente –seguramente- de una estafeta de París, o de sus periferias…

Volvió a leer: *Es por ello que no reconoceréis la caligrafía, ni encontraréis firma alguna, ni hallaréis remitente al cual responder.* Se perdió durante algunos minutos (en su estado el tiempo no se ordenaba así, los minutos envejecían años, y las horas eran segundos), barruntando vanamente si es que Ella se había arrepentido, equivocado, o enloquecido. *Ni hallaréis remitente al cual responder.* ¿Lo amaba acaso? ¿Lo deseaba todavía? O era ella misma quien lo había traicionado, quien había entregado su nombre acosada por Él… Sacudió la cabeza, cerró con fuerza los ojos, volvió a despeinarse creyendo que se peinaba, y en un segundo cargado de años, lo vio todo claramente y comprendió su situación. Bonaparte,

El Amo de lo Imposible, venía a por él y quería matarlo.

Armó un rápido hatillo, esperó la noche, tomó su antigua capa de oficial ya degradado, y dejó el hotel sin pagar su deuda. Le quedaban poco menos de 200 francos para enfrentar su futuro, y de ninguna manera estaba dispuesto a invertirlos en gastos del pasado. El pasado ya le había quitado todo lo que tenía, él ya no le debía más nada. En cierta forma, comenzaba a descubrir los beneficiosos de su ruinosa nueva condición. Lo bueno de perder el honor, es que ya no había que defenderlo.

Mientras esperaba la noche, antes de partir, en cuanto pudo calmarse –al menos detenerse y sentarse-, decidió responder la breve misiva con otra breve misiva cuya escritura sin embargo le llevó varias horas entre la dispersión de su mente, sus pretensiones de poeta, y el turbulento cuidado con que pesó cada palabra.

Mi querida amiga:

Si alguna vez fueron sinceras –y sé que sí- vuestras tan generosas palabras, para con este vuestro admirador, en virtud de ellas, os ruego ahora, no me abandonéis…Podéis confiar en mí una vez más –no he sido yo, lo sabéis, quien nos ha traicionado-, y de más está deciros que tendré todos los cuidados que se me solicitan, y mayores aún, pues no olvidéis, madame, que es a mí a quién persigue personalmente la desgracia. Y permitiréis que le llame así, sin que os sintáis afectada, pues no aludo a vuestra merced, ni mucho menos, a mis sentimientos por vos, que siguen siendo tan hondos y sinceros como os juré tantas veces. No, le llamo "desgracia" a la inquina, a la ceguera y a la brutalidad de quien no supo comprender vuestras necesidades más hondas, ni perdonar mi devoción por vos, que tanto la merecéis. Sigo vuestro consejo y parto ya, apenas horas después de recibido. Tengo parientes en Caen, y descuento que no dudarán en socorrerme. Luego intentaré salir del país.

No he de engañaros, jamás lo hice: la empresa en la que me encuentro embarcado, es difícil y onerosa. Comprenderéis entonces cuán importante y vital sería vuestra ayuda. En cuanto llegue a destino, os volveré a escribir, pero por favor, no dejéis de esperar mis noticias, pensad que tu ayuda podría resultarme literalmente vital… ¡Oh, amiga mía, quisiera tenerte más que nunca! Pero sólo me queda sobrevivir, mientras mi enemigo crece como nunca creció ningún hombre. ¡Mi amargo destino es ahora escapar y perderte!… Tal vez fuera mejor morir, lo he considerado… pero me sostiene la esperanza, aún en medio de este horror, de que quizá algún día vuelva a experimentar la dicha que sentí a vuestro lado… Adiós, mi buena amiga, me ayudes o no,

pronto partiré, o moriré en la empresa; y siempre te recordaré como la mejor de todas…

Agradecido y tuyo por siempre y para siempre…

X.

Acabó de vestirse, se envolvió en su ya inmerecida capa celeste de oficial degradado, tomó el hatillo, y dejó su cuarto de una vez por todas.

Al salir del hotel se detuvo en el umbral, y en un gesto inédito para él, asomó primero la cabeza, miró hacia los dos lados de la calle, y recién después sacó todo el cuerpo y empezó a caminar sin un destino cierto y por el resto de su vida, de su nueva vida que empezaba así: mirando los dos lados de la calle.

En la primera esquina dobló hacia el norte. *Hacia el norte*, se repitió en voz baja. Afuera ya no llovía pero la madrugada mojada brillaba en toda la ciudad. Solo, apurado a través de las calles desiertas, no daba dos pasos sin volver la cabeza para ver de nuevo lo que acababa de mirar: la calle vacía, poblada de sombras que enseguida se ocultaban apenas él las miraba. *Hacia el norte*, murmuró otra vez. *Al menos tengo un rumbo*, quiso creer, y al llegar al Sena, comenzó bordearlo. *Qué mejor que seguir un río si se busca el mar*, se dijo.

La aurora de ese día lo encontró ya en las afueras de París por el camino de Nanterre. Al salir de la ciudad, despachó la esquela a nombre de Constance. El empleado le preguntó el suyo: Jean, dijo, Jean Leraux. Le gustó y le dolió decir que ya no era quién era. Apuró el paso.

Esperaba encontrar una carreta que lo alzara. Le divirtió pensar que debía procurarle a su falso nombre, también un falso pasado y un falso porvenir, y en pleno divague, un velo azul de angustia cubrió su realidad de nuevo.

Pasaban muchos carros, cantidad de carros y carretas cargadas de frutas y hortalizas y animales y artesanías y porquerías; infinitos carros, infinitas carretas, pero ninguna iba hacia al norte. La interminable hilera, lerda y presurosa, se dirigía al sur, a París, a los mercados de París, a las casas y a los estómagos de París, a los intestinos y a las cloacas de París, todos con todo a París, ¡malditos los dioses, ninguno iba Londres!...

El sol entre nubes se alzaba como Bonaparte, supremo y fulgurante, único, total, letal. Y lo miraba a él, centraba el huracán de Sus ojos en él, en el mísero, minúsculo, asustadizo ratón Hipólito Charles. Se rió. Con amargura, con cinismo, con odio, con un pánico

que le pareció llevar toda la vida adentro, y que por fin afloraba y lo enfrentaba. Y huía. Era su forma de enfrentarlo *¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Embestir El Sol?…*

Camino durante horas, marcando el paso al ritmo acelerado de su aterrado corazón. *Hacia el norte*, se repetía cada tanto, convencido, sin oírse, como si fuera un silbido, un suspiro, un rezo, una oración sagrada capaz de salvarlo o redimirlo. *Hacia el norte. Tal vez en el camino tuviera una buena idea*, creyó creer, confiando en su razón desesperado como estaba.

Al caer la tarde alcanzó Nanterre, cansado y hambriento. Buscó la peor posada -la más oscura, la más pobre, la más imperceptible-; tomó un cuarto, pidió algo de comer, y mientras devoraba como un perro, la cara contra el plato, sin respirar y ausente, el fontanero mencionó al pasar un garito cercano.

Y allí quiso saber si la suerte estaba de su lado o qué.

Capítulo 7

Impresionante aun sin su uniforme de la Guardia -ni el mostacho, ni el lazo de terciopelo negro, ni la granada de plata ajustando su coleta-, Laglais avanzaba por París mientras soñaba con los ojos abiertos volver a Su despacho, entrar victorioso, alzando en un saco sangriento, la cabeza del traidor, de su objetivo… Imaginaba sin que se le escapara una mínima sonrisa el beneplácito de su dios, Su orgullo, Su alegría… ¿Merecería Su abrazo?...

Se dirigía hacia el hotel que consignaba la foja de servicio del traidor como el último domicilio declarado por Hipólito Charles. Por supuesto, no esperaba encontrarlo allí, así, tan fácilmente, con sólo golpear la puerta de su cuarto. Pero todo un profesional, debía descartarlo.

Era un pequeño hotel bastante elegante de la rue de Vendóme. A Laglais le pareció un lugar propio de artistas ricos, bohemios rentados, petimetres, y otros inútiles por el estilo. Frunció la cara apenas cruzó el umbral, y aún mantenía la mueca cuando enfrentó al conserje, un hombre bajo, gordo, rojo y muy amable. Demasiado.

Laglaís no confiaba en los amables, no le gustaban. Su oficio -la guerra- le había descubierto el verdadero rostro horrible del alma de los hombres, y sabía de sobra que en el fondo de ellos sólo había miedo o bravura, o las dos cosas al mismo tiempo, pero jamás amabilidad. Menos aún con un desconocido. La cortesía, la amabilidad, la gentileza, para Laglais, no eran virtudes, sino apenas artificios, es decir, falsedades. Laglais no pensaba así, pero así pensaba Laglais.

Sin embargo, como tantas otras cosas que poco o nada le gustaban de este mundo, también la *gentileza ajena* podía resultar muy efectiva en pos de los fines propios. Cambió la mueca de rechazo, por una sonrisa de compromiso.

-- Estoy buscando un amigo, monsieur, un joven amigo, que según me dijeron, vive aquí…

El gordo conserje se desinfló desilusionado al ver que no se trataba de un cliente, sino de un preguntón, y para su desgracia, de un preguntón enorme, aterrador aunque sonriente. Amable o hipócrita, pero siempre precavido, el conserje tampoco dejó de

sonreír. El visitante siguió hablando.

-- Se trata de un oficial del ejército, el teniente de húsares Hipólito Charles, ¿le conoce?…-disparó la pregunta sin avisar, y calibró la reacción.

El conserje evitaba los ojos de Laglais, pero por algún recóndito motivo, no podía conseguirlo. Balbuceó un *no*, pero ya sin sonreír.

Laglais sí sonrió. Entusiasmado y ya divertido. Allí tenía una pista, y un ratón acorralado. Sin abrir la boca, estiró aún más sus comisuras hasta convertir esa sonrisa o lo que fuera en una nueva cicatriz que se perdió sobre su rostro entre las otras.

-- ¿No le conoce… o no vive aquí?

-- Se mudó –escupió el conserje-, se mudó hará una semana –repitió trémulo.

Por un instante el lobo y el cerdo se miraron como iguales, perdidos los dos sin saber qué hacer el uno con el otro. Laglais por fin se recompuso y volvió a fingir una sonrisa, y un lamento.

-- Pero qué poca suerte la mía… Estuvimos juntos en el ejército, es como mi hermano menor, tal vez le haya hablado de mí, me llamo Fouchet, Agustín Fouchet… ¿le dice algo mi nombre?

El conserje, entre aliviado y desconfiado, intentó sonreír mientras negaba confundido, y mientras Laglais le hablaba ya de los días de Egipto y de Italia y de los austriacos que habían descuartizados juntos, *"pues aquél muchacho era un verdadero demonio en la batalla, habrá visto usted sus cicatrices, esa marca en la cara, bajo el ojo izquierdo, ¿hablamos del mismo Hipólito Charles, verdad?"*

El conserje asintió sin hablar, con la boca abierta, colgándole la mandíbula entre el desconcierto y el acierto: efectivamente, aquél hombre, ¿cómo dijo que se llamaba?, ¿Fouchet?, ¿como el ministro? El ministro de… el ministro de… trató de recordar cuando recordó que no tenía importancia el ministro de qué, que allí lo único que importaba era que aquel hombre buscaba a monsieur Charles, y algo, su fino olfato de viejo posadero, le dijo que ese hombre, aquél soldado inmenso y atemorizante, era también un mentiroso. El redondo conserje no recordaba si Hipólito Charles había estado en Egipto; sí sabía que había estado en Italia; pero nada tan inverosímil se podía decir de ese muchacho, como que era *"un verdadero demonio en la batalla"*. Por lo demás, no recordaba ninguna marca bajo ninguno de sus ojos, pero si es que la tenía, difícilmente la hubiera ganado en ninguna batalla, a no ser con un marido celoso, o con algún otro acreedor con menos paciencia que la suya…

Enrojecido como un crepúsculo, con presteza de roedor, el conserje tomó la ofensiva, y le endilgó a Laglais la mala conducta de su tan buen camarada el teniente de húsares Hipólito Charles, que sería muy valiente pero que se había largado de allí dejando impagos más de seis meses de renta, lo cual era una vergüenza para todo el ejército, y el ejército, o alguien del ejército, debería afrontar esa cuenta, que ascendía a 54 francos y 70 centavos, sin contar algunos otros servicios que tan amablemente se le habían prestado, *porque aquí lo hemos tratado como un hijo, tanto mi esposa como yo, ¡oh, monsieur!, si de alguien no esperábamos una cosa así, era justamente de…*Laglais arrojó 60 francos sobre el mostrador y retomó la ofensiva. Le dijo que podía quedarse con el resto, que no permitiría que tan pequeño traspiés ensuciase la honra de ese valiente amigo y camarada suyo.

El conserje, desbaratado por el dinero, ya no supo qué pensar. (Hasta consideró la posibilidad de que ese botarate fuese de verdad un soldado).

-- Solo quisiera encontrarlo y saber cómo está.

Soltó Laglais y se mostró apesadumbrado, y casi lo pareció (y casi lo estaba: su pista se desvanecía). A esa altura del diálogo, al conserje ya no le importaba creer o no creer si debía o no darle alguna información a ese hombre. Le dijo lo que sabía.

--Se fue, desapareció. Solía frecuentar un tugurio del Palais Royal donde dejaba todo su dinero… su dinero y el mío también, y el de sus amigos y conocidos… un canalla… Los soldados no deberían jugar.

Laglais se mordió el corazón para no responderle que los soldados no jugaban, que aquél no era un soldado, sino un traidor. Pero sonrió sin alegría, se despidió del conserje, atravesó el umbral, y una vez afuera, recorrió con una mirada lenta cuanto tenía a su alrededor: la calle, un café y una tienda al otro lado de la calle, las dos esquinas, las otras casas, París, Francia, Europa, el mundo… en cualquier parte podía estar. Pero él habría de encontrarlo. Ya tenía una pista.

Dos. *El Mismísimo* le había dicho que el traidor tenía parientes en Caen. Al salir del hotel, dobló a la derecha por la rue de Vendóme y buscó el Sena para bordearlo hacia el norte. Le pareció lo más lógico si es que buscaba el mar.

Capitulo 8

En agosto de 1802 -el 16 de Termidor, para ser precisos-, al cabo de dos años de Consulado, Napoleón Bonaparte es consagrado Cónsul Vitalicio de Francia porque así lo deciden en plebiscito más de tres millones de franceses.

La Gran Noticia cruzó a Hipólito Charles llegando a Harfleur, escapando lo más rápido posible de la última esperanza que tenía.

Hace un año y ocho meses que escapa, y la pesadilla -su sola pesadilla- se cierne sobre toda la realidad como hace la noche con el mundo. Corre, pero no avanza; se agita y apenas se mueve. Sus pies se pegan al piso, y el enemigo -el miedo (Bonaparte)- lo persigue infatigable, cobra formas variadas, (un soldado, cualquier civil, una mujer, una sombra, el sol, toda la noche), y siempre pisa sus pasos, siempre está a punto de alcanzarlo, de echarle el guante, de pasarle una cuchilla por el cuello... Escapa a través de un desierto sin noches, y ahora dicen las noticias que el Sol que lo abrasa, sólo se alza y sólo crece. Y claro: nunca despierta de la pesadilla, porque no hay cómo, no hay qué, no hay pesadilla, es solamente la realidad, su realidad, su sola realidad total. Hace un año y ocho meses que escapa, pero siente que escapa desde que sabe quién es.

Recuerda y no la húmeda madrugada vacía cuando dejó su hotel, la forma en que miró por primera vez los dos lados de la calle, la calle, esa noche, el Sena… Recuerda, y no, haber vagado durante semanas y meses por pueblos sin nombres cambiando de nombre, mintiendo otro oficio, inventando motivos, escondido en aldeas que ni siquiera en sus tiempos de correo había oído mencionar… Recordaba, creía, en Nanterre, haber perdido a las barajas su viejo capote de oficial; recordaba, en Poissy, haber ganado a los dados y haber comprado un caballo; y luego recuerda que siguió hacia el norte, y recuerda haber llegado por fin a Caen pero casi un año después de haber estado encerrado entre Franconville y Montmorency, en una casucha de paja y adobe perdida entre colinas y bosques y habitada por un matrimonio de ancianos que, a mediados de 1801, todavía ignoraban quién era Bonaparte. No volvería a encontrar -sabía- un lugar más seguro. Lo había descubierto llevado por el pánico, evitando las carreteras y los caminos principales, por donde el Gran Ejército ya empezaba a

derramarse como el agua de una inundación dispuesta sólo para ahogarlo.

Aquella casucha de paja y adobe, blindada por su propia intrascendencia, era una auténtica fortaleza. Y los dos ancianos que vivían en ella lo recibieron como a un hijo; porque resulta que ellos tenían un hijo, un hijo que tendría entonces su misma edad, y que hacía mucho había partido a la guerra para no verlo más, dejándoles con ellos a su esposa y su hija. La esposa había muerto, pero la hija, Céline, tenía 16 años y una belleza intolerable… Y aquellos dos buenos viejos -y tal vez no sólo ellos- precisaban un hombre en esa casa. El viejo ya no podía con el huerto, ni con los animales, ni mucho menos con las dos mujeres. Hipólito Charles había aparecido con el cuento del peregrino perdido que buscaba no más que una noche de cobijo; pero entonces advirtió el espacio, vio la oportunidad (y la nieta), y se quedó. Una semana, dos, tres… el trabajo honesto, al sol, la vida simple, la seguridad de ese escondite, y aquél espectáculo de la perfección que era esa niña entre los trigos; ora sudada por el trabajo, ora mojada de regreso del río, con la ropa pegada el cuerpo y el cuerpo estallándole por todas partes, sonriéndole curiosa, inquieta, a punto… un mes, dos, tres, se quedó… cuatro, cinco… al sexto hasta los dos ancianos advirtieron que la niña estaba embarazada, y entonces él huyó. Volvió a escapar. Se imaginó en pocas noches de insomnio su destino con ella, allí, en esa casucha miserable para siempre, reducido a un campesino, a un labriego apremiado hasta su muerte por una prole cada día más hambrienta y cada año más numerosa; vio la belleza de esa niña –la soberbia conjunción de su cuerpo y su alegría- deformada por el tiempo, por los años, los embarazos y el hastío; se imaginó a los dos viejos, arrugados y exhaustos sin más ilusiones que la muerte, y salió corriendo, en pleno verano, en plena madrugada, hacia el norte, al galope, la dejó durmiendo sin dejarle nada, ni un adiós… Precisaba una nueva vida, es cierto, bien lo sabía, pero aún aspiraba a encontrar algo mejor. Después de todo, su fuga recién comenzaba, tenía una vida y un mundo por delante, y quería ser libre, y hasta quería ser feliz. Huyó. Se arrojó de nuevo en las aguas que lo ahogaban. Retomó la fuga como si fuera su refugio.

El miedo se alimenta de espaldas, se le ocurrió pensar mientras galopaba hacia el norte, por fin rumbo a Caen, en paralelo siempre a los caminos principales, para no perderse ni ser hallado. *El miedo se alimenta de espaldas: tú le das la espalda, y el miedo se la devora, te la come, se alimenta, crece hasta madurar, y devorarte a ti también,*

pensaba al galope, corría, corría como si ahora también aquella niña, aquellos ancianos, lo persiguieran al galope, a través de la noche, más rápidos que el miedo...

Recordaba pueblos que pasaban como nubes; recordaba que al llegar a Les Mureaux, en una mano de naipes, la suerte le quitó el caballo y el poco dinero que le quedaba. Recordó que de allí en más su paso se volvió más lento, y su miedo más agudo, porque ahora el invierno, también lo perseguía. El invierno, el hambre, y las tropas del Gran Ejército que se multiplicaban a medida que subía hacia la costa y hacia el norte. Eran tiempos de paz, pero no con Él. Con Él no existían los tiempos de paz.

Se preguntó si viviría para siempre así, volviendo la cabeza a cada paso para ver quién venía, quién andaba detrás; desconfiando hasta de los niños y los animales, mirando de reojo al primero que se le acercara…

Solamente en los garitos –una vez más- encontraba algo de calma, al menos la mínima seguridad que le permitía relajarse, esa abstracción de la distracción que lo dejaba olvidar quién era y qué. Jugar era lo más parecido a dormir: dejaba de ser cuando jugaba. Y para mejor, en los tugurios, los hombres no buscaban otra cosa que romper la suerte, quebrarla, vencerla, someterla; ni siquiera dinero buscaban allí; mucho menos, muchísimo menos, fugitivos del régimen. Los hombres que ardían y se consumían alrededor del fuego frío de una mesa de juego, jamás lo delatarían.

A pie y de favor, parando, pidiendo, jugando, ganando y perdiendo, se arrastró como pudo por la orilla sur del Sena durante los últimos meses de 1801, y el invierno lo también lo persiguió.

Confió en que al llegar a Caen todo estaría resuelto. Una vez allí, se instalaría en casa de su tío, y luego le escribiría a Josefina pidiéndole dinero. ¿Se lo enviaría? ¿Y su tío, el vizconde de Evreux, monsuier Philippe du Charles, lo protegería?... Nobleza y sangre lo obligaban, cómo no... Pero de no ser así, trató de calmarse, aún le quedaban Cabourg y su viejo y buen amigo y camarada Alberto Boinasse, quien sin duda también, de una forma o de otra, le conseguiría un salvoconducto para llegar hasta algún puerto donde embarcaría hacia Londres para abrazarse a los pies del primer inglés que encontrara…

Tales eran sus largos planes a través del campo, a la vera de los caminos, a pie bajo la noche, entre los bosques, con el invierno encima y el enemigo alrededor; pero por fin cerca de Caen, de su esperanza, de su objetivo inicial, aunque un año más tarde, y para nada.

Su preciado -precioso- tío, Philipe du Charles, vizconde de Evreux, hacia los últimos tiempos del *terror*, se había dejado degollar sin avisarle; y ahora su tía, la vizcondesa, estaba vieja y casi ciega por completo, así que impedida de verlo, tampoco podía reconocerlo...

Por suerte a tanto desastre había sobrevivido una antigua criada, hija de la antigua ama de llaves de la casa.

Era, esta criada, una mujer entrada en años y en carnes, sudorosa, maloliente y malhumorada, de nombre Brígida, y de carácter también. El punto es que la señorita Brígida -cuyo intuición iba acorde con su peso-, no precisó más que un rápido vistazo para advertir en el sobrino pródigo, el aire de la rapiña.

Pero aún así, es decir, pese al desagrado manifiesto de la señorita Brígida -cuya mueca de asco se retorcía minuto a minuto-, aún así Charles logró quedarse en esa casa. Sin tío que lo proteja, ni tía que lo reconozca, ni criada que lo respete, Hipólito Charles coligió que cualquier cosa era mejor que el mundo, y allí se instaló decidido –impelido, más bien- a calmar de alguna forma a la señorita Brígida… menuda tarea que le exigió no sólo tiempo, concertación y oficio, sino también sacrificio. Le hizo falta un estoicismo de húsar, que ni siquiera el degradado teniente Hipólito Charles supuso nunca que tenía. Fue duro.

Para roer de alguna forma su corteza pétrea, lo primero que se le ocurrió fue apelar a la propia pena como atajo hacia el consuelo que buscaba en ella. Lloraba cada tarde por la muerte de su tío, y rezaba cada noche, en voz bien alta –para que Dios (y Brígida) lo oyeran-, por la salud de su tía.

La áspera y agria Brígida, no se dejó engañar. Ese muchacho era un demonio, ella podía reconocerlo aún si estuviera más ciega que su ama; pero, como buen demonio, había que admitirlo, también era hermoso, muy hermoso. Por lo demás, el joven Charles se comportaba como un auténtico noble: sobrio, educado, respetuoso, sencillo en su delicadeza, y austero en general. Salía de la casa muy de tanto en tanto para ir al correo (pues decía esperar un giro importantísimo de un socio suyo de París); y a veces, tarde por las tardes, para una misa vespertina, o algún otro oficio religioso por la salud de su tía, y el alma de su tío, y bla blá. Pero de habitual, prefería quedarse a *mano de su tía*, decía, y el resto del tiempo se encerraba en la biblioteca a leer o rezar o llorar sobre el escritorio desierto de su difunto tío, la cabeza hundida entre los brazos, temblando de dolor todo su ser…

Así lo vio Brígida más de una vez, sin que él la viera, y claro…

por dura que sea un alma, siempre es un alma. Un día la inconmovible señorita Brígida, por fin se conmovió, lo vio así, ahí, llorando sobre el escritorio, y decidió entrar, irrumpió entre sus lamentos como entre lianas, se le acercó despacio pero decidida, y cuando estuvo a su lado -sin que él aún se diera cuenta-, lo tocó: le acarició la cabeza, y él se sorprendió, pero deshecho en lágrimas le tomó la mano, y para que no lo viera llorar, hundió la cara contra su inmenso abdomen como contra un colchón. La señorita Brígida no pensó por primera vez, y lo abrazó como una boa. Él quiso agarrarse de algo a través de su cintura inabarcable, pero sólo encontró sus nalgas, las nalgas más grandes que había tenido en sus manos alguna vez, carnosas y colosales, y las apretó bien fuerte para ver qué tan duras las tenía, qué tan sólidas las hacía su desmesura; y ella no dijo nada, callada lo dejó hacer, tocar, agarrar; y como ella no dijo nada, él le abrió su blusa -más bien la desgarró-, y sus pechos saltaron como dos balones de aire liberados de golpe bajo el agua; y él los atrapó y los contuvo y empezó a beber de ellos, a succionar y morderlos, primero de uno y después del otro; mientras ella perdía la cabeza junto con la virginidad.

De allí en adelante, por supuesto, Hipólito se sintió mucho más cómodo en la casa de su tía, ya más a sus anchas, mejor atendido, mejor servido; la cocinera se esmeraba en sus platos, y aunque su tía seguía sin reconocerlo, la señorita Brígida -que era allí la que más importaba, sino la única-, lo trataba cada vez mejor, aunque claro –nada es gratis en esta vida-, también cada vez más seguido lo visitaba en su cuarto, a hurtadillas por las noches, enorme y desnuda bajo su camisón, curiosa como una niña, alzada como una osa; 120 kilos de masa que habían esperado más de cuatro décadas para poder arder… Fue duro, sí.

Ya a poco de andar, previendo o remediando esos ataques inesperados en plena madrugada, Charles decidió tomar la iniciativa en sus manos, y asaltar el cuarto de ella sorpresivamente, intempestivamente, apasionadamente… y literalmente también. Allí acabó el romance.

Desde luego no se le ocurrió en ningún momento quedarse en esa casa para siempre, no era un lugar seguro, sabía que muy probablemente fueran a buscarlo ahí en algún momento, y además, de ninguna manera iba a seguir con esa horrible mujer después de haber renunciado a la bellísima Céline, por supuesto que no. Lo que él quería, tan sólo, era ganar tiempo hasta que llegara el giro de Josefina. Le había escrito apenas pudo domesticar un poco a Brígida, allá por los inicios de febrero, y a fines ya de marzo, aún no

había recibido nada.

Nervioso por el retraso –y no sólo por el retraso, claro-, empezó a pensar -*a temer* (aunque temer era su forma de pensar)-, que tal vez el giro no llegara nunca; que tal vez su carta no había llegado nunca hasta ella; que quizás ella había decidido abandonarlo por completo, echarlo a su suerte, a la suerte de su desgracia ¿Por qué no?... Después de todo, nada los unía, excepto el pasado, un pasado que ya nadie quería recordar –ellos menos aún -; y en cambio, sí, mucho ya los separaba, incluyendo el presente y su porvenir.

Llevado por estos pensamientos, harto de esa casa, de su tía ciega y arruinada; y de aquella criada famélica y repugnante, elaboró un plan alternativo, y rápido.

Sin pensarlo demasiado, se decidió por el juego (no era una opción que debiera pensar demasiado). Sólo precisaba, caramba, de un pequeño capital. Apenas unos poco francos para entrar y… Fue entonces cuando decidió asaltar *literalmente* el cuarto de su amante, la señorita Brígida. El miedo empuja más que el viento.

En el revuelo del tifón que eran sus encuentros furtivos con ella, en el cuarto de ella, en uno de sus tantos malabarismos, Hipólito alcanzó a ver -en el fondo de un armario- un pequeño cobre de metal, laminado en azul, y su cerrojo: *"algo más que hilo de coser guarda Brígida allí",* pensó..

Era un cofre vulgar, no le costó nada conseguir uno idéntico en una tienda de baratijas del centro de Caen; incluso con su mismo cerrojo, y hasta con el mismo grabado del perrito en su tapa En los sucesivos encuentros, Chales enfocó mejor el objetivo. Y al fin una noche, mientras ella roncaba después de un combate febril y feroz; Charles, con sus últimas fuerzas, se arrastró hasta al armario y reemplazó el cofre de la señorita Brígida, por el que había comprado. Y luego huyó a la rastra como una serpiente moribunda, y una vez en su cuarto, ya más animado, confirmó que sí: que algo más que hilo de coser guardaba Brígida allí: 383 francos y 75 centavos.

El giro de Josefina acabó por llegar ya entrada la primavera, a fines de marzo, tarde, apenas tarde, pero demasiado tarde: justo un día después de la hecatombe.

Porque para entonces Charles, comprenderá el lector, ya había perdido en el juego todo el dinero que la señorita Brígida le había prestado sin enterarse. Él pensaba reponerlo inmediatamente, cómo no, en cuanto llegara su giro de París, por supuesto, desde luego, pero, pero… dos días antes, dos días antes, de regreso precisamente del correo, aunque sin novedades *"de su socio"* aún; Charles se topa

con la tremenda señorita Brígida armada de un rodillo de cocina y dispuesta a romperle el cráneo como si fuera de vidrio.

Y allí se vio de pronto hincado y temblando bajo aquél tótem furioso, jurándole por todos sus ancestros que iba a pagarle de inmediato apenas su socio de París le enviara el giro que estaba esperando… La vieja tía estaba ciega, pero no sorda, y el alboroto la alcanzó como una tempestad vecina. Fue su suerte –la de Charles- le salvó el cráneo, y algo más. En nombre del nombre de su familia, la señorita Brígida decidió esperarlo, no creerle, pero tampoco denunciarlo.

El giro demoró un par de días más, pero al final llegó. Y apenas recibido, apenas retirado del correo, monsieur Hipólito Charles huyó con lo puesto sin pisar la casa de vuelta ni para sacar sus cosas.

Hizo bien y tuvo suerte, aunque él nunca fuera a saberlo: de haber demorado un poco más el giro, o de haber optado por pagar su deuda, y quedarse en Caen, seguramente, esta historia terminaría allí, ya se verá por qué.

Aunque por otro lado, también hay que decirlo, de cualquier forma no hubiese podido pagarle a Brígida con la miseria de giro que le mandó su protectora: 300 francos, tan sólo 300 francos, y unas pocas líneas. Una miseria, sí, (Lo bueno de la desesperación, es que no da lugar para eufemismos) mucho más tratándose nada menos que de la esposa del Primer Cornudo… Las pocas líneas, en cambio, no eran poca cosa.

Mi querido amigo: aquí tenéis la ayuda que me habéis pedido. Advertirás que se trata de una cantidad discreta, pues discreción es lo que nos toca ahora. Sin embargo, debo admitir que no pude evitar escribiros, llevada por el recuerdo de nuestras noches y nuestra tardes juntos, y nuestros juegos, y el ardor que aún no consigo apagar con el olvido…¡Oh, mi querido amigo, cuánto hace que no siento nada parecido a lo que sentíamos juntos!... ¿Acaso nunca volveré a sentirlo?...

Ahora sí te digo adiós, y para siempre. Te arranco de mi corazón y de mi piel y de mi cuerpo, dejando un vacío que sólo tú sabíais llenar.

Constanza

Y la misma firma y el mismo remitente.

Entendió lo que buscaba, y lo que le sucedía; y decidió responderle y corresponderle. Ya vería cuándo y qué. Ahora no

tenía tiempo, debía seguir, huir. Ya no sólo Bonaparte y sus sicarios lo perseguían: ahora la temible Brígida también. Su nuevo objetivo era Cabourg, su viejo y buen amigo y camarada Alberto Boinasse. Una diligencia por 35 francos lo llevó directo hasta él, ilusionado y aterrado a cada metro recorrido.

Capitulo 9

A Laglais la *Gran Noticia* lo cruzó rumbo a Trouville-sur-mer, ya por completo decidido -o resignando- a recorrer uno por uno todos los puertos del Canal, y de ser preciso, también sus garitos. Muerta la última de sus pistas, al menos ahora llevaba un grabado -mental pero flamante- del rostro del hombre que perseguía sin conocer desde hacía, entonces, un año y ocho meses. Ahora al menos estaba sobre su rastro, y aunque no lo sabía, sí lo sentía, sabueso al fin.

Por eso el narrador decía unas páginas atrás *"hizo bien y tuvo suerte, aunque él nunca fuera a saberlo: de haber demorado un poco más el giro, o de haber optado por pagar su deuda, y quedarse en Caen un poco más, seguramente esta historia, terminaría allí, ya se verá por qué"*.

Porque apenas una semana después de su escape, poco más o menos, allí llegaba Laglais, a Caen por segunda vez, y más decidido a matarlo que la vez primera. Y lógico: para entonces llevaba casi dos años persiguiendo a esa rata sin encontrar más que rastros vulgares propios de cualquier rata: mordidas imprecisas, y heces como las heces de cualquier roedor…

Había estado en Caen por primera vez en febrero del año anterior, todavía entero y confiado, porque la persecución recién comenzaba.

En Caen, le había dicho su dios, *la rata tenía familia*; así que ya lejos de París, de camino a Inglaterra, posible -seguramente-, buscaría refugio allí. O al menos -estimó, calculó o creyó Laglais- allí sabrían darle, si sabía engañarlos, alguna pista, alguna información del paradero o del rumbo del sobrino a degollar.

A principios de 1801, al comenzar su búsqueda, cuando salió de París, sin detenerse casi -más que para aprovisionarse, descansar (y buscarlo aún mientras dormía)-, Laglais marchó directo hacia Caen. Llegó hacia febrero, y vigiló la mansión de los Charles sin que lo vieran, hasta bien entrada la primavera. Y a fines de mayo se rindió.

Se trataba de un viejo palacio suntuoso y percudido, rodeado de grandes jardines rodeados a su vez de grandes bosques, y en los cuales cada mañana hasta su noche, durante esos casi cuatro meses, Laglais instalaba su puesto de observación, y lo esperaba.

Pero al cabo de aquellos casi cuatro meses de maniática vigilancia desde variados ángulos, el sargento André Laglais estaba

en condiciones de informar -si es que tuviera a quién-, que allí no había ni vivían más que una anciana ciega, una obesa mujer –aparentemente su criada-, y la espectacular decadencia de la antigua Francia cayendo sobre las dos. Nada más. Ningún hombre joven o viejo ni siquiera de paso. Se rindió.

Tal vez Charles nunca pasara por allí, tal vez... Su dios no le había dado la certeza, apenas mencionó que allí, en Caen, tenía parientes. Pero el miedo y la falta absoluta de orgullo, de dignidad y amor propio, les conferían a las ratas su proverbial astucia para sobrevivir a todo. (Laglais no pensaba así, pero más o menos). Al fin y al cabo, tal vez Charles no fuera un idiota, sino sólo una rata. O tal vez nada más esperaba a que se calmaran las cosas, y entonces sí recurriría a sus parientes de Caen. Todavía no hacía ni siquiera dos meses del imperdonable atentado contra su Jefe… Sí, se dijo, *tal vez*.

Confuso pero todavía confiado (la persecución recién comenzaba), Laglais se compró un caballo, dejó Caen, y volvió hacia París. No a París, sino *hacia* París, a *barrer* ahora sí las dos riveras del Sena, buscándolo en cada tugurio, fonda, pensión, lupanar y calle que le saliera al paso.

De Caen subió a Honfluer, y de allí bajó hasta Nanterre, para volver a subir por las dos riveras del mismo río que también bordeaba el otro... Pero uno se movía en círculos, y el otro en zigzag.

En mayo de 1801, Laglais abandonaba Caen cuando Charles aún estaba con Céline, entre Franconville y Monmorentcy. Recién aquél agosto Charles volverá al camino, huyendo de Céline hacia Caen, pero por la rivera sur del Sena, mientras el otro baja cruzando el río de una orilla a la otra, sin topárselo nunca. Uno estaba en Maisons Laffitte cuando el otro pasaba por Taverný; Lagalis cruzaba Louviers hacia el sur, mientras Charles iba camino de Bernay rumbo a Caen, en donde Laglais había estado más de un año antes por primera vez, para volver justo una semana después de que Charles huyera de allí sin pisar la casa ni para sacar sus cosas. Hizo bien, y tuvo suerte, aunque él no fuera a saberlo nunca. Laglais ya estaba allí por segunda vez, y con más ganas de matarlo que la primera.

Aunque vale apuntarlo: desde que había salido de París, Laglais ya no era más Laglais, sino *Marcel Savoir*, un triste vendedor de barómetros que recorría Francia ganándose la vida, mientras buscaba a su paso -dolido pero esperanzado-, a un gran amigo suyo que no veía desde hacía tres años…

Era una triste-triste historia, por eso Savoir iba tan triste: su

amigo se llamaba Hipólito Charles, era un muchacho joven, de pelo rojizo y enrulado, y con una suave cicatriz bajo el ojo izquierdo. Había sido teniente de húsares y participado en las campañas del norte de Italia, donde infelizmente, en Montenote, fue herido gravemente en la cabeza… Volvió de la guerra, condecorado y entero por fuera, pero roto por dentro. Su memoria había sido fulminada. El pobre Charles vivió algún tiempo al cuidado de su anciana madre, pero la pobre murió al poco tiempo –en buena medida apuñalada a diario por la mirada vacía de un hijo que no podía reconocerla-, y ahí él, Marcel Savoir, viejo amigo de la familia, frente al último suspiro de la anciana mujer, juró cuidar de su hijo para siempre, y así lo hizo hasta que un día de hacía casi dos años el pobre infeliz se perdió de su mano por las calles, y desde entonces el otro pobre infeliz lo buscaba por toda Francia mientras vendía barómetros, contaba esta historia, y preguntaba por él.

Era una historia bastante rara, no sólo trágica. Pero las gentes a quienes Laglais se dirigía, seres amansados por la guerra y la ignorancia, no se extrañaban ante ninguna desgracia, y todos trataban de ayudarlo. Tanto que Laglais llegó a pensar que acaso la historia fuera *demasiado* trágica, pues aquellas gentes lo ayudaban *demasiado*. En todas partes siempre alguien creía haberlo visto. De pronto el mundo parecía poblado por *hipólitos charles* y nada más. Ya no quedaba sobre la tierra un hombre que no tuviera *esa* cicatriz bajo *ese* ojo; ahora un joven de pelo rojizo aparecía en todas partes al mismo tiempo como los monstruos de la infancia, y de pronto su mítica cicatriz bajo el ojo se movía como una serpiente, ondulaba y se enderezaba, se alzaba, se tensaba o se arrastraba, según dijera, insinuara, o quisiera Laglais, es decir, Savoir…

Tal vez su historia era demasiado trágica, o tal vez aquella rata andaba sí por todas partes (las ratas hacen esas cosas); o tal vez, al cabo de un tiempo ya prudencial -se terminaba el invierno de 1802-, la rata hubiera decidido a esconderse por fin en Caen... O tal vez, simple, trágicamente, Laglais ya no supiera para donde ir, y así sin más regresaba perdido al punto de partida…

Lo cierto es que de paso por Vermon hacia fines de marzo, decidió tomar hacia Lyons La Foret, y de allí a Caen, adonde llegó por segunda vez justo una semana después de que Charles… Pero fue allí, en Caen, donde, pragmático y sólido como era, descubrió que una inusual ansiedad en él, comenzaba a traicionarlo.

Era esa visión, se dijo, y volvió a mirarla –a imaginarla-: él entrando de vuelta a Su despacho, pero alzando la cabeza cuidadosamente cortada del traidor (la imagen ya no incluía el saco

sangrante, ahora Laglais sostenía la cabeza de los pelos, y aunque no podía verle el rostro, porque nunca se lo había visto, sí veía la sangre que caía ensuciando gloriosamente el despacho del Amo), y lo ve al Amo, que se le acerca radiante y conmovido por la victoria que le debe, y lo abraza… En Caen descubrió que su ansiedad empezaba a traicionarlo. Porque la ansiedad, como el miedo -o el exceso de coraje-, siempre traicionan al soldado. (Laglais no pensaba estas cosas, porque ya las sabía). Debía calmarse, centrarse en su objetivo, planificar mejor sus movimientos, trazar con inteligencia, y no con pasión, sus exploraciones, organizarse... Se lo dijo a sí mismo. Incluso en voz alta. Y se lo dijo allí, en Caen, en su segunda visita, porque fue tan luego allí, al cabo de semanas de vigilar otra vez aquella misma casa, desde aquellos mismos bosques -esperando cada día la llegada previsiblemente nocturna de un hombre joven y atemorizado-, cuando al cabo de un día, harto –*ansioso*, a qué engañarse-, al caer la noche, decidió simplemente llamar a la puerta de la casa con toda normalidad y calma, y con toda normalidad y calma preguntar por él, por su objetivo. Y así lo hizo. O al menos, lo intentó.

Decidido, encaminado –*ansioso*, qué va-, hasta llegó a creer que allí también funcionaría la sencilla argucia de la *amabilidad*, estrenada hace tanto con el gordo conserje de la rue de Vendóme, y ya representada tantas veces a lo largo del Sena, que más que una argucia -o si se quiere un *personaje*-, la farsa, la *cosa,* se había convertido en una especie de ayudante inseparable, un escudero, o algo así. Por supuesto, acá no le serviría, en cambio, su extraña y trágica historia sobre del amigo de la familia que buscaba al pobre y descerebrado Charles; pues aquí trataría justamente con *la verdadera familia de Hipólito Charles;* así que esta vez eligió mejor la más sencilla historia que le había contado al gordo conserje de la rue de Vendome, sobre el querido y aguerrido camarada que era un tigre en la batalla, y todo eso… Decidido, convencido, y sonriente, llamó a la puerta.

Pero le abrió la señorita Brígida.

Acaso el lector imagine el disgusto de aquella mujer maloliente y malhumorada -y para entonces también estafada, burlada, despechada, y finalmente abandonada y arruinada, (sin su dinero y sin sus besos)-, apenas oyó el nombre de ese *crápula, miserable, cretino, bastardo y marrano* de Hipólito Charles.

Soldado de mil batallas, Laglais podía reconocer el peligro aún dormido. Retrocedió sobre sus pasos sin sacarle los ojos de encima; y acabó huyendo de la señorita Brígida igual que su presa: asustado,

confuso, y sin saber hacia dónde…

El alma del guerrero no sabe desesperar, pero Caen era su gran esperanza y la había perdido.

No es que pensara hallarlo allí todavía, esperándolo tan luego a él para decapitarlo con calma, no, por supuesto que no; pero sí mantuvo tibia la ilusión de encontrar al menos una pista que le dijera por dónde seguir, cómo, o algo... La poca información oficial con que contaba -la que Él personalmente le había dado (con la precisión de los dioses)-, era sólo esa: *que tenía parientes en Caen*. Nada más. Ni menos. Para Laglais, significaba una esperanza, una luz, quizá sólo un madero en el océano, pero *algo*... Y ahora, de pronto, estaba en Caen otra vez, y otra vez no tenía nada ni lo tendría ya.

Trató de consolarse o conformarse. Al menos ahora sabía que Charles había pasado por allí, y que allí ya no volvería. Y sabía también que su dios no le había mentido: *Hipólito Charles tenía familia en Caen*. Tal vez no le sirviera de nada, pero para él servía de mucho. Su dios no le había mentido…

De nuevo allí otra vez en plena calle, Laglais se encontró mirándolo todo a su alrededor como quien mira el mundo entero. Otra vez. En cualquier lado podía estar esa rata. Así pensaba Laglais.

Tantos meses barriendo de un lado al otro las dos orillas del Sena, de sur a norte y de norte a sur a través de aldeas y pueblos y llanos y colinas; a través de Ille de France y la Alta Normandía; mintiendo su nombre en cada lugar, ocultando el orgullo de ser quién era, sonriéndoles a quienes de buena gana hubiera golpeado; lejos de sus camaradas, mezclado y fundido en garitos infernales entre lunáticos sin redención; buscando en cada cara una cicatriz bajo cada ojo izquierdo, un hombre joven, un cabello rojizo; buscando un rostro que alguna vez hubiese parecido agraciado; días, noches, semanas, meses buscándolo y buscándolo, y al cabo de casi dos años, no tenía nada. Ni siquiera la esperanza que llevaba a Caen.

Pero no estaba cansado: estaba ansioso. Quería volver y entrar de nuevo a Ese despacho alzando esa cabeza sangrante, sin su saco o como fuera, victorioso ante Sus ojos…

Debía calmarse. Lo sabía, era un soldado de elite, algo más que un soldado: una máquina diseñada para someter cualquier tipo de emoción errónea, al sólo fin de recibir órdenes y ejecutarlas, o estallar en el intento. Así lo habían fabricado. La ansiedad era un desperfecto momentáneo que había que resolver, y listo.

Una vez expulsado por Brígida, sin saber a dónde ir, se quedo en Caen. Decidió calmarse, tranquilizarse, descansar y pensar.

No esperaba tampoco encontrarlo en la ciudad, desde luego que no, tan aturdido no estaba. Pero igual salió a buscarlo, anduvo las calles, rondó los bares, se mantuvo lejos de las prostitutas -como le había aconsejado Él-; pero acabó una vez más por meterse en un antro de las periferias para jugadores de baja estofa y escasa fortuna. Ninguna cicatriz bajo ningún ojo. Pero ganó de nuevo.

Quinientos ochenta francos. Y no ganó más, porque no jugó más. El juego se interrumpió. Él lo interrumpió, Laglais. Savoir. En un momento a su lado se instaló un hombre de unos sesenta años, voluminoso, gordo, perforado todo su rostro por el vino y la viruela, un viejo jugador y nada más, pero envuelto en una capa derruida de color azul cielo como las capas de los húsares. Era, efectivamente, un capote de húsar.

Laglais, al verlo, admirado, le preguntó si había combatido, si es que de verdad alguna vez había pertenecido al glorioso cuerpo de los húsa… pero el gordo se descompuso en carcajadas sin dejarlo terminar… ¿Combatir? ¿Él? ¿En el cuerpo de *husa-qué*…? Vaya. Todos allí conocían al viejo perdedor, así que todos rieron imaginándolo un húsar. Ja ja, qué risa, sí... No, no, señor, la capa nada más se la había ganado en el juego, y seguramente así la perdería pronto. Ja ja, más risas, sí... Laglais también reía a mandíbula batiente, le encantaban las historias del gordo jugador. Todos reían. El juego perdió ritmo. Laglais quería más. Qué risa. Se la había ganado a un hombre, sí, a un hombre joven, a un enfermo más enfermo que él, y que no pudo parar de perder hasta que le llevó también su caballo, su ropa, la capa... Qué risa, ja ja, sí... *¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Dónde?... ¿Cuándo?...* Oh, aquel gordo vicioso y putrefacto, no podía recordarlo, ni tenía ganas de hacer ningún esfuerzo por recordarlo, estaba muy gordo, qué risa, ja ja, demasiado gordo, ja ja…. Pero Laglais insistió, y las risas comenzaron a apagarse como ruedas que de golpe encuentran fango; *vamos, dilo, gordo, cuándo y dónde has conseguido ese capote,* Laglais ya no reía. El gordo tampoco. El juego se detuvo. Y las risas y los otros. Pero nada de eso logró refrescar la memoria del gordo. Laglais se tensó de tal forma, que por un instante las dos mitades de su cara volvieron a ser un solo rostro. Como si fuera la ira su forma original.

-- Vamos, gordo, dilo… -le ordenó y lo tomó del cuello y la cara del gordo se bañó inmediatamente de un sudor lechoso; la gotas brotaban o se hundían en la infinidad de los pozos de su piel, ahora

casi allanados por la tensión total de su pavura- Vamos, gordo, dilo…

-- Hará un mes, en Ruan –escupió el gordo, sus ojos parecían dos bolas de billar, y todo él temblaba como afiebrado – en Ruán, hará un mes –volvió a escupir.

Temblando y sudando, palúdico casi, el gordo describió físicamente al perdedor del capote. No era Charles, claro que no, se trataba de otro hombre, un hombre calvo y sin su brazo derecho. Pero tal vez él sí lo llevara hasta Charles, pensó Laglais, soltó al gordo, tomó su dinero, y se marchó.

Su ansiedad lo traicionaba de nuevo. Pero tanto, que esta vez ya ni siquiera se dio cuenta. Desesperado por una pista, exigió una y se la dieron. Marchó hacia a Ruan, si allí no encontraba nada –previó o creyó-, iría, luego, a recorrer uno por uno todos los puertos del Canal hasta Dukerke si fuera preciso, pues por alguno de ellos la rata buscaría su agujero para cruzar a Inglaterra, único destino concebible para ese miserable traidor... Así exactamente pensaba Laglais.

Y mientras Laglais partía rumbo a Ruan, a sus espaldas Charles alcanzaba Cabourg para encontrarse con el repentino desprecio de su buen y viejo amigo y camarada Boinasse, rabioso bonapartista de repente, sobre todo desde que la prefectura de Cabourg, con tan buen tino por parte del Primer Cornudo, le había sido confiada a su no menos atinado padre, monsieur Luis Boinasse…

Así que Boinasse, Alberto, el hijo, su buen y viejo amigo y camarada, lo denunció. Charles nunca lo supo porque no tuvo tiempo: escapó apenas verlo previendo ya que lo haría. Y es que Boinasse –como todo buen bonapartista- estaba al tanto del infortunado incidente que relacionaba a Hipólito Charles con aquél atentado del 3 de nivoso, (el *terrible atentado*, como le llamó Boinasse); y aunque ya lo sabía perdonado, indultado, o algo así, igual osó preguntarle, con manifiesta alarma, qué era lo que buscaba allí en Cabourg, *donde ningún conspirador era jamás bienvenido*, no le dijo Boinasse, pero rápidamente quedó muy en claro entre los dos.

Charles se fue, huyó. Y Boinasse lo denunció. Avisó a París, al ministro Fouchet, y no tanto por defender al régimen, como para demostrar su lealtad. En un trámite de rutina, la especie corrió por todos los canales habituales, circuitos de inteligencia, la prensa propia –su mayoría-, y los boletines internos del ejército que nunca dejaban de recordar, con rango, nombre y apellido, a cada uno de sus traidores… Pero por entonces las conspiraciones eran tantas y

tan habituales, que la noticia y su nombre se perdieron en las arenas innumeres de otras noticias y otros nombres similares. Por eso se podría decir que resultó casi *milagrosa* la conducta de flecha que finalmente la llevó hasta los oídos exactos del sargento Laglais.

Llevaba ya un par de semanas ahogándose en el aire sin aire de los incontables garitos y cuchitriles de Ruan sin encontrar ningún calvo sin brazos, ni cicatrices bajo los ojos… otra vez la rata se le había esfumado. Vagaba y vagaba, sin rumbo ni esperanza. Perdido.

Ya se había cortado su coleta hacía mucho, hacía mucho que vestía de civil, ni siquiera guardaba sus mostachos, nadie podía pensar que ese hombre fuera nada menos que un sargento de la Guardia Consular, ni siquiera ya caminaba como tal, así, tan erguido, tan orgulloso, tan seguro. Sabía camuflarse, era un soldado de elite.

Pero aún así, una noche, en una taberna donde comía solo (los impostores no tienen amigos), Laglais no pudo resistirse a pagar -como un anónimo admirador del llano puro-, la cena de cinco impresionantes camaradas que él contemplaba con nostalgia, granaderos de la Guardia, semidioses del dios.

Ellos, en agradecimiento, no sólo lo invitaron a su mesa (donde el secreto sargento fue feliz después de mucho), sino que tuvieron con él un gesto que él sabía que no tendrían con cualquiera: como el señor Savoir les dijo que él también sabía leer y escribir, al igual que todos los grandiosos granaderos de la Guardia, ellos, en un cambio de atenciones, le regalaron allí, autografiado por los cinco, un número del último Boletín de la Guardia, donde se los distinguía a los cinco allí presentes, y a cada uno con su rango, nombre, hazaña y apellido. Una velada memorable.

Así que luego, más tarde, ya en su cuarto, porque se los había prometido, Laglais leyó aquél boletín sin despreciar ni sus fechas, y fue así como se enteró, en un aparte, que *un peligroso conspirador, un ex teniente de húsares, registrado en las filas del Ejército bajo el nombre de Hipólito Charles, había pasado por Cabourg*.

Voló.

El boletín era reciente, la noticia no tenía mucho más de una semana. El secreto sargento voló hacia Cabourg con su caballo.

Llegó a fines de julio, Charles ya no estaba en Cabourg, pero Boinasse lo recibió con entusiasmo. Desde luego, Laglais debió ocultar la verdadera identidad de su Jefe, pero Boinasse confió sin vueltas en la historia del *agente de la policía secreta de Fouchet, que por razones de seguridad, y en forma confidencial, hacía vigilar de cerca a todos los que alguna vez habían conspirado contra El Primer Cónsul.*

Lógico y muy prudente, le pareció a Boinasse, y colaboró cuanto pudo.

No le dio demasiada información, pero sí sustanciosa. Le contó su cara y su aspecto con detalles flamantes: el cabello corto, casi al ras; el mostacho prominente, rojizo también, las canas prematuras en sus sienes, su estatura con exactitud, la ropa que llevaba puesta, su acento bretón, sus tres o cuatro kilos de menos, y la cicatriz, sí, la marca aquella por fin, breve pero definida bajo el ojo izquierdo; su forma sin error, la medialuna exacta que dibujaba hacia abajo como una lágrima de sangre…

Despuntó agosto y Laglais partió de Cabourg con una nítida pintura de su presa. *Ahora sí*, se dijo, y coincidió con Boinasse en que, seguramente, la rata, el traidor, buscaría al enemigo, a Inglaterra, por algún puerto del Canal, y allí marchó. Al galope también y también hacia el norte.

Más o menos por allí y por entonces se los cruza la noticia: Bonaparte es el jefe de todos los jefes, y para siempre. Es una Gran Noticia, cómo no. A uno lo envalentona, al otro lo espanta. Los dos corren.

Capitulo 10

Conforme Hipólito Charles escapaba de Napoleón, su admiración por Él se agigantaba como se agigantaba Él… Paso a paso descubría la fina trama de Su castigo: había convertido Francia, y luego Europa –y en breve todo el mundo-, en una sola celda cada día más estrecha, y contra cuyas paredes constantes él chocaría hasta morir. Genial.

Muerto el verano, reptó a través del otoño, y ahora ve que el invierno de nuevo se le viene encima; y que el invierno también es Él. En cada grito de cualquiera oye Su voz; cada mirada lo escalda como la Suya; en cada mano que se agita ve volar Su puñal de nuevo contra su cara… Sigue, huye, camina, corre, una vieja carreta lo levanta, un buen coche lo desprecia, simula que viaja, miente, sonríe y tiembla

Al dejar Cabourg no se detuvo hasta Honfleur, cruzó el Sena, atravesó Harfleur, y siguió por el litoral marítimo hacia el norte hasta llegar a Le Havre, uno de los puertos más importantes de la costa francesa sobre el Canal de la Mancha, y que a fines de 1802 parece concentrar contra sus dársenas al Gran Ejército completo... Pero es sólo una ilusión óptica, basta seguir y subir para ver al Gran Ejército por todas partes como una muralla metálica y flexible, sólida pero gelatinosa, extraña aleación de sangre y acero, infalible también.

Sin sacarle un ojo jamás a sus propias espaldas, Hipólito Charles (que ahora dice llamarse algo así como George Decasse, o cosa por el estilo), simula ser un simple profesor de historia en viaje hacia su nuevo destino en una escuela más al norte, siempre más al norte… y así pasa entre los soldados como una hormiga entre leones.

Atraviesa Le Havre y su Gran Ejército, y cree que con eso ya cruzó las líneas enemigas, pero antes de llegar a Etretat, comprende con horror que en realidad no hace otra cosa que caminar por encima de esas líneas, así como andaría un equilibrista sobre una cuerda que se incendia.

Sigue, huye, simula que viaja, sonríe y tiembla, y cruza otros puertos con la misma suerte vana. Al pasar por Fecamp decide escribirle a Josefina una vez más. Le pide dinero, otra vez, desde

luego, y otra vez envuelve su ruego en ardores mustios que revive sin sentirlos, garabatea recuerdos, menciona una noche, una fiesta, una casa, un toillette donde se escondieron de todos durante diez minutos mientras Él estaba en Egipto… ¿o era en Italia?... De cualquier forma, eso no lo menciona, sólo habla del sabor inolvidable entre sus piernas, de su boca allí, aquí, así… Le pide que le gire por favor al correo de Berck a nombre de quien firma esas líneas: *tu apasionado siempre, George Descasse*.

Despacha la carta desde el correo de Fecamp, y sigue, sube, cruza Dieppe, deja atrás Le Treport, y llegando a Saint Valery se detiene frente al estuario del Somme y se queda durante horas mirando el agua estupefacto, perdido o rendido -muy bien no lo sabe ni se lo cuestiona-, sólo mira el agua, el río en su embestida contra el mar, el choque, la batalla que ninguno gana, la no-victoria de los dos, que es pura espuma, y que aún así, no cesará jamás, se enfrentarán por siempre; piensa sin pensar lo que piensa, y se va a dormir.

Busca, encuentra, una fonda, un plato y una cama miserables, y por inaudito que suene, por un instante o menos, es algo así como feliz. Considera, no olvida, la posibilidad cierta de ya no despertar mañana por la mañana, o sí, o despertar pero sin su cabeza en su lugar, se dice y ríe. No, no se le escapa que acaso su asesino ya esté sobre su sombra, ahí nomás, en ese mismo instante subiendo la escalera hacia su puerta, evitando las tablas más flojas para que el piso no cruja, desenvainando su daga silencioso, infalible él también, lo piensa, cómo no… Pero igual se duerme, resignado o vencido, rendido o entregado, qué más da. El miedo a veces paraliza y a veces impulsa, pero a veces también demuele.

Igual esa noche no corre peligro. Esa noche su perseguidor se estancó en un garito de Harfleur detrás de una premonición que se cumplió en el juego, pero no en sus ansias. Ganó, sí, de nuevo, pero no encontró a ningún hombre ni siquiera parecido a Hipólito Charles. Ganó 460 francos, fue una noche de suerte, aunque no para él, sino para el jugador desesperado que simulaba ser, y que allí una vez más lo obligaba a celebrar lo que a él, a Laglais, no le importaba nada. Ni su victoria, ni su dinero. No precisaba dinero, y no veía ninguna victoria en el azar. Tal vez por eso lo asistía una suerte, que su perseguido, gustoso, hubiese cambiado por su vida.

Con dinero y sin nada, Laglais siguió hasta El Havre, pero llegó cuando el otro ya lo había cruzado dos meses atrás. Había abandonado, para entonces, la trágica historia del hermano perdido, ahora sólo buscaba un hombre exactamente igual a la descripción

que recitaba de memoria tal como se la había oído a Boinasse. Sabía que sus preguntas a quemarropa, y su rostro todo roto, atemorizaban hasta a los árboles… pero si a Charles lo perseguía el miedo, a Laglais lo asediaba la ansiedad. Barrió de tal forma El Havre, que al cabo de unos pocos días ya lo reconocían por sus calles hasta los extranjeros de paso. Pero ni rastros de Charles.

O sí, bueno: de nuevo siempre alguien lo había visto, pero… no con el bigote que decía Laglais, o sí, pero no rojizo sino negro; o rojizo pero sin ninguna cicatriz bajo el ojo izquierdo; o sí, pero entonces ya no tenía ni el pelo ni el mostacho ni su altura… Charles no estaba en El Havre, quizá había estado, sí, pero entonces ya lo había cruzado… *¿O ya había cruzado el Canal?* Pensó y se erizó. Si salía de Francia, su trabajo iba a complicarse mucho; si alcanzaba Inglaterra, lo habría perdido. El Gran Ejército cerraba sus filas sobre toda la costa, pero el insecto bien podía atravesarlo exactamente igual que una hormiga entre leones. Laglais no lo pensaba así, pero así pensaba Laglais.

Y también pensaba que no se perdonaría nunca haberle fallado a su amo. No creía en otro dios que en Él, pero aún así, se oyó pedir por Dios alguna huella, alguna marca, algo debía dejar en su camino, después de todo se trataba de un hombre, no de un fantasma, ni siquiera de una rata ni un insecto, era nada más que una persona, se repetía Laglais, cada vez más seguido, para alentarse, para sostenerse, para seguir… para no olvidar jamás que perseguía a un hombre, a un ser físico, invisible pero material…

Más o menos por entonces el distingo que suponía su misión, comenzó a pesarle como un castigo. O mejor -se dijo-, como una prueba que su dios le imponía, y que él debía superar. Fuera como fuera, su fervor se redobló. Era un soldado de elite, no un hombre común. (También esas cosas gustaba repetirse).

Y acaso su intuición también se redobló como el fervor, porque dejó El Havre y cruzó Etretat sin sentir que debía detenerse, sabiendo ya que allí tampoco estaba. Aunque en verdad, le pareció obvio: demasiadas tropas, demasiados ex camaradas con ganas de masticar traidores, no: el traidor seguiría sin pausa hacia el norte, seguro. *¿Dieppe, tal vez?*, palpitó con fe, pero esta vez se equivocó.

Una vez cruzado el Somme, Hipólito Charles ya no se detuvo hasta el puerto de Berck, donde lo esperaba -suponía y rezaba-, un nuevo bendito giro de su bendita Dama de las Victorias… y porque además en Berck había oído que allí aún había buques que se animaban a cruzar el Canal. Por alguno de los casilleros, pensó, se dijo, la rata encontraría una salida.

Y sí. No hubo salida tampoco en Berck, ningún buque se animaba a cruzar allí tampoco, porque allí también estaba Bonaparte, magno y vengativo, diseminado en Sus incontables criaturas de azul y de rojo, artillada Su prestigiosa cabeza por la cornamenta con que él mismo lo había coronado, y con la cual Él ahora habría de perseguirlo toda su vida como el sol…

Pero para su alivio, su *virgencita de todas las lujurias* no consigue olvidarlo, y en Berck lo esperan algunas líneas, y otro giro.

Las palabras eran ardores, pero el giro era efectivo. Otra vez una suma pequeña, *discreta*, pero vital. Sin acordarlo advirtió con amargo entusiasmo que despacio entre los dos establecían una especie de sistema: él le anticipaba a su estafeta de París los puntos por donde habría de pasar, y el nuevo nombre falso bajo el cual debía girarle. Hasta se podría vivir para siempre así, pensó y tembló, y al mismo tiempo paladeó la pícara pena de recordar que tan provechoso sistema postal, se lo debían también a su Revolucionario Marido.

Ahora el lugar era Berck, su nombre *George Decasse*, y la suma recibida: 400 francos. Lo demás era fiebre. Josefina lo extrañaba sin solución. El Supremo no lograba superarlo, vaya… El Cornudo Vitalicio seguía sin poder hacer gozar a su hembra como lo hacía el mínimo ratón Charles… ¡Pero qué buena historia se perdían los periódicos ingleses!... ¡Las confesiones del amante de Josefina perseguido por Bonaparte!... ¡Su insatisfecha esposa clamando por un poco de placer!... ¡Las cartas de ella! ¡Ah… había pasajes de verdad jugosos!. *"¡Oh, mi querido amigo, cuánto preciso volver a abrazarte entre mis piernas y trabarte contra mi pelvis, y sentir que me taladras y te hundes hasta el fondo de mí para quedarte allí, adentro siempre(…) ¿No crees que mi vientre sería un escondite inexpugnable para ti?(...) Mi esposo no me ve sino como otra de sus posesiones, que no merecen placer ni buen trato, sino apenas atención, cuidados, mantenimiento"*…Y también estaban las cosas que ella le había contado y que él podía contarles: *que tiene mal aliento, que no come sino traga, que sufre de hemorroides, que no eyacula sino orina*… Nada más con eso se le abrirían las puertas del mismísimo Palacio de Buckimham, y de toda la Gran Bretaña; y todos los pueblos libres del mundo, lo considerarían un benefactor y un héroe. Nada más debía cruzar ese canal, ese maldito canal, tan estrecho y tan ancho, que ni siquiera el Gran Ejército terminaba de animarse.

Cobró su giro, y siguió. Atravesó Berck, Calais, Le Bouquet, en noches y días que fueron una sola noche. No dormía, o dormía pero no lo recordaba, buscaba una salida, y se hundía cada vez más en la

garganta del enemigo.

Hacia Boulogne-sur-mer el espectáculo era ya conmovedor; aun para él, disidente, deshonrado y prófugo. El Gran Ejercito parecía algo total, absoluto, la única cosa capaz de ocupar el planeta entero. No se veía, entre sus líneas, una fisura, una grieta, una mínima salida, ni siquiera para una mínima rata… Envidiaba a las ratas. Las veía subir a los barcos de todas las banderas sin que nadie les pidiera credenciales, salvoconductos, pasaportes, contraseñas; apenas alguna cada tanto recibía una patada y al agua, pero quién no…

-- ¡Ninguna puta podía costar tanto!- gritaba callado a través de un ejército devoto de esa Puta.

¿De verdad pensaba invadir Inglaterra?... Sí, por qué no... Si estaba tan desequilibrado como para hacerlo perseguir a él, luego de fusilarlo sin fusilarlo, y de perdonarlo sin perdonarlo; pues entonces bien podía estar lo suficientemente loco como para arrojar todo su ejército al mar, por qué no…

En Pas de Calais le asustó más que nada haber considerado seriamente la posibilidad de explicarle a uno cualquiera de esos guardias que custodiaban las aduanas y los puertos, que él era nada más que una rata y que tenía todo el derecho del mundo a subir al barco que se le diera la gana porque el buen Dios protegía a las ratas… Lo pensó de verdad, y se asustó.

Estaba cansado. Precisaba descansar. Enloquecía y lo sabía, pero sintió que saberlo, ya no lo servía para nada. Recordó a la hermosa Céline y a su hijo, que pronto cumpliría un año, que quizá ya caminaba y ya decía sus primeras palabras… y se aferra a esos pensamientos más que a las bridas de su caballo. No tiene otra cosa. Descubre que no alivian su angustia, pero al menos lo distraen del monótono espanto de fugarse para siempre sin tener hacia dónde, sin tener para qué, mirando hacia atrás sin mirar a dónde va, sin durante ni después, sin futuro ni presente, sólo el pasado, de a ratos, lo sostiene.

Vuelve a verse en su uniforme de húsar, elegante, perfumado, sonriente, espléndido en una fiesta, en los casinos mejores con sus mejores ropas; se vio en su coche con una bella mujer, y después con otra, y también con La Primera Dama, vuelve a verse, desnudos en Su cama mientras Él mata lejos; y volvió a Céline y a su hijo, ¿o sería una hija?, alcanzó a preguntarse perdido de regreso en los días con ella en aquella casucha miserable y segura, y el trabajo honesto y al sol, y el cuerpo de ella, perfecto y siempre a mano, siempre suyo, entre los árboles del bosque o en el río bajo la luna; se aferró

a esos recuerdos, no tenía otra cosa abatido por el futuro, sin presente ya, cuando a fines de aquél otoño, casi llegando a la frontera de Bélgica, decidió volver. Como si hubiese cómo.

Con el dinero de su protectora se compró otro caballo, uno mejor, un buen abrigo, y hasta un carricoche de juguete para el niño, y galopó durante días y noches desandando sus pasos para sumergirse de nuevo en la masa cada vez más densa del Gran Ejército absoluto. Pero a tal punto lo encandila en un principio su obsesión, que ahora pasa entre ellos sin miedo ninguno, ya no como un insecto, sino mejor: como un fantasma, descarnado, impalpable; ciego a sí mismo, invisible; sin poder temer porque ya no pensaba, enloquecido, hacia el sur, hacia el pasado, hacia Laglais...

Capitulo 11

Laglais en cambio contempla aquella misma pulcra marejada de tropas sin ningún temor aunque tampoco lo contrario, sino más bien con una mezcla intratable de admiración, envidia y melancolía. Era uno de ellos, y no, ya no, aunque todavía sí, de alguna manera sí, pero no… La verdad, estaba bastante confundido. Aunque tampoco era hombre de preguntarse demasiado qué sentía o por qué, ni siquiera le daba importancia a lo que sentía, porque para él lo único importante era cumplir con sus órdenes y alcanzar sus objetivos. Así pensaba Laglais. Y mucho más en aquellas circunstancias, cuando sus órdenes emanaban de Quién emanaban. Qué podía importar entonces lo que sintiera un soldado cuando era su patria lo que estaba en juego. Bah… Y aún así, hay que decirlo, a Laglais no le gustaba lo que sentía, esa mezcla intratable que ni siquiera podía definir, aunque por un instante lo intentó.

Lo había buscado por toda la costa desde los inicios del verano hasta que ahí tiene de nuevo otro invierno; había ido desde Cabourg hasta Le Havre, desde Le Havre a Le Treport, y allí se detuvo. Ya no quiso seguir.

Ahora llevaba un par de semanas estacionado -¿estancado?- en ese puerto; y no porque tuviera alguna buena pista, ni siquiera un pálpito, sino porque otra vez no sabía cómo seguir o por dónde, y ya ni siquiera su ansiedad le sugería un rumbo.

Desolado -o confundido (o perdido)-, sin más recursos que su olfato saturado, ni más información que la ya descartada, por instinto animal, decidió parar, descansar y pensar; y Le Treport le pareció un lugar tan bueno o tan malo como cualquier otro.

Desde que jugaba, había aprendido ciertas aristas de la suerte (caprichos, triquiñuelas, fisuras o secretos, impurezas del azar donde a veces el hombre bien podía…), y empezaba a pensar que tenía cierto poder sobre ella, sobre la suerte, porque además, desde que jugaba, ganaba casi siempre, así que era rico, o al menos tan rico como nunca precisó ni le importó serlo. También es por eso que andaba así por las calles de Le Treport, tan bien vestido, tan bien afeitado, y tan mal dispuesto.

Y es que estaba aburrido y no sabía nada de eso. La miseria y la guerra no le habían enseñado nada sobre el aburrimiento; y para colmo –no es un dato menor -, desde que empezara con su misión, sólo dos o tres veces se había atrevido a desoír el último consejo del

Supremo Jefe (*"cuídese de las prostitutas")*… Para ser precisos, tres veces exactamente lo había desobedecido. Pero las tres veces, un extraño sentimiento inmediato, una especie de resaca de la desobediencia, lo había condenado a una rápida culpa que borró enseguida cualquier vestigio de placer… Si mal no recordaba, la última vez había sido en… ¿Stains? ¿En un prostíbulo de Stains alumbrado de azul?... Algo así le parecía avistar en su memoria, pero hace mucho y allá lejos, y ahora, allí, así, solo y sin rumbo por las calles de Le Treport, cumplía más de un año de abstinencia, y estaba aburrido, y desolado, y perdido, y… y precisaba una mujer aunque su dios se la negara.

Sin proponérselo pero conciente de la dirección que seguían sus pasos, anduvo como en declive hasta una casa de putas que una región de su cerebro –en un reflejo de otros tiempos- había registrado al pasar. Pero no entró ni se detuvo, siguió de largo en la inercia de su indecisión, tentado por tentar la suerte, porque desde que jugaba hacía eso: jugaba con la suerte.

En la siguiente esquina, tomó la calle de las tabernas donde se amontonaban y se emborrachaban los soldados de todos los regimientos apostados en Le Treport y sus alrededores. Por supuesto allí también había putas, mujeres, mujeres solas y desamparadas que no encontraban tampoco otra protección en el mundo que las tropas del Gran Ejército de Napoleón Bonaparte, Quien nunca abandonaba a sus criaturas, ya fueran virtuosas o viciosas, si es que le eran leales… Laglais no pensaba estas cosas así, pero así las sentía; y cuando estos *sentimientos-pensamientos* volvían a su cabeza, la devoción por su jefe y por Su Gran Ejército, recuperaba su más alto y más hondo grado… Aunque la culpa anticipada por la desobediencia aún no cometida, también.

Así que allí se detuvo, clavado en plena calle, dispuesto a volver sobre sus pasos, a superar sus debilidades, o mejor aún, a saber extirparlas como había visto extirpar infinidad de veces dedos, manos, brazos, piernas, ojos y tripas en plena batalla… No, se dijo allí parado, él no precisaba una puta ni nada, precisaba tan sólo encontrar a Hipólito Charles y rajarle la garganta de oreja a oreja.

Volvió a ponerse en marcha, y como si hubiese cambiado de rumbo, retomó el mismo rumbo que llevaba, siguió por la calle de los bares, los soldados y las putas, repitiéndose que no, que no precisaba una mujer…

Pero la suerte o la desgracia (a largo plazo siempre es difícil evaluarlo), en una esquina -cuyo nombre Laglais no conocía ni le importaba (ni hubiese recordado de haberlo sabido)-; se topó sin

esperarlo –porque ya no lo buscaba-, con algo más que una mujer, con mucho más que una puta, con algo más cercano a una visión, a una aparición, a eso que un auténtico místico hubiese confundido con una manifestación diabólica o divina capaz de convertir al más profano o de perder al más creyente.

Iluminada por su propia hermosura (casi en harapos sin embargo, con un vestido azul, limpio, rotoso y desteñido); una mujer -una niña (esa mujer no tenía más de 20 años)-, se le ofrece de pie, lo mira fijo, y al mirarlo, ya no lo deja mirar otra cosa que su cara de niña dispuesta, sus pechos nuevos, inflamados, y esa extraña mirada suya, entre desafiante y desamparada, rogándole que la tome, y que no se atreva a dejarla…

Instantáneamente -*instantáneamente*- Laglais la quiso tener, poseer. La mujer -la niña-, aguzada por el hambre su intuición de hembra, captó sus ansias, echó los omoplatos hacia atrás, alzó el busto, bajó la mirada, la clavó por un segundo entre las piernas de Laglais, y rápido volvió a sus ojos, ya no clamando ni desafiando, sino nada más aceptando lo que ahora ninguno de los dos precisaba proponer.

La llevó a su cuarto, en un hotel sencillo y limpio del centro de la ciudad. Para llamar un poco menos la atención (aquella bestia elegante y su bella desarrapada no pasaban así nomás inadvertidos), le compró un vestido y un abrigo, un par de zapatos, la hizo peinar, comer, y maquillar, y después sí, después la llevó a su hotel.

Ella obedecía, hablaba poco y comía mucho. Pero supo pagarle con creces en menos de cinco minutos (los cinco minutos que aguantó Laglais después de tanto), y que luego fueron otros cinco o diez minutos más, y luego otros quince minutos más, y luego ella se durmió, exhausta y satisfecha –de comida y de todo- desnuda a su lado, flamante y preciosa como jamás había sido nada que hubiese tenido Laglais… que no durmió en toda la noche contemplando y pensando su belleza y su misterio.

Las putas que seguían a los ejércitos –Laglais las conocía de sobra-, eran viejas o feas, o mutiladas o enfermas; que desterradas para siempre de los circuitos mejores, descendían sin solución hasta el nómade purgatorio de las legiones. Pero esa mujer, esa niña -allí la miraba-, no era vieja ni fea, ni parecía enferma, ni le faltaba otra cosa que un buen par de kilos. Por lo demás, era joven, hermosa, y una auténtica puta. Se había comportado como tal, con experiencia, oficio y sacrificio; pues no sólo lo había besado y se había dejado besar en todas las partes donde besaban y se dejaban besar las putas, sino que también la besó en la boca, y ella respondió con su

lengua… Era difícil sorprender a Laglais, pero aquella niña, esa puta, empezaba a lograrlo. Ni siquiera en su primer cruce de miradas había notado en ella un mínimo atisbo de impresión por su rostro partido. No le importó, o no le disgustó, o sí, pero igual se comportó en la cama como si él también fuese hermoso; y ahora, mientras la miraba dormir, desnuda, nueva y extraña, Laglais sentía, también, gratitud.

Su horrible cara ya no le pesaba, se había acostumbrado a ella. Pero tampoco le gustaba. Tenía para sí que lo valioso del aspecto de un soldado, se concentraba en la pulcritud reglamentaria de su uniforme, en su aseo y su postura. La gracia del rostro, era cosa de mujeres o de mariquitas. Sin embargo, aún así, no le gustaba verlo, verse. Prefería afeitarse frente a una ventana abierta, o al aire libre, de memoria; y antaño, cuando todavía llevaba su mostacho de la Guardia, se lo hacía retocar cada día por el barbero del regimiento, o se lo recortaba él mismo, a ciegas, sin recurrir a ningún espejo, porque no le gustaban los espejos. No le gustaba él.

Se había acostumbrado a las miradas de asombro o de rechazo o de espanto de los niños -y no sólo de los niños-, cuando lo veían pasar… Le habían partido la cara de un sablazo que no pudo matarlo, en Italia, en la noche de Arcole, en noviembre del 96, hacía ya muchos años, y estaba acostumbrado. Pero a veces ni las putas conseguían disimular el estremecimiento, como si allí tuviese, ya no la marca indeleble de una batalla, sino más bien el mismísimo horror de esa batalla, cosido a la cara y para siempre. A veces hasta sus propios camaradas evitaban mirarlo.

Sin embargo aquella niña, esa mujer –esa puta-, no sólo no se había espantado, sino que lo había besado en la boca con toda su lengua, y con toda su lengua, sedienta o agradecida, había besado el relámpago de su cicatriz punto por punto… Luego se la cargó a la grupa y ella cabalgó con ganas, entre ida, perdida y concentrada, mientras él la miraba desde abajo maravillado por esa belleza que nunca antes habían visto sus ojos; y la penetraba y la adoraba como a una virgen cuyo prodigio no eran lágrimas de sangre sino leche de madre lloviendo tibia sobre su rostro roto, bañándole la cara, curándolo, desesperándole la lengua por no pederse ni una gota de esa miel que tampoco nunca había probado Laglais…

Luego lo volvieron a hacer, y luego lo hicieron otra vez, y luego ella se durmió, y luego él ya no pudo decirle que se fuera. Sólo pudo mirarla, quedarse así, contemplando su belleza mientras pensaba en su misterio, en las razones, en los motivos, en la trama de las circunstancias que habían convertido a esa virgencita madre,

digna del cielo de los ángeles, en aquella puta deliciosa condenada al fango de las milicias...

Poco antes de la medianoche, ella por fin se despertó, de repente, apurada, nerviosa, como asustada. Saltó de la cama y empezó a buscar sus cosas, su ropa, dormida todavía... Laglais lo estaba esperando. Le ayudó a vestirse, pidió un coche, y la acompañó hasta su casa; una triste pensión de los arrabales del puerto.

Al despedirse, sin decir palabra, ella lo besó en la mejilla izquierda, justo debajo del pómulo, en la desembocadura reseca de su inmunda cicatriz… Laglais no era un hombre capaz de tocar con sus dedos la marca de un beso. Pero sintió su cosquilleo durante horas, como si allí hubiese quedado, encendido y tibio.

Volvió a buscarla al otro día y al siguiente, y cada vez fue mejor. Mucho mejor. Aunque a largo plazo, claro…

Capitulo 12

Al buen cobarde no le importa la victoria ni le teme a la derrota, nada más quiere vivir sin que nadie lo descubra, esperando a su aire la hora de su muerte, cuando Dios y no los hombres la dispongan.

Había tenido sueños, sueños como cualquiera, sueños vulgares, comunes, ni siquiera grandes sueños; (le hubiese gustado, claro –a quién no-, ser un héroe tapado de medallas, marcado por las cicatrices que deja el arrojo y no la traición; le hubiesen gustado el respeto y la admiración de los demás; un fragmento, al menos, de Su gloria; le hubiese gustado, incluso, gustarle a Bonaparte, ser uno de sus mariscales, uno de sus príncipes, cómo no… sólo que nunca estuvo dispuesto a pagar el precio exigido a los valientes de verdad, a los ambiciosos de verdad, a los que de verdad no le temen a la muerte, ni al dolor, ni a la miseria ni a la angustia); sus sueños eran sueños modestos, sencillos aunque suntuosos. Hipólito Charles, cuando era todavía Hipólito Charles, sólo soñaba con pasarla lo mejor posible el tiempo que durase la farsa, sin enterarse demasiado de la locura de los hombres, de los abismos del alma, ni del resto del universo. Él sólo quería divertirse, jugar, tomar una mujer, un par de dados, otra hembra, una copa, una buena mano, tres reyes, sus tetas pardas, la raja roja de la esposa de Bonaparte, la venenosa vanidad de ser allí, al menos *allí* –nada menos que *allí*-, más poderoso que el Más Poderoso, y ahora… y ahora todo lo que quiere es un poco de paz, nadie sobre sus espaldas: olvido.

Todavía lo llevaba su obsesión, todavía pensaba en Céline y en su hijo (*porque él tenía una vida, una vida mejor que la vida que tenía*), pero el miedo había vuelto. Más allá de cualquier ilusión, la realidad se sobreponía, y era. Se podría decir que volvía al pasado, porque ya no tenía futuro ni le quedaba presente. Pero el miedo había vuelto.

Y así, aterrado, una noche de noviembre de 1802, Hipólito Charles cruzó el puerto de Le Treport, y por unas pocas horas, Laglais lo tuvo tan a mano como lo había deseado… No durmió allí, Charles, sólo comió y probó suerte en un antro de las periferias, donde unos días antes, justamente, había ganado Laglais, que esa noche, en cambio, estaba encerrado en su cuarto y en su putita, la mujer del otro...

Charles, en cambio, no ganó. Igual tuvo suerte: salvó de milagro su ropa y su caballo, y más aterrado aún de lo que había llegado,

pero ahora sin dinero, volvió al camino y a la fuga en plena madrugada. La hora de las ratas.

Pensó en escribirle de nuevo a Josefina, en pedirle más dinero… pero no tuvo tiempo. El Gran Ejército se le iba encima, y no era ningún espejismo. Miles de tropas sitiaban sus pasos, ya no lo perseguían: ahora mejor lo envolvían, lo rodeaban sin tocarlo, sin matarlo, como hacen los grandes gatos con sus presas más pequeñas… *¿Era posible?* Pues allí estaban Sus soldados, por detrás y por delante, cerrándole el paso, y la retirada también *¿Tan loco estaba ese Loco?...*

Ya no se anima a galopar. Su caballo está cansado, hambreado, y él no quiere llamar la atención por nada del mundo, pues *¿qué puede haber más sospechoso, a fines de 1802, por el norte de Francia, y a través del Gran Ejército, que un civil solitario?* Marcha. Al trote rápido, sí, pero acompasado, escondido en sí mismo, la gorra bien calada, la visera sobre los ojos, el cuello de su abrigo levantado, la cabeza hundida entre los hombros; exactamente una rata.

El miedo también deforma. Se ha quitado su bigote, lleva el cabello cortado al ras, de sus bucles rojizos queda apenas un tornasol de plata y cobre; las sienes encanecidas le suman cinco o seis años, y pesa varios kilos menos que en sus días mejores. Pero aún así, transformado -deformado-, sentía, temía, que algún viejo camarada podía reconocerlo, gritar su nombre, y abortar allí su fuga y más: su vida. Lleva todavía sus viejas botas militares delatándolo a cada paso, y aún no se dio cuenta. Pero a la altura de Fecamp, a fines del otoño, al pasar junto a un cuerpo de dragones, uno de ellos le avisa.

-- Eh, amigo…

Por supuesto, Charles intentó ignorarlo, pero no tuvo cómo. El soldado volvió a gritarle, hasta que otros soldados también le gritaron.

-- Eh, amigo, tu… ¿cómo has conseguido esas botas?...

-- Se las gané a un traidor en una pelea…

Charles escuchó su respuesta sin pensarla primero, y se felicitó por su rapidez. Y para refrendar lo dicho, sin pensarlo tampoco, surcó con el índice su cicatriz bajo el ojo. (*Si supieran Quién es su autor*, pensó en un rayo, gozando bajo el miedo).

Los seis o siete soldados que alcanzaban a oírlo y le prestaban atención, parecieron impresionados.

-- El muy cobarde osó insultar a Nuestra Señora de las Victorias… -agregó Charles.

Y ahí sí los soldados quedaron impresionados. Se oyeron algunos

módicos bravos y otras exclamaciones confundidas entre murmullos de sincera aprobación. Gente simple. Sin embargo uno de ellos alzó la voz sobre los otros.

-- ¿Y tú por qué no peleas, si eres tan valiente?…

El soldado que hablaba también era un hombre joven, más o menos de la edad de Charles, pero le faltaba un ojo, el derecho, y en la sola mirada del otro, no había indicios de ningún temor.

-- ¿Y por qué crees tu que yo no peleo, eh?

Algunos soldados rieron, celebrando la respuesta esperando la del otro.

-- Porque tienes miedo –dijo el tuerto.

Y allí Charles, con la misma rapidez con que venía respondiendo, espoleó su caballo, sin pensarlo tampoco, y salió al galope tendido entre las carcajadas de los valientes. Exactamente como un rata.

Y tuvo suerte: podrían no haberse burlado, y sí haberlo asesinado. Entre la espuma, el lodo y los desperdicios que arrastran consigo los ejércitos, van también sus parásitos peores: los espías, peligrosos enemigos invisibles disfrazados de comerciantes, de proveedores, de cronistas o de putas, y de soldados también... Temibles y despreciados, ejecutables en el acto; tan sensibilizado estaba por aquellos días aquél ejército, su jefe y Su Francia, que bastaba que cualquier oficial gritase *"¡espía!"* con cierta convicción, para que un sable inmediato decapitase allí mismo a la serpiente. Tuvo suerte de ser burlado, y en su pánico lo agradecía.

Cruzó Fecamp sin ver Fecamp, y tan turbado había quedado, que al llegar a Etretat aún escuchaba las risas de aquellos soldados; y recién allí dejó su botas y la costa, y dobló hacia el sur por el camino de Bolbec, buscando el Sena, detrás de Céline, a través del Gran Ejército que seguía a su alrededor como si fuese posible, como si fuese lógico, verosímil, como si un mínimo imán pudiese arrastrar esa montaña.

La carta que pensaba escribirle a Josefina primero en Le Treport, después en Fecamp, y luego en Etretat; no fue escrita ni siquiera en Bolbec, donde una concentración de la caballería le sugirió mejor no detenerse. A partir de allí, el apuro -el miedo-, ya no le da respiro.

Sale de Bolbec y no se detiene más. Cruza el Sena y vuelve a cruzarlo como enderezando el río para cortar camino. Atraviesa nombres, ya no pueblos ni ciudades, o lo que fueran: Jumiéges, Le Grand Quevilly, Le Petit Quevilly, Cergy. Ahora más que nunca debe encontrar esa casucha miserable que es toda su esperanza de

vida en este mundo.

Hacia fines de 1803 llega a Franconville. Entre Franconville y Montmorency, hay un lugar llamado Viller-le-Bel, y cerca de allí, está la casa aquella. Recuerda. Cree. No se detiene. Duerme de a ratos, a veces montado, su caballo desfallece, pero el Gran Ejército no. El Gran Ejército avanza, sube, surge de desde el fondo, no de la tierra, ni siquiera de Francia, sino del invierno, del frío. Son mucho. Son todo. Y rodea la zona, descansa y sigue, pero no se detiene, nunca, ni desfallece. Él sí. Pero él también rodea la zona durante días y no encuentra la casa mientras esquiva y topa soldados por todas partes.

Excepto, claro, la víspera de navidad, esa noche, cuando el frío y la fiesta lo dejan solo sobre la Tierra.

La nieve cubre todo lo que se ve, y el frío descerraja la carne. Sólo un hombre -desmontado- y su caballo, andan la noche, trepan una colina, se hunden hasta las rodillas en el piso, congelados, sin delante ni detrás, hambreados, el hombre y el caballo, y a punto de caer -los dos-, ya sobre la cima, del otro lado de la colina, advierte, el hombre, en plena noche, encendida en medio de la nada blanca, una casucha miserable, paupérrima, prodigiosa. ¡El buen Jesús no lo ha olvidado, bendito sea!, cae de rodillas, llora y agradece; y por su devoción pareciera que el caballo también agradece.

Bajó esa colina más por la fuerza de la gravedad que por la propia. Llegó hasta la puerta, pero no golpeó, se arrojó sobre ella, entró… Y como era de esperar, nada de lo que esperaba fue lo que encontró.

Adentro, entre las sombras nerviosas por el fuego, los dos viejos, aún más viejos, resistían el invierno recostados en el piso sobre un montón de paja, cubiertos por mantas o trapos -o restos de mantas y trapos-, mientras quemaban en el hogar la última de sus sillas sin leña ya para más. También la aparición de Charles fue prodigiosa para ellos.

La pobre anciana se largo a llorar ni bien lo vio, pero el viejo no lo había perdonado. Y ella, Céline, no estaba.

En una rápida mirada recorrió la escueta casa, y comprendió que se había ido, o que se había muerto, o que se había suicidado por su culpa, y que por eso lloraba tanto la vieja y no lo perdonaba el viejo...

Los ojos del anciano se quemaban inflamados por el doble fulgor de la ira y la impotencia de no poder matarlo como debiera y merecía. *¡Embarazar a su nieta! ¡Y luego abandonarla¡ ¡Abandonarlos! ¡Arruinar sus vidas después de cómo lo habían tratado, miserable*

cretino!...

Para su alivio en medio del escarnio, Céline no había muerto ni se había suicidado. Pero sí se había ido, y sí por su culpa, poco después de su partida, detrás de él, embarazada, hacia el norte, porque hacia el norte partían las huellas de su caballo la noche que los dejó sin un maldito adiós, maldito crápula…

Desde entonces, hacía ya más de un año -rabiaba el viejo y lloraba su esposa-, ella, Céline, no había vuelto ni habían vuelto a saber nada de ella, y todo por su culpa, por su grandísima culpa, despreciable granuja... Pero entonces Charles también rompió a llorar, triste, sí, agotado por el pánico y la fuga, también, es cierto, pero sobre todo, harto tan joven al comprender que la vida podía ser así.

Una vez más calmos los tres, la anciana le imploró que la encontrara, y el viejo se lo exigió. Juró que si no la traía de regreso, él con sus propias manos habría de matarlo aunque tuviera que volver de su propia muerte... Pero también esa noche le dieron cobijo.

Se quedó con ellos unos pocos días, para cortarles leña, cazarles algo, reparar una ventana, el techo (que él mismo había reparado por ultima vez y que nadie había vuelto a tocar desde entonces), pero también porque él, y su caballo, precisaban descansar. Se quedaron. El viejo se calmó, y la vieja se lo rogó. Una semana, poco más. Les prometió que iría a por ella, pero que antes velaría por ellos.

Y durante aquellos pocos días de trabajo sano y paz segura (en su caso la única paz era la seguridad) en aquella fortaleza mejor que inexpugnable: invisible; mientras ocupaba sus manos, y el resto de su cuerpo (en arreglar la casa, resucitar un par de cerdos, y limpiar el huerto); puso a funcionar, después de mucho, su cabeza. Trazó un itinerario hacia el norte para buscar a Céline, y le escribió por fin a Josefina., pero esta vez, con algo más que un ruego adornado de ardores: con un plan concreto.

Le hablaría de los días mejores, de las tardes entre sus piernas, de la carne de la fruta de sus besos, y de lo mucho que él también quisiera olvidarlo todo, librarse de todo, salir de Francia, empezar una vida nueva, con otro nombre, sin ese pasado, con un destino que no fuera escapar y escapar hasta morir... Dejó la azada y tomó la pluma.

Le juró más amor, le dijo que la extrañaba, que era su única esperanza, que ni siquiera podía imaginarse con otra mujer, que tenía todo el ejército encima, que aún era suyo, pero que esta vez

no quería poco. Le pidió 10 mil francos. Con esa cantidad, calculó y le explicó, podría financiar su fuga, ganar un tiempo, solventar sus gastos, y sobre todo, pagar los sobornos necesarios: oficiales de aduanas, fiscales, gendarmes, notarios… ya que todo podía comprarse en este nuevo mundo donde la nobleza no valía más, y donde el dinero o la fuerza distinguían la nueva aristocracia; pues entonces también podía comprar su fuga. Diez mil francos. Le pidió que se los girara a Honfleur, que llegaría allí antes del verano

En febrero de 1803 despachó la carta y partió. Les explicó –les ordenó- a los dos ancianos, que si Céline volvía, debían retenerla, no dejarla ir, que él volvería a por ella, o que la mandaría buscar, que cumpliría su promesa, que esta vez había aprendido la lección…

-- Díganle que la amo, y que me espere –dijo y se fue.

Los dos ancianos asintieron, él con el ceño fruncido, ella deshecha en lágrimas.

Y cuando el invierno empezaba a calmarse, cuando los vio mejor guarecidos y pertrechados, salió a buscarla, otra vez rumbo al Sena, bordeándolo de nuevo y de nuevo hacia el norte, de nuevo hacia Laglais…

Capitulo 13

En un principio, Laglais sólo le daba ordenes, no le había preguntado su nombre porque no le importaba (y porque las putas no tenían un nombre, tenían muchos, se ponían nombres tan rápido como se los sacaban, pero no tenían *uno* así como sí tenía él, por ejemplo, que se llamaba André, y que después había logrado llamarse Laglais, y que no se lo había sacado nunca más porque ese era su verdadero nombre: allí estaba el Ejército de Francia para certificarlo)… Pero aquella puta le dijo que se llamaba *Cécile* y a él le pareció un nombre tan bueno o tan malo como cualquier otro. Igual él no precisaba llamarla por su nombre, porque en un principio sólo le daba órdenes, y para eso no hacían falta más que las ordenes.

Claro que una vez que la puta le dijo su nombre, como era previsible, acto seguido le contó su historia, una historia por supuesto muy triste, porque las historias de las putas, siempre eran historias tristes. (Por suerte como en general eran falsas, a Laglais le parecían graciosas).

Esta puta, como tantas que había conocido, también era de un pequeño pueblito muy pobre, y también había quedado huérfana desde muy niña, y también tenía un pequeño hijo al que mantener. En este caso el pequeño hijo se llamaba Paul, como el padre, aunque el padre (su *marido,* como le llamaba ella), también la había abandonado, una noche, sin avisarle, y desde entonces, ella, -"*por amor"*, desde luego- con 17 años y su niño a cuestas, sin educación y sin fortuna, se fue tras él, dejó su hogar y salió a buscarlo. Muy conmovedor, cómo no.

Y había elegido el norte, porque hacia el norte se dirigían las últimas huellas de *su esposo.* Subió primero el litoral del Sena, vivió de la caridad hasta parir, parió cerca de Harfleur, un varón, -"*un varón precioso, igualito al padre",* claro-*;* y con el crío a cuestas –pero ya sin tanta caridad a mano (porque dos no son uno)-, siguió buscándolo, hasta el norte siempre, hasta que el mar y después…

Pero claro, sin educación, sin hombre y con un niño que alimentar, nadie le daba trabajo, a lo sumo limosna, a veces cobijo, casi siempre rabia…

De a poco el hambre, el frío, el desamparado y el desconcierto, la desesperación, su propia belleza, la indiferencia humana, la

crueldad nuestra de cada día, y una madame que en El Havre supo ver sus condiciones, le enseñaron a ganar rápidamente el dinero necesario como para mantener a su niño, y seguir buscando a su marido. Y así Cécile -o como se llamara-, pasó de soldado en soldado buscando el suyo por regimientos enteros hasta llegar a Le Treport, a esa esquina, donde Laglais la había encontrado… En fin, una historia de putas, triste y vulgar.

Laglais –que insistía en llamarse Marcel Savoir-, la dejó hablar y hablar porque siempre dejaba hablar a las putas, a ellas les gustaba. Pero a ésta, además, la escuchó, y no sólo eso: decidió creerle... Y digámoslo así porque fue un acto más volitivo que espontáneo… pero es que el misterio de esa puta inexplicable, precisaba una explicación, y esa, aunque vulgar o previsible, era *una.* Y para creerle mejor, le preguntaba más. Y ella cada vez se animaba y hablaba más, hasta que en una de esas tardes –porque sólo se encontraban por las tardes (las noches eran de su hijo)-, una vez más el recio Laglais tuvo que oírla contar la extraordinarias nimiedades del pequeño Paul, sus travesuras, su alegría natural, su carácter tan sociable, (claro, claro) sus primeras palabras, sus mohines, su increíble parecido con el padre, (uf), sus ojos, su cabello rojizo y enrulado, sus gestos, (ya, ya), si tan sólo le faltaba, para ser su copia exacta, aquella breve cicatriz que el padre tenía bajo el ojo izquierdo. Y con su dedo se la dibujó.

Siguieron conversando con calma, Laglais le hacía más preguntas, y ella las respondía todas. *Cómo lo había conocido, cuándo, de dónde había llegado él, qué decía, qué le contaba…* Estaba desnuda a su lado (siempre estaba desnuda a su lado), sentada sobre sus propias piernas mientras él la miraba y le apretaba despacio los pechos y bebía su leche con hambre. *No te lo tomes todo*, le decía ella, y a él más hambre le daba.

En una ráfaga exultante de tórrida brutalidad, Laglais la tomó del cabello, separó sus piernas con una sola mano, y se le metió dentro desoyendo sus quejas tibias, jugando con ellas, sintiéndola más y más húmeda a cada golpe suyo, bebiéndola hasta secarla, y llenándola de nuevo mientras pensaba en Paul Galois, o en Hipólito Charles, en aquella puta, en la suerte, que es otra puta más puta que ninguna, en Bonaparte, en una marca bajo un ojo alrededor del cual iba su presa y se escapaba... Luego se durmió un rato. Ella, no Laglais. Laglais se quedó pensando, y la miraba. Cansado, confuso, y satisfecho.

Allí tenía ahora –en su cama, en su poder, por 30 dineros- un sabueso que conocía perfectamente el olor de su presa. Un lazarillo

para su ceguera, tenía. Aquella perra era sin duda otro regalo de su buena suerte. (¿Por qué, entonces, cuando lo supo, no sintió nada parecido a la alegría, sino algo más cercano a la avidez, a la furia y el desencanto?).

Cuando ella despertó, Laglais le dijo que ya no precisaba volver a esa horrible pensión más que para buscar *sus cosas* (sus pocas cosas y su hijo), porque desde ahora él personalmente se haría cargo de ella y del niño, y él, personalmente, la ayudaría a encontrar a su marido aunque fuese lo último que hiciera en su vida.

Y ella lo abrazó feliz después de mucho.

Así juega la suerte.

Capitulo 14

La Mailmason de fiesta es algo así como la manifestación más acabada del esplendor de Su momento. Todo está dispuesto para brillar y demostrar que se terminó el Siglo de las Luces, y que ahora Él es el siglo y es las luces.

Los candelabros de bronce forjados en Milán, los cristales egipcios tallados en Viena, las porcelanas cocidas en Manchuria pero decoradas en Holanda; tapices, cortinados y alfombras del Asia Menor, manjares de toda la Europa y más allá; los mejores vinos de Sus dominios -tintos de Italia, blancos del Rin, cepas de toda la Francia-; mientras diluvian los presentes y los regalos y las congratulaciones y los buenos augurios desde los ocho rincones de la Tierra hasta desbordar el palacio y movilizar medio regimiento para trasladarlos a un arsenal desocupado especialmente para las tan exquisitas y variadas y exóticas ofrendas recibidas por Nuestra Señora de las Victorias en su cuadragésimo cumpleaños.

Cuarenta años.

Abajo se encrespa la fiesta que la espera para devorarla.

Surge delante de todos en lo alto de la escalera, enfrenta el previsible clamor y el obligado aplauso.

Mira, ve cuerpos, rostros, uniformes, trajes, vestidos, gestos, sonrisas vacías, desprecios ocultos, envidias inocultables, *"mierda en medias de seda"*, como bien dice su marido, que allí desciende con ella, la toma del brazo, inconmovible Él, y la lleva, la arrastra (aunque ella se deja), hasta el llano entre las hienas, y las hienas se revuelcan a Su paso panza arriba en demostración de una pleitesía que a Ella la abruma y a Él tampoco lo conmueve.

Cuarenta años.

Quisiera clavar el tiempo contra las paredes, pero las paredes son de mármol, y el tiempo es desvelo. Desvelo y agonía. Tiene miedo. No puede asir lo que sucede, y sabe que se va, que se termina, que llega el cenit y que debe evitarlo si no quiere la tarde, el crepúsculo *¿Pero quién evita la tarde? ¿Cómo?*... Ve marchar al Sol y le ruega, por las noches, cuando lo satisface (cuando Él se deja satisfacer y ella se lo agradece tanto), le pide, le implora mientras Él

-un hombre como un ejército-, le pasa por encima y la atraviesa como un puente, y ella se deja como se dejan con Él todos los puentes de Europa, pero le ruega, le pide, aún entonces, en ese momento, aún desdoblada y perdida entre los espasmos de un sufrir muy placentero, llora, se empapa y le ruega: *¡No te hagas rey, Bonaparte, por favor, no te hagas rey!*…

Viejas y nuevas caras, la nada de siempre, el carrusel de seres que no deja de rodar y de borrarse, y ella ahí, de nuevo en el medio, en el centro de todo, quieta, inmóvil, saluda y sonríe, sólo eso.

Cuarenta años.

Ya no sería joven nunca más.

Ni le daría hijos.

La busca a Teresa entre el gentío, y al cabo la capta, y la pierde cuando la capta. El gentío se la devora porque el gentío lo devora todo. El poder es la soledad llena de gente, es el frío entre las llamas, la sed bajo el agua, cosas así que no alcanza a ordenar con claridad, pero que siente con toda nitidez.

Cuarenta años.

El poder es soledad y la soledad es todo eso que no consigue ordenar para decir y que entonces nadie puede entender, y *eso* es la soledad. Quiere llorar, pero saluda y sonríe: *eso* es la soledad: el poder. Allí la ve de nuevo, y de nuevo la pierde ¿Pero la pierde, o le escapa? ¿Es el gentío que se la traga, o es Teresa la que se arroja en el gentío y huye de ella? ¿Y por qué?...

Cuarenta años.

Una mujer a los cuarenta años ya conoce a los hombres, y no espera comprensión de ninguno de ellos. Ya sabe que los hombres no pueden comprender a las mujeres. Ya sabe que no los deja ese acero inflexible que ellos llaman *orgullo*, y que acaba por igualarlos a todos y reducir al mejor de ellos a un primate primario. "*Monos nada más que monos*", le decía a Teresa y se reían, juntas, tristes, felices. Aún el Más Grande de todos ellos podía convertirse en un simio vulgar: su propio extraordinario marido, era un ejemplo insuperable… Sólo las mujeres podían entender a las mujeres. Con Teresa era posible la confianza profunda; y tal vez por eso el cariño entre las dos, las palabras de amor entre las dos, las caricias y los besos –las caricias y los besos que incluso se daban en público, en cualquier lugar, y en cualquier momento (pues las mujeres no le temen jamás a la ternura)-, tenían otra cosa, otra sustancia, una especie de certeza mejor y más honda a la que los hombres no llegarían –no podían llegar- jamás. El acero de su orgullo les pesaba

toneladas.

Teresa.

Cuarenta años, a quién le importan, sólo a ella, quizás, y a su marido, que la ve secarse sin dar frutos como un árbol fallido, como otra flor inútil entre las incontables flores inútiles que rodean la Malmaison, a nadie más, ni siquiera a Teresa, Teresa gira junto a los otros y todos saludan y sonríen y giran y se pierden, y ella también saluda y sonríe, corresponde a la inquina, al desprecio, a la envidia y a la sospecha con igual cordialidad. *Mierda en medias de seda somos todos*; no le gusta pensar, pero lo sabe de sobra.

Giran y pasan, mira, los mira, los capta y los pierde, y vuelven a pasar y a perderse en una especie de carrusel onírico, pero tangible… Fouchet, allí va Fouchet, ahí lo tiene, la saluda y le sonríe, y ella le corresponde, *¿me recuerda, señor ministro?... ¿pero de verdad me recuerda? ¿o aún debo llamarlo duque?, ¿recuerda ahora?, ¿no éramos ambos amigos de Robespierre, mi querido Joseph?... ¿Los dos lo entregamos?... ¿Así salvamos las dos cabezas para inclinarlas ahora saludarnos y sonreírnos sin ninguna vergüenza?... ¿A quién más entregamos?... ¿Qué más entregamos?... Yo todo, aquí me tienes ¿Valió la pena? ¡Estoy tan sola! ¡Y tan asustada! ¿Y vuestra ilustrísima excelencia? ¿cuánto debe por su cuello intacto?...* Giran y lo pierde, pero allí está nada menos que Talleyrand... *¿Sabía, mi señora, que el diablo era cojo?*, (su marido tenía un humor *muy inglés*, ella siempre se lo decía y se reían juntos); pero no, la señora en verdad no sabía que el diablo era cojo, ni hubiese pensado jamás que el sexo no estaba entre sus debilidades. ¡Ah, Talleyrand: diablo, cojo, sin corazón y sin tripas! Siempre le había temido. Y Teresa también. Entre ellas se confesaban todo porque entre ellas se lo permitían todo porque entre ellas se lo perdonaban todo… ¿Pero también ella se alejaba ahora, se le iba, la perdía? ¿Hacia dónde? ¿Con quién? ¿Por qué?... ¿Todo lo perdía? ¿De eso se trataba vivir, envejecer? ¿De arrastrar culpas condenados a modificar el pasado irrevocable mientras el presente nos era arrebatado sin piedad por el futuro?... ¡En qué trampa sin para qué ni por qué danzaban todos, giraban y reían!... Y Él también.

Y saluda y sonríe y el rápido escozor del ridículo la sacude por dentro: siente –sabe- que saluda la nada, que saluda el agua, las aguas de un río, de un remolino; aguas de gotas indistintas, infinitas gotas, indiferentes gotas de agua que pasa y se pierde, que no bebe ni le importa, y que sin embargo la ahoga y le lleva su vida, todo lo que tiene, lo que tuvo o quiso, le deja nada, la nada que saluda ahora, ya, recién: rostros vacíos, cuerpos vestidos, desprecios

ocultos, envidias inocultables, *mierda en medias de seda*…

Cuarenta años.

Ya ni siquiera su propia vida la precisa para ser. Sus hijos se han ido, Eugene es otro esbirro Suyo, y Hortense un vientre Suyo. El Gran Amito ha decidido casarla con su hermano Luciano *(ustedes no le cuenten a nadie, pero es que el vientre de Su esposa ya no sirve para nada, es tierra seca, perra vieja, tiempo perdido)*, porque precisa (Él no: el Imperio, el mundo, La Historia), precisa un descendiente, un vástago real hecho con Su sangre y la de ella; por eso cruzó a un hermano Suyo con una hija de ella: así por lo menos tendrá un príncipe de sangre noble, mitad corsa, mitad criolla, *(pero eso tampoco se lo cuenten a nadie, por favor)*. El Gran Amito sabe lo que hace, y lo que precisa y no precisa. Y ella, vieja perra yerma, ya no sirve de mucho, ya no es más, quizá, que un talismán, un amuleto, una reliquia sentimental de sus días de juventud, cuando ella ya no era joven, pero al menos lo parecía…

Cuarenta años.

Al fin de cuentas Él también era un macho vulgar atrapado como cualquiera en las redes de acero de su propio orgullo. El corso esencial –elemental-, que lo habitaba (el hombre criado entre montañas de roca y desfiladeros y abismos); el isleño inspirado y acosado eternamente por el mar; el primitivo salvaje que de verdad era -y que Él doblegaba en la vigilia convirtiéndolo en esclavo de Su mente y Su ambición-; esa bestia íntima se revelaba en sueños y clamaba *vendetta* como un simio cualquiera… ¿Pero era Él o era ella?... ¿Era su furia corsa, o eran sus manos de ella siempre llenas de muerte?

Saluda y sonríe. No habría perdón y ella no quiso creerlo hasta que al fin lo supo. Él no volvió a mencionarlo nunca, pero aparecía en Su mirada, desde entonces, un hielo distinto (desconocido para ella), y que en su silencio turbio, le decía que no, que no habría perdón, que Lo había lastimado. Se le escapaban miradas que ardían en plomo, y la acusaban. Como si el dolor rabioso que le mordía el alma, fuera a saltar sobre ella en cualquier momento… y se ve que una noche Él empezó a soñarlo, porque dormido balbuceó su nombre y lo maldijo en italiano; y después otra noche, bañado en sudor, gritó una sola palabra que marcó en su rugido la hondura de Su herida: *Cornutto*…

A partir de entonces, ella tampoco volvió a dormir en paz. Recién allí comprendió hasta qué punto había herido a su marido por fin amado; y hasta que punto también había mandado a la muerte a un pobre muñeco de estopa tan inocente como tal.

¿Qué otra cosa podía hacer entonces si no avisarle como lo hizo, sin tocar más nada, sin dejar la más mínima huella que hiriera más al Uno y matara del todo al otro?… Y la ve a Teresa pero no, la busca entre todos, y todos quieren saludarla: es la primera dama, cumple cuarenta años, nadie la quiere y todos quieren saludarla (siente la angustia en los pies como un barro pesado); todos allí celebrando el funeral de su juventud, el adiós a sus restos, saluda y sonríe.

Cuarenta años.

Sonríe, saluda, y se desprecia…

¿Pero es que de verdad pudo creer alguna vez que aquellas pocas líneas podían saldar tanta desgracia, borrar toda la culpa, disipar Su odio, Su resentimiento?… ¿O sólo prefirió –prefería aún- creerlo de a ratos porque también la conciencia, como los ejércitos de su marido, descansa o mata?

Tal vez fue Barrás quién le dio su nombre; o tal vez habían sido Sus hermanos, que la vigilaban con más celo que Él pues ellos ni siquiera la querían, al contrario: la odiaban, la odiaban apenas poco menos que Mamá Leticia; ¡Pero claro!, tal vez fue mamá Leticia –informada, cómo no, por alguno de sus hijos-, la que informó enseguida al Predilecto: *"la putana de tu esposa se revuelca con el edecán de Lecrerc"*, (si hasta puede oírla, feroz y rústica)… O tal vez fue ella misma la que acaso dormida gritó una noche su nombre como lo gritaba Él, malditos los dos, perseguidos los dos, los dos asaltados en sus respectivos sueños por el mismo fantasma desnudo y empalmado de Hipólito Charles…

Pero qué importaba ahora todo aquello, ahora que hacía tanto tiempo que había comenzado a olvidarlo sin conseguirlo, ahora que él llevaba años abandonado a su suerte, ahora que ni siquiera Teresa le traía consuelo… ahora que el invierno venía por ella. Saluda y sonríe. Le dice adiós al agua que corre o se estanca o se revuelve y arremolina, que no bebe ni le importa. Sólo saluda y sonríe.

Luce un vestido hecho en muselina, tafetán y seda, en colores obispo -violeta, púrpura y fucsia-, bordado en hilos de plata. Ella también resplandece, aunque sabe que se apaga, que lo que es ya era, que lo que sería fue, que la vejez ha comenzado y que por poco que dure, durará todo el tiempo que le queda, muchísimo más de lo que había durado su provisoria juventud.

Cuarenta años.

La felicitan (¿Qué hizo?). Sonríe por no reír, por no llorar, *vieja perra yerma, como tal Él te quiere ahora, y bien lo sabes: sólo por*

piedad no te sacrifica, ¿te lo dijo? Sólo por piedad, vieja perra yerma, se dice y sonríe por no gritar: *"¡No te hagas rey, Bonaparte, por favor no te hagas rey!"*… ¿Pero qué más da si grita o no?, ¿quién podría oírla entre el estrépito de tanta algarabía, bajo el tronar de aquella orquesta mayor que Sus ejércitos?...

Nadie detiene al Sol, eso también lo sabe.

La noche, nadie más.

Cuarenta años.

La Mailmason resplandece.

Y tampoco nadie suspende una fiesta solamente porque brilla.

Cuarenta años.

Calla. No abre la boca, apenas alza las comisuras en una mueca que conoce de sobra y que es perfectamente una sonrisa. Ha perdido otro diente, uno más, y van… y sus pechos están fláccidos… y sus caderas se han ensanchado demasiado, y sus nalgas comienzan a llover perforadas por celdillas o pozos o cosas así, como si fueran marcas o huellas, secuelas del pecado, vestigios herrumbrados de los infinitos manoseos y libaciones que así paga ahora… Allí tan luego lo ve a monsieur Laclois: recuerda sus mordiscos, sus dientes filosos encrespándola como una ola, (se hizo escritor, le han dicho), *¿tendrá dientes todavía?*: le sonríe para que le sonría, pero él tampoco abre la boca. Todo se degrada.

El vino, el champagne, la comida, la música: otra vez el placer desencaja los rostros, revela los seres ocultos bajo sí mismos, los arroja a los unos contra los otros, sobre los otros, ebrios todos, libertinos, disipados, corruptos o corrompibles, vestidos por error, por otra clase de perversión, *pues deberíamos andar todavía desnudos, apareándonos sin códigos, sin palabras, sin respeto, sin piedad, sin amor, sin mentiras, sin antes, sin después, reducidos por fin a nuestras glándulas básicas y nuestros básicos vicios, ambiciones y temores,* y sonríe y saluda, quiere llorar, pues no puede pensar todo eso, pero sí puede sentirlo…

Cuarenta años.

No será joven nunca más, ni le dará hijos.

La primera dama se muestra encantada con la concurrencia, cómo no. Allí están, en su casa, en su palacio, lo mejor del mundo, y desde luego de Francia: políticos y militares, diplomáticos y empresarios, pero también artistas, poetas, pintores, músicos, ¡la orquesta rompe con la Heroica! -es un estreno (su autor fue invitado pero razones de salud le han impedido asistir)-; y también están las mujeres más hermosas, las mejores joyas, las mejores ropas, los mejores manjares, y ella en el medio, en el centro exacto de tanta

soledad encapsulada, y Él ahí, desde luego ahí pero por encima de todo y de todos porque todo es Él y todo emana de Él, de Su poder, de Su gloria: la luz y la ley, la belleza, la abundancia, la perfección, la corrupción, el Tiempo y sus gusanos.

Cuarenta años.

Y ni siquiera Él pudo evitarlo.

Vieja perra yerma, sólo por piedad…

¿Todo fue en vano, entonces?...

¿La culpa, el miedo, la esperanza?

Capitulo 16

Contra sus mejores razonamientos, bajo el invierno pleno, en los inicios de 1803, el sargento André Laglais marcha de nuevo hacia París, en coche hacia el sur, con la mujer de su presa y con su hijo –es decir: con el hijo de su presa-, en coche y resignado por la rivera norte del Sena… que fue su sólo error.

Desde un principio Céline quería ir a París. Porque vale apuntar que a poco de partir la puta ya no era *la puta*, ni siquiera era *Cécile* -como él había oído- ¡Ella se llamaba *Céline*, no *Cécile*!, le aclaró de una vez por todas en el primer grito que le pegó porque ya estaba harta de que la llamara con otro nombre; y porque enorme y fuerte como era él, ella no le tenía ningún miedo. Así que así Céline, desde un principio, insistió con ir directo hacia París, aunque claro: sin saber quién era su gran Paul, ni de qué escapaba exactamente.

Laglais en cambio, conciente de los hechos verdaderos, quería seguir hacia el norte para barrer uno por uno todos los puertos del Canal hasta Dunkerke; y si aún así no lo encontraban, desde Dunkerke bien podrían bajar por la frontera de Bélgica, ya que por algún agujero esa rata intentaría escapar de Francia… Eso, así, pensaba Laglais, aunque por supuesto a ella no se lo decía así, pues cómo decírselo sin decirle antes quién era él y de qué escapaba su magnífico gran Paul. Y porque además, a la pu… -perdón-, a Céline, los *hechos verdaderos* parecían no importarle nada. Ella prefería los delirios de sus propias ilusiones, y a la hora de argumentarlos, resultó ser tan imaginativa como lo era en la cama.

Según ella, su gran Paul -que desde luego presumía muy valiente-, la había abandonado, no porque no la amara -claro que no-, sino porque había oído el llamado del *deber,* de *Francia*, que lo precisaba, y entonces, para no preocuparla, para no asustarla –porque la quería mucho (claro) -, marchó sin despedirse a ofrendar su vida en defensa de la patria… Eso explicaba que sus últimas huellas partieran hacia el norte, porque ya todo el mundo sabía que el Ejército de Francia se movilizaba hacia el norte, y justamente era el ejército lo que tanto ambicionaba encontrar su tan valiente Paul… Sin embargo, ya llevaba casi dos años con su crío a cuestas por todos los puertos del Canal desde Honfluer a Boulogne, y de

vuelta hasta Le Treport; y *casi dos años y tantos puertos* eran muchos soldados -muchísimos soldados-, y a todos les había preguntando por él, y también en todos los regimientos y batallones y cuarteles que había encontrado había preguntado por él; pero resulta que ningún Paul Galois había sido reclutado nunca; (a veces le daban un nombre parecido, y allí iba ella, pero el hombre no era parecido)... Seguramente, decía -quería creer (y acaso lo creía)-, impedido de enrolarse allí -por un motivo o por varios-, se había vuelto a París, porque él era de París, y allí seguramente lo admitirían; y porque además su gran Paul siempre extrañaba mucho su gran vida en París, y siempre se lo decía, decía ella. Y *seguro*, dijo Laglais, pero no dijo por qué. Es más, su gran Paul siempre hablaba de volver un día a París... con ella y con el niño, claro. *Claro*, sostenía Laglais sin poder decirle que ni siquiera con su verdadero nombre era posible hallarlo, que él también había recorrido todo el norte preguntando no ya por Paul Galois, sino por el auténtico Hipólito Charles, o por cualquiera que llevara una marca en el ojo y su pelo y su cara; y él no había perdido su tiempo en los regimientos, donde por supuesto jamás encontraría a ese cobarde, sino que había preguntado en las aduanas, en los puestos camineros, en las alcaidías, en los puertos, y hasta en los barcos de todas las banderas de todos los puertos desde París a Le Treport, y nada, nadie había oído ese nombre, sólo Boinasse y nadie más había visto a ese hombre de la marca bajo el ojo; o sí, o más bien muchos lo habían visto, con esa marca, así, aunque horizontal, y sí, pero no, más abajo, o más acá, y más bien así, vertical, en redondo, aquí, más arriba, encima del ojo ya no debajo, en fin… era como buscar una aguja en un pajar, pero una aguja disfrazada de paja.

Laglais calló. ¿Cómo decirle todo eso sin decirle quién era y de qué escapaba su gran Paul y cómo le cortaría la garganta cuando ella por fin los presentara? De oreja a oreja, igual que a los cerdos en la noche de San Julián, pensaba Laglais. Y *pobre puta*, pensaba: acabaría por llevarle a su amado, su asesino. Pobre puta, sí: pero así jugaba la suerte. Allí andaba él, por ejemplo, perdido y sin fe por las calles de Le Treport, cuando en una esquina sin esperarlo, recibe tan buena mano: esa perra sabueso que él no pensaba espantar ni perder, sino todo lo contrario.

El precio era el crío. El pequeño Paul, efectivamente, era un niño muy alegre, muy sociable, muy bonito, y muy simpático. Pero para Laglais representaba nada más que un estorbo, literalmente: *un pequeño gran estorbo*. Insurrecto, desobediente, dependiente, quejoso, por completo ajeno a la importancia crucial de su misión;

el pequeño Paul ni siquiera se interesaba por la suerte de su propio padre ni del *marido* de su madre, ya no de su presa.

Pero era *tómalo o déjalo*, y Laglais decidió, impedido de rechazarlo, incorporarlo a la campaña, e instruirlo a los efectos. A su tiempo resolvería cómo. De momento, ya no iba solo, y en un rápido balance, hasta podía decirse que las cosas mejoraban. Seguía sin ninguna pista, es cierto, pero ahora tenía un lazarillo para su ceguera. Luego, un día, una vez alcanzado el objetivo, sus caminos volverían a separarse, seguro; pero de momento… se pusieron en marcha hacia París.

Laglais no quería, ya fue dicho, se resistió y trató de convencerla, le resultaba inconcebible que Charles se volviera a París, no imaginaba al cordero de regreso al Lobo tan luego por el camino de Su propia boca. Antes, -estaba seguro-, intentaría, la rata, cruzar a Inglaterra, y de no conseguirlo, buscaría el este: Alemania, Austria, Prusia, el enemigo, pero no París, donde seguramente, ya no quedaba un solo francés que no estuviera dispuesto a dar la vida por Él…

Pero claro, aquella puta no sólo desconocía el verdadero nombre de *su marido,* sino, y sobre todo, su verdadera situación; y cuáles eran, más tarde o más temprano, sus escasas posibilidades reales de sobrevivir: alcanzar algún amparo entre los enemigos de Francia; enemigos cada vez más y más lejanos, pues cada vez más grande era la Francia ahora, gracias al General de los Generales que… ¡Pero si esa puta ni siquiera sabía quién era Napoleón Bonaparte, cómo explicarle nada! Conocía su nombre, sí, bueno, sabía que era el jefe de todos los jefes, o el rey o el mandamás o cosa así, pero no sabía, no tenía ni idea de la magnitud superhumana de Su estatura y resplandor; no sabía nada de las campañas de Italia, de Egipto; creía que los mamelucos eran una variedad de los abejorros; no podía ni siquiera imaginar lo que habían sido Arcole, Millesimo, La Favorita, ¡Marengo!; incluso Albukir, incluso la derrota a Su lado llevaba el aura de la gloria… No, esa puta no sabía nada, el traidor podía estar en cualquier parte...

-- Sí. Pero no por el norte –repetía ella con una convicción que al cabo convencía.

Para fines de 1803, los puertos del norte de Francia eran técnicamente inexpugnables. Tierra de bretones realistas, bolsón de resistencia de los últimos chuanes, eterna usina de conspiraciones; la sospecha de un espía en cada hombre (más Su preciada quimera de invadir Inglaterra), recalentaban todo el litoral marítimo desde Brest hasta Dunkerke; y así las tropas y la inteligencia francesas

mantenían esos puertos y sus aduanas tan bien sellados, como aquellos sepulcros que habían visto en Egipto. Difícil que Charles siguiese por allí, en eso la puta tal vez tenía razón. O bien hacía mucho que había dejado Francia -acaso ya Europa-, o bien… o bien, por qué no, había vuelto a París. Por qué no.

Una fría, muy fría mañana a mediados de aquél invierno, la curiosa *patrulla Laglais* –que lógicamente nunca pensó ni admitió ese mote-, partió de Le Treport hacia el sur, buscando el Sena para bajar hasta París. Y si como patrulla eran cosa extraña, como familia -que fue lo que decían ser-, lo fueron dos veces más.

Aquél hombre enorme y horrible, con esa mirada fiera -y ese rostro hecho con dos mitades distintas-; y aquella muchachita virginal y preciosa -que por edad podría ser hija del monstruo, pero que evidentemente no lo era-; y entre los dos, sentado, ese angelito, ese niñito demasiado pequeño para ser hijo de él, aunque demasiado grande para ser hijo de ella… ¿Qué era esa *cosa* tan extraña que las gentes de los pueblos del norte de Francia (gentes sencillas, simples, acostumbradas quizás a las historias de apariciones y los delirios de la guerra o la miseria, pero no a las rarezas de la gran ciudad), veían pasar?... Podían, en tal caso -decían las gentes-, ser un padre y su hija… y su nieto; o un tío y sus dos sobrinos; o un tío, su sobrina y el hijo de ella, o… pero no podían ser un esposo, su esposa y su pequeño hijo, eso sí que no… y aún así, Laglais decidió que eso exactamente debían decir que eran, porque las familias –dijo-, *imponen siempre más respeto*. Y Céline estuvo de acuerdo. Eran de verdad un dúo muy extraño. Tan extraño, que siendo un dúo eran tres.

Una mañana entonces -una mañana muy fría en los inicios de 1804-, la extraña familia de Marcel Savoir, salió de Le Treport con rumbo sur en paralelo al mar; convencida ella de que el destino era París; y tentando él la suerte del camino, porque desde que jugaba…

En principio una estupenda diligencia los llevó en primera clase hasta Fecamp. En Fecamp otro servicio similar los llevó hasta Etretat, y de allí siguieron a El Havre.

Pero no tan rápido. En cada ciudad, en cada pueblo, se detenían un día o dos, a recorrer bien la zona, a buscarlo, a preguntar por él; a los posaderos, a los taberneros, a los cocheros, y desde luego a los gendarmes y desde luego a los tahúres… Él recorría los garitos, y ella, por las dudas, también los hospitales. Y en todas partes los dos decían lo mismo: que buscaban a un hermano de ella, a un hombre de unos treinta años, de cabello rojizo y ojos verdes y soñadores,

con una marca bastante graciosa bajo el ojo izquierdo...

Luego de las primeras pesquisas, Laglais -Marcel-, le ordenó que no volviera a repetir aquello de *los ojos soñadores* ni lo de la *marca bastante graciosa*, porque nada de eso aportaba nada a su descripción. Laglais estaba acostumbrado a las putas, sabía manejarlas. Pero nunca había manejado a una mujer, y aquella puta, aunque era una niña, hacía mucho que ya era una mujer. Y advirtió sus celos, cómo no.

Si en El Havre no encontraban nada -pensó y decidió Laglais (sin consultar con nadie porque para eso él era el jefe)-, seguirían, ahí sí, hacia París. Pero en El Havre tenía una esperanza, un *pálpito*, si se quiere. La muchacha –según decía ella misma-, conocía muy bien esa ciudad, porque allí había pasado la mayor parte de su vida de prostituta.

Aunque también vale apuntar que aquellas escalas eran en buena medida exigidas –obligadas- por el pequeño Paul. Laglais observó que el comportamiento del niño empeoraba a medida que se extendían los tramos, y entonces decidió esas escalas con un doble, o triple, objetivo. Porque además de rastrear la zona, y hacer descansar a las distintas unidades; Laglais y Céline aprovechaban para… Bueno, ahora que el niño dormía con ellos, la intimidad de la pareja Savoir –por llamarla de alguna manera-, se vio seriamente restringida, y sin embargo, aún así, con imaginación, ingenio y voluntad, entre los dos supieron encontrar *sus espacios y sus tiempos* -como suele decirse-, y así lo que al principio había sido un simple trato comercial, empezaba a convertirse en un vicio para ambos.

Por vocación, por gratitud -o lo que fuera-, Céline (pues para entonces ya le había dado el grito), mostraba por él, al menos por su cuerpo, una devoción que trascendía lo profesional -incluso la gratitud-, y que él nunca había recibido, percibido, o cuando menos creído.

Laglais era un hombre, todo él –es hora de aclararlo- de grandes proporciones. Su cuerpo en general, y en sus detalles: las manos, los hombros, desde luego sus piernas, ni qué decir de sus brazos, en fin… todos sus miembros eran de un tamaño superior a lo normal, y aunque muchas veces se lo habían dicho hasta las prostitutas –personal difícil de impresionar-, él no les había creído, o no las había oído, o no le había importado… Pero ahora era distinto. Con ella era distinto. Ella era distinta.

Había que ser él, estar ahí, mirar y ver a esa muchacha, a esa criatura más hermosa que las que aparecían en los cuadros de los pintores más famosos que pintaban criaturas hermosas; había que

verla mirarlo desnudo, a él, ver el asombro entornando en sus ojos, ver su frente cómo se tensaba desplegándole el rostro en toda la extensión de su belleza, mirándolo a él; había que verle la boca que se relame ante el bocado; había que verla salir de la tina, vestirse y desvestirse y hacer cualquier cosa; había que ver sus pequeñas manos jugando con la enorme pistola de Laglais, besándola a lo largo, desde la culata, todo el cañón, metérsela en la boca, sobarla y sonreírle para mostrarle a él que nada de él, ni siquiera *eso*, le daba miedo…

Para entonces Céline ya sabía que Laglais iba armado. Entre Etretat y El Havre lo había descubierto, en una posta del camino, cuando aprovechando que el niño dormía -y que los otros pasajeros no dormían-, urgidos ambos por el mismo ardor se escondieron entre las sombras de una barraca inútil, y allí lo hicieron vestidos con la misma fruición con que lo hacían desnudos. Y ahí ella le encontró la pistola. Pero no se asustó -como no se había asustado de su rostro-; al contrario, ni bien la vio empezó a jugar con ella, así, a pasarle la lengua, con calma pero con gusto, mientras lo miraba y le sonreía, y mientras él la miraba y se desesperaba.

Desde luego no pudo no preguntarle por qué la llevaba; pero bastó decirle que era para defensa propia -de él y de ellos, de ella y de su hijo, de los rateros y los ladrones y los asesinos y los loquitos que solían dejar a su paso los ejércitos y sus guerras-; y ella ya no preguntó más nada ni se molestó en absoluto. Al contrario, le gustaba tenerlo así, armado, le gustaba su pistola, jugar con ella. Si hasta aprendió a manejarla; él mismo -quién si no- le enseñó a manejarla, a cargarla y a disparar; le enseñó mientras viajaban, cuando paraban para descansar (y lo demás): y vale apuntarlo también: Céline aprendía rápido. Era una muchacha ruda, hermosa y ruda.

El pequeño Paul, en cambio, continúa en estado de sedición, desoyendo apercibimientos disciplinarios, salvas de advertencia, y todo tipo de acción persuasiva. Aún así, su comando inmediato insiste en una permisividad que sin duda debilita la eficacia de todo el cuerpo. Pero no se aviene, el pequeño Paul, a encuadrarse. El sargento Laglais ha considerado ya distintas estrategias, ha probado la distracción, la inteligencia y la contrainteligencia, el espionaje y el sabotaje… pero el pequeño Paul resiste su posición con una tozudez que desanima. Se trata de una complicación inesperada, pero que sabrá resolver. Después de todo, recuerda, es sólo un niño.

La madre, sin embargo, crece ante sus ojos. Carga con su hijo sin perder de vista su objetivo, no le teme al frío, ni a la noche, ni al

hambre, duerme o no duerme, jamás se queja, nunca retrasa la marcha a no ser por el niño, y aún entonces, el espectáculo que brinda(n), justifica la demora. Laglais nunca había reparado en una escena tan habitual y simple como una madre atendiendo a su hijo. Estaba acostumbrado a la magnífica tragedia de la guerra y su espectáculo superior, y sin embargo, ahora que la (que los) miraba… hasta llegaba a pensar que también tal vez la guerra tuviese algún sentido.

Después de todo, esa madre y su hijo precisaban, merecían, el amparo de Bonaparte; y sus enemigos –los enemigos de Bonaparte- eran enemigos de esa mujer y de ese niño. Por suerte para protegerlos, allí estaban él y todo el Gran Ejército y su Grandísimo Jefe. La muchacha era bellísima, y su niño la iluminaba. Qué importaba detenerse un poco más, un poco menos… llevaba ya dos años buscándolo sin encontrarlo, bien podía llevarle el resto de su vida, por qué no detenerse un poco a mirar algunas de esas cosas que nunca había mirado, y que de pronto le daban sentido, incluso, a la guerra.

Recorrieron la ciudad de punta a punta, pero ni rastros de Charles. Efectivamente, la muchacha conocía esa ciudad mejor que muchos de sus más viejos habitantes. En todas partes la reconocían y la saludaban: los posaderos, los camareros, desde luego los soldados, y por supuesto las otras prostitutas. *El sabueso vale su carga y su comida*, pensó Laglais, pero sin alegrarse. Su pálpito no se había cumplido. A no ser en el juego.

Su última noche en El Havre, deja a la chica y al niño durmiendo, y prueba suerte en un tugurio que de día es barbería. Y gana otra vez: 380 francos. *Le vendrá muy bien ahora que tiene una familia*, se ríe contento y celebra. No bebe, nada más vuelve a su cuarto satisfecho, y la satisface y se satisface.

A la mañana siguiente, ya recorrido todo El Havre, invierte lo ganado en un buen coche y dos buenos caballos, y pone rumbo, ahora sí, hacia París. Sin ninguna convicción, pero con cierta esperanza... *Tal vez el sabueso tuviese razón,* piensa buscando el Sena para bordearlo de nuevo hacia el sur, aunque ahora por su orilla norte… Que fue su sólo error

Capitulo 17

Si un dios burlón lo hubiese visto todo desde arriba, se habría reído como sólo los dioses ríen. Allí iba el perseguido, buscando a sus perseguidores; allí iban los perseguidores, huyendo de su perseguido…

Al dejar la casa de los dos ancianos, Charles salió hacia Franconville, luego cruzó hasta Poissy, allí empezó a subir, y llegando a Saint Germain-en-Laye comenzó a preguntar por ella, por una muchacha muy bella, de ojos azules y cabellos largos, enrulados y rubios, y que tenía un niño, o quizás una niña, o quizá nada, pero que ella sí era de verdad muy hermosa, y… y así siguió hacia el norte por la orilla sur del Sena, que fue su solo acierto.

Porque a fines de abril, Hipólito Charles alcanzó Louviers al mismo tiempo que Laglais, al otro lado del Sena, llegaba a Les Andeles. Una vez más, como en la noche de Le Treport, estuvieron muy cerca el uno del otro, y de no haber sido por el río, que los cubrió de sí mismos, acaso esta historia terminaría aquí. Pero una vez más los dos siguieron su camino, Laglais hacia París, con la mujer de Charles; y Charles hacia Honfleur, a por su giro y su mujer… Un dios burlón se hubiese hecho una fiesta.

Mi mujer y mi hijo, piensa y se repite, porque él tenía una mujer y un hijo, él tenía una vida, cómo que no, una vida mejor que la vida que tenía, se repetía sin pensar -y sin escucharse (y sin descanso tampoco, porque ya no sabía descansar); le gustara o no a Bonaparte, él tenía una mujer y un hijo, un hijo para el cuál tenía planes que seguramente no le gustarían al Tirano de los Cuernos… ¿O sería una hija?... ¿O no sería nada?... Quizá lo había perdido en la lucha por la supervivencia, o quizá… No. Se sacudió esos pensamientos, los espantó con la mano como si fueran moscas, y los pensamientos se alejaron. Pero no se fueron, se quedaron por ahí, revoloteando a su alrededor, confundidos con otros pensamientos no menos molestos y horribles como moscas todos.

Se aferró al presente (era su solo recurso cuando el pasado y el futuro lo acechaban); se aferró a esa noche, que cruzaba lleno de

miedo; se aferró a su caballo, que perdía velocidad (porque total a él no lo iban a matar, claro); se aferró al camino poblado de sombras, y… y comprendió que no tenía nada, que su presente era nada, todo lo que le quedaba era llegar a Honfluer, donde lo esperan -reza- los 10 mil francos de su bendita protectora. Y luego escapará. Con 10 mil francos -quizá con menos-, compraría su agujero para salir de Francia. No, claro que no olvida a su mujer ni a su hijo: si los encuentra antes, los llevará con él, seguro, y si no… y si no los mandará llamar en cuanto pueda asegurarles un lugar y un porvenir, por supuesto. Es lo que corresponde. *¿Quién precisa más miseria?* Si, se dice, se repite –ni se escucha, sólo huye-: *los mandará llamar*. Y se promete esta vez cumplir con su promesa, y sigue. Debe llegar a Honfleur justo a tiempo. Ni mucho antes para no mostrarse demasiado; ni mucho después, porque nadie hace esperar 10 mil francos sin levantar sospechas…

Al llegar a Louviers cruzó hasta Pont-l'Eveque, y allí, recién, después de mucho, volvió a jugar. Pero esta vez ganó -230 francos, poco más-; y volvió a sentir lo que sentía siempre cada vez que ganaba: que la vida tenía sentido, y que no había nada sobre la faz de esta Tierra, que no pudiera resolverse con una buena mano de la suerte.

Aunque ya se sabe cómo es la suerte: cambia de mano sin piedad ni aviso.

Esta vez la Gran Noticia era más grande que nunca: en mayo, en París, en Francia, el senado, el honorable cuerpo de alcahuetes que legislaba la nación (que legislaba Bonaparte), decidió elegirlo, erigirlo, proclamarlo emperador.

¿Emperador?

Emperador, sí.

La pavura lo abrazó como una tormenta de arena, densa, turbia y descomunal. Si alguna duda le faltaba a su certeza, allí la tenía: el hombre que lo odia, el hombre que lo quiere matar, no sólo es ahora el hombre más poderoso de Europa -y acaso del mundo-, sino que, para su total desgracia, está completamente loco. Allí lo confirma. Es un desquiciado. Un maniático. El hombre que lo quiere matar, es un maniático.

Su mujer y su hijo desaparecieron de su mente, incluso de su memoria. El pánico y la sorpresa combinados, le brindan un instante de absoluto presente. Pero era un presente atroz. Un presente hecho de jadeos, de sombras y de abismos.

Llegó a Honfleur hacia fines de la primavera, y encontró su giro, sí, y otra carta de ella, también. Pero ningún 10 mil, ningún ardor,

ningún después, ya no. Apenas un rápido adiós, casi formal, casi operativo, y sus últimos 200 francos miserables. Como si por fin ella hubiese logrado olvidarlo… o Él, por fin, satisfacerla.

Mi estimado amigo:

No pasa un minuto de mi existencia sin que me compadezca y me culpe por tu suplicio, y es por eso que tantas veces te acerqué mi ayuda. Pero quizá ya sepas que mi vida ha tomado un rumbo que me aleja de ti definitivamente, pues seguir ayudándote, sería aún más peligroso que dejar de hacerlo. Espero que lo entiendas. En todo este tiempo, que no ha sido poco, te he dado toda la ayuda que estuvo a mi alcance, aún poniendo a riesgo no sólo tu vida y la mía, y tú lo sabes. Pero ahora entiende que ya no es posible seguir haciéndolo. Ahora sabemos que lo nuestro no debió haber sucedido nunca; y que para ser así, se ha prolongado demasiado. Aquí te dejo mi último discreto aporte, mis mayores deseos de que El Señor os acompañe y ponga a salvo, y mi adiós para siempre.

C.

PD: sólo una vez más recogeré vuestra correspondencia, para saber que habéis comprendido.

¿Qué era eso? Esas palabras descarnadas, aquella distancia superior que exudaba cada una de sus líneas... ¿Y esa dádiva?... ¡Doscientos francos, por Dios!… ¡La primera dama de Francia, Jesús bendito!... ¡La generosa y altruista Josefina!... ¡La benefactora de los humildes y los desposeídos, vaya!... ¡Nuestra Señora de las Victorias!... ¡Nuestra flamante emperatriz, puta de mierda!... ¡Ya me gustaría que supiera el mundo cómo se ponía nuestra santa protectora cuando Él estaba lejos y yo estaba en Su cama, cochina mestiza, perra en celo perpetuo!... ¿O ya has olvidado la desesperación de tu boca por comer lo que ni siquiera debías mirar, ramera rabiosa, traidora y mezquina?… ¡Ah, las groserías que salían de tus labios empastados de semen!, ¡Los gritos!, ¡Los alaridos!, ¡La flor carnívora que babeaba de sed entre tus piernas, y que se lo tragaba, vamos!... ¡Ah, maldita puta!, ¿200 francos es todo lo que vale tanto placer?.. ¡Pues resulta que para mí vale muchísimo más, permítame, Su Alteza Imperial, la disidencia!… ¡Para mí vale la vida, majestad!... ¡Al menos los últimos tres años de mi vida, y todo lo que me queda! ¡De la única que vida que yo tenía, y que usted ahora desecha

por 200 francos, su reputísima majestad!, mascullaba Hipólito por las calles malditas de Honfleur, y ni siquiera con el pensamiento: hablaba, sí, envalentonado por la furia, hablaba, en voz baja pero audible, con los dientes apretados sin que se le entienda muy bien ni le importe nada porque sólo su furia le importa entonces…

Y así fue como aquella esperanza, reducida a fantasía, se convirtió rápidamente -por la amarga alquimia de la frustración-, en crudo resentimiento.

Salió de Honfleur sin recordar aún que buscaba a su mujer, tan abatido iba. Acaso por inercia, igual tomó hacia el norte. *La traición de Josefina* (pues en estos términos pensaba ahora Charles), no lo dejaba razonar, es decir, su mente proyectaba sólo imágenes concebidas por el despecho, por el rencor y la venganza: *su cuello de ella entre sus manos, su nombre de ella bañado en el escarnio, La Derrota final de su marido; la muerte de ellos dos, sin gloria, sin honor, sin compasión…* esas cosas veía, pensaba, sin razonar.

Tan sólo una vez ella volvería a buscar su correspondencia. Bien. Le quedaba un oportunidad de retenerla, de mantenerla encadenada a su mismo cepo.

Algo debía pensar.

Pero no podía.

La furia no lo dejaba, y sin embargo… lo alentó saber que todavía era capaz de sentir algo más que sólo miedo.

Recién al llegar a El Havre recordó que buscaba a su mujer y a su hijo, y hasta volvió a pensar que su suerte cambiaba de mano otra vez, porque la suerte hace esas cosas…

Y es que buscándola apenas, ya la encontró por todas partes. Ni bien comenzó a preguntar por ella, quedó ya sobre su rastro… Claro que rápido advirtió, percibió o le pareció, que *algo había, algo* que nadie se animaba a decirle porque él les decía que se trataba de su esposa y de su hijo, pero sí, lo veía en sus gestos -en todos- apenas empezaba a describirla... Hasta que ya no pudo no saberlo: Céline, su Céline, o *La petit poupeé,* como él también aprendió muy rápido a llamarla, ¡su tierna Céline!, se había convertido en el icono sexual por excelencia de aquellas huestes brutales. Todos o casi todos la conocían; algunos, incluso, le enseñaban estampas, dibujos y grabados que la mostraban como ellos la querían; y hasta tuvo que verla tatuada desnuda como una sirena en el pecho de un artillero. Al llegar a Etretat supo que sí llevaba un bebé; en Fecamp supo que era un varón; en Dieppe que había seguido hasta Le Treport, y en Le Treport supo todo lo demás. Al menos todo lo que sabían las otras cinco putas que vivían con ella: sabían que se había marchado una

noche en pleno invierno, de repente, hacia París, y con su hijo, a buscarlo, a él, sí, a su gran Paul...

Volvió a la calle, pero sin saber ya para qué.

La puta de su protectora lo había abandonado, y su mujer se había convertido en una puta mancillada por todo el Gran Ejército que lo perseguía a él…

Pero aún lo amaba.

Aún lo amaba, y tenían un hijo… y lo estaba buscando... *y vaya a saber uno sobreviviendo cómo,* se dijo en un momento, aunque en el mismo momento, también se dijo *cómo,* y no quiso pensar más.

No podía pensar más. No podía con todo. Cuando se acordaba de buscar a su mujer, olvidaba que huía del asesino de Bonaparte, y viceversa; y cuando pensaba en *la traición de Josefina*, lo olvidaba todo, hasta el miedo… Despertó de sus divagues, y se encontró todavía en Le Treport: ambulaba por sus calles desde hacía horas. Más allá de los soldados y gendarmes y policías que veía en cada civil que veía; a mediados de 1803, Le Treport estaba lleno de soldados. Más del doble, o quizás más del triple de los que había visto allí mismo, apenas seis meses antes… Se largó a caminar por los bulevares de la costa durante algunas horas, yendo y viniendo, pensando y no, mirando el mar. Hacía calor, las gentes adoptaban un ritmo calmo, todo parecía muy relajado, y se respiraba un aire tranquilo donde era posible pensar en cosas bellas, felices aunque simples.

Pero allí nomás, del otro lado del mar, a menos de cien millas, estaban Brighton, Hasting, Bexhill, el enemigo, Inglaterra, su meca, su única, su última esperanza. Ahora más que nunca. Llegaría a Londres y vendería todas sus cartas y su historia y todo lo que supiera y recordara o imaginara a los periódicos y a la inteligencia británica, y sería rico y famoso, y la mandaría a buscar, a ella y a su hijo, y si hacía falta, contrataría los mejores detectives de Gran Bretaña para encontrarla y que se la llevaran a Londres; o quizá mejor a una casa de campo en las afueras de Londres, sí, mejor… ¿Pero cómo llegar, ahora, a Inglaterra?... ¿Cómo cruzar ese tan poquito de agua que separaba la vida de la muerte?... ¿Cómo, ahora, sin dinero, sin apoyo, sin protección más de nadie, con todo el ejército y la policía y los servicios secretos de Bonaparte hasta debajo de sus propios zapatos, cómo, eh?…

Sintió horror de la patria, y se largó a llorar. Tristeza, miedo, furia, desasosiego, angustia, qué importa cómo se llamaba lo que sentía, si aún sin nombre era igualmente devastador. Iba por la calle, entre la gente, a pie, llorando. Ya no llevaba su nombre, ni su

uniforme, ni Su perdón. Ya ni siquiera se parece a sí mismo. Se había dejado crecer el pelo y la barba; y optó por creerse –para convencer- un inofensivo profesor de historia sin trabajo momentáneamente, y con serios problemas cardíacos, que no sólo le impedían pelear por su patria como tantos valientes, sino que para mejor disfrazaría de invalidez cualquier demostración de cobardía. Buscó la playa, un lugar solitario. Nadie puede amar una celda. Odiaba Francia. Escupe y llora. Escupe al piso, pero escupe su patria. Estaba encerrado en el lugar donde había nacido, y aprendía día a día a temerle y despreciarlo.

Más allá de lo que le habían dicho esas putas, ya antes de salir de Le Treport decidió que de ninguna manera volvería sobre sus pasos. Ya no. No renunciaba a buscarlos, ni a Céline ni a su hijo, pero no volvería hacia el sur, y mucho menos, a París.

Dejó Le Treport. Siguió hacia Berck, pero antes de llegar se desvío hasta un en un pueblito menos que aldea cuyo nombre ni siquiera conocían las aldeas vecinas. Por doce francos durmió y comió tres días y tres noches en un cuarto bastante amplio y lleno de ratas como él.

En el trayecto hasta allí, vale apuntar, tuvo que cambiarle una herradura a su caballo, 4 francos; su cantimplora perdía, así que precisó una nueva, 2 francos con 50; más los 12 de su hospedaje gastados allí; sumaban 18 con 50; que restados a los 149 que todavía le quedaban del giro de Honfleur; arrojaban un saldo a su favor de 130.50. De los cuales, a su vez había que deducir otros 73 con 60 perdidos en un cuchitril infame, en menos de cinco minutos…

En síntesis: que le quedaban menos de sesenta francos, su santísima protectora ya había renunciado a seguir siéndolo, su mujer era una puta, y llevaba tres días escondido en esa aldea infame, explicando a quién preguntara la historia del profesor de historia con problemas del corazón, que ahora iba camino de París, pues acababa de recibir un importante nombramiento para el Instituto…

La excusa parecía buena, pero resultó admirable. En aquél pequeño pueblo muerto desde su fundación, un auténtico profesor del Instituto, no pasaba por allí todos los días. El estúpido alcalde ya quería hacerle un estúpido homenaje. Su próxima jugada debía ser resuelta sin demoras. Su tiempo se terminaba.

Y su dinero también.

Entonces tuvo una idea que supuso genial.

Capítulo 18

Y mientras Charles y su miedo subían hacia el norte por la rivera sur del Sena; Laglais y su mujer (es decir: la mujer de Charles), bajaban por el lado opuesto, recorriendo -barriendo- ciudades, pueblos, aldeas, sin encontrar más que lo mismo: siempre alguien, en algún lugar, lo había visto… Sólo que nunca era él, el mismo, o sí, tal vez sí, pero siempre era imposible confirmarlo...

Siguieron bajando y al final la Extraordinaria Noticia esta vez no los cruzó. Para la primavera, cuando el senado proclamó emperador a su dios, Laglais y Céline llegaban a Val-D'Oise, y allí Céline, parece, recuperó el paisaje, los aromas, ciertas visiones y esas cosas; y recordó que ella también tenía una familia, dos abuelos, una casa, una vida, un pasado… y quiso volver, ella también, como si hubiese cómo.

Se lo dijo a Laglais eufórica, como despierta de pronto, o más bien agitada. Retomó su triste historia de puta en la parte en que había sido abandonada de niña, y le contó de sus abuelos, de la casa donde vivían -allí donde había aparecido su gran Paul-, y de lo cerca que estaban, ahora, de ahí. Y le dijo además que *debían* ir porque ella tenía una premonición. Eso le dijo. Así.

La chica no tenía ninguna premonición, advirtió enseguida Laglais aunque no se lo dijo; simplemente se le había ocurrido visitar a sus abuelos, y eso era todo. Pero de nuevo decidió creerle. O por lo menos, obedecerle. Fuera o no una premonición, tenía su lógica. Más lógica, en tal caso, que seguir hacia París. Al fin y al cabo, sopesó, aquella casa había sido acaso el mejor escondite que había tenido el traidor, y tal vez había dejado allí alguna pista, alguna huella, algo más que esa hermosa perra sabueso, que seguía siendo, lo único que de verdad tenía. Obedeció. Laglais.

Al llegar a Franconville Céline no llegó a tomar las riendas, pero condujo el resto del camino. Le indicó por dónde ir, le ordenó doblar hacia Montmorency antes de Sarcelles, y luego le marcó el sendero que daba al atajo que rodeaba el bosque detrás del cual se

alzaba la colina que protegía de los vientos helados del norte, la casa de sus abuelos.

La conmoción por el reencuentro superó lo previsto por ella y lo esperado por él, y se extendió durante días. A los dos buenos viejos ni siquiera se les ocurrió preguntarse quién era o qué aquel horrible gigante que venía con ella. Les bastó saber que era el hombre que la había traído de vuelta, a ella y a su hijito -sanos y salvos, y bien alimentados los dos-; para brindarle eternamente su devoción y todo lo que tenían, aunque todo fuese nada.

Pero sin embargo fue mucho. Más de lo que esperaba, soñaba, o pretendía Laglais. Porque no sólo le ofrecieron y dieron comida, techo, descanso, y mil otras flores de la más dulce gratitud; sino que también le dieron lo que más quería Laglais: información sobre el teniente Hipólito Charles. Mejor aún: la forma de llegar a él, le dieron esos dos ancianos, aparentemente innecesarios en la trama de esta historia.

Apenas pudieron respirar, aún temblando de alegría; los dos viejos, ansiosos, apurados, encimándose ininteligibles, contaron la visita de Charles, su arrepentimiento, su llanto y su vergüenza, y su presurosa partida a por ella, y las órdenes expresas que les había dejado él, su gran Paul: *retenerla allí porque él volvería a por ella, o enviaría a por ella, si es que no la encontraba antes.*

-- Díganle que la amo, y que me espere -dijo y se fue.

No, tampoco a ellos les había explicado por qué había desaparecido así como así la primera vez… o sí, en realidad algo recordaban que les dijo sobre la necesidad de los hombres de enfrentarse con su destino por adverso que fuera, y cosas así por el estilo, que a los dos viejos, ni les parecieron muy importantes, ni muy claras tampoco. En tal caso, lo importante es que él había vuelto, que ella había vuelto, que él volvería a por ella, o que la mandaría a buscar, y que ella, por lo tanto, debía quedarse y esperarlo allí. Eso era lo importante. Sí.

Céline parecía convencida; pero Laglais y los dos viejos estaban de acuerdo por triplicado. Tanto en que Céline debía esperar allí por *su Paul,* como en muchas otros puntos. Por ejemplo: la casa precisaba una verja, las cabras un corral, el granero un techo, el huerto una limpieza, el baño un nuevo pozo; y el niño, el pequeño Paul, precisaba esas colinas, esos verdes, aquél riacho prístino, y algo más parecido a una familia y a una vida normal que lo que había tenido desde que había empezado a vivir…

Cuando al cabo de los días los temblores del reencuentro fueron sucedidos por una calma nueva muy parecida a la felicidad,

aquellos cinco seres ya aparentaban ser algo así como una familia. Extraña familia una vez más, pues el nieto era en verdad un bisnieto, los dos padres no eran los padres los dos, y etcétera; pero aún así, en su conjunto, en apariencia, representaban un cuadro armonioso y dinámico, por el cual la vida fluía sencilla, serena y alegre. Laglais ni siquiera sabía que existían esas cosas.

En cuanto al pequeño Paul, hay que decirlo, su temperamento y sus fuerzas encontraron allí canales mejores que el rezongo y la sedición constantes. Al menos ahora parecía avenirse a las órdenes de Laglais, órdenes que Laglais –también esto hay que decirlo- había conseguido camuflar como sugerencias muy promisorias, mágicos misterios, aventuras irresistibles, o voluntades a imitar. Fuera como fuera, y por extraño que le resultara, Laglais sentía, por momentos, aunque leve y rara, la magnifica ebriedad de la victoria: había dado con las técnicas adecuadas: el pequeño Paul respondía cada vez mejor a su comando, y así se afianzaban las unidades en aquél asiento inesperado y tan feliz de su campaña. Sólo faltaba que el traidor apareciera, matarlo y vivir.

Pero los días pasaban y Charles no aparecía ni mandaba noticias, aunque nada de eso interrumpía la vida feliz de aquella familia, sino más bien, todo lo contrario. Cada día era mejor.

De cuánto mejoró la casa, ni hablar. Al fin Laglais, un hombre de acción como Laglais, encontró algo que hacer con sus dos manos, impedidas momentáneamente de estrangular al tan esperado Paul Galois… En pocos días levantó aquella verja tal cómo había dicho; arregló el corral para las cabras (hizo uno nuevo), limpió el huerto, compró un caballo, diseñó y construyó un sistema de cloacas (que le granjeó una cena especial y un gran aplauso), cerró los techos de la casa por dentro, y reemplazó aquél piso de tierra apisonada por un entablado que él mismo lustró, clavó, cortó, pulió y hachó con sus propias manos impedidas momentáneamente de…

Deberá mencionare también, en toda esta avanzada, la ayuda vacilante, interesada y desordenada, pero también invalorable del pequeño Paul, que a su lado siempre, complicaba y aliviaba la faena… Y luego, por las noches, Céline, al cabo del sudor y del trabajo, la bella Céline, le tenía lista su cena, y después lo demás: su cuerpo entero enteramente suyo. Una vida perfecta de no haber sido porque el traidor seguía sin aparecer ni escribir ni existir… *¿O tan luego por eso aquella vida era perfecta?*.

Laglais no pensaba ni se preguntaba estas cosas, pero empezó a hacerlo. No había visto, hasta entonces, desde su adolescencia (pues antes de la adolescencia sólo recordaba una suerte de niebla), más

que a los unos contra los otros a matar o morir sin entender jamás del todo muy bien por qué. Allí lo tienen a él, por ejemplo: persiguiendo desde hace tanto a un hombre que no podía encontrar porque ni siquiera había visto antes, y al que sin embargo debía matar.

Se enfrentó a su propia mente, y le recordó que se trataba de un traidor. No puede explicarle exactamente en qué consiste su traición, porque él no lo sabe, no es quién para saberlo, él es sólo un soldado, sólo merece matarlo sin preguntar más nada. Para eso el Ejército le gira su paga regularmente a la estafeta de Montmorency según sus propias órdenes. ¿Qué más quiere? Que mate sin preguntar. Es su deber.

Y sin embargo está allí. Encerrado en esa casita, con esos dos ancianos y ese niñito y esa exprostituta enamorada del hombre al que persigue o espera y va a matar. Allí está él, aunque ya ni parece él. Parece un campesino ya. De a poco su aspecto fue modelado por la necesidad, por el trabajo diario, y por la comodidad inédita de su nueva vida del todo nueva. ¿Qué hace, allí, sin su uniforme, sin sus armas, con aquel hacha y esa asada, junto a un niñito y no con sus legiones?...

Y mientras tanto el traidor que le ordenaron matar, escapa… quizá ya dio la vuelta al mundo varias veces…

Algunas noches no puede dormir y sale con su caballo, y aunque promete volver, y aunque siempre vuelve, a veces demora más de lo que promete demorar.

Arrebatado por la culpa en ciernes del deber incumplido, algunas madrugadas sale a buscarlo al galope imprevisto, como si acabaran de revelarle en sueños exactamente dónde es que estaba. Pero nada, no, no sabe nada, o sabe lo de siempre, que algún día volverá, que escribirá o la mandará a buscar, a ella, tan luego, a Céline, a su mujer y a su hijo -es decir, se corrige: *a su mujer y al hijo de su mujer-*, y galopa, lo busca, piensa, piensa en Céline, en el pequeño Paul, bajo la noche, en su grandísimo Jefe que le repite *"cuídese de las putas, Laglais"*.

Galopa, camina, hurga y husmea, no va lejos (no puede, no quiere alejarse), ambula por Sarcelles, por Montmorency otra vez; llega quizás hasta Euabonne, hasta Bobigny, hasta Herblay; va y vuelve, y no, no quiere alejarse, no puede (no sabe ya), es sólo que algunas noches lo arrebata la culpa, y… la culpa por la inacción, claro, por lo que juzga o siente su desidia, su casi traición. Su felicidad. Entonces toma su caballo y parte; pero se calma o se cansa, se rinde y vuelve.

Le ocurría cada vez con menor frecuencia, pero lo había hecho varias veces desde que habían llegado a la casa, allá por abril, hasta ahora, finales ya de noviembre … porque claro, de más está decir que en aquella armonía, en esa calma, sobre tanta paz, el tiempo se deslizó sin obstáculos, como en caída libre, y los días, las semanas, suaves, iguales y limpias, se llevaron aquella primavera y su verano, y ya se llevaban también el otoño, y él aún ahí, sin noticias de Charles, reparando un arado, alimentando cabras, jugando con un niño todo el día… y con una niña todas las noches.

Una niña que -mejor decirlo ya-, se le ha entregado en cuerpo y mente, pero no en alma o en corazón o como quiera llamarle a eso que él nunca llamó de ninguna forma y que sin embargo ahora… No le niega, ella, ninguna cosa que él le pida, eso también hay que decirlo. Pero tampoco le ofrece más que lo que él le pide. Ni un beso, ni una caricia, ni una palabra de más ni de menos. Y a veces, muchas veces, él la descubre allí, así, tan a su lado y tan ausente, con sus ojos azules tan hermosos y tan lejanos, lejana toda ella, pensando seguramente en Charles, en *su Paul*, en el traidor, en su objetivo militar, en su obsesión y su fracaso. Por eso de tanto en tanto salía a buscarlo… y también por eso volvía siempre.

Pero cada vez menos se atormentaba Laglais, porque a cambio el feliz Marcel Savoir dormía cada vez mejor, cansado y satisfecho por su trabajo y su mujer; y porque a la mañana siguiente lo esperaban un buen desayuno y más trabajo: había que recoger las frutas maduras; extirpar un hormiguero que acosa tras los tomates, llevar a pastar las cabras –hay una preñada de nuevo-, limpiar el gallinero, arar y sembrar y pasar por el pueblo a recoger su paga… Mucho hay que hacer cada día, y alguien debe hacerlo, se dice Laglais, y duerme y duerme. El tiempo pasa sin que él lo empuje.

Capitulo 19

Aprendió a mendigar antes que a trabajar, pero también aprendió a trabajar. Primero el hambre le enseñó a pedir por las calles como aquéllos que antiguamente lo indignaban tanto. Ahora el indigno era él. Y supo que así también se podía vivir, en el fondo de la vida… Pero después volvió el invierno y el frío le enseñó a trabajar. Calderilla, comida, se pueden mendigar sin explicar, pero techo…

Para fines de 1803 está de vuelta sobre la costa porque tiene una idea *genial*. El puerto elegido para ejecutarla es Berck.

Berck es uno de los puertos más cercanos a Inglaterra, y para el invierno de 1803 a 1804, parece o amenaza convertirse en uno de los más importantes de Europa. Sus astilleros escupen un barco nuevo cada mañana, sus dársenas hierven de operarios laboriosos como hormigas verticales, se construyen nuevos diques, y los hombres y las mujeres se le imponen al mar como si quisieran sacarlo de allí con sus propias solas manos ¿Qué les pasa? ¿*Qué* los lleva? ¿Quién?

Se acerca Su coronación, y siente que el Sol que se alza no dejará nunca de alzarse y abrasarlo hasta calcinar sus cenizas finales…

Ciego en su derrota, llega hasta Berck, mendiga, se arrastra, termina de humillarse (pues algo de orgullo todavía le quedaba); duerme detrás del mercado de pescados de Berck, entre desechos de madera y vísceras, sobre un colchón de redes perfumadas de atún y bacalao podrido, y el Sol sigue ahí. Toda la noche. No lo deja dormir. Escapa de Bonaparte. No podrá escapar de Bonaparte. No se escapa de Bonaparte. Se lo enfrenta y se muere, o se lo sigue y se mata.

Pero allí tiene su oportunidad. Su *genial* idea consiste en disfrazarse de árbol y esconderse en el bosque. Comienza el nuevo

día buscando trabajo entre las dársenas que se expanden, entre las tropas que las desbordan, por barcos y más barcos que no van a ninguna parte, que sólo esperan, que se reproducen agazapados, y aguardan. Ya sabe mendigar, ahora probará trabajar ¿Quién podría sospechar de un esforzado trabajador de los astilleros Voncec, que tan luego allí, junto al puerto de Berck, tan luego hoy, recluta operarios sin mayores exigencias, porque ya ningún brazo le sobra a la conquista? ¿Quién podría reparar en un árbol en medio de ese bosque?

El salario es bajo, pero qué le importa. El porvenir es atroz, pero más atroz es su presente; y por supuesto no piensa trabajar allí más que el tiempo que le tome esconderse en la bodega del primer barco que zarpe hacia Londres, hacia Worthing, hacia Brighton, Hasting, Newport, Bexhill, o hacia cualquier lugar que fuera fuera de Francia. Ese es su plan, su *genial idea*. Se ofrece y lo toman.

Uno más entre tantos, de sol a sol sólo carga cajas y cajas de municiones en buques de guerra, porque buques de guerra es todo lo que hay. Uno más entre tantos, sufre lo de todos, y aprende casi tanto cuanto sufre. Aprende el suplicio de otras vidas que no son la suya, y sin embargo… el trabajo duro, la paga escasa -más la desesperación callada de saber que mañana y que después de mañana sería siempre igual-, le enseñan a callar, y a esperar. Ya no huye, suda y piensa. Entrega el cuerpo, pero se queda con la mente. Busca, alerta, el hueco, el buque, el momento, su agujero; y piensa en ella, en Josefina, su sola carta de triunfo...

Piensa y piensa, y por fin descubre cómo hacer para que no lo abandone. Así que una noche, de vuelta a su barraca, a la luz de una vela, deshecho por la faena diaria, pero iluminado por la obsesión; le escribe, la amenaza, la extorsiona, y la retiene.

Mi querida Constanza:

Comprendo que a veces el amor se convierta en odio, pero me resisto a creer que la amistad pueda pervertirse hasta la traición. Sin embargo vuestra última carta, resume esta idea en un solo gesto que, debo deciros, me sorprendió tanto al descubrirlo, como me duele aún al recordarlo.

No, mi adorada señora, infelizmente, esta vez no puedo complaceros como os complací tantas veces. Entiendo que vuestra majestad ya no disponga de tiempo para cuidar de cosas inútiles, pero entenderéis por vuestra parte, que dicha "cosa inútil", es nada menos que mi vida.

Necesito de vuestro amparo más que nunca, pero a cambio, si me ayudáis, os juro que no sabréis más nada de mí nunca más.

Si supieras lo que estoy sufriendo, comprenderíais que se trata en verdad de un favor insignificante para una persona cuya vida ha tomado el vuelo que ha tomado la vuestra. Todo lo que quiero es dinero y un pasaporte nuevo. Pero esta vez la suma no puede ser "discreta". Mas ambos sabemos que 20 mil francos, en vuestra posición, son nada a cambio de mi olvido.

Espero esos papeles en la oficina de Correos de Berck, a nombre de vuestro buen amigo George Descase.

Y os aconsejo no dejar de recoger mi correspondencia en lo sucesivo, o me obligaréis a escribiros directamente a tu verdadero domicilio, que, bien lo sabéis, todo Francia conoce: Palacio de la Mailmason, París, Su Alteza Imperial, etecétera, etcétera.

Recuerda que todos corremos algún tipo de peligro.

George Descase

PD: tu decides.

Los días y las semanas se acumulan en sus músculos, tallan su espalda, le dan otra forma a sus hombros, hay que ver ahora el tamaño distinto de sus bíceps, la fuerza de sus brazos, la piel curtida, los huesos no…

Por dentro su mente espera su oportunidad. Por fuera su cuerpo sólo sabe sudar, temer, agotarse, humillarse, volver a temer y volver a sudar. Ya no hay un minuto de ningún día de su vida que se parezca en algo a lo que fue su vida un día.

Por la noche lo espera un jergón en una barraca junto a una treintena de hombres tan desechos como él, o peor: pues a ellos ya ni siquiera el miedo parece quedarles. Sólo blasfeman, insultan, se pelean, sueltan sus gases, ríen, roncan, algunos a veces copulan… menos que simios, intentan llegar al otro día: mañana un simio como ellos les dará órdenes todo el día hasta el día en que los arrojaran al mar ya inservibles para el trabajo… Y no descansaban nunca: vivían así, hasta que morían aplastados de a poco por el peso cotidiano de cada bulto que cargaban… Aprendió el horror, y otras formas de la locura. Y fue demasiado. Hacia fines del verano siente que se rinde. Pero entonces recibe la respuesta de Josefina a su última carta, y ya no le queda más alternativa que seguir con su plan.

Esta vez no hay en el sobre ni un solo franco, y ningún pasaporte.

Catorce palabras y otro adiós

Temo que no me has entendido.
Es todo lo que puedo hacer por ti.
Adiós.

Pero suele ocurrir: la desesperación hace la oportunidad. A punto de entregarse, encuentra el barco y la excusa, el agujero. Ya le contestará a esa perra desde Londres y veremos entonces si le sale tan barato el olvido.

Un buque de bandera sueca debía zarpar en forma urgente, y por lo tanto, imprevista. No iría precisamente hacia Inglaterra, sino a Hamburgo… Pero cualquier cosa que lo saque de Francia, cree saber, lo llevará finalmente hasta Inglaterra.

Los capataces reclutan espaldas dique por dique, y allí va él, indiferente a todo lo que no fuese su agujero.

Busca su escondite en la bodega del barco junto a las otras ratas que hacen esas cosas.

Envidia a las ratas otra vez. ¡Si tan sólo tuviese su tamaño! Se compadece y no se asquea, el *Dios Miedo* bendice cada una de sus acciones.

Llega la noche pero el trabajo no se detiene por la oscuridad. Aquí y allá, algunas antorchas hacen cuanto pueden con la sombra, pero la sombra puede más que todo. Nadie habla.

De tanto en tanto se oye quizás un capataz, su grito tajante y corto como un chicote, y el resto es silencio, el jadeo cansado de los hombres, sus pies que se arrastran cada vez más, ni siquiera el mar se escucha...

Ya eligió el lugar en una de las bodegas: detrás de unos cajones queda un hueco perfecto; ya conoce la escotilla que lleva a esas bodegas, y ya desciende por ella cuando un grito lo descubre y gira sobre sus propios pasos y quiere correr por la cubierta pero el acceso a la cubierta es obstruido por el mismo hombre que le grita y sin pensarlo siquiera busca una escotilla por la que no pasa una rata pero él logra pasar como una rata angostado por el miedo, y cae al agua, se hunde y no ve nada aunque oye golpes secos y breves como disparos que se ahogan a su lado, y no le dan. No lo ven. La noche negra sobre el agua negra, lo cubre hasta esfumarlo. Las ratas respiran oscuridad. Huye, nada, escapa, ya no piensa, ya no mira, no se da vuelta, sólo nada, la ropa le pesa cada vez más, y cada vez más guardias corren sobre los muelles, gritan, lo buscan, ya no tiene salida, ya está, se dice, *ya todo se termina,* piensa y casi desea

cuando alcanza una chalupa, la aborda, trepa la escollera, y escapa, sobrevive y sigue escapando. Sale del puerto y se pierde por las calles desiertas de Berck. Apurado, cruza la ciudad sin verla, ciego, empapado, por el mar y por el sudor, porque corre y no quiere, quiere caminar, pero sus pies no, sus pies no paran de correr, *así es peor, no corras, Hipólito,* se dice, habla, voltea la cabeza, ve que no hay nadie, que nadie lo persigue, y también se lo dice: *no hay nadie, Hipólito, no corras, todo está bien, ya nadie te dispara ni te persigue, no corras*... Pero no hay caso, sus pies no escuchan, no ven, no miran, el miedo los embrutece, nada más escapan, y se lo llevan. El Sol bajo la noche le deshace los nervios.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

PARTE II°

"He visto al Emperador, Alma del Mundo, cabalgar a través de la ciudad para hacer un reconocimiento. Se experimenta ciertamente un sentimiento prodigioso al ver a semejante individuo que, concentrado aquí, en un punto, montado sobre un caballo, abraza al mundo y lo domina. En cuanto a los prusianos, todo parecía inclinarse a su favor; la victoria de los franceses ha sido mérito exclusivo de este hombre extraordinario al que es imposible no admirar".

Georg Wilhelm Friedrich Hegel

Capítulo 1

París, 11 de frimario (2 de diciembre) de 1804

Nunca había llegado tan alto

¿Pero era necesario?

¿O sólo fue inevitable?

Ahora, allí, epicentro de esa fiesta nacional, del otro lado ya del umbral de Su delirio, al salir de Notre Dame, abolidos adentro los demás dioses todos; instalado Sólo Él por designio de Sí Mismo, coronado emperador por Su Propia Mano Sacra, reducido a plebe de nuevo el pueblo que apenas recién era aún soberano; de qué vale, ahora, allí, preguntarse más nada, decir más nada, gritar o no gritar, si el vulgo más Lo viva, ¡allí tienen su rey!, ¡y su reina!, ¡Mejor aún: su emperador y su emperatriz!, ¡Mejor que mejor: su emperador, su emperatriz, y su imperio!... ¿No era eso lo que siempre quisieron: esta fiesta, esta algarabía, estos fuegos de artificio que estallan, destellan y se incendian? ¿Y si no era esto lo que tanto querían, por qué festejan tanto?

¡Viva el Emperador! ¡Viva!...

La tarde, su lento declinar, ha comenzado, acaban de tocar, adentro, en el templo, el mediodía de los dos, y ahora, ella, caerá hasta apagarse, y Él, en cambio, se alzará más todavía impulsado por su propia combustión como esos fuegos de artificio que allí estallan, destellan y se incendian. Ella lo sabe o lo presiente, o presiente que lo sabe, o qué más da. Tiene miedo.

Y ahora Él también tiene miedo, ahí lo ve. Por un rarísimo instante en su rarísima existencia, teme también.

El carruaje imperial que ha de llevarlos, espera a pocos metros de los pórticos de la catedral, pero la multitud, que los viva y los

ansía, lo vuelve casi inaccesible. Y ahí ella -que lo conoce o cree conocerlo-, descubre en Su cara el único temor que le conoce: la turba.

Desde las revueltas populares que aplastó a cañonazos en el 95; desde las hordas asfixiantes que se le fueron encima el 18 de Brumario; desde las rebeliones de Ajaccio, desde antes de nacer, se diría, conoce la dinámica de la masa, su geometría de alud, su sola garganta hecha de miles de gargantas, su apetito de termita; su iniquidad justificada en el volumen; en fin: su naturaleza de bestia sin ojos, hecha sólo de músculos y nervios, pura emoción y fuerza bruta. Conoce la masa, le teme o la desprecia, pero no tiene elección: la elimina o la domina.

En lo que tarda una mirada, las bayonetas de Su escolta se erizan y rompen el montón humano, lo destruyen, lo deshacen en fragmentos de individuos, y los insultan, los empujan, los golpean; pero igual los fragmentos Lo vivan y los vivan *¡Viva el Emperador!, ¡Viva!, ¡Viva la emperatriz!, ¡Viva!,* gritan los descamisados, los desdentados, los desposeídos, los desolados, los desesperados, *¡Viva!*, saludan y sonríen y alcanzan el coche, suben y cierran, y dejan afuera, por fin, toda la multitud. Se alivian, suspiran y parten. No dejan de sonreír, y saludan. Pero llueve y hace miedo… *¿Será por el agua que anega el aire y lo trastorna? ¿O es tal vez el cielo negro, que se traga en su silencio el estallido y los destellos de los fuegos de artificio que ya ni brillan ni se oyen, y que tampoco importan?... ¿De dónde llueve el miedo?... ¿Pero es lluvia? ¿O es llanto?...* La multitud festeja igual. Nada importa. Ya todo es Él. Ya no hay más pueblo soberano, ni más Papa, ni oposición ni amigos: ya sólo hay plebe, clero, alcahuetes y enemigos, y un solo Sol para todos: Él.

Tayllerand, Fouché, Pío VII, Ney, Murat, Lecrerc, Bernardotte, todos Sus hermanos y Sus hermanas; Mamá Leticia, por supuesto; ella misma, desde luego, y hasta los Siéyes y los Cambaceres, y los lejanos Barrás y los malditos y los oportunistas y los mezquinos y los traidores, incluso los valientes, todos ellos tenían ahora un rey, un emperador, el mismo y único, la Gran Oruga suficiente que les daría de comer por años y más, mucho más, pronto lo vería el mundo y su futuro; ¡oh, sí, cómo no!, si aquél toro cornudo, pequeño y poderoso, no se les moría en una de Sus estrambóticas aventuras militares, ellos seguirían engordando sin reventar como cerdos comunes pero vestidos y perfumados; y más, peor, aún así, aún muerto, comerían igual de Sus tripas históricas de aquí a la eternidad; pronto lo vería el mundo y su futuro, cómo no: le masticarían el estómago y los intestinos también, y primero los ojos,

y roerían hasta Sus huesos; y de todo lo que fue un Imperio, un Hombre, una Leyenda, un Semidiós; no dejarían más que Su cabello reseco, envenenado por la delación, por la infamia, por la ingratitud; y un monumento tardío con Sus restos y sus culpas. Ya lo vería el mundo, cómo no *¡Viva el emperador! ¡Viva Nuestra Señora de las Victorias!*, gritan los gusanos y ella saluda y sonríe sin mostrar los dientes porque ya casi no le quedan. Todo lo pierde. Acaba de perderlo a Él por mucho que allí Él le tome la mano, por mucho que el vulgo festeje, por mucho que ella misma sonría, salude y se aferre al torbellino de su angustia… que le vale tanto como aferrarse al viento.

¡Viva el Emperador!

¡Viva!

¡Viva la Emperatriz!

¡Viva!

Tanto le pedía, tanto le rogaba, tanto le imploraba *¡No te hagas rey, Bonaparte, por favor no te hagas rey!;* ¡Y mira ahora lo que te han hecho!, ¡Mírate un poco, Lúi!, ¿De qué te disfrazaron? Ese manto, el cetro, la corona... ¿Así vestían Julio César, Nerón, Calígula; tu bendito Alejandro de Macedonia?... ¿Este era Tu sueño, Tu Gran Sueño?, ¿*Esto* era todo?... ¿Pero es que ya no tienes ni un amigo, nadie que de verdad te quiera y te avise?... ¡Mírate… mírate un poco, bufón de Ti mismo!... Dónde fue a parar tu magna sencillez de soldado antes que nada; aquella cosa austera, inmensa, de noble capitán, de auténtico guerrero pronto para el combate, no ya para el desfile... ¡Dónde, Bonaparte!, dónde quedaron tus viejas botas de montar, tu capote sin insignias, Tu chaqueta sin borlas; tu parco uniforme estampado por el barro y la sangre que fueron la sustancia de tu gloria, ¡Dónde, Bonaparte, dónde!, ¡Mírate un poco, hijo mío, amado mío!... ¡¿Qué es todo eso?!, ¿qué es ese manto níveo bordado de abejitas doradas?, ¿y esa corona de laureles?, ¿es de oro?, ¿y esas sandalias tan plebeyas... no eran las mismas que usaban los revolucionarios del 89?... ¿Pero qué clase de burla han hecho contigo, con todo lo que fuiste, con lo que eres y serás!... ¿Y ese cetro… es de juguete?, ¿o de verdad crees que es real. eh?... ¡Qué es toda esa mierda, amado mío! ¿Así se va el dinero que antes pagaba la pólvora de tus hombres y hoy paga el polvo de tus mejillas?... ¡El dinero de estos infelices que sometes y te vivan?… ¿Pero es que no te has dado cuenta de lo que han hecho contigo, lo que has hecho, lo que te hicieron hacer?... ¡Te has acostado con tu madre, Bonaparte! ¡Has copulado con la Revolución que te parió, y la bestia alumbrada eres Tú mismo, animal bifronte, hijo de la ley

ajena y de Tu sola fuerza, de la razón de nadie y de Tus propios cañones!... ¡Míralos, Rey, Emperador, Monarca, Alteza, Majestad, Eminencia! ¿Eso querías?... ¡Pues allí los tienes, nuevo César: del otro lado de la escotilla del carruaje imperial que nos contiene y nos preserva, está tu pueblo, la plebe, el vulgo… ¡Tus súbditos, Mi Señor! ¡Te vivan! ¡Te aclaman! ¿Parece que te adoran? Pues no te dejes engañar, pequeño trastornado: cuando algún otro los asuste más que tú, con las mismas manos con que ahora te aplauden, mañana volverán para destrozarte; no te dejes engañar, Napoleón: la masa es sólo masa, barro crudo, arcilla de la historia, arcilla que hoy modelan Tus manos, sí; pero que no te pertenece, y Tú bien lo sabes y lo estás olvidando, ¡Cuidado, Bonaparte!… ¿Me oyes?... *¡Viva el Emperador!* ¿No? *¡Viva!* ¿Son esos gritos que no te dejan oírme? *¡Viva el Emperador!*... Te adoran, sí, están encantados, fascinados, ni siquiera les importa lo que acabas de hacerles con *la igualdad y la libertad y la fraternidad* y todo eso; no les importa nada y eso también lo sabes y ahí Tu ventaja, rápido zorro: no quieren más que pan y pompas, fiestas, fuegos de artificio, vino por cuenta del estado, uniformes de colores, discursos patrióticos, excusas políticas, chicanas morales, desfiles militares, banderas, estandartes, victorias, *¡Cañones, mi general, la turba pide cañones!, ¡Aún en contra de sí misma, mi general! ¿O no recuerda, Su Alteza, el 95?... ¡Aquí recoge los frutos que sembró con esos muertos, Majestad!* ¡*Viva el emperador!*, saludan y sonríen; ellos, los otros, todos; aún bajo la lluvia cada vez más tenue pero cada vez más fría; todos Lo vivan *¡Viva!* Ya tienen su Salvador, su Protector, el vino, la fiesta, los fuegos de artificio, todo. El cielo los ha oído *¡Viva!* ¿Qué importa ahora si aplasta a dos o tres o diez de los otros, por cada uno de ellos? ¡Qué aplaste cien! ¿Qué importa quiénes o cuántos van a morir, si aún bajo la lluvia el vino también llueve?

¡Viva la emperatriz!

¡Viva!

¡Viva el caballo que la montaba y la desgarraba en ese establo hediondo del convento de las Carmelitas!

¡Viva!

¡Viva la puta propiedad de Barrás y todo el tejido de sus orgías que la llevaron al carruaje imperial que ahora la contiene!

¡Viva!

¡Viva Nuestra Señora de las Victorias, cuya primera virtud es su lascivia!

¡Viva!

¡Vivan muertos todos los muertos que hicieron y harán falta para

que ella salude y sonría a los próximos muertos que allí la vivan!

¡Viva!

Mira a su marido mirar la multitud. Los saluda y les sonríe, pero también los cuenta. Suma tropas, las ordena en cuerpos que divide en regimientos; calcula caballos, cañones y fusiles; el hierro que hará falta, la industria que ha de poner en movimiento, ¡el daño que le hará a los ingleses! Saluda y sonríe. Son la sal de la tierra. Lo único que precisa: la carne de Sus cañones.

¡Viva!

¿Te das cuenta, ahora, Barrás (estés donde estés, imbécil Barrás), a Quién hicimos llorar toda una noche que fueron quién sabe cuántas?... ¿Entiendes ahora a Quién le rompimos el corazón siendo tan joven, con Quién jugamos, con qué magma de qué volcán nuevo?... ¿Ahora lo entiendes, ahora lo entendemos? ¡El Emperador de Francia, Barrás! ¡Con eso jugamos, ciegos los dos! ¡El sucesor de Alejandro, el nuevo César, Lo Nunca Antes Visto: Napoleón Bonaparte, ¿no te dice nada Su nombre?... *Demuéstrale que sí eres fértil, y que él también lo es, eso lo calmará*… Aún lo tratabas con minúsculas, imbécil… Imbécil yo, que te hice caso, que entonces ni siquiera con minúsculas respondía Sus cartas… *"aprovecha ahora, no volverá de Italia por mucho tiempo, ahora es el momento" Quizá ni vuelva*, pensabas -rezabas- entonces, ¿verdad, hiena ilusa?... *"Italia le tomará siglos, acaba de partir, dile que estás embarazada y después le dices que lo has perdido, que tuviste un accidente, que rodaste por las escaleras o algo así, y adiós, otra vez será, tal vez la próxima…"* Lloró toda una noche como un niño, más, se lo dijo, más de una noche; lloró incluso en mitad de una batalla cuyo nombre ni siquiera tuve la piedad de recordar; lloró tanto que me lo contó sin vergüenza ninguna, y mientras me lo contaba lloraba de nuevo con la ilusión del hijo deseado del vientre amado, y de la sucesión y la trascendencia, y de su nombre y sus antepasados, y de la gloria de la inmortalidad hecha de carne con su carne, y todo ese cotillón de corso del que ella se burlaba tanto mientras Él lloraba tanto. *"Otra vez será"*, osó decirle *"Al menos le dimos una esperanza"*. Idiotas. Le rompimos el corazón, y ahora le pedimos misericordia. Imbéciles.

¡Viva!

Exquisitas poleas de la memoria, se recuerda de pronto, hace mucho, casi una niña todavía, allá, en la isla de la Martinica, en su tierra, en las afueras de Fort de France, en la plantación de su padre; *casi una niña* pero ya encendida: ni siquiera 15 años y los pechos puntiagudos, los pezones que miran al cielo, la mata espesa más espesa entonces. Y Jim. Aquel mulato amigo suyo y esclavo de

su padre que *casi una niña* le enseñó a cazar cangrejos entre los arrecifes de una playa solitaria bajo las sombras de los crepúsculos para que nadie los viera hacer lo que hacían… *Exquisitas poleas de la memoria,* no: entonces perdió su virtud, y luego lo perdió a Jim: su padre los descubrió y lo hizo ahorcar y luego murió su padre y luego el Terror mató al padre de sus hijos y luego su nuevo marido desterró a su antiguo amante y mandó a matar al siguiente y ahora le tocaba a su marido también, a Él también lo perdía, allí se lo llevaba el pueblo, la historia, la guerra, su propia decrepitud, sus tetas mustias, sus pezones que miran al suelo, a la tierra, a la tumba; la suma de Sus amantes, de Sus triunfos, de Sus conquistas, de su pasado –Charles y los otros-, todo Lo alejaba, se Lo llevaba, Lo perdía… ¿De qué puede servirle, ahora y nunca, esa corona, ese imperio y ese pueblo, si ya no queda nadie a su lado?… ¿De qué le valen millones de súbditos que la vivan y la adoran, si ya nadie la acaricia, la desea; si se marchita y se deshace?… De qué le vale tanto poder si el miedo es la derrota y el miedo y la derrota nacen de sus propios huesos, de la propia carne… Cómo lograr un solo ser que de verdad la quiera, con esa masa informe, sudorosa, ebria, ajena, venal y desbocada, que ayer, tan sólo ayer, sólo quería degollarla ¿Cómo?...

¡Viva!

Y a nadie alrededor le importa cuánto sufra, cuánto tema, cuánto muera: más la vivan. *¡Viva la emperatriz!* La adoran, se desgañitan, la idolatran, *¡Viva Nuestra Señora de las Victorias!*; qué importa lo que le duela si Nuestra Señora saluda y sonríe, *¡Anímate, Josefina, vamos, criatura! ¡Olvida, por Dios, aquél esclavo colgando de su cuello! ¡Qué importa ya la cabeza cortada del padre de tus hijos!; ¡qué importan ya Robespierre, Barrás y todos los muertos de tus besos!, qué importa nada… ¡Anímate, mujer: ¡eres la emperatriz!, ¡ninguna otra cosa importa ahora en este mundo, vamos!... ¿Charles?... ¿Pero qué dices?... ¿Hipólito Charles?... ¿Cómo?... ¿Ejecutado o a punto de estarlo?... Oh, no, Mi Señora, por favor: sólo usted, aquí, en este instante, en esta multitud que la viva y adora, en la cumbre ya insuperable de su propia existencia, sólo usted, magnánima santa, puede pensar en ese mísero plebeyo, en esa rata*… sonríe y saluda, acierta y se equivoca, pero eso tampoco importa. La fiesta alrededor es lo único que importa.

¡Viva!

En la gravedad inversa de su destino distinto, baja hacia el cielo, se alza hacia el fondo; en caída libre se eleva hasta su cumbre. Es el cenit, el mediodía, es un instante, menos. Ya fue. Ya sólo queda eso:

el dolor del pasado, el temor al futuro, y el presente, roto en dos, desagarrado por los dos.

Capítulo 2

Perdidos entre todos, anónimos también, pero completamente ajenos a la carroza imperial que pasa a pocos metros de ellos; un hombre y una mujer cruzan la multitud así como una proa surca el agua. Rasgan la superficie de la masa, que se cierra tras ellos. La mujer lleva al hombre. El hombre la dobla en peso y estatura, pero ella igual lo lleva, lo arrastra. *¡Viva el emperador!*, gritan los otros, todos, en sus cuatro orejas. Pero ellos ni los oyen. Pasan entre la euforia como por debajo de una enramada que hasta parece que los cubre con su sombra. De tanto en tanto, el hombre se alza en puntas de pie, ya casi colosal, y trata de mirar, de Verlo. Pero la mujer no se detiene y se lo lleva, lo arrastra como arrastraría un pequeño sabueso hambriento a un cazador que ya ha comido. Ella tampoco lo ha olvidado, y también cree –está segura- que es la única -en esa multitud como jamás ha visto antes-, que piensa en él. No en Hipólito Charles, en tal caso, pero sí en Paul Galois, que tanto da.

El tiempo pasa sin que nadie lo empuje, seguro. Por fin están en París casi dos años después de partir de Le Treport, cuando ella porfiaba que debían ir a París… Y ahora en realidad es *ella* la que está en París, él nada más la acompaña, se diría que *la llevó*, o más bien que *se dejó llevar*, porque después de dos años viviendo con ella, aún seguía sin distinguir sus caprichos de sus presagios.

El tiempo pasa sin que nadie lo empuje. Dos años con ella, compartiendo la comida y el techo y los retazos de su familia como una familia también; durmiendo juntos cada noche, y cada noche también… Dos años... ¿Mucho? ¿Poco?... El sargento Laglais no se peguntaba las cosas de esa forma, ni Marcel Savoir tampoco. El tiempo pasa sin que nadie lo empuje.

Y hace milagros, cómo no. En dos años la ascendencia que había logrado el sargento Laglais sobre el pequeño Paul, era casi absoluta. Habrá que reconocer que Laglais se esforzó no poco en la tarea, pero así también obtuvo su recompensa. El pequeño Paul ya no se despega de su lado y trata de imitarlo en todo. Hasta en la forma de

escupir y de comer. Reían.

Los dos ancianos también parecían felices, igual que Laglais, y que el niño. Incluso Céline parecía, si no feliz, casi siempre contenta… es verdad que todavía se extraviaba cada tanto por esas regiones extrañas, inaccesibles para el resto, más allá de la esperanza y la realidad circundante, por los pantanos de la resignación, donde *el gran amor de su vida* se hundía despacio en la putrefacción de todo… Pero aún con su aspecto de niña, le sobraba carácter para cargar su recóndita pena con inmejorable humor. En suma, que ni el más sagaz y agudo de los caminantes que pasara por esa casa, hubiese visto allí otra cosa que una familia feliz.

Por supuesto ninguno de los dos, ni Laglais ni Céline (acaso y de alguna forma, ninguno de los cinco), dejaban de esperar *noticias de él*, la hora de la acción y del final. Nunca.

Porque todo eso significaba –al menos para Laglais- *recibir noticias de él*. Significaba que debía salir a buscarlo hasta dónde él estuviera, y que debía matarlo, y que después debía explicarle a Céline y a los abuelos quiénes eran el uno y el otro; y luego, antes de dormirse, debería contarle al pequeño Paul la bonita historia del buen Marcel Savoir, sicario del imperio enviado por ese tal Napoleón Bonaparte para asesinar al traidor ignoto de su padre, a quien ya no podría conocer… Todo eso, y quién sabe qué más, significaba *recibir noticias de él;* y aunque Laglais no era hombre de andar pensando esas cosas, había comenzado a serlo.

Sin embargo, despacio, aprendió a lidiar con esa angustia, con esa incertidumbre… con ese temor, sí, porque era *miedo* lo que sentía, un día lo admitió, sentía miedo, no el miedo simple de la víspera de la batalla, ese miedo que inyectaba la sangre de un coraje inesperado, no, el miedo que sentía ahora era otra clase de miedo, un miedo simple, impreciso, profundo, casi intangible, suave, y sin embargo, también invencible. Era un miedo terrible como no había sentido jamás, eso sabía…

Con el correr de los meses, domesticó esa agonía hasta convertirla apenas en una preocupación como lejana, en un vago malestar crónico que nada más recrudecía los día de paga, cuando debía dejar la casa, ir hasta el correo de Franconville, retirar su sobre, y preguntar, contra casi todas sus fuerzas, *si es que había algo más…*

Para su alivio y decepción, hasta entonces –mediados del otoño de 1804-, nunca *había habido nada más;* y así, superaba esa agonía, *aquél vago malestar,* recuperada la calma, duplicada la alegría por el alivio inmediato, el sargento André Laglais regresaba a su casa con

dinero, alimentos y regalos, para así continuar sin sobresaltos la vida sencilla y feliz de Marcel Savoir y su familia…

Pero fue más o menos por entonces, hacia fines del otoño de 1804, cuando Céline volvió a porfiar con ir a París, con que tenía *otra premonición*, con que allí iban a encontrarlo, ahora sí… y hay que decirlo: Laglais nunca antes la había visto tan convencida.

Ya no le había creído aquella premonición, cuando llegando a Val-D´Oise se le ocurrió visitar a sus abuelos, y sin embargo allí sí encontraron noticias de Charles, ¿cómo no creerle ahora?... La llevó a París, o se dejó llevar, tanto da: allí van ahora, perdidos casi anónimos bajo la euforia ajena. Por un instante él, se alza en puntas de pie -muy por encima del vulgo-, y cree ver pasar el carruaje imperial que Lo contiene, pero no, es sólo un destello, una ilusión, una estela fugaz de oro y madera, un ruido de cascos, relinchos, Su imagen en su memoria, como una aparición, como una virgen, la mordedura de un recuerdo que más bien lo incita…

Cuídese de las putas, Laglais…

La llevó, se dejó llevar, y allí van los dos ahora, anónimos por París, sin el niño por una vez -que se quedó con sus abuelos-, juntos y solos como en una especie de luna de miel, tardía, falsa, desesperada y trágica.

Apenas despuntó diciembre, el sargento primero Andre Laglais, en operaciones bajo el alias Marcel Savoir, y su falsa mujer, la ex prostituta y ex amante del objetivo prófugo, que dice responder al nombre de Céline, salieron al mundo al cabo de casi dos años de hermético y feliz aislamiento. Y recién entonces la Extraordinaria Noticia los alcanzó por fin.

Al alba del 2 tomaron la diligencia regular que hacía el trayecto Montmorency-París, y al llegar los sorprendió la extraordinaria fiesta que correspondía a la Extraordinaria Noticia. Las calles y los bulevares florecidos y embanderados, guirnaldas azules y claveles rojos y blancos empastan el aire con los colores patrios; y todas las puertas de todas las casas de todos los barrios, vomitan su gente y la ciudad muele con esa masa una multitud eufórica, entusiasmada o irritada, entre ilusoria y temible.

Es la primera vez que Céline ve Paris, la gran Ciudad, diez veces El Havre, cien veces Le Treport, mil veces su villa, no sabe cómo medirla... Pero es la primera vez, sobre todo, que ve una multitud así, y siente o supone que el resto del mundo ha quedado vacío, que toda la humanidad está allí, y su gran Paul también, sueña, cree, está segura, y lo arrastra a Laglais, tras él, tras su Paul, entre la gente…

Revisa cada cara que se cruza y persigue con los ojos cada una que se le escapa. Laglais se deja. Su sabueso lo jala famélico, y ya fue dicho: cortan la multitud como una proba surca el agua, *¡Viva el emperador!*, gritan los otros todos en sus cuatro orejas, mientras a pocos metros de ellos pasa el Sol encerrado en Su carruaje imperial. Laglais se eleva sobre el resto, y cree verlo; pero ella se lo lleva.

Chiquilla ignorante… sólo ella, aquí y ahora, puede pensar en su Paul, piensa Laglais, y se equivoca.

Capítulo 3

Y así como aprendió a mendigar y a trabajar, al cabo también aprendió a robar.

Una vez que dejó Berck, con Berck dejó la costa del Canal; y con la costa del Canal, dejó Inglaterra, *la ilusión de Inglaterra*.

Siguió hacia le norte -con los dos ojos, ahora, siempre a sus espaldas-, pero ya no por el litoral marítimo, sino hacia adentro, por el camino de Saint Omer, en paralelo a la frontera con Bélgica, pensando en el este, buscando cualquier salida mientras hilvana sin esperanzas un collar inservible de aldeas y pueblos, de ciudades y meses, nombres, oficios y otras mentiras. Mendigaba y trabajaba, y jugaba cuando podía, ganaba y perdía, claro, sobrevivía. Después aprendió a robar. Escapaba.

Hacia octubre de 1803, en las afueras de Saint Omer, consigue cama y comida a cambio de limpiar los baños de una fonda muy espaciosa y muy antigua y gobernada por las cucarachas. El dueño era un bretón avaro, despótico y vulgar. La humillación que experimenta bajo sus órdenes, es todo un viaje de conocimiento. Aguanta, así, ahí, más de un mes, casi dos, no tres. Harto, a fines de noviembre, se va sin renunciar, sin explicar más nada, escapa, prefiere el invierno a todo eso, y se marcha sin mejor estrategia que sus propias ansias. Sigue hasta Bethume, se detiene, mendiga, juega y gana. Se arrastra hasta Arrás, y allí lo pierde todo. Va.

En los primeros días del año nuevo se lo ve por Lille: es una gran ciudad, confía en ocultarse entre las brumas de su indiferencia. Pero por todas partes encuentra tropas Suyas, dragones, artilleros, infantes, ¡húsares!, ¡sus viejos camaradas del cuerpo de húsares!, cree reconocer el rostro de cada uno que se cruza, en los bares, en las fondas, en las calles, y hasta en los tugurios *¿ahora sí pueden jugar?* Escapa. De Lille cruza a Lens, donde una mujer y sus dos hermanas le dan comida y cama por un par de semanas, hasta que sus tres maridos vuelven de no importa qué viaje, y… en febrero llega a Douai, bajo el invierno todavía rabioso, y siempre a pie. Ahí mendiga. Retuerce una mano, cojea un poco (se desprecia bastante), y pide como un lisiado ¿Qué otra cosa puede hacer? (Todavía piensa en escribirle a Josefina, seguro… pero ni siquiera un pedazo de papel tiene, ya no pluma, ni tinta, ni sellos). El frío del norte

barre todas las calles de la noche, y ya ni siquiera hay a quién pedirle un mendrugo, ni para quién cojear. En los inicios de marzo se lo ve sucio, de vuelta muy delgado, por las calles de Hénin-Beaumont, detrás de un restaurante: junto a otras ratas. Escarba el cubo de sus desperdicios.

Pocos días después, trastornado por sí mismo, creyendo que pensaba, aparece en Roubaix, sin dinero, el pelo largo, sucio, la barba también, las mejillas hundidas, los ojos saltones, la mirada fija, la ropa rota, y creyendo que piensa, así como está, se arroja una tarde contra la frontera de Bélgica sin otro salvoconducto que la peregrina ilusión de vencer la materia. Allí va.

Enfoca el puesto fronterizo, y avanza hacia él, desesperado pero despacio, ausente, con los ojos fijos más allá de Francia… ni siquiera parece ver a los cuatro gendarmes que lo miran llegar, venir, primero alertas, después curiosos, por fin risueños… El loquito no tiene papeles, no contesta a las preguntas; sus grandes ojos fijos van de un gendarme al otro sin responder ni entender lo que le dicen; no babea, no, pero lleva la boca abierta y le cuelga el labio inferior casi como una baba, eso sí. Los soldados se ríen… se aburren mucho en ese paso por donde nunca pasa nada, pues sólo a un pobre loquito desquiciado se le ocurriría atravesar esa frontera sin dinero y sin papeles como si fuese posible vencer la materia. Qué risa. Lo maltratan un rato, no le pegan, lo burlan y se entretienen, nada más. Después el loquito les pide algo de comer, la risa se deshace en lástima, los gendarmes le dan algo de pan viejo, y una manzana. Y el loquito se va contento, agradecido, les da la espalda y se pierde de nuevo por las entrañas de Francia, con sus ojos idos, con su ropa rota, con su pelo y su barba de espantapájaros, y todo él encorvado por su destino miserable, y por la masticación ansiosa de ese viejo mendrugo o su manzana.

De Roubaix se fue a Tourcoing, y allí robó. Nada y mucho: 15 francos. Demasiado. Era todo lo que tenía un mendigo no vidente. Demasiado. Ahí sí -creyó iluso-, había tocado el fondo de sí mismo. El ciego no vio nada, claro. Fue fácil, un golpe sin riesgos, de lo más sencillo. Hasta se dio el lujo de escapar sin que pareciera un escape. Si hasta pretendió, después, disfrutar su botín. Iluso.

Rasuró su barba, se cortó el cabello, y al cabo de tres días sin comer, se tragó en menos de cinco minutos un plato de guisantes que en tiempos mejores no le hubiese dado a su perro. Pero entonces le pareció un manjar propio de un príncipe; y sin embargo, luego, después de comer, inmediatamente, lo vomitó todo. Pensó que tal vez había comido demasiado a prisa, y que también había

tocado el fondo miserable de su horrible ser. Pero no, qué va. Espejismos del sediento, ilusiones humanas. Aún iba a caer más y más…

Huyó de Tourcing como si también aquél ciego pudiera reconocerlo. Pero para su infinita sorpresa, después de aquella (*¿fechoría?, ¿degradación?, ¿mezquindad?, ¿rapiña?, ¿cochinada?),* su suerte, sin embargo, mejoró. Como si también los horribles tuvieran un dios.

El vómito de su guisado le había costado nada más que 3 francos; por menos de un franco, un anciano y su carreta lo llevaron a Valenciennes; y una vez allí, con los once y poco que le quedaban, jugó y ganó. Recibió dos veces tres reyes y se alzo con 280 francos y algunas monedas que le dejó al pasar por una esquina a un pobre mendigo ciego.

Y entonces sí, hacia fines de mayo de 1804, nueve meses después de arrojarse al mar en Berck, recién entonces, Hipólito Charles se detiene a descansar de verdad, y a pensar, un poco, de verdad también.

Se alimenta mejor, duerme -cuanto lo dejan sus pesadillas, pero duerme-; y en pocos días elabora algo así como un plan.

Podría decirse que por primera vez, desde que huye, hace ya más de tres años, tiene un plan, una estrategia; al menos una sucesión de movimientos coordinados; algo más consistente que tan sólo escapar de un lado al otro para romperse la cabeza contra las paredes constantes de su inmensa celda cada día más estrecha. Ahora sí, bien comido y bien dormido, pareciera que piensa. *Como si un dios horrible, premiara aún más a los horribles*, piensa.

Capítulo 4s

Hacia el norte de Francia, cerca de Valenciennes, en el departamento de Nord, está la ciudad pujante, agrícola y fabril, de Cambray -(Kambryck para los flamencos)-, ya entonces muy famosa en toda Europa debido a su exquisita producción del fino lienzo de batista, que los mismísimos ingleses, en honor a la ciudad, bautizaron mundialmente con el nombre de *cambric*.

Así -y hasta no hacía tanto-, Cambray le debía a su batista (y a sus ingleses), la mucha prosperidad de sus prósperos habitantes… Pero, desde un tiempo ha (por razones de público dominio), el comercio con Inglaterra se había complicado hasta lo imposible: se apilaban las restricciones y los aranceles aduaneros, y los costos de flete eran cada vez más elevados, pues cada vez menos barcos de ninguna bandera cruzaban el Canal, llevando lino, trayendo libras…

Total, que para el verano de 1804, la pujante ciudad de Cambray ya no pujaba tanto. Mientras en París Se proclamaba emperador Napoleón Bonaparte; en Cambray, aquella abigarrada pero compacta burguesía textil, contemplaba sin comprender -y por lo tanto sin confiar-, el final inexplicable de la Revolución, y sin embargo, el *no regreso* de la monarquía.

De ahí que en los últimos tiempos, las sociedades secretas –de esencia conspirativas-, las logias masónicas, francmasónicas y rosacruces (nacidas de la convicción, pero solventadas por las exportaciones), más los últimos chuanes irreductibles, y los eternos realistas extraviados por la nostalgia; habían convertido Cambray en otra de las pocas buenas plazas fuertes de una oposición cada vez más soterrada, pero también -o por lo tanto-, más decidida.

Por supuesto, a cada núcleo de resistencia, en cada punto del país, le correspondía su doble o triple ración de agentes secretos, policías encubiertos, informantes y chivatos infinitos del ministro de policía Joseph Fouché, que por aquellos días practicaba un estilo de Terror más sobrio, pero no por ello menos terrible.

La paz en la tierra nunca llegó al mar. Para 1804, las flotas británica y francesa navegaban desde hacía rato las aguas francas de la hostilidad permanente, en el Mediterráneo, en el Atlántico, en el Pacífico, y en el Caribe también. Las informaciones confidenciales de todos los servicios de inteligencia, sólo portaban rumores de

guerra, en Viena, en Berlín, en París, en Londres. Y el Gran Ejército se desplegaba sobre el norte de Francia esperando Su sola orden para arrojarse al mar. Eran tiempo de paz, pero con Él no existían los tiempos de paz.

Sin embargo y pese a todo, ese verano, cuando Hipólito Charles llegó a Cambray, la ciudad lo recibió como a un hijo pródigo. En su primera noche ganó 580 francos en una rápida partida de dados. Durmió y comió en un buen lugar por fin, se compró un abrigo digno, una levita nueva y un nuevo par de botas, y optó por ser un simple corredor de encajes que venía de París interesado de pronto en el promisorio negocio de las manufacturas textiles. Libre ya de pretender conocer la historia de Roma o de Grecia, incluso la de Francia; sí mantuvo en cambio sus ficticios problemas cardíacos, que tanto lo habían ayudado. El drama último de la invalidez, es que uno se aferra a ella en cuanto descubre sus ventajas.

De pronto Charles, o mejor dicho, *monsieur Jules Branledore;* sólo se interesaba en los tejidos, los encajes y sus variedades, y en el control de su diástole y de su presión. Del musculoso estibador de Berck, ya no quedaba ni el aire recio de su mirada. Era un hombre joven, pero podía advertidse a simple vista que sufría de una enfermedad bastante seria, y –a juzgar por el temor y la amargura de sus ojos- acaso también incurable.

Demacrado, pálido, enjuto, con diez kilos menos de lo que pedía su estatura; encorvado por el cansancio -y por el personaje-; sus pupilas verdes se habían vuelto más bien verdosas; y sus mejillas se hundían cada vez más destacando cada vez más el hueso de sus pómulos y la marca bajo el ojo izquierdo, que ahora parecía mayor y más profunda. Por milagro aún conservaba todos sus dientes, y esto le daba a su sonrisa, a veces –sólo a veces-, un destello prestado de sus días mejores.

Invirtió cuarenta francos en un muestrario de géneros que compró al salir de Valencienne; y al llegar a Cambray le adelantó otros cien francos a un mayorista para reservar un embarque de 800 metros de lino hacia Milán… pedido que bien supo cancelar a tiempo, culpando a la proverbial informalidad de los italianos.

Pero el caso es que así, entre consultas, reservas y cancelaciones, entre tratos y prolegómenos, idas y vueltas, anticipos y regateos, monsieur Jules Branledore, simpático, sociable, y tan ocurrente como solía ser Hipólito Charles entre las piernas de Josefina; se hizo su espacio entre las gentes honradas de Cambray y Valenciennes, por donde también aparecía con su muestrario de géneros y sus lamentos cardíacos, empeñando su buen nombre con la soltura

propia del que sabe que da nada. Desdoblado y virtuoso, mantenía y mejoraba su personaje sorprendido por ese poderoso combustible que también es el miedo.

Fuera como fuera, aquél era su plan. Ya no escapa, ya no mendiga ni roba, ahora tiene un personaje digno, ni cojo ni pillo, y pretende insertarlo, limpio de toda sospecha, en la inmaculada sociedad de Cambray. Una vez instalado, entonces sí podrá operar tranquilo y sin apuro su *emplazamiento* a Josefina (no usaba palabras como *extorsión o chantaje*), para luego, resuelto el *operativo*, escapar desde allí, de Francia, hacia el este, y de una vez por todas.

Sabe que su farsa es tan grande como frágil, y que pronto deberá refrendar el misterio de su prestigio con alguna operación más o menos suculenta… o las buenas gentes de Cambray y Valenciennes descubrirán sin más qué clase de impostor era Jules Branledore -o como se llamara-, acaso traidor del Tirano, es posible, pero entonces también de Su oposición…

Antes de que todo se derrumbe, hacia fines del verano, le escribe a Josefina la respuesta que le debe. Habían pasado seis largísimos meses desde su última carta; seis meses de humillaciones, de miseria, de miedo y odio. Y una mañana decidido releyó sin respirar su última esquela: *TemoquenomehasentendidoestodoloquepuedohacerportiAdiós;* y así también le respondió: sin respirar:

Vuestra merced no ha entendido: estoy dispuesto a entregar nuestra historia y nuestras cartas a quienes mucho gustarían de conocerlas y publicarlas.

El correo hasta aquí no demora más de una semana. Os otorgo cuatro.

Piénsalo bien: 30.000 francos, y un pasaporte. O el escarnio.

Le dio su nuevo nombre, un apartado postal de Valenciennes, y se quedó en Cambray, a esperar.

Como buen jugador, jugaba con la suerte. Se largó a pregonar al paso que aguardaba *un importante giro de su socia de París*, mientras confiaba callado en que el giro de Josefina llegaría a tiempo, y que su sola aparición en la oficina de correos de Valenciennes (¡30,000 francos!), desataría el rumor por toda la ciudad, redoblando así su buen nombre falso, y su infundado prestigio. Y lo más importante de todo: le daría tiempo para escapar con calma, cuándo, cómo, y por dónde quisiera.

Era una jugada riesgosa, muy ajustada, al límite, bien lo sabía. Desde la última carta de Josefina, había pasado más tiempo del que lograba precisar. Era posible que ella lo creyese muerto, o vencido, o capturado, o rendido, y que ya ni siquiera fuera hasta aquella estafeta ignota a buscar noticias suyas, muy posible… Era una jugada demasiado riesgosa, seguro, pero, si salía, si se le daba, bueno… con 30 mil francos y un pasaporte limpio hasta podría darse el lujo de consagrar aquella farsa comprándoles algunos cuantos metros de sus asquerosas telas a todos esos cerdos que lo aturdían con sus codicias intrascendentes, con sus negocios donde ninguno arriesgaba nada ni ganaba o perdía más que su dinero… Sí, les haría un gran encargue, y él mismo, incluso, se ofrecería para representarlos y llevar sus bellas piezas a Alemania -corriendo con todos los riesgos y todos los gastos, además-, y al sólo fin de imponer esas maravillas francesas en la reseca Munich, en la áspera Berlín, en la aburrida Hamburgo, y por qué no en Praga, en Varsovia, y más allá; pues él tenía, les dijo, muy buenos contactos en Manchester, lo cual no sólo les permitiría retomar el comercio con la amada Inglaterra, sino aún mejor, abrir nuevos mercados hacia América y hacia otras colonias de su británica majestad… Pero claro, encendido por su propio delirio, Brandelore olvidaba que para aquellos tristes burgueses, por entonces, Inglaterra ya quedaba más lejos que Marte… De cualquier forma, caballeros tan dignos y tan generosos, no debían preocuparse por nada. Apenas monsieur Branledore recibiera desde París el *"giro"* de su *"socia"* y unos *"papeles muy importantes"*, inmediatamente saldría para Flandes rumbo a Alemania, y, antes o después, alcanzaría, con sus asquerosas telas, Inglaterra... Por supuesto no usó esa expresión, *"asquerosas telas"*, eso nada más lo pensó, de lo contrario allí, obviamente, no se hubiese ganado el sobrio aplauso y las ruidosas felicitaciones de todos esos cerdos tan preocupados por mantener sus treinta kilos de grasa encima de sus testículos inútiles, mientras a él lo perseguían para matarlo nada menos que Napoleón Bonaparte y todo Su Gran Ejército… No, no, claro, eso tampoco se los dijo, supo callar su rencor sosegado una vez más por esa mínima victoria diaria que consistía en convencer a los demás, de que él ya no era él.

Mientras tanto, se decía, nada más era cuestión de esperar su fortuna, y sobrevivir hasta entonces.

Sólo que se terminaba el verano, y ni noticias de Josefina. Y así claro, para entonces, aunque despacio, la farsa Branledore comenzaba a deshojarse como si fuese el otoño.

Hacia octubre-noviembre, las miradas por la calle se volvieron cada vez más tensas, más ansiosas las sonrisas, más nerviosos los saludos, más esquivas o incisivas o furtivas las preguntas, la vida diaria…

Le volvió a escribir, apenas dos líneas que encerraban en su brevedad el latido de su desesperación.

Mi tiempo se termina.
Mis clientes esperan.
J.B.

Patrañas. No tenía barajas, y él lo sabía, eran sólo amenazas: ningún cliente esperaba nada, y acaso aquellas cartas, repleta de seudónimos, códigos y claves, no valieran gran cosa... Pero su tiempo se terminaba, eso sí era cierto, un hecho.

Para su suerte diciembre se apuro en llegar y la coronación de Bonaparte lo cubrió todo con su espuma. Ganó otro par de semanas escudado en excusas prácticas, de orden burocrático, problemas postales y bancarios, y etcéteras así. Igual la ciudad, su gente –en especial *la gente* que a él le importaba-, se ahogó en su propia indignación, revolcándose durante días y días en la burla y el desprecio, pero también, y por supuesto, en el creciente temor que les inspiraba el creciente Fantoche y su creciente Puta.

Celebrar aquellas iras, insuflarlas, nutrirlas o aplaudirlas, también le permitió ganar algunos días, no demasiados, claro, pero al menos acabó más o menos tranquilo aquél año de 1804, refugiado en una falsa calma como una paz de fantasía, que sin embargo a sus ojos, brillaba como brillan las baratijas auténticas.

Una pena que más o menos por aquellos días perdió cuanto le quedaba en una sola noche en un tugurio de Valenciennes, y todo el invierno se le vino de nuevo encima.

Sin dinero, temblando su farsa sobre su propia cabeza como una torre mal hecha, hacia fines de enero, no tuvo más alternativa que esconderse del mundo. No podía dejar Cambray: esperaba el giro, el dinero y su pasaporte: su salvación, su salida, la única salida que le quedaba, a no ser hundirse en la mismísima tierra que allí de nuevo, una vez más, mira y escupe.

Se alejó de Cambray, encontró un cuchitril por un franco la noche en las periferias de Valenciennes, y desde allí, la gorra hundida hasta el cuello para esconderse mejor, visitaba cada día su estafeta postal, como quien acude a un santuario donde lo espera su fe... sólo que *su fe* no se manifestaba nunca, y así cada día se volvía

sin nada a su cuarto barato, a su vida sin vida, a su fuga inmóvil.

Sin dinero no se puede jugar; tampoco podía exponerse mendigando por ahí -ni por Cambray ni por Valenciennes-, y, aceptar cualquier otro oficio que no fuese el suyo –*intermediario internacional de importaciones y exportaciones textiles*- afectaría su imagen comercial en ambas ciudades, se dijo y se rió, con amargura, resentido, qué más da... De alguna dolorida forma, recuperaba sin alegría su juventud allá en París, los días felices cuando se retrasaba con el alquiler porque se divertía demasiado, y sus caseros no... Sufría -recuerda y sonríe (o algo así)-, aquellos aprietos, esos apuros, lo incomodaban y lo malhumoraban; pero a la distancia ahora, del otro lado de la suerte, resurgían cincelados por el tiempo en toda la gracia de su desgracia, y se retuerce al recordar lo que ya nunca más…

Acorralado otra vez, vencido de nuevo, perdido, más abatido que asustado, pero muy asustado; agacha la cabeza y mira el piso, el suelo, la tierra… *¿Es la única salida que le queda?*, piensa (o algo así).

Cuando entonces sucede el prodigio, como si hubiese otro dios que también aprieta siempre pero tampoco ahorca nunca.

Una mañana de febrero *Nuestra Señora de los Orgasmos* se manifiesta por fin… Sólo qué, santa perversa, su milagro es un milagro a medias, insuficiente, incompleto, defectuoso, mutilado por el desprecio de una virgen desamorada…

Mi estimado:

Entiendo que el cansancio y el temor no te permitan ver la difícil realidad en la que nos encontramos. Las cartas que dices, no tienen ni mi firma, ni mi letra; y la historia, simplemente, se oirá inverosímil... Y yo, no lo olvidéis, os recuerdo, ante todo, como un caballero.

Aquí tenéis 2000 francos. Es cuanto pude reunir sin dar explicaciones. Considéralo el último gesto de mi aprecio, y desistid, os ruego, en intentos que os desmerecen, y que mayor peligro atrae hacia nosotros.

Que el Señor ilumine vuestro espíritu con su misericordia.

Adiós.

C.

¡¿Pero de qué Señor me hablas, grandísima puta: del cornudo de tu marido, o del dios que me somete?!

El asombro, el miedo, el rencor y la codicia, se retorcieron en su interior como los cólicos de una locura a punto de resolverse, reventar o revelarse. Leía, mascaba sus frases: ¿*"Entiendo que el cansancio y el temor no te permiten ver la difícil realidad"*?... Vaya… ¿*"Cansancio"*?... ¿*"Temor"*?... ¿*"Difícil realidad"*?... Incontinente, sin salir de la oficina de correos, buscó pluma y papel, y ya no pudo parar: *tu no entiendes nada, mi putísima majestad, no se trata de cansancio, de temor ni de difícil realidad, mi señora, no: se trata del último estadio de la desolación, cuando ya la vida nos deja sin fuerzas para seguir huyendo, sin ganas de seguir viviendo, y sin coraje para matarnos, y todo lo que nos queda es inmolarnos, ¡de eso se trata, majestad de los besos negros! ¡Pero claro, en los atalayas de tu victoria no suceden esas cosas!, pero aquí, su alteza imperial, aquí abajo, en el anonimato, en el olvido, en la miseria, es distinto, mi señora; aquí todo lo que nos espera es el silencio cuando no el sacrificio, o la esperanza del caos para que la suerte cambie; acá es distinto, mi dignísima ramera, muy distinto: aquí abajo, nosotros, los nadie, la gente equivocada, los enfermos, los trabajadores y los moribundos, tenemos que vivir, no a expensas de ustedes, sino a pesar de ustedes, ricos, victoriosos, célebres y fantasmas, fantasmas que no pueden recordar claramente, ni olvidar por completo…oh, pero que puedes saber tu, santa patrona de todos los polvos, tú, cuyo corazón carnívoro no ha sabido sentir otra cosa que las vergas que lo deshacen, gran meretriz de Francia…*Y se detuvo. Y rompió lo escrito. Le sirvió para descargarse, y ya más leve, pensó mejor. Y además, claro: aquellos 2000 francos, bueno… bien mirados, mitigaron un poco el fulgor de su cólera, cómo no.

Dejó el correo, respiro un poco de sensatez por las calles sensatas de Valenciennes, entre sus sensatos paseantes, sus sensatos trabajadores, y sus sensatas damas. Y a poco de andar, decidió quedarse en Cambray, donde después de todo, oculto en *Jules Branledore*, tampoco le había ido tan mal; y ahora, con dos mil francos para repartir -o ventilar-, le iría aún mejor.

Y se calmó más aún, y le escribió otra vez. Pero esta vez trabajó su carta durante dos noches enteras, su texto debía ser, ahora sí, irrecusable. Sin saber del todo a qué se refería con eso de *irrecusable*, al cabo de unos días, conforme, rendido o ansioso, lo dio por terminado, y se lo envió.

Escogió sus propias palabras -las de ella-, y rompió todos los códigos.

Su Alteza Imperial Josefina de Bonaparte:

Entiendo que el poder y la victoria no te permitan ver la difícil realidad en la que nos hemos perdido. Las cartas que os refiero, no tienen ni tu firma, ni tu letra; y la historia, simplemente, se oiría inverosímil, es posible… Pero no olvidéis, alteza, que la infamia es como una copa de vino, que una vez derramado, ya es imposible recoger.

Historia y cartas son verdaderas, y ambos lo sabemos, y muchas otras personas también lo saben, y muchas más estarían dispuestas a creerlas aunque no lo sepan.

Piénsalo.

Sin vuestra ayuda, no tengo nada que perder. Con vuestra ayuda, los dos ganaremos.

Olvidaba deciros que la suma aumenta conforme pierdes el tiempo. Quiero un pasaporte y 40 mil francos.

Podéis enviarlos al mismo remitente. (Lo cual debería indicaros que ya no huyo, que acaso me encuentro por fin entre personas dispuestas a protegerme… y ansiosas por dañaros).

No me obliguéis a sobrevivir sin vuestra ayuda.

PD: La próxima vez vuestro verdadero nombre, irá directamente en el sobre, junto a vuestro verdadero domicilio. No demoréis más.

Y se quedó en Cambray, donde además, se había hecho de un amigo. Acaso algo más que *un amigo*.

Alejado (o marginado) momentáneamente del selecto círculo social que tan rápido lo había acogido -y que tan pronto lo mirara de reojo-; apartado hacia una soledad si se quiere más sórdida, pero también más segura, se había hecho de un amigo que decía llamarse Bullot, Pierre Bullot, un rabioso antibonapartista que apenas lograba callar su odio, que pronto detectó el odio callado de Charles, y que en él se fundió con él... También por eso se quedó en Cambray. Porque algo impreciso pero promisorio le pareció detectar en Pierre Bullot.

Se habían conocido en una fonda de las afueras de Valenciennes donde el vino era malo, y la concurrencia peor. Putas baratas, borrachos sin destino y jugadores sin suerte; en aquél antro, Mamá Desgracia los amparaba a todos. A Bullot lo había llevado hasta allí la bebida; a Charles los naipes. Era un lugar sórdido, sí, pero por eso más seguro. Hasta allí sólo llegaban ellos: los desesperados, los derrotados, los suicidas, los proscriptos, los marginados y los

prófugos; los hombres de su laya, la estirpe de los despreciables, los seres cómo él, o como Bullot…

Aunque Bullot era, quizás, sí, un prófugo, y seguramente, también, un proscrito; y hasta es posible que fuera un suicida; y parecía -eso seguro-, un desesperado. Pero no era un vencido. No aún. Bullot peleaba. Resistía. *Quizá estaba simplemente loco*, Charles lo pensó, pero se dijo: *¿quién no?*

Según el mismo Bullot le había contado -en voz muy baja, paulatinamente, noche a noche, encuentro tras encuentro, aferrado a su copa (y al igual que Hipólito: c*on un ojo siempre a sus espaldas)*-; él "*estaba en contacto con cierta gente* que *trabajaba para poner las cosas de nuevo en su lugar"*…

No daba nombres, por supuesto, ni precisiones, nada. Bebía y divagaba entre frases abiertas, truncas y volátiles, ambiguas y ensoñadoras. Al menos para los oídos de Charles, cuya desesperación lo aturdía con sus sirenas.

Desde luego consideró la posibilidad de que Bullot fuera, no sólo un maniático, o un alcohólico simple, o un vulgar fabulador inspirado por la furia vulgar que inspiraba Bonaparte; sino, peor, que fuera un agente encubierto de Fouché a la caza de traidores, conspiradores, y meros charlatanes también. Eran tiempos de esperar esas cosas. Igual que el Sol, Bonaparte, cuando más se alzaba, más quemaba.

Así que en cada encuentro con Bullot se anduvo con mucho cuidado, fue prudente al escucharlo, y se abstuvo, en general, tanto de alentar o nutrir sus diatribas, como de contradecirlas… Porque también hay que decirlo: por momentos, la ira de Bullot, destellaba legítima como un odio de los buenos. Hablaba sin hablar, sin mencionar a nadie –ni siquiera a Él-, pero de repente sus ojos -vidriosos por el vino, pero también por el rencor-, se perdían muy lejos de aquella taberna repugnante, más allá de Charles y del presente; hacia un lugar del pasado, que por la gravedad de su mirada, parecía encontrarse en el futuro inmediato. Algo iba a pasar, algo iba a suceder, algún tipo de caos traería la paz. Por lo que fuera que fue -intuición, percepción, o desesperación-, Charles creyó ver en Bullot algo impreciso pero promisorio.

También por eso se quedó en Cambray, esperando su fortuna, ganando tiempo, una ilusión, un aliado, algo más y algo menos… y para alcanzar, de una vez por todas, allí sí, el fondo del fondo de su ser.

Capítulo 5

Quizás ahora sí por fin comprenda Su tiempo el fenómeno que contempla, la ascensión de ese Hombre que viene a diseñar el siglo XIX para que la humanidad pueda alcanzar el XX y luego desde allí proyectarse hacia el futuro y su infinito porvenir. Es Él.

Las palabras de Rousseau, vueltas granito de pronto; el espíritu de la Revolución, hecho carne, hueso y hombre; la escuela pública, la libertad de cultos; Su Código para siempre vivo; el sufragio universal, la reglamentación del comercio, el Banco de Francia, el Estado como justo mecenas; el empeño personal en lugar de la sangre y sus herencias; el talento más allá de los títulos y las posesiones; la *Libertad* realizada, no sólo proclamada; la *Igualdad* como único distingo; la *Fraternidad*, aunque fuese a cañonazos…

Mínimo y total, allí lo tienen Sus tropas, en carne y hueso, en espíritu y aura, en el campo de Boulogne, ecuestre y sublime frente a los seis cuerpos de Su Gran Ejército, junto a Sus 180 mil hombres ordenados a Su alrededor en impecable formación sobre aquellas colinas cuyo centro, ahora, es Él, otra vez. Como en los anfiteatros de la antigüedad, cuando los dioses eran tan valientes que bajaban hasta los hombres para encarnar sus propias tragedias. Allí lo tienen Sus tropas, lucífero, mínimo y total, intocable, inevitable y suficiente. El Sol al mediodía.

La flota nacional -compuesta por 2.365 navíos, desde chalupas cañoneras, hasta barcos de línea; con una tripulación de 12.000 marineros, y lista para transportar 160 mil hombres, 10 mil caballos, y 650 piezas de artillería-, corona la bahía, y también espera Su orden, Su sola orden, y también Lo contempla. Se diría que todo Lo contempla, incluso el mar.

Hace apenas una semana -el 15 de agosto-, allí mismo -tan luego el día de Su cumpleaños-, Él, en persona, repartió entre los mejores de los Suyos una nueva condecoración que acaba de crear así como crea países, leyes y reyes: *La cruz de la Legión de Honor*. Ahora sólo precisa valientes que la merezcan. Y allí los tiene, en el campo de Boulogne, desde hace meses (muchos desde hace años): son Sus soldados –todos, los mejores y los otros, los 180 mil-, ahí, prontos, prestos… esperando una sola palabra Suya para arrojarse al mar hasta Inglaterra.

Pero ahora, apenas ocho días más tarde, la Historia (Él es la Historia) cambiaba de planes.

El 23 de agosto los vuelve a reunir a todos, allí mismo. Los dispone a Su alrededor, de nuevo, así como un padre con sus 180 mil hijos.

-- *Soldados* –les dice, (a ellos y al mundo)-*, el Austria, seducida por el oro de los ingleses, le ha declarado la guerra a Francia*…

Y dijo algo más, lo intentó, siguió hablando, pero sólo Sus mariscales más próximos pudieron oírlo, porque dicho lo dicho un grito de guerra rompió en cada uno de los 180 mil soldados y encendió todas las filas en un clamor profundo, a un mismo tiempo lejano y grave, hecho en parte de trueno, y en parte de sismo...

Al día siguiente el Gran Ejército entero, bestial y puntilloso, en una sola mañana, se puso de pie y comenzó su larga marcha hacia el este, hacia el nordeste y el sudeste, hacia Alemania, hacia Flandes y los Países Bajos, hacia Prusia, hacia el Danubio, hacia el Rin, hacia el Niemen; rumbo a Sus gloriosas victorias de Ulm, de Austerlitz, de Jena, de Friedland… Quizás ahora sí por fin comprenda Su tiempo el fenómeno que contempla.

Termina la soñada paz que en la realidad nunca fue.

Marchan.

Ya no van a detenerse.

No se mueven 180 mil hombres sólo para pasear.

Van, ven y vencen.

Es el Gran Ejército de Napoleón Bonaparte a través de la Tierra.

Capítulo 6

Sin embargo no son 180 mil hombres. Son, en tal caso, 179.999. Hay uno de los Suyos, el sargento André Laglais, artillero de a pie, soldado de elite de la Guarda Imperial, que ni siquiera se entera de tales grandiosos movimientos, ni de la guerra con Austria, ni de nada; ni siquiera sabe, recuerda o le importa, que es 23, 24 o 50 de agosto. Esa mañana, la verja que protege el huerto, amaneció rota porque anoche una tormenta de verano destrozó uno de los brazos mayores del ciprés, y cayó justo allí, encima de la… Pero en fin, no es grave. Con la ayuda del pequeño Paul, en dos o tres días, confía, estará reparada. Sonríe.

El tiempo hace milagros, sí. El pequeño Paul era cada día menos pequeño. Había cumplido cuatro años, y no sólo que hablaba ya sin medias lenguas, sino que además ya montaba a caballo y ordeñaba cabras y manejaba el martillo con el mismos estilo recio y gesto grave de papá Marcel, -bueno, es que así había aprendido a llamar a Laglais (aunque ya ni siquiera Laglais recordara cómo lo había aprendido)-; pero sí, hay que decirlo, el pequeño Paul era un niño por demás astuto, simpático y valiente. Papá Marcel estaba muy orgulloso de su muchacho, cómo no.

Sin noticias de Charles -y extirpada ya para siempre del corazón y la mente de Céline la peregrina ilusión de encontrarlo en París-, la extraña familia de Marcel Savoir recuperó enseguida su vida normal de familia normal: papá Marcel trabajaba, mamá Céline se ocupaba de la casa, los abuelos descansaban, y el niño jugaba. Y el sargento Laglais, sin decirlo nunca, se preguntaba cada vez más seguido por qué la vida no podía ser para siempre así.

Volvieron de París a principios de enero, sin rastros de Charles al cabo de un mes de andar y buscarlo; pero excitados por el viaje y contentos de volver a casa. Cargados de presentes, otra vez los cinco juntos, y otra vez todos felices.

Habían recorrido la gran ciudad de punta a punta, buscándolo, y no. Ella no conocía París, y él, aunque sí, descubrió entonces que nunca antes había paseado por ella –y jamás con ella-, y de allí en más fue Laglais el que arrastró a Céline, desde sus espléndidos bulevares hasta sus últimos callejones; desde sus barrios más bajos hasta las alturas de Montmartre; desde las Tullerías a Saint Cloud; desde Saint Louis a la Cité; desde los Champs Elysees, hasta

Beleville y la Chapelle; desde el Sacre Cour a los jardines de Luxemburgo; desde la ansiedad por encontrarlo, al deslumbramiento por lo encontrado; desde el día que llegaron, hasta que al cabo de un mes ella estaba tan extenuada (y extrañaba tanto al niño), que poco le costó a Laglais convencerla de que su gran Paul quizá no estaba en París, quizá no hubiera vuelto ni volvería nunca a París; y además, tal como había comprobado con sus propios ojos y sus propios pies, París era desesperantemente más grande que su terca ilusión.

Lo más lógico era volver a casa, con el pequeño Paul, con sus abuelos, -con él, claro-, y esperar allí, confiados, *noticias de su Paul*… Ella asintió convencida, o se dejó convencer, y se volvieron a casa al cabo de un mes de recorrer París, de buscarlo y divertirse, cada día más sueltos y más relajados, cada noche más ardientes y más creativos; juntos y de la mano como una parejita cualquiera de recién casados, acaso trágicos y falsos, pero aún así, felices.

Llegaron de vuelta bajo la primera gran nevada del nuevo año, pero la alegría fue tal, y tantos los presentes que traían, que ni los dos viejitos sintieron el frío cuando salieron a recibirlos apenas oyeron sus gritos a lo lejos. Estaban en casa.

Besos, regalos y risas, pero tampoco entonces noticias del gran Paul. Céline quiso disimular su decepción, pero el intento de su sonrisa, acabó en mueca mustia. Allí tenía de nuevo a su pequeño Paul, a sus abuelos de vuelta, y a su buen Marcel siempre; pero su gran Paul seguía sin aparecer, hundiéndose despacio en los pantanos de la resignación, del olvido… de la putrefacción de los sueños con los que nos miente la juventud…

Laglais, en cambio, parecía animado. Aún sin ninguna pista de su antiguo y único objetivo, aún advirtiendo la tristeza insuperable de Céline, aún así parecía francamente entusiasmado, jugaba con el pequeño Paul mientras abrazaba a un mismo tiempo a los dos abuelos estrujándolos contra su pecho como si fueran en realidad dos viejos camaradas de armas. Pero de alguna manera, le sobraban motivos para celebrar: el regreso, el reencuentro, *la aventura París* por fin terminada, y el indeseable traidor, que seguía sin aparecer. Es más -le tentaba pensar-, acaso ya estuviera muerto, y por la gracia de su buena suerte, así su misión estaría cumplida, y su vida despejada. Pletórico parecía.

En cuanto a Céline y su tristeza silenciosa; Laglais empezaba a creer que también esa tristeza al cabo sería vencida por su tremenda voluntad de soldado de elite. Lo olvidaría. Ella y él, los dos lo olvidarían. Charles moriría un día, o Laglais acabaría por

matarlo, y así de ese pasado no quedaría más que el presente y su futuro. Sólo era cuestión de esperar y estar atento.

Y mientras tanto había mucho que hacer... Los animales, la casa, el sembradío, el granero, el aljibe; retirar su paga cada mes en el correo; y ahora, para peor, la verja destrozada por el ciprés de anoche que… Pero bueno, con la ayuda del pequeño Paul, en dos o tres días, confía y sonríe, estará reparada.

Más o menos para cuando el Gran Ejército -aunque él ni se entere-, alcanzara Amiens, Reims, Lille, Valenciennes, Cambray…

Capítulo 7

A los 32 años Pierre Bullot ya era un veterano de la Revolución; o lo que bien podría llamarse un *revolucionario de la primera hora*. Apenas un adolescente, había estado en la Bastilla durante las jornadas de julio del 89; enseguida integró los primeros escuadrones de la entonces Guardia Nacional bajo el mando directo del marqués de Lafayette; luego se unió a los jacobinos seducido por Robespierre; fue uno de los tantos que pidieron a gritos la cabeza del Luis XVI y la Antonieta; y por mérito, esfuerzo, convicción y devoción llegó a ser parte y proa de las milicias populares que durante los primeros tiempos del Terror secuestraron y decapitaron a miles de civiles, nobles, burgueses, realistas o no… Después, cuando también degollaron a Robespierre, pasó a revistar oficialmente en los grupos especiales de la policía de Joseph Fouché, hasta que el 18 de brumario de 1799, todo cambió para muchos de esos hombres; menos para Fouché, quien siguió su carrera ascendente… no como él.

Suele ocurrir: asentados los cambios, estacionado el polvo que levantan las revoluciones, de a poco la pureza resulta fanatismo. A partir de 1802, la Revolución ganó en amplitud y flexibilidad y los *exaltados* como Bullot, perdieron espacio, confianza, y mucho más.

Asesinado Pablo I, resuelto el Concordato con el nuevo papa Pio VII; la firma de la Paz de Amiens; más la economía, cada vez más sólida y floreciente; y los ejércitos infaltables de arribistas y oportunistas que prodiga el éxito; hicieron de Pierre Bullot -como de tantos otros *idealistas irredentos*-, un elemento prescindible, obtuso; una especie de testigo molesto de viejas intenciones perimidas; un hombre, incluso, acaso peligroso. La Revolución había muerto, y sólo los imbéciles -o los traidores-, no podían admitirlo.

Sin mayores explicaciones (ninguna), un día lo trasladaron de su asiento en París a Lyon; de allí lo mandaron a Amiens, luego lo patearon para Lille, de allí para Arras, después a Cambray, por última a Valenciennes, y allí, apenas comenzado 1803, sin ninguna explicación tampoco, por fin fue dado de baja, exonerado, y adiós.

Como suele ocurrir en estos casos, a partir de entonces, el ciudadano cualquiera Pierre Bullot, cayó en ese vacío que generan los proscritos (tan parecido al rechazo que provocan los apestados,

pero sin su compasión siquiera). Solo y sin familia -porque le había dado su vida a la revolución-, ya sin empleo, sin oportunidades, marginado y sin retorno; de a poco toda la épica de su épica existencia, se redujo nada más que a subsistir, a llegar al otro día, alimentado por ese resentimiento inagotable que a la vez iba comiéndole sus ideales, *sus principios*, sin dejarle otra cosa que el hueso descarnado de una obsesión única, lacrada, ciega a cualquier otra cosa que no fuera lastimar al régimen. Desde entonces sus fines, no impugnaban ningún medio.

De marginado a proscrito, de proscrito a sedicioso, y de sedicioso a subversivo, no había casi distancia para un hombre de sus condiciones, conexiones, características y capacidades. Para fines de 1803, Pierre Bullot hacía sus primeros contactos con la por entonces ya muy renombrada -aunque por supuesto invisible- *Unión de los Filadelfos,* secreta organización cada vez menos secreta, y cuyo principal objetivo era matar a Bonaparte, o cuando menos, debilitarlo hasta Su caída, para matarlo después.

Como era de esperar, los *filadelfos* vieron en Pierre Bullot, un *elemento valioso.* Muchos ex agentes como él ambulaban de pronto desterrados por su propia tierra, o peor aún: oprimidos por el mismo régimen que habían ayudado a instaurar al precio incluso de sus propias vidas. Ex políticos, ex militares, ex funcionarios, ex policías, ex patriados por la patria que tan luego ellos habían parido... Y cada vez eran más, y casi todos ellos, apremiados por la necesidad, y retorcidos por el rencor -cuando no perseguidos, encerrados y condenados-; preferían matar o morir a vivir como vivían. Bullot era uno de tantos, que como tantos otros -sabían los *filadelfos*-, arrastraría a otro, que luego sumaría a otro, y otro, y así. La *unión* lo consideró *un elemento muy valioso*.

Para 1805, Pierre Bullot –con distintos alias- ya había participado, de una forma u otra, en más de diez atentados fallidos contra la vida del Dictador, incluyendo la conspiración de marzo de 1804, (espectacularmente concluida con el fusilamiento del duque de Enghiem y su sensacional escándalo); sin embargo, en todos esos operativos, había participado de manera indirecta, como apoyo logístico, o de inteligencia… Pero ahora sí, por fin, estaba en sus manos dañar al Déspota. Allí tenía, con él, ya, en su poder, en un sobre lacrado -envuelto en un saco de arpillera como si fuera nada-, una información más poderosa y letal que 50 mil cañones de 600 libras: el plan de invasión a Inglaterra exactamente y en detalle: cantidad de tropas, estado mayor, disposición territorial, orden de las operaciones, fechas, armamento, reservas, todo... Bonaparte

estaba perdido: él, Pierre Bullot, lo tenía en sus manos.

Había esperado mucho tiempo esa oportunidad. Años. El tiempo que se tomaron sus superiores de la *Unión* para terminar de confiar en él… Pero él los entendía… Su insuperable debilidad por la bebida, y aquél otro *estigma* -como lo llamaba para sus adentros-, *eso* que para él no era más grave que una cicatriz, un lunar, una marca de nacimiento (menos aún, pues en él ni se notaba, era un *estigma* del todo invisible -a no ser cuando la bebida lo doblegaba, y la tentación lo vencía, claro-), y sin embargo, aún así, aún invisible, inofensivo y natural, nadie en el mundo, bien lo sabía, se *lo* perdonaría nunca. Era su *estigma*. También por eso bebía como bebía.

Pero de pronto su suerte era otra. Por méritos, por descarte, o por lo que fuera, los *filadelfos* acabaron por confiar en él, y ahora, mientras esperaba la orden de entrar en acción, bebía para celebrar en aquella fonda infesta, cuya pésima reputación, también a él se le ocurría protectora. Entre sus descastados y sus miserables, junto a sus putas y sus otros borrachos, Bullot era casi invisible. Sólo Charles fue capaz de captar algo más entre los velos turbios del alcohol de su mirada… y así, entre miradas, al fin se acercaron. Bullot le pagó una copa, y Charles pagó la segunda. Y luego vinieron otras. Muchas. Tal vez demasiadas.

Como suele ocurrir cuando dos hombres precisan hablar, entre vaguedades y bromas iniciales, Bullot y Branledore se adentraron de a poco en terrenos cada vez más graves, ahí donde se cultivan los secretos y crecen las confesiones, los compromisos y sus códigos.

Noche tras noche, copa a copa, siempre entre frases abiertas -incompletas por la prudencia, y desmembradas por el ajenjo-, Bullot, de a poco, le insinuó a monsieur Branledore sus *verdaderas preocupaciones,* sus *pensamientos reales*, sus iras y sus sueños. Interesado en el relato de su nuevo amigo, Branledore invitaba más copas, y el otro más se animaba y más hablaba. Soltaba la lengua, y no sólo la lengua. Los ojos y las manos también.

Hipólito Charles podía ignorarlo todo, pero no cuándo gustaba. Así fuera a un niño, a un animal, a una mujer… o a *ellos*. El ejército le había enseñado también esas cosas. La vida militar entre hombres y nada más que hombres; el día y la noche siempre juntos y solos; las prácticas de lucha, la gimnasia, los baños colectivos, los cuerpos perfectos, las bromas sucias, calientes, la juventud más la abstinencia, el roce constante, esas miradas húmedas, rápidas y furtivas… El ejército le había enseñado muchas cosas, sí.

Le pagó otra copa, y otra y otra; y Bullot más se animaba y más

le contaba y más lo miraba y más lo tocaba (no, no eran caricias, más bien palmadas machas, puñetazos amables, cálidos, si se quiere tiernos, pero todavía masculinos); y mientras más lo toca, más habla, aunque no dice mucho… anuncia y no expone, amenaza, afirma y asegura, pero no explica cómo, ni cuándo, ni qué ni dónde...

-- Puedes quedarte tranquilo, mi querido Jules… tu buen amigo Pierre, pronto acabará con Él.

Dice y ni Lo menciona. Y es todo lo que dice. Aún ebrio, advierte Charles, se trata de un profesional.

Pero también es un marica. Eso tampoco lo pierde de vista. Trabaja fino, seduce con arte y oficio, y por fin otra noche, en la misma fonda, Bullot, hasta los huesos de ajenjo, olvida por un instante sus resentimientos nacionales, elogia sus ojos verdes, su pelo rojizo, los vestigios de la belleza del rostro de Branledore...

Branledore no se espanta ni lo espanta, al contrario. Inclina apenas la cabeza, agradece los cumplidos, alza su copa, brinda con él, y se miran mientras beben.

Son los inicios del verano y al cabo de meses de charlas y roces, de brindar y mirarse; por fin Pierre Bullot le propone ir a beber a un lugar más tranquilo, más fresco… a su cuarto de hotel, por qué no.

Con todas las precauciones que debían tomar dos peligrosos proscritos en un hecho delictivo, Bullot tomó la vanguardia, y Charles cubrió la retirada. Anduvieron las calles vacías sin decirse más nada. Cada cual amasaba en su silencio las últimas dudas, las últimas vergüenzas, vacilaciones o lo que fuesen. Todo salió bien.

La pensión donde vivía Bullot era lo suficientemente barata como para que nadie la cuidara por las noches. Aún así, Bullot entró primero, lo recorrió y lo revisó, y luego entró Charles; los dos en puntas de pie, sigilosos y oscuros como dos sombras a punto de incendiarse.

Una vez en el cuarto, a solas ya, se buscaron un tema intrascendente, y entre frases aisladas y comentarios vacíos, bebieron un blanco sin enfriar, y el calor de junio les fue quitando la ropa despacio; los zapatos primero, después las camisas, después los pantalones… pero todo sin apuro, tranquilos, mientras bebían y conversaban o callaban y se miraban y no, muy relajados ambos, como si ninguno percibiera lo que hacía el otro, que ya ni su ropa interior toleraba, así que también se la sacó, el uno y el otro, Branledore primero, así Bullot podía verlo bien, mirarlo todo del todo desnudo, de pies a cabeza, delgado, bello, tieso, bien empalmado...

Bullot cayó de rodillas y allí se abrazaron sus almas mientras sudaban sus cuerpos y volaban sus mentes. Acaso habían bebido demasiado, acaso habían esperado demasiado, lo cierto es que rodaron kilómetros sobre la misma cama. Branledore parecía sentir lo que Charles sólo fingía, y Bullot parecía otro. El recio resentido que iba acabar con Bonaparte y con todo Su Gran Ejército, el hombre que había perseguido, encerrado, combatido y decapitado o mandado a decapitar a tantos hombres; de pronto hervía bajo su cuerpo en una ternura viscosa, entre patética y magnífica. Rodaron kilómetros sobre la misma cama, y al cabo, como suele suceder cuando comulga la carne, los dos espíritus alcanzaron regiones más hondas, más secretas, más íntimas… más sinuosas, si se quiere.

Tal vez allí Branledore no supiera qué sentir; pero Charles estaba de verdad entusiasmado: Bullot hablaba cada vez más. Sin entrar en detalles que no le *correspondían revelar* –y que ponían en riesgo no sólo la operación, sino también la vida de los dos-, Bullot reconoció de una vez por todas su vinculación a una *organización secreta,* y que pronto debería partir pues *tenía un encargo muy importante que cumplir en el exterior*…

En pago a su abrupta y amorosa sinceridad –y en pos de más confesiones-, Jules Branledore también le confió su verdadera historia. Le dijo que no se llamaba Jules Branledore, ni tampoco era ningún gran comerciante de telas, ni intermediario ni representante de ningún empresario, ni grupo de empresarios, ni nada por el estilo. Era, en verdad, un vulgar buscador de fortuna que ayer había especulado con la producción de papas en Malta, otrora con la exportación de caballos a Norteamérica; incluso alguna vez había probado suerte con la seda y los chinos, y siempre en el juego; hasta que un desgraciado día se metió en el negocio editorial publicando en París un pequeño periódico que seguramente Bullot no habría de recordar porque no duró nada, y aún así, se llevó hasta el último de sus francos. Y todo, sólo, porque el Tirano de los Tiranos no halló sus opiniones *favorables*… A partir de entonces, él también cayó en la desgracia, y luego las cosas, claro, se complicaron mucho. Dejó París, anduvo por infinidad de lugares, probó otros negocios, perdió cuanto le quedaba, y al fin un día, acuciado por las deudas, enterado del suculento mercado textil que se agitaba en Cambray, decidió *improvisar en el género,* valga allí, ja-ja, la metáfora, jo-jo, y que bueno, je-je, que no tenía documentación personal, que su verdadero nombre era George Descase, que ya no le ocultaba nada, que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de salir Francia, y que *no quería perderlo*.

Se besaron.

Bullot le buscó la boca y Charles respondió con audacia y generosidad. Volvieron a rodar sobre sí mismos, recorrieron varias veces sus dos cuerpos, y luego se durmieron. Ebrios, confusos y confesos.

De allí en más se volvieron inseparables. De a poco dejaron de frecuentar aquella fonda vil, ya no la precisaban. Con los cuidados de siempre, sin que nadie los viera nunca, mientras la humanidad dormía o se emborrachaba; Bullot y Charles se amaban encerrados en aquel cuarto, como en el corazón secreto de sus muchos secretos.

Y aún no lo habían hecho media docena de veces, cuando Charles ya se lo había pedido cien.

-- Llévame contigo, Pierre…

Bullot se estaba enamorando. Virilmente, claro, como un hombre se puede enamorar de una causa, de una tierra, o de un ideal; pero aún así, estaba tan confundido y atontado como un enamorado cualquiera. Sólo que era un profesional, y/o, se jactaba de serlo. Borracho, excitado, entregado, enamorado o lo que fuera, aún no le había revelado de qué trataba la misión ni su destino ni el contenido de aquél sobre lacrado -apenas alguna vez, entre los vahos del alcohol y sus propios ardores, se oyó alardear de su *poderoso contenido*, pero sin especificar más nada)-; ni, muchísimo menos, consideró en ningún momento -ni siquiera incendiado por sus ardores de loca-, llevarlo consigo. Era un profesional.

-- Por otra parte, ni siquiera tienes un pasaporte...

-- Podrías hablar con tus superiores, y ellos me conseguirían uno…

La Unión de los Filadelfos no era una organización delictiva. Por momentos, Jules parecía extralimitarse.

-- Lo sé, perdón… Sólo quiero seguir a tu lado, Pierre…

Estaba haciendo un buen trabajo, se dijo. Pero estaba el tiempo, también se dijo, otra vez el tiempo, siempre el tiempo pisando sus pisadas.

Se terminaba la primavera y Josefina le había respondido a principios del otoño, sí, pero apenas con cinco palabras, ni un mísero franco, y ningún pasaporte. Sólo un ruego.

Necesito más tiempo.
Por favor.
C.

Charles se fastidió, y se animó: ningún franco, ningún pasaporte,

pero ningún adiós tampoco, ninguna negativa ya, y ahora por fin un ruego, nada menos que un ruego.

Por fin Josefina admitía su *deuda*.

Paradojas divinas: Pierre tenía al emperador en sus manos, y él a la emperatriz en las suyas.

Le dio dos meses. Le respondió a fines de mayo, le dijo que la esperaría hasta el último día de julio, pero que si entonces aún no había recibido su pasaporte y sus 50.000 francos (sí: la suma aumentaba de diez en diez, de carta en carta), inmediatamente cerraría tratos con *sus enemigos* apenas comenzara agosto.

Y ya promediaba julio.

(Ah, el tiempo, el tiempo, siempre el tiempo).

Jugador jugado, jugaba con la suerte, es cierto, pero la suerte también era cuestión de tiempo.

Su relación con Bullot maduraba según sus mejores planes. Con el correr de las noches -y la erosión de sus caricias-, se desgastó rápidamente la corteza pétrea de aquella miga blanda, y Bullot se abrió cada vez más. Hasta que una noche de besos incendiarios y juramentos frenéticos, se abrió del todo y ya no se guardó más nada. Le dijo por fin quiénes eran sus superiores, le habló de la *Unión de los Filadelfos* y de sus nobles fines; del viaje que debía realizar, de ese pequeño pueblo cerca de Charleroi, en Bélgica, llamado Waterloo, donde lo esperaba su contacto británico; le mostró incluso el pasaporte apócrifo que le habían provisto los *hermanos de la unión*, y hasta llegó a revelarle el contenido del sobre: *¡El plan de invasión a Inglaterra! ¡El final de Bonaparte!,* celebraban los dos entre besos acaso demasiado calientes...

Charles estaba haciendo un buen trabajo, sí; pero Bullot, aún ebrio, apasionado, sometido, penetrado, desbocado, de rodillas, en cuatro, o como fuera, podía contarle todo lo que era y sabía, pero seguía negándose a llevarlo con él. Eso sí que no. Eso nunca. Le daba lo que le pidiera, y hacía lo que le ordenara. Pero llevarlo no. Su misión era trascendental, y su oportunidad única. Charles hasta probó tentarlo con *cierta información personal* que él también *poseía* desde sus *días de editor* sobre la *intimidad de la Emperatriz y su marido*, amantes, nombres, debilidades de Sus ministros, asesores y alcahuetes, en fin, el organigrama sexual del imperio… Pero Bullot ni siquiera quiso oírlo. Sus órdenes eran sus órdenes, y ya bastante las había transgredido en prueba a su *amistad*.

-- Puedo parecerte una loca, pero no soy un traidor.

No lo era, no. Su causa, sus ideales, *eso* que él llamaba *sus principios*, aún deformados por los absurdos del fanatismo; eran

todavía más sólidos y ciertos que muchas de las debilidades de su carne; ya fueran la bebida o *los Jules*, o todas juntas a la vez… Porque *Jules o George,* o quien fuera, también pasaría, como habían pasado tantos otros; y la bebida no pasaría nunca, porque siempre había sido así; pero en cambio la oportunidad histórica de acabar con Bonaparte, de ser él, Pierre Bullot, uno de los elementos decisivos en la victoria; eso no sucedía siempre, ni volvería a suceder jamás.

-- La oportunidad es calva, decían los griegos –decía Bullot-, pasa, y ya no puedes tomarla de los pelos.

Charles terminó por aceptarlo: Bullot era un borracho encadenado a su botella hasta la muerte, y un marica que a solas en la intimidad rozaba el patetismo, cuando no la vergüenza ajena, sí... pero también por encima de todo era un hombre de principios, un verdadero idealista, acaso un romántico, en fin: un infeliz inquebrantable. Branledore le prometió no volver a insistir nunca más, a cambio de una sola promesa: que no se fuera sin despedirse.

-- Quiero que tengamos una última noche juntos, Pierre… una noche cuyo recuerdo nos obligue al reencuentro… alguna vez… en algún lugar.

Bullot sonrió, se miraron a los ojos, y se besaron.

Luego Jules pareció triste, y Bullot trató de animarlo. Le aseguró que volvería pronto, o que pronto le diría donde encontrarlo; que de ninguna manera aquello era un adiós definitivo ni nada de eso… pero Charles le recordó sus problemas de papeles, su falta de pasaporte, en fin…

-- Tampoco eso debe preocuparte, mi querido Jules… Cuando alcancemos la victoria, tendrás todos los pasaportes que quieras, ya lo verás…

Jules le hizo una mueca parecida a una sonrisa, y se compadeció de Bullot. El pobre idiota creía de verdad. Tenía la paciencia granítica de los auténticos soñadores.

No le dijo más nada ¿Qué sentido tenía? Se conformó con la promesa de esa *última noche juntos*, y ya no volvió insistir. Borracho, marica, o lo que fuera, allí tenía Francia un hombre íntegro, uno de sus últimos idealistas…

Siguieron con su romance sin preguntarse más por el mañana. Se acariciaban y se besaban mojados por esa melancolía anticipada que es propia de los sueños perfectos, de los grandes planes, y los amores imposibles. Los días solamente pasaban. Bullot espera la orden, y Charles el final.

Hasta que el 19 de julio el Emperador dejó París y marchó hacia

el norte acorazado por su Guardia Imperial para juntarse con el resto de todas sus tropas en el campo de Boulogne-sur-mer junto a la costa del Canal.

La invasión a Inglaterra ya era algo más que un rumor, y muchísimo más que un secreto militar. Al pasar por Amiens, las tropas construyeron un arco que arriba decía *"Rumbo a Inglaterra"*. Ahora Él dejaba Su cómodo despacho de Fointaneblue para ponerse al frente de Sus hombres como hacía cada vez que iniciaba una de Sus grandes campañas. Y Sus hombres lo esperaban dispuestos a todo desde hacía dos años sobre las costas del Canal. Toda la Tierra se agitó esa mañana del 19 de julio 1805; y el mar también.

Una flota al mando del almirante Villeneuve, partió rumbo al Caribe para arrastrar en una maniobra de distracción a todos los barcos ingleses que rondaban el Mediterráneo; mientras el grueso de la armada francesa espera Su orden sobre la aguas del mar del Norte.

Y allá va Él.

¿Tan loco podía estar?... Pues allí va.

El tiempo de las especulaciones se terminó.

Era la hora de la acción.

Así también lo entendieron los comandos de Bullot, que a principios de agosto bajaron la orden que él tanto esperaba: debía partir cuanto antes. Su contacto británico ya lo aguardaba antes de finales del mes esa aldea ignota cerca de Charleroi, Waterloo.

Debía apurarse. Todavía quedaban por ultimar unos pocos detalles. Su plan consistía en viajar disfrazado de comerciante, un pícaro aunque iluso vendedor de ciertos maravillosos tónicos que no sólo evitaban la calvicie en los caballeros, sino también la vellosidad en las damas; y para eso tenía lista una carreta cargada de cajas y cajas de botellitas color ámbar, muy bien etiquetadas, y rellenas con un líquido oscuro que acaso sirviera de verdad para algo. Sólo faltaba conseguir un par de buenos caballos para tirar de todo eso, y listo. Y bueno, claro: cumplir su palabra con Jules.

Y la cumplió.

La última noche juntos terminó por ser la del 24 de agosto, cuando Hipólito Charles por fin alcanzó su fin, el fondo de sí mismo, es decir: la verdadera índole de su paupérrima naturaleza.

Fue una noche larga, porque empezó temprano. Tan temprano, que para evitar los fisgones del día, debieron recurrir a una treta, que fue parte de la diversión. La idea fue de Bullot, pero Jules la aceptó entusiasmado: se disfrazó de mujer. El mismo Bullot se ocupó de conseguirle la ropa, los zapatos, la peluca, la capelina y

los afeites, y así entró al hotel delante de todos sin que nadie lo viera... Una vez a solas se entretuvieron un rato imaginando el cotilleo de los otros inquilinos, quienes jamás habían visto a una dama entrar a lo de Bullot; reían y jugaban, se besaban y se despedían… Después sí, una vez a solas, el disfraz se lo puso Bullot, y el amoroso Jules, a manera de souvenirs -para que lo proteja y no lo olvide-, le regaló a su amado amante un hermoso puñal con las letras *H* y *C* grabadas en la hoja: *Honra y Coraje*, le explicó y lo besó.

Bullot tenía un rostro nada feo, era delgado y también esbelto, y pese a que el alcohol empezaba a deformar su abdomen, vestido de mujer, y maquillado -sin exigencias detallistas -, parecía una mujer, y bastante guapa por cierto. La noche se calentaba inflamada por el ajenjo y el adiós.

Había, claro, una tristeza en el aire. Pero ellos igual gozaron, incluso bailaron, y por supuesto bebieron. Sobre todo Bullot, Branledore no tanto. Charles no era un bebedor, ni creyó que aquella noche fuera un buen momento para comenzar a serlo. Acompañaba, sí, pero con sobriedad, con una sobriedad que destacaba a cada minuto más en contraste con Bullot, quién otra vez demasiado ebrio, entre encajes y puntillas, ardiente, enloquecida, gateando sobre la cama, sólo pedía ser poseído, sometido, lastimado, penetrado por Branledore, que allí de pie, desnudo ya, bien empalmado, macho salvaje, decidió atarlo a la cama como hacían a veces, amarrarlo boca abajo a sus cuatro esquinas, amordazarlo, y luego, ya montado sobre sus nalgas, ya reducido, indefenso, aplicarle primero unas rápidas caricias, y luego sí, luego por fin la cantidad necesaria de puñaladas hasta que dejara de gemir y de quejarse como una marica de mierda… Sólo que nunca más recordará exactamente ese preciso instante.

A punto de bajar el primer golpe, la primera puñalada, Branledore, Charles, sintió, advirtió el abismo, el borde… y dio el salto. Le fue imposible para siempre decir cuánto duró esa caída: segundos, años, menos, más; de alguna forma, no acabó nunca: cayó y cayó, cayendo para siempre; y sin embargo, en ese vacío, también el miedo se perdió en el silencio alrededor de ese vacío… Quedó sólo él consigo mismo, y su caída. Y no hizo más que golpear la espalda de Bullot. Una vez y otra vez. No pensó, en ese instante, en el cuchillo, ni en la carne. Fue raro, sí. Pero no como temía; es decir, no fue sencillo –ni concebirlo ni planearlo, ni mucho menos ejecutarlo -, pero tampoco sintió el vértigo, ni el aturdimiento, ni el pánico que temió que iba a sentir, ni siquiera ese horror lateral que

ya era parte de su ser quedó con él cuando golpeó. Golpeó una vez, y luego otra, y luego otra, y ya no pudo contarlas, su mente se extravió, el cuchillo siguió solo, sin necesidad siquiera de su mano: golpeaba y subía, bajaba y se hundía, subía y bajaba como si fuera no un cuchillo, ni un brazo, ni una mano, sino más bien un conjunto mecánico, una moderna máquina de asesinar.

La policía encontró el cadáver todavía amarrado a las cuatro esquinas de la cama, ya para siempre zurcido con sus nueve puñaladas, y el cuchillo ahí, aún erecto en la novena… También encontraron un pendiente, un guante de mujer, doscientos treinta francos, en fin… Los investigadores concluyeron sin mayores esfuerzos que el asesino era en realidad una mujer, que seguramente conocía a su víctima, y que lo tenía todo planeado con anterioridad. Por el dinero y la saña, descartaron el robo y adhirieron a la hipótesis del móvil pasional. Más información, claro, les daría oportunamente la identidad del muerto.

Por fortuna para la investigación, ese tampoco fue un trámite complejo. Algunos pocos papeles personales, un permiso de licencia, una identificación militar vencida, y el cuchillo con sus probables iniciales *"H-C"*, les llevaron a saber que se trataba de un oficial -o más probablemente, de un *ex oficial*- del cuerpo de húsares, y cuyo nombre era *Hipólito Charles*.

En algo acertaron: el victimario conocía a la víctima, y también lo tenía todo planeado.

Desde que advirtió que nada doblegaría la patriótica voluntad de Bullot, Charles empezó a planear su muerte, y su reemplazo. Tomaría su lugar, y él, Bullot, el suyo. Sería sencillo. Los superiores de Bullot, ignoraban la existencia de Charles; y aunque si bien era cierto que nunca antes había matado a un hombre; tampoco nunca antes había pensado que la vida podía ser así, nunca había vivido en una fuga perpetua, en un escondrijo eterno, aún dentro de sí mismo, aún bajo su propia piel revestida de otros nombres, de otros pasados, de otros porvenires, de otros y otros y otros que no nunca podían ser él, él… el que había sido cuando aún era alguien.

Bullot tenía todo lo que él necesitaba: el pasaporte, el carro, la coartada… incluso aquél informe que podría vender junto con los suyos… y él, Charles, le había entregado su cuerpo, y el esfuerzo de sus deseos vacíos, y hasta se había asqueado de sí mismo, y todo para nada. *El deber era el deber, el destino de Francia, la libertad de su pueblo, la igualdad* y un montón de otras cosas importantes estaban en juego para Bullot, pero no su vida, la vida de Charles, de Branledore, de Descasse, o de quien fuera que fuese… El muy

marica estaba decidido a salvarse solo. Sus palabras, sus besos, sus caricias, sus juramentos -como los de Josefina-, eran pura mierda.

Sencillamente, lo mataría, tomaría su lugar, y Bullot el suyo. Le regalaría un puñal con sus iniciales; dejaría junto al cuerpo los pocos papeles que le quedaban a nombre de Hipólito Charles: su primer permiso de franco, un símil pergamino firmado por algunos camaradas para su santo, en fin, reliquias sentimentales que Charles todavía llevaba consigo cual talismanes… y que en tal caso allí tenían una buena oportunidad para demostrar sus poderes.

Temblaba.

El tiempo era viento. Desde que Bonaparte había dejado París, julio pareció esfumarse y agosto volaba. Bullot partiría en cualquier momento, y aún su plan para *la última noche* no estaba definido en detalle. Le preocupaban los testigos inesperados, los imprevistos… cuando Bullot le propuso que se vistiera de mujer, resolvió todas las dudas de Charles, y firmó su propia sentencia.

A principios de agosto, ambos amantes supieron que había llegado el final. En breve, Bullot debía partir. El día 23 fijaron la despedida para la noche siguiente.

En Boulogne-sur-mer Bonaparte reunía a sus tropas y anunciaba la guerra contra el Austria. La noticia y el Gran Ejército comenzaban a bajar con la mentada velocidad que los volvió temibles.

La mañana del 24 de agosto, Charles dio los toques finales a su plan. Temprano monsieur Branledore acudió a la oficina de correos de Valenciennes, y una vez confirmado que no había nada para él, despachó dos cartas, dos breves esquelas.

Un sobre iba dirigido a Constanza du Terrier. Es cierto: Josefina había dejado vencer el plazo perentorio, pero aún así él prefirió no cumplir con su amenaza de escribirle directamente a La Malmaison. No podía, no debía. No le convenía.

Alteza:

No me rindo ni te olvido. Os daré una última oportunidad más.

No enviéis nada hasta recibir noticias mías.

Pero si la próxima vez no cumples con mis exigencias, "ellos" y "tu palacio", recibirán noticias "nuestras".

La otra misiva, en otro tono, fue para Céline.

Apenas tres palabras, y aquél nombre.

Pronto estaremos juntos.

Paul

El resto del día lo ocupó en ayudar desinteresadamente a su amante con sus respectivos últimos preparativos. Cargaron entre los dos el carro con los tónicos, dejaron prontos los caballos, la ropa, su maleta y sus papeles; y por la noche lo mató, y en la madrugada huyó.

Pero El Gran Ejército ya estaba allí.

Salió del cuarto de Bullot poco antes del amanecer, vestido de mujer otra vez, pero con mucho cuidado de olvidar unos pendientes, una polvera y un guante… Envuelta la cabeza en un pañuelo color marfil, y cubierto el rostro por las alas de su capelina azul, se dio hasta el lujo de saludar como avergonzada a un vecino que lo cruzó por las escaleras.

Por supuesto llevaba consigo el pasaporte apócrifo a nombre de Louis Feraud, el sobre lacrado con el informe dentro; parte del dinero que tenía Bullot (pero no todo, para borrar la posibilidad de un robo), y sereno como una dama, enfrentó la calle a por el carro de los tónicos, que para algo había ayudado a cargar con sus propias manos… y allí se miró las manos, se vio la sangre, y vomitó en una esquina, pero no como una dama.

Tal vez fuera el ajenjo –quiso pensar- todavía en su sangre; o tal vez *lo que había hecho*, lo que nunca pensó ni imaginó que haría, y que ya *había hecho;* la sensación de pesadilla sólo soñada, las imágenes que vuelven y se revuelven entre la bruma onírica de lo inconcebible; o tal vez sólo fuera la noche, se dijo, que se aleja, su estela de sombras que lo sitia entre fantasmas, la luz del nuevo sol que le quema la tripas, y vomita hasta el alma… De pronto de nuevo no hay más que soldados Suyos otra vez por todas partes, el Gran Ejército ha tomado Cambray, Valenciennes, sus calles y sus caminos, bajan del norte, se despliegan hacia el sur, hacia el este, ¿a dónde van?, ¿lo buscan a él?, ¿ya saben que mató?, ¿o es por fin la locura que termina de abrazarlo?, ¿sueña?, ¿alucina? Vomita. La dama vomita como sólo un hombre lo haría en plena calle, los soldados la miran espantados, asqueados, le gritan groserías, se burlan, pero pasan y siguen; lo salva el caos, ninguno se acerca, la guerra tiene hambre y se los lleva; y ella -él-, se queda ahí, sola, doblada, bañada en sangre y en su propia bilis, en su fin por fin, ahora sí: así es el fondo pestilente de su verdadero ser. Ha llegado.

Miles de soldados rompen la mañana con su marcha, resquebrajan la tierra, el día se deshace alrededor, debe alcanzar el carro de Bullot, debe huir, ha matado, vomita, camina y vuelve a

vomitar, entre soldados, entre sus tropas, a través del Gran Ejército que pasa a su alrededor como un inmenso hormiguero en su mudanza quinquenal… Sabe que si lo descubren, si ven que no es una mujer, que es un impostor, que huye o que se esconde, está perdido. Querrán ver lo que lleva en ese sobre lacrado, y… Tiembla. Quiere concentrarse, debe hacerlo: es su vida, lo recuerda… pero el ajenjo, los vómitos, su crimen, y el Gran Ejército, no lo dejan pensar, ni ver, ni recordar siquiera dónde maldita mierda está ese maldito carro… Y encima el sol, que se levanta allí, ahí, por el este, sobre la frontera de Bélgica incendiando con su mañana el último horizonte que le queda… Camina entre los soldados sin alzar la cabeza para esconder el rostro, pero los oye. Son todos heraldos de la misma noticia: van a la guerra.

A la guerra con Austria, gritan.

Ya nadie invadirá Inglaterra, acaso, nunca.

Su preciosa, y tan costosa, información, de pronto, no vale nada.

Carga, aprieta contra su pecho, comprende, una bomba inofensiva para el mundo y letal para él. Pero tampoco puede arrojarla ahora, allí, entre aquellos soldados… Debe cargarla hasta un sitio seguro, alcanzar el carro, huir del Gran Ejército, que allí viene a por él… pero el ajenjo, el crimen, los fantasmas, no lo dejan pensar; y el sol, el sol que ya no sube, que más bien se instala ahí, apenas por encima del horizonte, a lo largo de la frontera con Bélgica, expandiendo su fuego como una cortina de llamas desde luego inexpugnable.

Desespera. Tampoco le es posible retroceder ni quedarse en Cambray, ni esconderse allí, ya no hay cómo. Ha matado. Lo buscarán, terminarán por encontrarlo, o acabará por confesar. Su propia mente es capaz de traicionarlo, y ya lo sabe. Ya le teme. Ya no se decide a obedecer ninguno de sus pensamientos. Sólo avanza, a través de las tropas, con la cabeza en su caparazón de muselina, abrazado a su bomba, trémulo/a… Y allí lo ve de nuevo a Bullot, boca abajo, y vuelve a oírlo, jadeando caliente, rumiando impudicias hasta que ya no dice más nada, por fin se calla, basta un golpe, menos, un pinchazo, una mano que baja decidida, un puñal bien empuñado, y listo: se mata, se asesina, sin mayor esfuerzo, sin complicaciones... Sólo hace falta actitud y una víctima servida. La carne es nada, se corta a diario. Es sólo eso: decisión: actitud. No había nada que temer. Matar no era malo. Bonaparte lo hacía todos los días, y allí lo tenían: en la cumbre exacta de su propia locura *¿Por qué él, entonces, debía reptar bajo la superficie de la suya?*

El día giraba alrededor, el calor subía, pero el sol seguía ahí,

sobre el horizonte, ardiendo extendido.

Se dijo basta. Se dijo que ahora era libre pues era tan peligroso como cualquiera de sus enemigos, perseguidores o aliados. Ahora él también sabía matar, se dijo, y encontró la cochera, el carro de los tónicos, la salida…

Sólo que otra vez no sabía para dónde ir. Ya no valía su valiosa información, y ya no estaba despejada la frontera del este.

De nuevo las paredes constantes de su inmensa celda cada vez más estrecha…

¿Ni siquiera la muerte podía librarlo?…

Capítulo 8

A fines del otoño que siguió a ese verano de 1805, se lo ve al sargento primero André Laglais regresando a caballo desde Cambray a Franconville con la inmensa satisfacción del deber cumplido, y un dilema moral que opaca o anula cualquier satisfacción.

Sin mayores esfuerzos de su parte, su objetivo fue alcanzado: Hipólito Charles está muerto. No ha visto el cadáver, pero las autoridades de Cambray se lo confirmaron sin dudas. *Hipólito Charles, entre 35 y 40 años, probablemente ex oficial del cuerpo de húsares… ¿El cabello? ¿Una marca? ¿Bajo el ojo izquierdo?...* Bueno, los investigadores no recordaban tantos detalles, no tenían tiempo para eso, se trataba de un crimen pasional, uno entre tantos en aquellos tiempos de romanticismo exacerbado… y además había pasado demasiado tiempo. Muchas cosas. El homicidio se había cometido el 24 de agosto, era fines de noviembre, la guerra, la frontera tan cerca, Trafalgar… en fin, mucho tiempo, muchas cosas. *¿El cadáver?* Nadie lo reclamó, nadie preguntó por él… a ese sujeto no lo quería nadie. Al cabo de una semana de pudrirse esperando, las autoridades lo arrojaron al fuego de la fosa común de los desperdicios de Cambray. Era uno de esos muertos que ni se lloran ni se festejan. Quizá la única persona que lo había querido, fuera justamente la mujer que lo mató, y a quien dicho sea de paso, se la había tragado la tierra. Los investigadores le contaron del vecino que la había visto salir del hotel esa mañana, y de los otros vecinos y soldados que la vieron vomitar como un hombre retorcida por las calles esa misma mañana también… pero justo entonces apareció por allí el Gran Ejército y pasó por encima de todo, volvió la guerra, y en fin… muchas cosas, mucho tiempo, rápidos meses cargados de historia… Total, que si quería confirmaciones, allí las tenía, y eso era todo. Hipólito Charles estaba muerto, y ya ni sus cenizas molestaban la Tierra.

Su misión había sido cumplida. Alguien le había hecho el infinito favor de matar a su presa por él. Se entretuvo un rato pensando *quién* podía ser ese *quien:* tal vez aquella obesa criada de

Caen; o tal vez algún acreedor, u otro jugador como Charles, sólo que harto de sus trampas; o quizás un marido celoso; o tal vez, incluso, otro *Laglais*, otro agente encubierto también enviado por Él, por qué no... Fuera quién fuera, ya no tenía importancia. Lo importante era que Hipólito Charles estaba muerto, y que al cabo de cinco años, su misión había terminado.

Y que ya no tenía ningún motivo para volver a esa casa junto a Céline, junto el pequeño Paul, y los abuelos.

Ahora correspondía volver a París y reportarse a su comando central.

Muerto Hipólito Charles, Marcel Savoir también debía morir. Después de todo, había vivido demasiado. Mucho. Incluso había tenido una vida como jamás Laglais había tenido, ni volvería a tener, ni había soñado nunca con tener. Una buena vida, serena y alegre, sin cañones por la mañana, sin bombardeos alumbrándole el sueño, sin austriacos ni prusianos ni mamelucos saltando sobre su cuerpo día y noche, no, nada de eso… Sí: Marcel Savoir había tenido una buena vida, sencilla, tranquila, quieta si se quiere, y si se quiere anodina, pero también suficiente; y para él, para Laglais, feliz.

Pero se había terminado.

Fuera quien fuera el hombre que había matado a Hipólito Charles, en cada una de sus puñaladas, mataba al mismo tiempo a Marcel Savoir.

En el camino oyó decir que ahora el Emperador se encontraba con su Guardia en Polonia.

Allí era su lugar ahora, se dijo.

Dejó Cambray en dirección a París obligado a reportarse y buscar nuevas órdenes.

Pero a medida que avanzaba, su paso se hizo más lento, y su decisión más frágil. A poco de andar, *la satisfacción del deber cumplido,* ya le parecía un hecho seco del pasado remoto, y el dilema moral que ahora lo mordía, se lo comía por entero… Pero para entonces ya había aprendido que la moral de los hombres no era más recia que su carne ni sus huesos, y que podía romperse o rasgarse, pero también regenerarse. También por eso, es que había viajado hasta Cambray.

Un mes antes, y después de tanto, hacia fines de setiembre de 1805, en el correo de Franconville, junto a su paga mensual, *había,* por fin, *algo más*: una carta para Céline, firmada por el mentado Paul, sin remitente ninguno, pero sellada en Cambray. Eran sólo tres palabras pero soplaron contra su cara como un huracán.

Pronto estaremos juntos.
Paul.

Ese día, de vuelta del correo a la casa, Céline lo esperó con la ansiedad de siempre, y Laglais le dijo lo de siempre: *que no había nada*. Mascó el dolor y la vergüenza de negarle esa alegría, y se tragó la doble tristeza que le daba verla triste, y más aún, triste por otro. Desde ese preciso instante tuvo que aprender a cargar con sentimientos nuevos, desconocidos para un soldado de elite: la culpa, el egoísmo, el arrepentimiento… y un súbito miedo sin razones materiales.

Claro que volver a París no era la única alternativa, pensaba ahora Laglais, de regreso de Cambray hacia aún no sabía dónde, pero cada vez más despacio.

También podía volver a la casa, y explicarles a Céline, a los dos viejos, y al niño, toda la verdad. Quién era él, quién era el gran Paul, qué hacía él con ellos, y cuánto los amaba. *¿Lo perdonarían?* Matemáticamente, existía la esperanza.

Porque también podían casarse, si lo perdonaba. Sería un buen padre para el pequeño Paul, y un buen marido para Céline, y un hijo tan bueno para aquellos dos viejos como el que les había robado la guerra; y además así él ya no precisaría ni perderla ni traicionar a su ejército, ni mucho menos a su jefe... si lo perdonaban, claro.

Porque si no lo perdonaban, imaginó en un relámpago, la escena sería mucho más terrible que el sablazo que le rompió la cara en Arcole. Imaginó con horror el horror de Céline al conocer su verdadera historia, al saberse y sentirse tanto tiempo engañada, traicionada, usada y abusada, entregándole su cuerpo al repugnante asesino de su verdadero amor, del padre de su hijo; imaginó la desazón y la amargura terminal de esos dos buenos viejos, y por fin imaginó hasta sentirlo el desprecio y el odio para siempre incurables del pequeño Paul hacia papá Marcel, hacia el inmundo papá Marcel… Imaginó la vergüenza, la culpa, el miedo… llegó a sentirlos.

Exhausto, atribulado, se detuvo a comer en una fonda camino de Péronne. Había más parroquianos, y todos parecían entusiastas y patrióticos, hablaban de la guerra, de las victorias pasadas y futuras, del Gran Ejército y de su jefe El Invicto… *Pero nadie dice nada de los muertos*, pensó Laglais, y se envolvió en su propio desprecio, y se sintió un cobarde, un desertor: allí estaba ahora, con

su comida caliente y su paga segura; lejos de las balas, y de los suyos; preocupado sólo por él, por su putita, sin otro temor que perderla mientas sus camaradas peleaban y caían; y él ahí, seguro y ajeno, disfrazado de Marcel Savoir… escondido vivo en el fondo de un muerto.

Sin embargo no fue él, ni tampoco su caballo: otra cosa lo hizo doblar hacia Franconville de regreso a Céline, y ya decidido a no contarle nada, a ocultarle todo: la carta recibida, las razones de su viaje, la verdad de la muerte de su gran Paul, su verdad, y toda la verdad. Buscaría cualquier motivo para terminar de explicar su repentino viaje a Cambray, y todo seguiría igual. En cuanto al ejército… nadie sabía ni tenía por qué saber a qué había ido a Cambray y que sabía lo que sabía. Siguiendo las órdenes de su jefe, tampoco a la policía de Cambray le había revelado su verdadera identidad y comisión. Es más: si Charles no hubiese escrito nunca aquella carta, él aún estaría esperando en esa casa, recibiendo su paga mensualmente, y todo seguiría igual. Incluso su conciencia. Como la carne y los huesos, la moral también sabía curarse.

Volvió a Céline dispuesto a mentirle. A ella, y al ejército, en suma: al Destino.

Pero el Destino es como Roma: no paga traidores.

Capítulo 9

Lo bueno de escapar aterrado es que ya no importa mucho lo que se deja atrás. Lo malo es que no siempre se deja atrás lo que allí queda.

Preocupado por alejarse de Cambray -o mejor dicho: de su policía y sus servicios especiales (y especialmente, del Gran Ejército que cruza y cruza la ciudad)-; Hipólito Charles corre y deja detrá, lo que lo sigue: Bullot, su cadáver, su muerte, su delito. Ha matado, y cree que huye; pero pronto comprende que no, que sólo cae, maldito, condenado, de nuevo hacia Él, otra vez sin salida.

El Gran Ejército baja desde el norte, busca el este, se despliega hacia el sur: *el centro es su sola alternativa*, resuelve rápido; y así es como se encuentra de vuelta hacia París, de donde huía, hacia Bonaparte, otra vez, condenado, maldito, sin salida: sólo cae.

Ni su nuevo nombre, ni su falso pasaporte, ni su estupendo carro, ni su tan buen disfraz revestido de tónicos, le confieren ninguna confianza. Ve que vuelve hacia París, que se estrecha su celda, sus paredes constantes, que ya no existe en el mundo otra cosa que Él; y se ríe de nuevo de su nuevo nombre falso, de sus falsos papeles, de sus maravillosos tónicos, todo le da risa: hay un dios en este mundo, y ese dios lo odia.

Sin embargo, conforme se acerca a la Picardía, el Gran Ejército parece mermar como un pozo que ya lo dio todo, y que se agota. A la altura de Saint Quentin, atraviesa su retaguardia. Sonríe entre las tropas, incluso los alienta, les regala botellitas para que no los maten calvos; y les habla una vez y otra vez de sus viejos problemas cardíacos, y se agita y tose, pero todavía grita: ¡*viva el emperador!,* y otra vez se ve pasar entre leones igual que un insecto que ni siquiera es alimento.

De Saint Quentin siguió hacia Lyon y al cruzar el Soissons, ya sin soldados ni civiles a la vista -recién entonces-, se deshace del sobre lacrado con el plan de Bonaparte para invadir Inglaterra. Lo arrojó a las aguas del río, así como Napoleón había arrojado en las aguas del Canal Su plan de invadir Inglaterra.

Pasado Reims el Gran Ejército desaparece por completo de sus cinco sentidos. La masa azul y roja que poco antes envolvía la Tierra; se deshilacha en batallones rezagados de voluntarios y reservistas. *Allí van Sus próximos* muertos, piensa mientras los mira, mientras los alienta y les regala botellitas, y ya no los ve más... La guerra los absorbe como una esponja de sangre.

Sin embargo bastó sentirse más o menos a salvo para que un diluvio de miedo lo arrasara en su torrente. Volvió a ver Bullot, boca abajo, maniatado, desnudo, indefenso, perforado. Vio su mano, su propia mano, que baja y sube y clava y clava sin que él la gobierne; vio la sangre, oyó de nuevo sus últimos gemidos ahogados; y vio el fondo de su ser anegado por la bilis, y volvió a vomitar. Había matado.

No pudo seguir. Se detuvo en plena calle, y se recostó contra la pared de una casa. Le explicó a un paseante que su corazón le daba esos disgustos. Otro buen hombre se acercó para socorrerlo; y una vecina -que lo había visto todo desde su ventana-, le preparó un inmediato té de boldo que le hizo muy bien… La humanidad no era mala, no… Ni siquiera con sus asesinos. Allí iba Napoleón, por ejemplo, vivado por todos; allí estaba él, ahí lo vemos, asistido por cualquiera *¿A quién le importaban los muertos de nadie?*...

Se recompuso y siguió. Al fin y al cabo, no había nada que temer. Ni siquiera había forma alguna de vincular a Hipólito Charles con Pierre Bullot; a no ser, claro, que la *infalible policía del régimen*, a partir de las pistas, descubriera la única verdad posible: que el muerto se llamaba Hipólito Charles, y su asesino Pierre Bullot. Lo había pensado todo muy bien. Sonrió seguro y despiadado. Las culpas que recién parecían vivas, no eran más que estatuas de polvo: bastaba tocarlas, y se deshacían. No había nada que temer. Estaba a la moda. Todos mataban. Era el tiempo de los asesinos.

Cruzó la Champaña hasta Troyes, ni se acercó a París, salvó el Sena, y se internó en la Borgoña, estafando peregrinos a su paso con sus fantásticos tónicos; jugando cuanto ganaba, perdiendo de nuevo, mintiendo siempre.

Su actual disfraz era mejor que cualquiera que hubiera tenido. Su nuevo falso nombre tenía papeles verdaderos, y sus tónicos eran un éxito. Al menos se vendían. Si funcionaban o no, jamás iba a saberlo porque él nunca volvía sobre sus pasos… pero justamente ahí lo bueno de huir aterrado: no importa mucho lo que se deja detrás, quejas, calvos, lo que fuera...

Lo cierto es que de toda su vida de prófugo, no recordaba

tiempos mejores. Cada vez más lejos del Gran Ejército, huyendo hacia el sudoeste, más y más animado, no sólo recuperó la confianza, sino que hasta volvió a soñar con una vida mejor.

Al pasar por Dijon, a finales del otoño, le escribió a Céline otra vez.

Hubo complicaciones.
Pero pronto estaremos juntos.
Confía en mí.
Te amo
Paul

¿La amaba?... Si, por qué no… *Porque eres un asesino, y los asesinos no aman, sólo matan. ¿Ah, sí? Ja já*. Se decía y desdecía y se reía por la calle, solo, entusiasmado y ansioso, pensando en ella, en su mujer, en su hijo, en el pequeño Paul, ¡vaya, cuánto le gustaría conocerlo!, ¡sí, ya llegaría el momento!, se decía sonriente, contento, casi feliz, cuando al girar la esquina, se topó con Bullot, que le clavó los ojos...

La gente era buena, cómo no... Allí estaban todos otra vez tratando de ayudarlo, de animarlo -más bien de *reanimarlo*-, buena gente, sí… Pero un tremendo bullicio lejano giraba alrededor de su cabeza como los anillos de Saturno. Para su alivio un disparo de sales aromáticas se le clavó por la nariz hasta el cerebro, y todo se aclaró un poco, o no... Es extraño lo que ocurre cuando se fractura la lógica.

La gente no sólo era buena, sino que también era mucha. Como quince personas lo rodeaban ahora, una mujer le alcanzaba un vaso de agua, varios hombres hablaban a la vez; y un joven con un abanico, lo apantallaba gravemente. Trató de enfocarlo en su visión borrosa: era un joven muy joven, esbelto y saludable como lo había sido él alguna vez, sí, muy parecido a él era… si hasta creyó verle sus mismas facciones y su mismo cabello, o al menos el mismo cabello que había tenido él cuando era tan joven y esbelto y saludable como ese joven ahí… trató de enfocarlo aún porque le pareció que incluso tenía su misma cicatriz bajo el ojo izquierdo, y sí, efectivamente, es más: creyó verse a sí mismo recién salido de su propio cuerpo para abanicarse y reanimarse…es muy extraño lo que ocurre cuando se fractura la lógica.

Desmayado en plena calle, alguien lo llevó a la casa de otro alguien, y allí recuperó el conocimiento, y eso era todo lo que podía decirle aquella buena gente… Los recorrió a todos en una mirada

lerda que sólo él supuso rápida. Todavía aturdido, con la boca abierta, y los párpados pesados, se demoró en cada rostro como atascado en sus defectos, en sus detalles y sus accidentes. Ahora que lo veía mejor, el muchacho que lo abanicaba gravemente, no era él: ni siquiera se le parecía. Y Bullot tampoco estaba allí... *¿Por qué?... ¿Estaría esperándolo afuera, para matarlo como él lo había matado, a solas, sin testigos?... ¿Pero es que lo había matado? ¿Si? ¿Y entonces? ¿Cómo él lo vio?... ¿Llevaría en la espalda, aún, sus nueve incisiones?...*

Es de lo más extraño lo que sucede con la realidad cuando es reemplazada por lo imposible; y sin embargo…

Aquellas buenas gentes querían saber, y él les contó su triste historia, y lo dejaron ir. Los problemas del corazón, el trabajo, los viajes, en fin… El joven que lo abanicaba se ofreció para acompañarlo, y él aceptó la ayuda por no enfrentar la calle solo. Pero una vez afuera, otra vez estaba solo. Allí ya no quedaban más que la calle, su miedo impresionante, él, y los demás. Y Bullot, en cualquiera de los *demás*.

En cuanto se deshizo de su samaritano, dejó Dijon como si hubiese visto al diablo. Claro. De paso por Louhans, hacia fines de año, escuchó la noticia que habían callado o deformado los periódicos, y que ya fermentaba por toda Francia como un licor fatal: al sur de Cádiz, en el cabo de Trafalgar, la Flota Francesa había sido derrotada por Nelson. Nelson había muerto, pero más de treinta de Sus navíos, ahora se pudrían entre los peces. Por un instante de efímera virtud, Hipólito Charles volvió a creer en algo así como en un dios piadoso…

¿Pero entonces era posible apagar el Sol?

No.

Apenas el 2 de diciembre, como si se tratara de un sencillo festejo por el primer aniversario de Su coronación, el único dios que existe en la Tierra, con apenas 70 mil de sus hombres, aplasta a los 90 mil de las fuerzas austro-rusas en la mañana de una pequeña ciudad que hasta entonces nadie había oído nombrar y que ahora nadie olvidará jamás: Austerlitz.

Esta vez los periódicos no se callan nada.

No hacían siquiera dos meses de la victoria en Ulm, de la toma de Viena, del regreso a la gloria, y ahora esto: Austerlitz, *La batalla de los tres emperadores,* ya la llamaba la prensa; pero ni Alejandro el de Rusia, ni Francisco II del Sacro Imperio Romano Germánico, habían podido vencerlo.

Nadie podía vencerlo.

La *Tercera Coalición* se hundía en las aguas del Danubio como un

inmenso barco de piedra, con toda su pompa, suntuoso y cómico.

Se consoló pensando que al menos ahora sí sabía a dónde ir: a España, hacia el estrecho de Gibraltar, donde se acantonaban sus esperanzas… Sólo que visto desde allí, desde Lyon, aquél estrecho parecía más lejano que América.

Como si el océano Atlántico se hubiese derramado sobre los Pirineos.

Es de verdad muy extraño lo que sucede cuando el sol no se apaga ni de noche.

Capítulo 10

En el sueño a la loba le sangraban las tetas y Rómulo y Remo eran Abel y Caín. Pero Abel también estaba rabioso. Entonces vio que las tetas de la loba no daban sangre: la loba sangraba, se desangraba. Rómulo y Remo, aferrados el uno al otro por sus respectivos colmillos clavados en sus respectivos cuellos, rodaban abrazados por sus mutuas dentelladas hacia el borde de un abismo níveo y sin embargo oscuro, turbio. Y ni la loba ni nadie podían hacer nada para salvarlos. Desde su fondo sin fondo, el abismo escupía cenizas de hielo que congelaban el cielo y la mañana, la noche y los caminos, los fusiles, los caballos, los soldados, el aliento y hasta las palabras, que se rompían en Su boca como pequeños cristales, como añicos de una gloria que ya no le servía para nada. Y aún así no moría, no: más bien se detenía inerte en una derrota perenne, sostenida, sin después ni final. Su cuerpo -no Él- se entumecía vidrioso, transparente y sólido aunque insensible. Alcanzó a imaginar el raro alivio de morir sin despertar, y entonces sí reconoció la cara de la loba que se desangraba de pie: Josefina.

Lo despertó su propia erección y sonrió con violencia. *¿Qué era ese sueño, esa erección? ¿Y todo ese invierno… se venía o terminaba?...*

La condesa Waleska duerme aún. Sin despertarla, con la velocidad de Su vida, resolvió su erección; y la condesa, entre sueños, recordó ser amable, agradecida, abrirse al invasor, mitigar los vejámenes de la conquista inevitable, recibirlo sin resistirlo, relajarse y gozar, y sobre todo: hacerlo gozar, darle placer, un instante de reposo: que sintiera Su propia carne, al menos por una vez; recordarle que también es un hombre, y tratar de conseguir, así, con libaciones y caricias y besos, lo que ningún otro nadie lograba ni siquiera a cañonazos. La suerte de Polonia se jugaba entre sus piernas. El propio conde Waleska la entregó en prenda de paz, y ahora Él se la devuelve cada mañana mancillada por todas

partes. Ahí va.

Galopa sobre su bello cuerpo y piensa mil cosas como piensa mientras batalla, pero batalla su vientre. La golpea y golpea, se repliega y vuelve a entrar, embiste, sacude, carga, ataca y descarga. *Es algo más y algo menos que un hombre*, bien se lo dijo una vez la baronesa de Staël, y bien le repite la condesa a sus amigas: es algo más y algo menos que un hombre, es más bien una furia, un viento, un desborde, una fuerza ni siquiera brutal que te envuelve y anega, que te ahoga, te somete y encanta, como hizo en Italia, en Egipto, en Austria, en Suiza, en Alemania, allí mismo, en Polonia: arrasa, se impone, o devasta. Es un hombre como un ejército, un ejército como un hombre. *Algo más y algo menos*.

El emperador batalla su vientre, y lo confirma: Polonia no era fría, ni áspera, ni seca: era húmeda, y cálida, y suave. Y daba leche, no sangre. Golpea y se repliega y vuelve a entrar, batalla, galopa y piensa. Piensa en la loba y descarga en la condesa el sumo de Sus frustraciones, Su furia y Su ilusión. La fecunda.

Y la condesa -en ofrenda, en sacrificio, con devoción-, desciende y bebe -patriótica, agradecida-, las sobras de la savia del imperio, recoge cada gota con su lengua, y se lo traga todo.

Polonia era una tierra fértil, la loba no. Ya ni siquiera sangre daban sus tetas viejas. *Maldita perra*, pensó al pensarla, pero tomó a la condesa por los pelos, la puso otra vez bajo Su mando; se vistió y se fue. Con la velocidad de su vida. Había mucho por hacer.

Se termina 1806, ya aplastó en Jena a los prusianos, ya entró en Berlín, ya recuperó toda Su Italia, ya invadió Polonia; ya inventó la confederación del Rin y ya se nombró Su Protector… pero aún tiene una larga historia escrita por delante: aún debe imponer el Sistema Continental; tomar Portugal, España; y aunque ya venció al zar Alejandro en Austerlitz, una cosa era vencerlo y otra convencerlo; y si de verdad quiere matar de hambre a los ingleses, precisa unir, fundir, acoplar, o algo así, el Occidente con el Oriente; decide y se viste, no hay tiempo que perder, está muy apurado, el mundo lo espera y la condesa desnuda lo ayuda a vestirse. *Despacio*, le gusta decir, *que estoy apurado*.

Es una hermosa mujer, la condesa, sí. Es joven y es bella. Pasa revista: pechos turgentes, nalgas carnosas, firmes y redondas, bello rostro, bellos ojos, boca incitante, manos delicadas, finas, ágiles y audaces… es una bella mujer, sí. Pero Él está apurado. Su mata pélvica es rubia, demasiado rubia, quizás, y un tanto rala. Él las prefiere negras y tupidas, espesas, oscuras, como la de Josefina, *¡ah, su delta sedoso del valle de éxtasis!,* aquél abismo umbrío por donde

cayeron tantos, nobles y burgueses, políticos y militares, valientes o cobardes, todos y cualquiera, cualquiera que tuviera con qué darle, perra, zorra, puta, loba sin leche desangrándose estéril sobre Su imperio sin descendencia…

(¿Pero hasta cuándo? ¿Y por qué? ¿Y por quién*, al fin y al cabo? ¿Por una perra que le había roto el corazón?)…*

América. Debe conquistar América si quiere manejar el mundo.

No: Inglaterra. Debe dominar Inglaterra si quiere dominar Su tiempo.

Está apurado. Su tiempo, Su cuerpo físico, todo se termina y ya lo sabe. Lo persiguen la sarna de Tolón, las hemorroides de Egipto; lo persiguen sus médicos, le hablan de acromegalia, de úlceras y escaras, de esto y de lo otro, pero nadie parece comprender que el único enemigo es el tiempo, que debe partir, que hay mucho por hacer…

La toca y sale. Se moja los dedos entre las piernas de la condesa como si fuera agua bendita *(la condesa siempre está mojada, siempre tiene leche, no como la loba)*, se los lame y se va; le sonríe y se va. Eso es lo que más le gusta de la condesa: que le gusta tanto, pero tanto, que a cambio de más, no pide más que más. No como la loba.

Aquella vieja perra estaba siempre seca. Hasta que casi le fusila a su machito, y se mojó, recuerda. Bañada en lágrimas, en leche, en esa baba densa de las entrañas de su alma. Esa mañana sí que se mojó. Una mañana de gloria. La loba sin dientes que tanto lo había mordido, reducida a perrita doméstica, a mascota asustadiza, por fin empapada, besando largamente Su pulgar todopoderoso capaz de alzarse o de bajar, de matar o perdonar. Cómo olvidar esa victoria no menos atroz que todas Sus victorias: la loba de rodillas, todavía llorando, Su pulgar bien metido en su boca, su cara, toda bañada en lágrimas, y sin embargo -o por lo tanto-, toda ella cada vez más entregada, tan a sus pies, por fin Suya después de tanto, sobando devota Su soberano dedo, por fin gracias al cielo erecto… Pero desde esa mañana y Su perdón, Su duda para siempre fue aquélla: *¿sin embargo, o por lo tanto?...*

Y si acaso el bonito ese de Alejandro se negaba, un día también invadiría Rusia hasta la Mongolia, por qué no, qué hay…

Con mi espada llegaré muy lejos.

Mira a la condesa: retoza plena, satisfecha por Él. Así le gusta.

La joven y hermosa María Waleska también parecía pagar con más y más devoción Su indiferencia, y con más y más ardores Su despotismo… Quizá su esposo, el viejo conde Waleska, era el más sabio de los tres: entregaba a su esposa para mantener su poder, y

así, al librarse de su esposa, le quedaban más tiempo y energías para aumentar su poder.

Sometido Alejandro, Asia también sería Suya.

Y luego iría a por América.

Tenía un plan, cómo no.

¿Por qué las mujeres eran tanto más complicadas que el mundo?

¿Y África? ¿Valía la pena?

¡Y más peligrosas que el enemigo!

Capítulo 11

"Es cosa mágica y extraña que tu resplandor y tu aroma envuelvan estos tomos aburridos con los cuales agobié nuestra luna de miel tan breve. Oh, cómo me esclaviza tu recuerdo, y el ansia de mordisquear los dedos de tus pies, y de masticar tu delta sedoso del valle de éxtasis... todo lo que ahora es apenas un recuerdo delirante y una lejana promesa... Oh, llenarte otra vez conmigo mismo, como desbordo ahora de tu dulzura. Juro que las abejas zumbarán alrededor de mí cuando alcancemos el país de la miel. Aquí hace frío y los soldados continúan rezongando... Besos, y besos, y besos que empiezan a gastar el cristal de tu retrato".

Todavía conserva no pocas de esas cartas que ahora recuerda y relee con áspera melancolía. Ésa, por ejemplo, estaba fechada en Génova, era del 96, pero guardaba otras, muchas, iguales, parecidas, idénticas, exageradas y cursis, trastornadas todas por el ardor de la juventud, por la victoria, y también por la distancia…

"*¿No sabes que sin ti, sin tu corazón, sin tu amor, no hay para tu marido ni felicidad ni vida?"*

¿Qué había sido de toda esa profusión, de esa vehemencia, de la ternura feroz de Sus desbordes, de todo ese papel amarillo como documentos vencidos de un amor o lo que fuera que ya no respaldaba la pasión?... *"Te como el cuello, te arranco a mordiscos los pezones y veo los nuevos crecer como capullos de rosa, y fatigo con mis besos tu entrepierna pequeñita"*… ¿Eso también se había ido?... Ya no era pequeñita su entrepierna, ni había rosas, ni mordiscos, ni crecían de nuevo sus pezones; ya todo era pasado que ni siquiera terminaba de pasar…

"No estoy contento. Tu última carta es fría como la amistad. No he encontrado en ella rastros de ese fuego que brilla en tus ojos", se quejaba entonces, ¡y hasta Hortense, su propia hija, la culpa todavía!... ¡Pero hace tanto!... ¡Italia!... ¡Egipto!... ¡Él estaba tan lejos, siempre!... *"Lejos de ti las noches son largas, tristes y melancólicas. Cerca de ti, uno quisiera que siempre fuera de noche"*... decía, sí, le escribía… pero siempre estaba lejos… y en cambio Hipólito no… él estaba ahí, siempre: lleno de vida, de juventud, de ganas y de fuerzas que derramaba en ella, no en Lodi, ni en Montenote, ni en Millesimo, en ella, todo en ella: en besos de carne,

no en frases de folletín; en semen caliente, no en tinta reseca…¡Ah, el n° 6 de la rue Chantereine!... daría todo ese lujo inútil de su presente sin futuro por una sola cualquiera de aquellas tardes idas en la ardiente simpleza de la rue Chantereine; donde quizá tampoco fue feliz, pero al menos era joven todavía… También por eso tantos errores.

Barrás se desdibujaba cada día más, absorbido por el poder y su fracaso; el Otro crecía en Italia -y ella ya sabia que nunca volvería de ahí, de Italia ni de su estatura-; y en cambio el teniente Charles estaba siempre allí, siempre: como un genio de lámpara a la hora que ella lo deseara, el tiempo que ella quisiera, y gustoso de hacerle lo que más le gustaba. Pronto aquellos encuentros, más o menos furtivos, cobraron para ella una importancia terapéutica.

Josefina tenía masajistas, por supuesto, diseñadores para su ropa, modistas, peinadoras, maquilladores, custodios, asistentes; vale decir, en síntesis: tenía todo lo que debía tener la mantenida de un primer mandatario o de un gran general, como lo eran Barrás primero, y Bonaparte después… Y de pronto, entonces también, lo tenía a Hipólito Charles, que vino a ser algo así como un sanador psicofísico, cuyo eficaz tratamiento, a base de caricias y de besos, libraban su cuerpo durante días de todas las molestias de la materia; y de muertos y degollados los purgatorios de su memoria.

Juro que las abejas zumbarán alrededor de mí cuando alcancemos el país de la miel.

Una sonrisa dolorida le encendió la cara en su relámpago. Se burlaban de Sus cartas, es cierto… Peor aún: ella disfrutaba callada el placer que le daban a Hipólito sus quejas abiertas de amante insatisfecha: *“tiene mal aliento”, “todo lo hace apurado”, “ni recuerda a quién tiene debajo”, “no eyacula, orina”;* y luego sí, entonces él, el teniente de húsares Hipólito Charles, heroico protagonista clandestino de aquellas tardes tan calientes, allí vengaba Su brusquedad y Sus torpezas con besos demorados, con caricias mejores, con sus dedos suaves en cada hendidura de ella, en cada resquicio de su cuerpo, hurgando su centro, la médula de sus ansias, el corazón nuclear de sus placeres, recuerda, claro, cómo olvidarlo si ella se dejaba encantada frente a la cobra ciega que se alzaba frente entre sus manos, por sus labios, y la llenaba, la completaba, la colmaba, la concluía, la terminaba, abolía el vacío, el miedo, el tiempo, el antes y el después… instantes de absoluto imposibles de borrar

¿Él?... ¿Dónde estaba Él entonces?...

Él estaba en Italia, penetraba la Lombardía, El Tirol, el sur y el

norte, Él estaba muy lejos, en otro mundo, en otra dimensión, lejana y distinta donde mataba y la lloraba en cartas que le daban risa. *Oh, cómo me esclaviza tu recuerdo, y el ansia de mordisquear los dedos de tus pies, y de masticar tu delta sedoso del valle de éxtasis…*

¿Dónde fue todo aquello?… Dónde Su enferma pasión, dónde su sana indiferencia, se pregunta ahora, ahora que lo pierde, que sabe que lo pierde, que ya lo ha perdido… Ahora que llora cuando recuerda esas cartas que tanta risa le daban.

El sol entra por todas partes, es marzo, el invierno se va. Considera frente al espejo el efecto que tendrá la primavera para sus flores. Pero el espejo otra vez le dice que su primavera terminó hace mucho, que ya no volverá nunca, que el verdadero invierno recién comienza, y que ya no acabará nunca tampoco.

El sol, la mañana, el espejo; una combinación vertiginosa para cualquier mujer que ya pasó de los 40. Pero no teme, no llora, no se amarga: sólo mira fijo sus ojos fijos que la miran. Vibra en cero por un instante interminable, vacía o sorprendida, en cualquier caso: estupefacta. ¿Qué clase de peste es El Tiempo, que la devora así?… ¿Qué clase de bestia que salta de pronto y apenas se lo advierte cuando ya nos terminó? ¿Cómo pudo emboscarla así? ¿Cómo nadie le había avisado, mierdas? ¿A dónde se habían llevado la vida? ¿Todo se había ido? ¿Todo lo perdía?… ¿A Teresa también?

Un par de lágrimas muy oportuno enturbia para su alivio la brava imagen del espejo. Sólo queda, por todas partes, la mañana, el sol, y el tic-tac del reloj, que ni su omnipotente esposo consigue frenar.

Tic-tac, tic-tac, cuenta en rápidos segundos la vida que se le escapa.

Tic-tac, tic-tac, lo escucha sin mirarlo y piensa sin moverse que si tuviera un martillo lo mataría de un golpe.

Pero monsieur Bompland la espera abajo.

Sus rosas la esperan.

Nadie más la espera.

Él está en Polonia.

Con la puta de la Waleska.

O en Viena, con alguna otra puta.

O en Moscú, con Su putito Alejandro… O en Berlín, o en Praga, fornicando y matando, intrigando, imperando, expandiendo Su poder, Su mal aliento, Su delirio y Sus bastardos…

Llora.

Pero se dice: *tanto da un lugar o el otro. En París haría lo mismo. Para eso tiene la puta de su hermana que le consigue vírgenes todas las*

noches…¡Oh, queridísima Carolina, cuñada mía, ya no debes molestarte tanto, ya lo perdí: ustedes vencieron, mamá Leticia, tu, Luis, José, la caterva corsa, ¡La famiglia! Vencieron, Carolina, Elisa, calma, hermanitas: ya no será mío, ya lo perdí, sólo es cuestión de tiempo, de esperar un poco, nada, ahora mismo va por el mundo buscando una perra que les guste más, una perra más joven, más bella, menos puta, ¡Y fértil!, ¡Y noble de verdad!, ¡No esta mestiza de sangre esclava que ensuciaría vuestra sangre noble, imbéciles corsos, aristócratas sin otro linaje ni más antepasados que los hombres de las cavernas que alguna vez poblaron vuestra isla, ni siquiera más bella que la mía!…

Llora.

Tampoco de su tierra le queda mucho ya. Trata de asir, desesperada -casi con las manos-, algún recuerdo, la traza de los hechos, ya que no la sustancia… y no, nada. Busca ese olor dulce y podrido de los corales muertos bajo los sobacos de Jim, la furibunda libertad de aquél esclavo entre sus piernas, sabe perfectamente dónde quedó todo eso, pero ahora tampoco lo encuentra; apenas se trae, de la superficie del tiempo, la forma de ese aroma, pero no el aroma, su vida viva… ¡Ah, todavía sería capaz de excitarse si pudiese sentir ese olor, esa esencia preciosa que sólo dan los escaramujos de la primerísima juventud! *Todavía sería capaz,* piensa, lo cree, se lo dice… ¿Y?

Llora. Insiste. Rescata recuerdos que cuelgan como cuadros torcidos de una casa abandonada, sucios del polvo de la añoranza que ni los tapa ni los descubre; allí está su padre a través del océano con ella; y allí su hermanita Catherine, tan niña y muerta; y lo ve a Jim, y ve otro mulato, y otro, y otra playa, y otros sobacos y otro fantasma, espectros borrosos, visiones espúmeas por siempre inasibles, las toca y ya, se deshacen de olvido, lo pierde todo...

Llora. Vuelve al tocador y a su espejo, y recompone su máscara lo mejor que puede… Pero debajo queda, sigue, el rostro, y debajo del rostro, todavía está el alma: su memoria llena de miedos, los oscuros presagios de sus recuerdos, el ayer del mañana como un barro que baña y estropea el presente, y ya todo es pasado, muertos que la matan porque no se muere, y sin embargo...

Abajo la espera Bompland. Sus rosas la esperan. Nadie más la espera.

(*¿Él?... No, Él no estaba. Nunca… Nunca más*)

Capítulo 12

*L*ejos muy lejos, sus viejos camaradas -alzados otra vez por Su rosario de victorias sucesivas-, ya ni siquiera habrán de recordarlo, imagina. Y al decir verdad, tampoco podrían reconocerlo si lo tuvieran delante... En apariencia, quizás, era casi el mismo: mantenía desde luego su estatura y robustez, y su tremenda cicatriz; pero por dentro, el duro, enérgico, expeditivo, confiado y contundente Laglais, se había vuelto un hombre triste, incierto, oscuro y frágil. Lógico: la culpa, la vergüenza y el miedo, acabaron por apoderarse de su espíritu combatiente; y si aún era capaz de pelear o de matar; lo era inspirado por un odio impreciso y primario, pero no por el valor o el deber o la patria, o cualquiera de todas esas cosas que ya no encendían su alma. De todo aquello, en tal caso, le quedaba nada más que eso: su apariencia, su estatura y robustez, y su tremenda cicatriz, que de a poco parecía extenderse y ahondarse como un castigo del todo merecido. Y lógico: Roma no paga traidores.

A fines de 1807, André Laglais ya no era ni la sombra de aquél André Laglais que seis años antes salía iluminado del palacio Saint Cloud luego de hablar con su dios. Ni siquiera parecía aquél sólido aunque aburrido Marcel Savoir, que cuatro años atrás se topaba en una esquina de Le Treport con esa putita; que dicho sea de paso, ya tampoco era la misma. Muchas cosas habían pasado desde entonces. Muchas más de las que hubiese imaginado nunca un hombre tan simple como era Laglais… que ya tampoco lo era más.

Tenía para sí que los hombres actuaban y acertaban, o se equivocaban y volvían a intentarlo. Nunca en su vida se había arrepentido de nada, no conocía esa dolencia vana… Hasta que volvió de su viaje a Cambray, allá por los finales de 1805, en los inicios de otro invierno tan frío y tan largo, que continuó más allá de sus siguientes primaveras, otoños y veranos.

Todavía recordaba paso a paso el camino de su error. ¡Qué decidido regresaba, que dispuesto a mentirle en todo, y a vivir así: los dos ciegos y felices -los tres (los cinco)- hasta que la vejez los apagara sin necesidad de morir… como adormecidos todos por la armonía indestructible del hogar.

Entonces su único problema, creía, era que el gran Paul había

muerto, pero que no podría decírselo a Céline sin decirle todo lo demás... No se le ocurría mejor alternativa que dejarla esperando con su tristeza a cuestas, y con todo el dolor que eso significaba también para él. Sin embargo Laglais, confiaba en el olvido. Así de cambiado estaba.

Él, tan luego él, el sargento de la Guardia Imperial André Laglais, que había visto caer tantos hombres en la batalla, que había visto tantos cuerpos destripados, que nunca había visto salir de adentro de los hombres más que vísceras sanguinolentas, ni almas ni espíritus ni nada de eso; él, tan luego él, ahora, de pronto, confiaba sin cuestionárselo en cosas así como el *olvido*… La crisálida lo ignora todo sobre las mariposas.

Con el tiempo, se decía, creía, Céline acabaría por olvidar a su *gran Paul*, y con más tiempo, quizás, por qué no, hasta fuera posible que lo amara como él lo soñaba sin permitírselo…

Con esa certeza que da la fe no la ilusión, al llegar a Beauvais dobló hacia Franconville, seguro y confiado en la verdad de su farsa.

Ni se acercó a París, ni volvió a pensar en su amado ejército, ni en su amado jefe, ni en sus amados camaradas de armas, pues no eran tan amados ya. Ahora una mujer era más amada que todo, y aunque Laglais no usaba consigo esas palabras; igual esa mujer le importaba más que todo.

Aún era joven, pero había combatido demasiado. No olvidaba la gloria, no le temía a la muerte, pero quería vivir. Ya no creía en esas causas del tamaño de su jefe y de Su ejército… ahora le rezaba a dioses más modestos, como la calma y la alegría, y por supuesto el *olvido*...

Así recordaba ese regreso, la vuelta del nuevo Laglais, el repentino Savoir: el muerto que soñaba que podía ser feliz. Traía regalos, saboreaba el festejo de antemano, le había comprado al pequeño Paul una replica en su talle del uniforme auténtico de la Guardia Imperial; al abuelo le traía una pipa de cedro, y un chal de lana para la abuela; y a Céline perfumes, vestidos, zapatos, enaguas, encajes… imaginaba sus caras, la alegría del pequeño Paul, los gritos, las risas…

Pero sin necesidad de ninguna de esas cosas, al llegar se encontró a Céline tan feliz como no la había visto nunca. No era para menos: su gran Paul le había escrito por segunda vez.

Qué alegría.

Mientras él estaba en Cambray celebrando la muerte de Charles, el viejo empleado del correo de Franconville se molestó en

acercarles una carta que esperaba allí desde hacía más de una semana. Y ella la leyó tantas veces, que ya se la sabía de memoria. Se la recitó palabra por palabra:

Hubo complicaciones.
Pero pronto estaremos juntos.
Confía en mí.
Te amo
Paul

Palabra por palabra Laglais vio desmoronarse el mundo que sostenía su mirada. Una lluvia de escombros que ya no dejaría de llover. El techo de la casa, el futuro del pequeño Paul, su propio futuro como era hasta recién; Hipólito Charles vivo de nuevo; el muerto de Cambray, el ejército y su traición, sus camaradas, Céline, los dos viejos, el miedo y la vergüenza, el odio impreciso, su propio desprecio; y Céline repitiendo la carta que él oía a lo lejos como envuelto en un enjambre de angustias zumbadoras. *Te amo*, *Paul,* dijo ella de nuevo, y entonces por primera vez en su vida, el sargento de la Guardia Imperial André Laglais, soldado de elite, veterano de las campañas del norte de Italia y de Egipto, condecorado en Montenote, herido en Arcole, sicario escogido del más grande matador de Europa, lloró.

Céline, los dos viejos, y hasta el pequeño Paul, parecieron congelados de pronto como en un cubo de silencio.

Despacio, lerdo, como caen los grandes edificios -rectos sobre sí mismos hasta quedar sepultados bajo sus propios vestigios-; así cayó Laglais. Se derrumbó sobre una silla, y escondió la cara entre las manos. Su tremenda cicatriz era un bello bordado comparado ahora con su infinita vergüenza. La culpa y el miedo lo habían desplomado. Allí, frente a los suyos. En una silla cualquiera.

Roma no paga traidores.

Los dos viejos y el pequeño Paul lo abrazaron para consolarlo. Céline no supo qué hacer ni qué decirle. Lo miraba, ahí sentado, inmenso y ya no, temblando entre sollozos que ahogaba entre sus manos… y nada más lo miraba.

Apenas se repuso, leyó la carta con sus propios ojos. Para su mínimo consuelo, nada en aquellas líneas le informaba a Céline de la carta anterior que él le había ocultado. Mínimo consuelo si se piensa que allí lo despojaban de su reciente realidad, y que la nueva, a simple vista, parecía indescifrable. De pronto Hipólito Charles estaba vivo, ella todavía lo amaba, y él aún debía matarlo.

Estúpido sargento, todos tus sueños no son más que sueños. Sólo tu deber es real. No se dijo, y sí.

Le pidió el sobre y constató el sello, su procedencia: Dijón.

Le dijo que lo iría a buscar, y que se lo traería.

Pero se ve que su nueva realidad le resultaba un jeroglífico tal, que ya no lo dejaba pensar: ni amarrándola a un poste Céline habría aceptado quedarse. Iría con él, y él cumpliría con la promesa que le había hecho allá hace mucho en Le Treport: *que la ayudaría a buscarlo aunque fuese lo último que hiciera en su vida.*

¿O lo había olvidado?

Partieron juntos rumbo a Dijón en los primeros días de 1806. No esperaban encontrarlo, y sí. Ella tenía la ilusión, y él la esperanza. Pero los dos callaban.

Céline todavía no había cumplido los 25, pero desde hacía mucho que no parecía una niña, y aunque su belleza maduraba todavía; su rostro empezaba a ceder a los rigores del tiempo; y la comprensión, el aprendizaje, la sabiduría, ya dejaban en su mirada de niña la impronta pétrea de una mujer. Aún así, por supuesto, como un diamante junto a un carbón, su hermosura contrastaría para siempre con Laglais. Pero ya no desentonaban. Ahora, por los caminos, parecían un hombre y una mujer y nada más.

Se arrastraron sin hablar por las calles de Dijón durante más de una semana, preguntando por él como habían preguntado alguna vez por los puertos del Canal… Céline repetía, intacta, sin errores, la misma descripción que daba por entonces, como varada en el ayer, muy lejos del hoy, del allí ahora. Daba miedo. Laglais tuvo miedo. Sintió saber que ya la había perdido…

Se rindieron otra vez, y se volvieron de nuevo. Como se habían rendido y vuelto de París un año antes; pero esta vez sin ninguna alegría, sin regalos de regreso, ni festejos para recibirlos. Apenas una emoción callada que de a ratos rompía el pequeño Paul, ajeno a todo, aunque cada vez menos.

A partir de entonces, Laglais ya no fue más quien era, ni Savoir tampoco. Se volvió taciturno, irritable y distante. Suele ocurrir: los hombres que no aprenden la tristeza, antes o después deben escoger entre la ira o el agobio. Sólo el pequeño Paul lo rescataba por momentos de su propia noche; mientras Céline se perdía cada día más en su sola noche aparte.

La casa se enfrió demasiado. A fines del invierno de 1806, el viejo murió de viejo, de frío, o de silencio. Laglais lo sintió de verdad, pero también se valió de ese dolor. Ahora papá Marcel era el único hombre de la casa, de nuevo su estancia allí se llenaba de

razones; y además la pena le sirvió para cubrir, con esa tristeza, su gran tristeza anterior.

Pero ya no eran cinco, ni tan felices los cuatro; y pronto ni siquiera fueron cuatro tampoco. En los inicios del otro invierno, murió la abuela, y hasta el pequeño Paul se calló también. Se aferró más que nunca a papá Marcel, porque mamá Céline parecía cada vez más distante, como ausente, aturdida por la amargura, o agotada por la esperanza, por las ilusiones podridas, porque aprendía la vida...

Ahora ella también desaparecía cada tanto para ir hasta el correo de Franconville a buscar noticias de su gran Paul, de su gran amor, de ese pasado suyo que quizá mañana… Y Laglais lo sabía porque ella misma se lo decía al volver; con su mirada perdida, y con la única palabra que se le oía ya:

-- Nada.

¿Crueldad? ¿Frialdad? ¿Inconciencia?... El sargento Laglais no era hombre de preguntarse esas cosas, nada más las sentía.

Así debió saber también que el Destino no se traiciona.

Taciturno, sombrío, incierto; más allá de la vergüenza, de la culpa o el miedo; aún le quedaba el odio para salir a matar, y ninguna otra suerte más que esperarlo con ella.

Capítulo 13

Monsieur Bompland consideró justamente que ese acceso de llanto era una manifestación más del crepúsculo de la menopausia y sus primeros azotes. Pretendió ignorar la situación, pero la emperatriz se disculpó, aunque siguió llorando. No explicó, no se justificó, quiso volver a sus rosas, algo dijo que Bompland no atendió -o no entendió-, y sin solución siguió llorando.

-- Las rosas son ciertas –repuso entre lágrimas-, pero también se marchitan.

Bompland asintió la obviedad, pero no dijo nada a punto de barruntar algo sobre la fugacidad de la belleza que, claro, no creyó oportuno. La emperatriz parecía muy angustiada, y lo que era aún más extraño: *evidentemente* también. Raro en ella que dejara traslucir sus propias sombras con él, pero allí estaba llorando, conteniendo el llanto, y llorando sin parar.

-- Al menos el rosal vuelve a florecer –quiso consolarse, pero más se angustió.

En un intento por salvar la situación, monsieur Aimé Goujaud Bompland, intendente de la Malmaison, biólogo de fuste, destacado botánico, pero completamente desconcertado ante el llanto de la emperatriz, resolvió salvar el silencio con una extensa y densa explicación sobre las bayas carnosas del escaramujo, y las setenta variedades silvestres descifradas por los chinos años atrás.

Josefina dejó de llorar, pero tampoco lo escuchaba. Las bayas carnosas del escaramujo la llevaron de vuelta a la ardiente simpleza del n° 6 de a la rue Chanteriene, a Charles, a Teresa, a tanta juventud, a tanto goce, a todo ese dolor…

Habían elegido con Hipólito lo que gustaban llamar *"el código de las rosas"* para así encubrir, digamos, *militarmente* sus ardores. Ella lo eligió. A él tanto le daban los libros como las flores o los grabados. Pero a ella le gustaban las rosas, y a partir de entonces, claro, se suponía que a él también le interesaban como a nadie las variedades por ella cultivadas. Era sólo un juego (todo era sólo un juego), rápidos mensajes iban y venían entre los dos sin hablar más que de los múltiples misterios de la familia de las rosáceas… Urgentes misivas afiebradas que invocaban la gracia de los cáliz aovados, el carmesí de los escaramujos, esos tallos firmes, tan duros y robustos, lechosos de corolas, cuyos pétalos aterciopelados libaban su propio pistilo coronado de polen… Era sólo un juego,

ella nada más quería compartir con el joven Hipólito Charles el perfume y la savia de la baya carnosa del fruto de una primavera que así pretendía, ella, nueva de nuevo, renovada siempre, por fin sin fin... Y allí entonces, más rápido aún que en sus tiempos de correo, el joven teniente acudía a su lado con una obediencia canina, apasionado por sus rosas, claro, por sus pétalos aterciopelados, acorazonados y cóncavos, elipsoidales y vellosos, cómo no…

Al decir verdad, no era ella la autora de esas cartas, ella nada más las escribía: se las dictaba Teresa, que *tenía más imaginación*, *más facilidad de palabras*, que leía más folletines, que se divertía con el juego, que las excitaba tanto… Ella era incapaz de cuatro frases bien armadas, y lo sabía, y tanto, que también sabía disimularlo… Su marido la hacía reír y rabiar cuando se burlaba de lo que Él llamaba su *formación cultural*, *"como diría Voltaire de la probidad de un hombre: tienes la justa para no ser ahorcada"*, y se arrojaba entre sus senos y ya no importaba lo demás, la cubría de besos, le pasaba la lengua por todas partes con una adoración viscosa y agotadora que apenas conseguía recordar, porque también eso había perdido…

¿Dónde fue todo aquello, aquella profusión, esas rosas, estas cartas, que ya no contienen más que la tinta de sus signos, los ecos rotos de su silencio, palabras vacías, papel amarillo, dónde fue todo aquello?

Nunca más supo nada del pobre Charles; llevaba meses sin ver a Teresa; Él estaba muy lejos; sus hijos eran Suyos; tan sólo le quedan sus rosas, Bompland… nadie más le queda ni la espera.

Entre los maleficios del poder, están las hienas que cercan al poderoso, y lo aíslan para devorarlo; mientras los buenos, los que sirven, los que aún son capaces de creer y de sentir, los que no ambicionan el poder, los puros, los únicos de verdad necesarios; se alejan, se espantan, se pierden en la historia, en la nada, en el tiempo, tristes porque ya vieron el festín carnívoro del poder, donde son los invitados la comida.

Acaso era Teresa lo único cierto, *el amor exacto*, sin presiones ni posesiones ni condiciones ni sumisiones. Sin egoísmos. Sin miedos. El amor igual, el amor espejo: *"el amor que no se nombra" tendrían que llamarlo algún día los poetas"*, le había dicho ella misma, Teresa, una tarde de aquellas...

Teresa era seis años más joven que Josefina, y de verdad bella; no como Josefina, cuyo atractivo dominante se cifraba más bien en el misterio pagano de su sensualidad criolla, en el aire salvaje de su

alcurnia mestiza, pero nunca ninguno de sus encantos generaba el impacto que a simple vista provocaba Teresa. Su sola irrupción, encendía los nervios. De estatura mediana, muy bien curvada, generosa de formas, sugestiva de gestos, felina en general, y coronada por un rostro capaz de enloquecer ejércitos, aún así Teresa, más joven, y de verdad bella, admiraba y emulaba a Josefina, porque ella sí, de verdad, enloquecía a los ejércitos. Sencillamente, infantil y simple, ajena a todas sus falencias desde el pináculo de su hermosura, Teresa quería ser Josefina… pero lo que a una le sobraba en belleza, a la otra le faltaba en astucia; y viceversa.

Teresa era una típica muchacha de provincias, nacida en la Auvernia, y atraída pronto hacia París por variadas razones, pero sobre todo por la fuerza de la gravedad de su hermosura extraordinaria. Una de esas bellezas que parecen otorgarle a quien la porta, derecho a todo. Llegó a la gran ciudad con 17 años, y antes de cumplir los 20, las privaciones de toda su vida eran un recuerdo lejano, ya borroso. Hombre tras hombre, alabada por lujos y lujurias, supo tener cuánto deseaba o pedía; y para su mejor fortuna, pronto su amiga Josefina le enseñó a buscar a tiempo todo lo que toda mujer -cualquier mujer que se acercara a los treinta años-, debía ya tener o procurar: *seguridad*. El placer estaba siempre a mano, y la felicidad jamás. Pero en cambio la seguridad era posible, aunque fuera laboriosa. Josefina le enseñaba a pensar.

La decadencia las cruzó, y el miedo las unió. Se conocían desde los tiempos del Directorio, cuando eran las dos poco más que cortesanas, poco menos que prostitutas de aquél absurdo gobierno de nobles revolucionarios y realistas democráticos, rapaces y mediocres, temerosos y temibles… Unos y otras, ellos y ellas, como gaviotas rabiosas, sobrevolaban pueriles los desperdicios de ese gran buque a la deriva que era Francia por entonces... Las dos escapaban de algún tipo de locura, de la guillotina, de la miseria o de l incesto; y Barrás, y Siéyés, y el cojo Talleyrand, y Cambaceres, y todos aquellos nobles caballeros, no serían ya ni nobles ni caballeros, pero también es verdad que ya no tenían otra cosa. Sólo eso: instinto de conservación, decadencia y miedo, mucho miedo. Terror.

Mientras tanto Josefina le enseñaba a ser lo que Teresa no sería nunca, pero bien podía parecerlo: una dama. Ingenua, simple, sin demasiadas luces, ni educación ni alcurnia; saturada su mente por fantasías de folletín -o sea, en suma: un tanto vulgar-, si bien su eximia belleza la eximía de cualquier juicio adverso; Josefina le

enseñaba –y le mostraba y demostraba- que la belleza también era fruta del Tiempo, y que el Tiempo también se la comía…

Mounsier Hugo Ragón, perfumero de Nantes, venido a más en París durante los tiempos del Directorio, (al que astuta y oportunamente supo traicionar el 18 de Brumario), la doblaba en edad, y no sólo edad, sino también en peso, aunque no en estatura. *Hay cosas peores*, le enseñó a pensar Josefina con esa simpleza que es tanto propia de los genios, como de los idiotas.

Sin duda *había cosas peores*, y ella, Teresa, las conocía casi todas. Su madre había muerto al parirla, y entonces la criaron dos hombres: su padrastro, un padrastro –al menos el sujeto ese que había dejado allí su madre al morir-; y su abuelo, es decir, el padre de ese padrastro, o lo que fuera. Igual en su caso, los vínculos no pesaron demasiado. Hasta donde recodaba su infancia, aquellos dos hombres la habían tratado como a una esclava buena para todo servicio, cocinaba y limpiaba y ordeñaba y más, y por supuesto la castigaban si no hacía lo que le decían, o si lo hacía mal. Y tampoco valieron de nada los vínculos –aunque sí cambiaron los tratos- cuando ella entró en la adolescencia y se convirtió en esa belleza que sacudía cuanto la viera.

Josefina se horrorizaba cuando le oía esas historias, pero Teresa no las creía tan graves. Terminada la infancia, terminaron los golpes; y además, en la soledad de ese valle, sin más dioses ni leyes en muchas leguas a la redonda que aquellos dos hombres, ellos bastaban para decidir qué estaba bien y qué estaba mal, mientras se turnaban para tenerla. Aunque a veces se superponían, claro…Pero ella, con el tiempo, se volvió más fuerte y más preciada, y descubrió antes de entenderlo, el tremendo alcance del poder de su belleza.

Un día aquellos dos hombres comenzaron a pelear por ella, cada vez más y cada vez más seguido, hasta que al final el abuelo mató al padre -o lo que fuera-, y ella huyó despavorida. Lógico: tenía 17 años y esa belleza. Y claro: no le faltó un caballero a su lado ni un solo metro en su camino. Nunca. No le faltó nada, ni un caballero ni nada, y casi sin darse cuenta, en pocas semanas, llegó a París. Y ya ni siquiera recordaba a esos dos malvados horribles de su abuelastro y su padrastro, o lo que fuera que fueran… Otros hombres más buenos, y más buenos cada vez, la ayudaron a olvidar…

Josefina la abrazaba aterrada y Teresa no entendía por qué… Pero pocas cosas valían tanto para Teresa como un abrazo de ella.

Convencida por su amada amiga, mentora y más; Teresa finalmente se casó con monsieur Ragón antes de cumplir los 25 años. No eran pocos los que la deseaban, ni muchos menos los que

la habían conseguido. Teresa pertenecía a esa exquisita clase de mujeres que saben conjugar belleza y generosidad, y se prodigaba con pasión y sin distingos. Celebrada, festejada, cortejada y servida por tantos, muchos la codiciaban, todos tal vez, pero ninguno la quería, y pocos, muy pocos, estaban dispuestos a casarse con ella, que convencida por Josefina, aceptó a Ragón, y no sólo eso: le dio dos hijas –y una legítima-, aunque después nunca más le diera más nada. *"Ni siquiera un beso"*, se jactaba orgullosa junto a su amada amiga, risueñas y desnudas las dos.

Como era de esperar, junto a monsieur Ragón, su vida -segura para siempre, y por fin respetable- entró en un progresivo hastío como jamás había imaginado esa joven, que entre los horrores de la infancia, el sólo delirio de su adolescencia, los deslumbramientos de la juventud, y su belleza de siempre; no había logrado aburrirse nunca. Sólo Ragón podía conseguirlo, y así lo hizo. Idólatra ciego de su increíble esposa, en todos sus años de matrimonio, ni siquiera una vez, en ningún sentido que se piense, produjo en ella placer alguno.

Monsieur Ragón era un hombre simple y había intentado todo lo que puede intentar un hombre simple para satisfacer a su esposa. La materia, el espíritu y la carne; lo había probado todo, pero a ella nunca nada terminaba de gustarle, nada la convencía, nada lograba satisfacerla. Monsieur Ragón era un hombre simple al cual los éxitos comerciales le habían conferido una seguridad tal, que jamás se le ocurrió pensar que acaso todo lo que su esposa quería, era, sencillamente, otro esposo; o en su defecto, ninguno. Pero no él.

Al cabo un día, monsieur Ragón se rindió. Se dijo que ya bastante le concedía la Providencia con dejársela ver casi todos los días de su vida (porque había días en que ella hasta verla le negaba); y a veces, muchas veces, a hurtadillas -ladrón de sí mismo-, monsieur Ragón irrumpía en su cuarto por las noches, y la miraba dormir; sigiloso, casi invisible, con suma distancia, amargura y veneración… como se contempla a un dios en su divina indiferencia.

Por lo demás, una institutriz inglesa se ocupaba de sus hijas, y el resto del tiempo de su vida vacía, Teresa lo pasaba con Josefina, o a solas con sus folletines, o a solas con su espejo, o entre amantes casuales, accidentales y fugaces, insospechables por impensables, vulgares, viejos y feos, que pasaban, la tenían y se perdían, sin terminar de creerlo nunca… aquellos hombres… esa belleza… todo un milagro protegido en el secreto de su propia mendacidad.

Así como muchos hombres precisan del alcohol para extraer del

corazón lo inconfesable; así muchas mujeres prefieren los vapores de la ternura, cuya embriaguez suele ser (y no sólo en las mujeres), más profunda y duradera que la del vino o el ajenjo. Teresa y Josefina, amigas íntimas cada vez más íntimas, poco a poco nada o casi nada ignoraron la una de la otra, a no ser, acaso, esas vergüenzas últimas que a veces las mujeres consiguen ocultar incluso de sí mismas… Por lo demás, la una y la otra lo sabían todo de las dos, y todo o casi todo lo compartían: secretos, amantes y mentiras.

¿A quién entonces recurrir para avisarle a Charles que su vida corría peligro?... Conocía los efectos del chisme en las arterias del poder, conocía el poder, su tripas, sus intestinos y sus mierdas… y estaba la *famiglia* además, esperando otro mínimo error, uno más, *vamos, Giussepina* -los oye, murmuran voraces-, *uno solo, Giussepina, un solo error más, y Lui te arrojará por el mismo balcón donde te besó tantas noches, vamos, Giussepina, uno solo, uno más*… ¿A quién recurrir sino a Teresa?

Y a Teresa le pareció todo tan divertido como un folletín de los suyos. ¡La posibilidad de ser Josefina un rato, de ser su letra, su mano, su corazón ardiente, oh, dirigirse al amante de su amada y hablarle de amor, ah!… ¡Y para mejor debía buscarse un seudónimo, un nombre falso!... Era sólo un juego y lo jugaban a solas, encerradas en la alcoba de Josefina (igual Él nunca estaba); escondidas ambas en su amistad insospechable, la una jugando a que era la otra, la otra a que era su amante… Acaso nunca más tuvo tardes mejores. Ni la una, ni la otra… No, tampoco entonces Josefina fue feliz; ya entonces sabía que la felicidad no era posible; la había visto con sus propios ojos muchas veces, la conocía, y sabía que no, que no era posible... Que era más bien una especie de espuma o espectro; como esas cosas que se divisan en la oscuridad, y que desaparecen si se las mira… Pero Teresa la distraía de todo, y de esa certeza también. No era feliz tampoco, no; pero como ninguna era de ninguna, ninguna temía perder a la otra, y así fueron libres del miedo y sus egoísmos. No era feliz, quizá no, pero…

Y después, aparte, estaban sus maridos. Las dos, Teresa y Josefina, se involucraban en los asuntos de sus maridos, no tanto por ambición, y acaso menos aún por dinero; sino por razones más imprecisas, inestables y confusas, como desarreglos del humor, o de otra índole… Pero las dos, un poco, se aburrían con los asuntos de sus maridos, pues más o menos ambos maridos hablaban de lo mismo, de perfumes y de batallas, de esencias y estrategias, de

ventas y más ventas y masacres… Aburrían. Ellos jamás se darían cuenta de cuánto, y ellas jamás se los dirían, por supuesto, pero aburrían.

-- Me preguntarás si lo amo –le dice a Teresa una tarde -, pues… no. Me encuentro más bien en un estado de tibieza que me desagrada, y que los devotos, en materia de religión, consideran más enojoso que ningún otro…

Pero de más está decir que entre el lujo y la lujuria, quejarse resultaba una herejía. Y mucho más teniendo en cuenta de qué escapaban ambas: la una de la esclavitud y del incesto, la otra de la guillotina, las dos de la locura, las dos de la soledad. *Había cosas peores*, sin dudas. Otra vez Josefina tenía razón.

Se decidió por Contanza, Constanza du Terrier. Se había inspirado en una heroína de sus folletines, de los que Josefina se reía tanto. Y después le dictó aquellas líneas, y ahora se arrepentía mucho. Se la comía el miedo, la culpa, la incertidumbre de no saber si quería o no saber, esa vergüenza, esa locura llena de muertos y degollados danzando entre sus rosas mientras su carne se marchita bajo la primavera, y todo lo que brilla la ultraja.

En la Martinica una hechicera vudú le había predicho su destino de reina al otro lado del mar *"pero bajo las aguas de la muerte"* no supo callar aquella negra bruja atravesándola –todavía- con los ojos espantados por la visión de su propio augurio… Asustada y cruel como una niña, recordó haberle pedido a su padre que también colgara a esa negra bruja mala, pero en cambio su padre la castigó a ella porque él ya le había prohibido hablar con esos negros infieles y bárbaros, y aunque nunca más volvió a hacerlo, *las aguas de la muerte* se lo llevaron todo igual… ahorcaron a Jim, decapitaron al padre de sus hijos, desterraron a Barrás, condenadron a Charles, ya venían por Él (ella los veía venir), pero sólo cuando empezó a perder a Teresa volvió del pasado esa negra y su negra premonición. Todo lo que tocaba se moría o lo mataban. Todo lo perdía.

¿Hacía un año que no la veía?... ¿Dos?... ¿tres?... Pero si ni siquiera hubo un adiós... de a ratos recordaba su rostro entre los rostros danzantes de una fiesta en la Malmaison… ¿Sus 40 años?... mientras las hienas festejaban su decrepitud...

Trata de precisarlo, teje y desteje datos y detalles, pero Bompland la desconcentra, su monólogo monocorde y monotemático ensucia el silencio, hasta que una de sus frases se queda en el aire.

-- *Es impredecible, madame, hasta dónde llegará el hombre.*

Tal vez ya estaba muerto, pensó. Hace mucho. Y le dolió, sí, pero… por primera vez se le ocurrió pensar que acaso seguía encadenada a ese recuerdo, no por la culpa, ni siquiera por compasión, sino, apenas, por aferrarse a la cornisa de esos tiempos, cuando ella era joven y la vida mejor… o al menos lo parecía.

Ahora sólo le quedan sus rosas, Su resentimiento, callado pero firme; su propio temor, la culpa, el horror en los espejos, la primavera que la ignora, ni siquiera Teresa, ya no Él, ya no sus hijos, ya no Charles, ni nadie más.

Quizá no lo mandó matar -quiso calmarse (engañarse)-, quizá nada más ordenó detenerlo… para después matarlo con Sus propias manos. Lo conocía tanto, que sabía ya que era imposible conocerlo. *"Es impredecible, madame, hasta dónde llegará El Hombre"*, se repitió sin hablar, y lloró otra vez.

Bompland se detuvo en mitad de una palabra, y no dijo más nada. Se quedó pensando en los crepúsculos de la menopausia; tan predecibles, y aún así…

Capítulo 14

Desde que su norte era el sur, por los caminos del mediodía, monsieur Louis Feraud agotaba imprudentemente su limitada existencia de ambos tipos de tónicos: los de la calvicie para los caballeros, y los de la vellosidad para las damas. De seguir así, pronto ya no tendría qué vender, y su carroza se volvería calabaza. Al pasar por Bourg-en-bresse, para la primavera de 1806, el tendal de incautos a su paso era tan profuso, como vacío se quedaba su carro.

Se había trazado -a grandes trazos-, una sencilla derrota: iría hasta Lyon, de Lyon seguiría hasta Toulouse, de Toulouse a Perpiñán, y de Perpiñán a España. *Grandes trazos*, seguro. Entre un punto y el otro, sabía, lo esperaban kilómetros y kilómetros punteados de pueblos, ciudades y aldeas que Louis Feraud pensaba saquear con sus beneficiosos tónicos (al menos para él); mientas a sus espaldas, cada vez más atrás, más lejos, quedaba el Gran Ejército cocinándose lento en Su propio delirio. Ya no se veían tropas a medida que avanzaba, y así su paso -y su respiración-, se volvieron poco a poco más serenos.

En Perpiñan probaría la *calidad* de su pasaporte marca *Louis Feraud, importador y exportador, nacido en Arras,* cuatro años antes que él, pero eso no importaba, porque él ya aparentaba mucho más… Debía apurarse: la muerte podía ser brutal, pero también era un orfebre. Había perdido dos dientes, casi toda su lozanía, un poco de pelo, y varios kilos. Comía, sí, pero más comían sus nervios.

Quería llegar a Perpiñan pues se dijo que desde allí podría cruzar la frontera con España ya fuera por tierra, o por mar. Dejaría Francia, ahora sí, de una forma u otra. Su premura ya no era esa, sino reencausar cuanto antes sus *operaciones* con Josefina. Cuarenta o cincuenta mil francos, no eran poco para nadie, y mucho menos para un fugitivo.

Le había escrito desde Dijón, pero sólo para retomar el contacto y recordarle que el peligro seguía vivo, y más *peligroso* por lo tanto. No le dijo más que lo que ya le había dicho desde Cambray: que pronto le daría la posta a donde enviarle su merecida recompensa por haberla fornicado tanto… No, no se lo dijo así, pero así lo pensó. Sólo que esa última esquela databa de agosto del año anterior, y desde entonces no había vuelto a escribirle, y ahora

promediaba la primavera de 1806, y cruza la Borgoña hacia el sur, y descubre que su existencia de tónicos se extingue, y que eso también debería resolverlo cuanto antes. Aquellos burdos tónicos no sólo eran parte sustancial de su disfraz, sino también su teta diaria.

A principios de junio, bordeando la rivera occidental del Ródano, alcanza Lyon y se detiene a descansar -y pensar- un par de días. Mientras tanto, distendido como un turista, procura por la ciudad un fabricante de envases y etiquetas para enfrascar algún tipo de porquería maloliente que se pudiera vender como tónico a favor del cabello y en contra de la vellosidad. De hecho, le bastaría un solo líquido para las dos etiquetas.

Al ritmo que llevaba, estimó que alcanzaría Toulouse en más o menos un mes, poco más, y, para fines del final del verano, poco antes, se imaginaba en Perpiñan. Allí quería su giro, decidió. Le escribió a Josefina.

En un tono perentorio y seco, le ordenó le enviara a Perpiñan sus cincuenta mil francos a nombre de Louis Feraud antes del primero de octubre, o el mismo primero de octubre él mismo le entregaría un largo informe a la *"inteligencia británica"* . Así se lo dijo, sin eufemismos ya, ni sutilezas, directo, desesperado. *"Ya no preciso tu pasaporte"*, escupió en la posdata, y siguió viaje.

Marchaba hacia España, hacia la libertad, sintió, ya hacia a Toulouse o Perpignan.

Sabe que España es aliada Suya (en realidad, el bobo de Carlos IV era aliado Suyo, no España, ni mucho menos los españoles); pero, si lo que decían que había ocurrido en el Cabo de Trafalgar era cierto, pues entonces veríamos ahora cuántas ganas le quedaban a ese estúpido rey de enfrentarse con Inglaterra por causa -por *la causa*- del Otro…

En cuchicheos cada vez más audibles, a medida que se hundía en la Francia profunda, le fue dado saber -esperar o creer-, que dicha alianza no duraría mucho; que pronto los ingleses avanzarían desde Gibraltar, tomarían toda la Península, cruzarían los Pirineos, llegarían a París, le arrancarían Su importantísima cabeza, y él, Hipólito Charles, sería libre por fin y de nuevo quién era… Precisaba creer, y creía. Ya no marchaba ni siquiera hacia España, sino más bien iba directo hacia los brazos amigos de su aliado el enemigo…

Para mejor, ahora que había conseguido su propio falso pasaporte, tampoco precisaría gastar nada en sobornos, así que todo el dinero a recibir sería entero para él. Mucho dinero, sí. Se lo llevaría a España, claro. Se compraría un barco, si fuera preciso; y

se iría a España por mar, y luego, en España, compraría una hacienda en un buen lugar (acaso Castilla, acaso Andalucía); y la mandaría llamar… *Los* mandaría llamar: a Céline y al niño; les diría que *sus complicaciones por fin se habían resuelto,* que ahora sí podían ser felices, puesto que él ya era libre y era rico y… Borracho por el mañana, no vio bien el hoy, y al cruzar una avenida casi lo atropella una berlina que venía demasiado a prisa, y cuyas riendas comandaba Bullot, que lo miró al pasar, y se perdió entre el tránsito.

Esta vez no se desmayó, pero lo hubiese preferido. Se quedó temblando sin embargo estático, paralizado. Un cosquilleo rabioso le comía los brazos y las piernas y no se podía mover. Ni siquiera podía decidir si huir o perseguirlo, su mente también estaba llena de hormigas. De alguna manera, sí se desmayó. Al menos una vez más la buena gente tuvo que socorrerlo como si se hubiese desmayado. Ahí parado, en medio del tránsito de los carros, los carricoches y las diligencias, no duraría mucho, pobre hombre, que parece que sufre del corazón, y por momentos, dice, se queda así: lo ve todo negro y ya no se puede mover. *Ni siquiera es tan viejo*, comentan y se alejan en cuanto se pone mejor.

Ya puede mantenerse en pie, andar, seguir su camino, huir. El Gran Ejercito estará cada vez más lejos, pero otro fantasma se encarga de perseguirlo. Todos y cualquiera acecha en cada uno. Cómo había hecho Bullot para sobrevivir a sus nueve puñaladas, no podía explicárselo, acaso, ni el mismo Bullot. Pero allí andaba tras sus pasos como los sicarios de Bonaparte, como Su policía, Sus soplones, y hasta Sus muertos.

A medida que se acercaba a Toulouse, Toulouse sin embargo parecía alejarse. Apuró el paso. Olvidó el asunto de los tónicos, aquellos envases y ese embuste; no volvió a vender botellitas ni a cazar incautos; es más, ya no se detuvo sino apenas lo imprescindible para comer con sus caballos, para descansar los tres, y mirar, sin respiro, hacia atrás, hacia delante, a su alrededor, por todas partes al mismo tiempo hasta que le dolieran los ojos como le habían dolido los brazos en sus malos días de estibador en Berck…

A principios de agosto, cruzó el Loira. *Bien* según sus planes; *mal* según su aspecto. De seguir así, alcanzaría Toulouse a principios de setiembre, y a finales del verano -tal cual le había dicho a Josefina-, Perpiñan., *Según sus planes*, bien. Pero *según su aspecto,* la pregunta era: *¿llegaría, él, a finales del verano?...*

Exagerando apenas, parecía un moribundo. Desde Lyon ya sólo comían sus nervios, él no. Lo intentaba, pero no podía, su estomago

lo rechazaba todo, como había hecho aquella mañana en Cambray, cuando… (pero no, ya no mencionaba esos recuerdos). Para peor, de tanto en tanto, últimamente, lo acechaba una fiebre nocturna que desaparecía con la mañana después de cocinarlo en el aceite de sus delirios durante toda la noche. Desde el fondo de su rostro subía su propia calavera, y se anunciaba. *Francia me enferma*, se decía sobre su carro, despacio, lento, por los pantanos de la fiebre... *España me curará*, se repetía en voz baja, queda, de camino a Toulouse, ya bordeando el Tarn, pero apenas por Millau … *En Perpiñan estaré bien*, se prometió en un susurro, más cerca de Albi, a fines de agosto, ya casi sin oírse…

Llegó a Toulouse a principios de setiembre tal cual lo había planeado, pero sin enterarse. Se diría más bien que *amaneció* en Toulouse, no que *llegó*. Lo había llevado hasta allí un buen labriego que encontró su carro al costado del camino, sus caballos pastando, y encima el pobre hombre aquél, derrumbado en su asiento boca arriba, ardiendo al sol como una brasa… Fue hacia mitad de camino entre Graulhet y Toulouse, pero en Toulouse había un hospital, así que el buen labriego no dudó, lo cargó en su carreta, y le salvó la vida. La gente era muy buena, sí. No lo dejaba morir.

De hecho amaneció en Toulouse una mañana incomprensible y varios días después de haber llegado. Durante más de una semana, hirvió en su propio sudor, perdió los últimos kilos que le sobraban a su esqueleto, y deliró de tal forma, que de no haber sido por la fiebre, lo hubieran fusilado.

Blasfemaba contra la emperatriz, le llamaba *cornudo* a su inmaculado marido, *puta* a ella, y otros epítetos que las monjas que lo cuidaban no hubiesen oído jamás ni en una cena a solas con Satán… Vaya a saber nadie en qué purgatorio se debatía el alma de ese pobre cristiano que sólo hablaba de aparatos genitales masculinos y femeninos, de cópulas y apareamientos y de muchas otras cosas que aquellas hermanas de la caridad no habían hecho ni harían jamás ni olvidarían tampoco… Así ese despojo cruzó sin despertar ni dormir noches y días de un espanto terminal. Tan atroz era el tenor de su extravío, que al cabo las monjas acabaron por creer que aquello no era tisis ni pulmonía, sino más bien un claro caso de posesión diabólica. Gritaba, juraba, blasfemaba, maldecía, y no dormía ni se moría. Con permiso del obispo, las monjas escribieron a Roma. El Maligno le había robado el alma a esos pobres huesos ya despojados de su cuerpo.

Y de pronto una mañana despertó tan resuelto y apurado como quien recuerda sobre la hora una cita crucial. Saltó de la cama, y

fue como saltar al vacío: se estrelló contra el piso. Las monjas se apuraron a socorrerlo, pero sus huesos ya se habían desparramado por todo el suelo tan lejos como lo permitió el viejo trasto del saco de su piel.

Rápido las hermanitas volvieron a acostarlo, a curarle las heridas, a velar sus fiebres, y a escuchar sus delirios por varios días más… Acabó huyendo también de ellas apenas pudo llegar hasta el baño por sus propios medios. Una noche dijo que precisaba orinar, y ya no se detuvo, siguió camino, volvió a la fuga… su horrible dulce hogar.

Era principios de octubre, unos doscientos kilómetros interminables lo separaban de Perpiñan aún. Con suerte, calculó, llegaría a mediados de mes, quizá a principios de noviembre… ¿habría respondido la muy puta?... ¿Estaría su dinero esperándolo? ¿Llegaría a tiempo?... ¿Llegaría?... Ahora él también se lo preguntaba.

En un principio alcanzó marcas de 20 y hasta de 30 kilómetros diarios, pero así lo pagó. Se agotaba tanto, estaba tan debilitado, que a menos de una semana de andar, por cada día de marcha, precisaba dos de descanso. Acabó llegando a Perpiñan para la navidad de 1806; a enfrentar un nuevo invierno, en una pelea, para él, ya desigual.

En Perpiñan no se cruzó con Bullot pero igual se desmayó en plena calle. Estaba muy débil. Mal alimentado y exhausto. Volvieron a internarlo. Pero esta vez la recuperación le tomó un par de meses, y todo lo que le quedaba encima. Los médicos que lo examinaron diferían en sus diagnósticos, pero coincidían en lo fundamental: ninguno le daba más de tres meses de vida si no se sometía a un tratamiento urgente. Vendió el carro, los dos caballos, remató su existencia de tónicos, casi toda su ropa… Todavía quería vivir.

¿Josefina?... Josefina no le había envidado a Perpiñán un solo centavo, apenas un ruego, otro ruego, ni siquiera eso, peor: un regateo…

¿Aceptaríais 20.000?
C.

La muy puta de mierda quería ganar tiempo. Quizá tenía la esperanza de que el lunático de su marido -o su propia salud- le ahorraran el gasto y se lo mataran sin pagar… La impotencia ante la burda maniobra que ofendía su inteligencia, lo enfermaba mucho

más que los bacilos ignotos que se comían su sangre entre cada latido. *Perra sucia, iré a París aunque sea lo último que haga y te ahorcaré con mis propias manos, ramera mezquina…* pensaba callado, ya no a los gritos, sin la impunidad que le daban las altas fiebres.

Le escribió desde el hospital, a principios de 1807.

Jugador químicamente puro, cuanto menos tenía, más apostaba.

Ya es tarde. Lamentadlo.

Un amigo que viene de "lejos", lo ha comprado todo, y pagará mucho mejor que vuestra mezquina majestad.

En breve la prensa internacional os hará saber la magnitud de vuestro error.

Pero recordad que hice cuanto pude por ayudaros.

Su alteza eligió mal.

Ahora es la hora de mi adiós.

L.F.

Talló esas pocas palabras como una miniatura china esculpida en marfil. Cada frase debía contener una secuencia que abriese a mil otras secuencias posibles, anteriores o futuras. Firmó con su falso nombre, pero dejó su verdadero remitente actual sin miedo ninguno: ella no se animaría a delatarlo. Por el contrario, o bien pensaría que aún estaba a tiempo de pagar, o bien creería que ya era demasiado tarde, y lo daría todo por perdido. Jugador químicamente puro, a falta de buenas barajas, lo puso todo a doble o nada.

Ahora debía esperar. Comer, dormir, y esperar. Recuperarse y esperar. La fortuna o la muerte venían a por él. Y él había elegido la fortuna.

(Aunque tampoco era él el que elegía, claro).

Capítulo 15

¿Era posible, entonces, que la enorme, vieja y fría Rusia, fuera, en realidad, tan joven, tan bella, tan cálida, y a la vez, tan masculina; y sin embargo (¿o por ello?), tan deseable?... ¿Y era posible que la enorme, eterna y poderosa Rusia, aún así, fuera tan dócil, tan sumisa, tan agradable, tan viril, y tan encantadora?...

Ni Él mismo terminaba de creerlo, pero allí tocaba toda la Rusia en la delicada carne del zar Alejandro, con sus 30 años que parecen 20, con su carita de virgen ortodoxa, con sus modales y su piel tan suaves, y esa voz desmayada, y ese acento de puta de los Carpatos; y esa mirada desvaída entre el asombro y la admiración, y también la curiosidad y quién sabe qué más porque por fin tiene allí al gran macho de Europa, que le coge la mano dispuesto a enseñarle cuanto sabe de la guerra, del poder y del hombre; dispuesto a conmoverlo, ansioso por seducirlo, subyugarlo, meterse en él, ocuparlo, llenarlo, como si las dos águilas imperiales fuesen capaces de copular hasta morir o parir un mundo perfecto de los dos para los dos, y de nadie más. Napoleón y Alejandro. Sólo ellos solos entre Dios y los hombres. El nuevo matrimonio original, masculino y suficiente, que viniera a reflotar y resolver, sin hembra que lo malogre, el plan abortado por Adán y Eva.

¿Era posible?

-- Odio a los ingleses tanto como usted –le dijo aquél ángel apenas pudo oírlo, aún más impresionado ahora que Lo tenía delante, y no tanto por ese extraño corso tan vulgar, ni por el célebre Emperador Napoleón I°, ni por el invicto general Bonaparte, sino más bien por la materialización ante sus ojos de tanta fama, tanta hazaña, tanta victoria, tanta revolución, tanta leyenda, y tan poquita persona: era aún más pequeño de lo que había imaginado, y aún más real. Y le tomaba la mano.

Es el 8 de julio de 1807. Hace calor. Mucho. Bajo los uniformes, sudan todos los cuerpos. Sobre la margen izquierda del Niemen, el Gran Ejército francés; sobre la margen opuesta, el gran ejército ruso. En el medio exacto del río, clavada sobre las aguas que dividen un mundo del otro, los espera sobre una balsa una tienda de campaña con dos grandes iniciales bordadas en oro: *N y A*.

De una orilla parte el zar hacia Él, y Él parte de la otra hacia el zar. Sus sendas tropas enhiestas contemplan la escena como si

supieran ya de su importancia eterna.

Los dos emperadores por fin se encuentran y se abrazan.

Los dos ejércitos estallan, se disputan el silencio entre gritos como cañones, *¡Viva el Zar!, ¡Viva el Emperador!*.

El emperador y el zar se abrazan y se besan en sus cuatro mejillas, confunden sudores, se tocan, se huelen y se gustan.

Primero se tocaron con los ojos. Las dos majestades cruzaron sus miradas fascinadas ambas. Impresionado por la belleza de la criatura, el pequeño corso le tomó la mano y lo ayudó a desembarcar con los cuidados que amerita una dama, no ya un zar, y sin embargo… su joven alteza apreció el gesto, lo disfrutó y lo agradeció; mientras Él, sereno y señor, elogió el muy buen gusto de su ropa, y a cambio Alejando le dijo lo que Él más deseaba escuchar:

-- *Odio tanto a los ingleses como usted.*

Después se encerraron a solas en esa tienda sobre la balsa cuarenta y cinco minutos a repartirse el mundo entre reverencias amables y toqueteos viriles. ¡Ah, qué distinta era el alma masculina cuando tan femenino podía ser su cuerpo!... Volvió a tocarlo hasta que por fin dejó Su mano sobre su pierna. Inglaterra no es Europa ni Asia, ¿por qué entonces debían ellos interrumpir sus sueños, sus posibilidades, esa unión que deseaban y precisaban y que allí mismo el Destino les demostraba que ya era parte escrita del sólo plan del Universo?

-- *¿El sistema continental?... También.*

La guerra, el poder, eran juegos nobles de hombres nobles enviciados por las mujeres. Putas. Podía verla todavía, la vería por siempre y siempre con él, con esa rata miserable, mínima y suficiente… Había habido otros, muchos otros, cientos, miles quizás, todos los hombres del mundo desde las Antillas hasta los Urales habían poseído a Su esposa en algún momento, y al menos una vez en sus vidas menores la habían visto como sólo Él tenía derecho a verla: desnuda y entregada, empapada y gimiendo, pidiendo más, más, por favor, así, por aquí, por ahí también, y más y más, con la cara enrojecida y los ojos en blancos… Todos los hombres del mundo desde las Antillas hasta los Urales la habían visto así alguna vez, pero Él sólo la veía con él, siempre con él, con esa rata inolvidable de Hipólito Charles. Puta.

Polonia, Prusia, el Sistema Continental… ¿por qué aquella criatura tan tierna prefería los temas más rudos?... En Egipto había aprendido tantas cosas sobre la amistad entre los hombres; *los musulmanes, ¿sabe?*... ¿Oh, majestad de todas las Rusias, qué

importa ahora ese minúsculo episodio del Cabo de Trafalgar?... Los españoles perdieron Trafalgar, no los franceses, ni mucho menos Él, que ni siquiera estaba cerca… y además, bien sabe el mundo, ningún Trafalgar impidió que se comiera toda Alemania, Polonia, Suiza, Holanda, Italia de vuelta, más de la mitad de Prusia, y el soberbio Imperio Romano Germánico que su graciosa majestad de todas las Rusias podía buscar hasta debajo de la tierra que ya no lo encontraría por ningún lado… *¿Trafalgar?.. ¿Nelson?...* Horacio Nelson había sido muerto por Él. Justamente en Trafalgar *¿No lo sabía, su tiernísima alteza?...*

El sol del mediodía despejó la niebla de las aguas del Niemen, y el calor terminó el encuentro. Al cabo de cuarenta y cinco minutos ocultos a solas, el Emperador y el zar emergieron de aquella tienda y se volvieron a abrazar. Otro rato. Se decían cosas al oído, y por fin se besaron en la boca delante de sus tropas emocionadas también, y también calientes.

El zar y el Emperador se alejaron en un desgarro imperceptible para el resto, porque también los dos eran guerreros. Pero en el fondo de Su razonable corazón, supo que esa criatura era demasiado joven y demasiado hermosa y por lo tanto demasiado frágil como para dejarla sola. En el fondo de Su corazón tan lastimado, en fin, sabía que una criatura así era pasto de las tentaciones, y que iba a traicionarlo. Igual que la loba que lo había lastimado tanto.

Pero lo apura el vértigo de la magnitud de Su obra contra los días que le quedan. Acaba de cumplir 38 años. Su imperio nunca fue tan grande, y no para de crecer. Ahora que Rusia es Suya, Inglaterra no será más. Y luego morirá y el mundo quedará vacío. Como una inmensa broma sin nadie que la ría..

Al cabo del día recuperaba las noches de Egipto, las cartas que ella nunca respondía, los rumores y los informes que le llegaban y lo mataban… *Quizás tengan razón, quizá me he vuelto loco desde entonces*, le dejaba pensar a Su mente mientas Él pensaba en América, en expandir Su imperio, en tomar España y sacarla de Su camino como había sacado Italia, Suiza, Alemania, Flandes, la República de Batavia, y la Confederación del Rin, y ahora también Rusia y Portugal; y entonces, si eliminaba España, decía –y era más que un decir-, Inglaterra después…

¡Ah, malditos ingleses, maldita perra, maldito cobarde!... Despojado del olvido, condenado a la memoria, cada día hasta la noche, sin que nadie fuera a saberlo nunca, esperaba sin esperar el silencioso regreso del sargento André Laglais, con la cabeza del

traidor, y Su ridículo callado para siempre...

Desembarcó en la orilla occidental del Niemem, y un repentino olor a peces muertos le recordó que la victoria huele a carne podrida.

Nunca debió haber dejado sola a una criatura tan bella, tan vana, y tan frágil.

Se lo dice a sus mariscales que lo esperan ansiosos.

-- *Un griego del Bajo Imperio: fino, falso, mañoso… llegará lejos.*

De orilla a orilla los dos emperadores se miran callados y se desean otro encuentro.

Precisaba un hijo, no un bastardo; se dijo apurado por la melancolía, pero también por escapar de ese olor a pescado muerto que le arrancaba de la memoria reciente la dulzura salvaje del perfume del zar, ese aroma irresistible a coníferas de las estepas, a níveos abismos, y a perfidia de mujer.

Capítulo 16

Tuvo la misma sensación que sólo había conocido en las mesas de juego cuando se quedaba sin cartas, doblaba la apuesta, y los demás jugadores se abrían atemorizados dejándolo solo sin nada y con el pozo. No estaba bien, pero mejoraba. Bullot no había vuelto a aparecer -quizá ya le había perdido el rastro, prefería pensar-; y aunque todavía tosía, y aún volvía la fiebre por las noches, le pareció que nunca en su vida se había sentido mejor… Y no tanto por los 50 mil francos que antes o después ya sentía suyos, si no más bien por haber doblegado a la mismísima Emperatriz de Francia, y así, de esa forma: sin barajas, sin resto, sin salud, más muerto que vivo, con sus dos viejos cojones de jugador químicamente puro.

Josefina le escribió a los pocos días… mejor dicho: la carta *le llegó* a los pocos días; porque a juzgar por los tiempos normales del correo, se diría que Josefina le respondió apenas leída su última carta con su falso *adiós*. Asustada por fin.

Amigo mío:

Por favor. No cometáis locuras. Estoy decidida a pagar y a olvidarlo todo, pero no cometáis locuras. Por favor.

Si aún estoy a tiempo, reuniré el dinero que pedís, y luego me diréis dónde lo quieres.

Pero por favor no arruinéis mi vida, pues eso no salvará la vuestra.

C.

Su temerario ultimátum había sido enviado a fines de enero, y a mediados de febrero la respuesta ya estaba allí. La recibió directamente en la clínica, a nombre de monsieur Louis Feraud, tal cual él le había indicado. Y nadie denunció nada a nadie, tal cual él lo había previsto. Una jugada riesgosa, pero muy bien tramada, ganadora. Letal. Ja-ja.

Le escribió exigiéndole el pago para fines de marzo, en Perpiñan. Calculaba salir de allí antes de marzo, y llegar a Perpiñan rápidamente. No estaba lejos, y se sentía mejor. Tanto que casi le

escribe otra vez a Céline diciéndole que ya todo estaba arreglado… pero prefirió darle la sorpresa cuando sí lo tuviera todo arreglado. Animado como estaba, hasta se le ocurrió que sus dolencias no eran sino pequeños enemigos prácticos que se podían doblegar a voluntad. Todo era sencillo. Muy pronto sería rico. Y la fiebre no volvería. Ya no. Dejaría Francia. Debía pensar bien sus próximos pasos, sí: dónde quería sus 50 mil, cuándo, cómo… ¿o mejor le pedía 60 mil?... ¿Le escribiría a Céline ahora, o recién desde España?...

En cualquier momento -le habían advertido los médicos-, le darían de alta. No estaba curado, qué va, quizá nunca lo estuviese del todo; pero su dinero se terminaba. Ni una mísera botellita le quedaba por vender. *Y pronto sería rico, vaya paradoja*, se dijo sonriente, casi riendo, saludado por el eco de las cavernas de sus propios pulmones. Los médicos también lo veían mejor. Mucho mejor.

Y es que si bien aquella *"casa de salud",* como la llamaba su dueño -un viejo galeno pomposo y espectacular, (cuyo nombre Charles olvidaba a diario)-, era una especie de clínica privada, no era menos cierto que a la vez recibía un importante subsidio de la prefectura de Perpiñan, como un desprendimiento más de *la infinita generosidad del Emperador Bonaparte,* decía este viejo galeno, así, pomposo y espectacular, y a cuyo olvidable nombre era otorgado dicho subsidio. Pero pese a dicho subsidio, lamentablemente, aquella *casa de salud* no era sino una clínica privada, y cuando el dinero de los pacientes se acababa, su salud mejoraba sin más.

Le dieron el alta a principios de la primavera, con una *generosidad* digna del mismísimo emperador, pues su dinero ya se había terminado hacia finales febrero… sólo que aquel viejo galeno -pomposo, espectacular, pero aún así precavido -, estimó que si lo dejaba ir en pleno invierno, el pobre Louis Feraud se les moriría en la puerta misma de su *casa de salud*, y claro está, le pareció *inconveniente*.

Lo guardaron adentro unos meses más, y apenas empezó abril, sin esperar el sol de mayo, lo echaron a la calle entre palmadas de aliento y certeros augurios de una longevidad sin sobresaltos.

Todavía hacía frío, todavía tosía, pero tenía un plan, un buen plan. Un *boceto*, más que un *plan*, pero confiado como estaba desde que había doblegado a la emperatriz, cualquier boceto suyo, reforzado por la fiebre, le parecía *un buen plan*.

Llegó a Perpiñan a fines de marzo, y allí lo esperaba la carta de Josefina, pero ni un solo franco de nuevo. Sólo que esta vez no era

su culpa. Con cierta lógica y sólidas razones, Josefina le explicaba algo que ninguno de los dos sabía hasta entonces -pero que él bien podía confirmar en cualquier oficina de correos-, sobre ciertas limitaciones o restricciones del sistema de giros postales cuando las sumas superaban los 5000 francos... Disposiciones de carácter técnico y orden interno enmarcadas en política externas, referidas todas ellas, aparentemente, a eso que estaba de moda llamar el *Sistema Continental*… en fin, el caso es que para enviarle 50 mil francos por giro postal, precisaban los dos una documentación que ninguno de los dos tenía ni podía ni era prudente presentar. La única solución era enviarle el dinero a través de una persona de confianza. *Dime dónde lo quieres, y allí lo tendrás*, firmaba.

Luego de un trance más o menos breve durante el cual la mente de Hipólito Charles se estancó paralizada –fascinada- ante la visión de una montaña de billetes por 50 mil francos, reaccionó. Casi dispuesto a quedarse en Perpiñan a esperar ese dinero, despertó no sin ira a la posibilidad de una emboscada… Aquella perra tenía colmillos de loba, y él también se los conocía. No olvidaba que había sido su cómplice cuando ella destrozaba el corazón de Bonaparte riendo como una hiena ni siquiera hambrienta, tan sólo voraz, tan sólo malvada, maligna, maldita...

No, ningún lacayo de esa puta se acercaría a él en territorio francés.

Lo pensó mejor, y jugó mejor. Le respondió que ya no estaba donde estaba y que pronto le daría una nueva posta, y la dejó esperando envuelta en sus 50 mil francos, y se fue de Perpiñan.

Una vez en España, todo sería diferente, pensaba. Creía. Allí ningún francés era nunca del todo bienvenido, y mucho menos un esbirro del Imperio. Fuera quien fuera el enviado de esa perra, en España nada le resultaría fácil. Pensó. Creía. Tosía y escupía. Se sentía mejor y peor. Releía cada tanto fragmentos de la carta como si fueran su alimento… *estimado amigo*, ¡estimado amigo!, vaya qué perra tan dócil… y su primera palabra: *Gracias, ¡Gracias!;* y su inmediato por qué: *He comprendido que lo mejor es terminar todo esto sin daño para nadie, y tu ya has sufrido demasiado*… Luego estaba todo ese pastiche burocrático que había tejido el Cornudo de su marido como parte de la celda estrecha cuyas paredes constantes, bah… en la posdata se hincaba a sus pies: *ya tengo el dinero. Dime dónde lo quieres, y allí lo tendrás. También puedo enviarlo a tu último remitente. Son 50 mil francos. Pagaré mucho por ellos, y todo para que me olvides, aunque yo ya no te olvide nunca”*.

Bla blá.

50.000 mil francos. Eso sí era algo más que bla blá.

Su mente se perdió otra vez. Rompió sin dolor contra las pareces de su cráneo, y se deshizo como una ola, esparcida en incontables gotas de pequeñas fantasías… Tampoco se quedaría en España: se iría a América. Abandonaría Europa. Europa era el pasado. En América no había pasado. Sólo presente. Porvenir y olvido… Construía casas, mansiones, enormes y lujosos palacios incrustados entre colinas verdes y suyas; se veía allí, libre, rico, sano, con Céline, tan joven como la recordaba; con su pequeño Paul, hecho a su imagen y semejanza; y los tres felices, ricos para siempre ricos…

Dejó Perpiñan dispuesto sin más a cruzar la frontera.

Iría a América, sí, pero primero debía llegar a España, y antes a la frontera, y después cruzarla, y sólo tenía 50 francos, y ningún plan. Y fiebre tenía… porque el sol empezaba a caer y la fiebre subía con la noche, como si fuera la noche la que subía cargada de muertos que lo precisan para sudar.

De sus tiempos de correo, creía recordar un pequeño puerto pocos kilómetros hacia el sur, al pie de los Pirineos, pegado a la frontera, llamado Port Vendrés.

Apuró el paso como persiguiendo al sol, pero llegó de noche, y se envolvió en la fiebre como en un manto de frío.

Llegó a Port Vendrés sin ver, sonámbulo. Busco el puerto guiado por retazos de un pasado, que ni siquiera parecía propio. Aún así lo encontró y se largó a caminar por las dársenas vacías de la noche, barco por barco, preguntando a quien se cruzara *quién podía llevarlo a España*, así, directo y claro, hasta ofrecía dinero que no tenía, *50 mil francos*, bañado en sudor, interrumpido por la tos, y sus esputos…

La gente era buena. Una anciana se apiadó de él, se lo llevó a su casa, y lo cuidó como a un hijo. Días, noches, semanas enteras. Ahí sí se puso de verdad mejor. El descanso, la comida sana, los cuidados sabios, y el buen amor de esa mujer, lo recuperaron física, mental, y espiritualmente… Si hasta aprendió a quererla, aunque acabó temiéndole. La fiebre se había ido, pero el miedo había vuelto. Y una noche huyó de esa buena mujer como de un tigre; no sólo sin despedirse, sino por la ventana, y aterrado.

Y es que esta buena mujer, tenía, acaso, un solo defecto: su voz chillona, que tanto lo incomodaba cuando dormía, y que fue, sin embargo, su salvación… Porque una noche esa voz lo sacó una vez más del sueño, y al despertar creyó oír que la mujer no hablaba sola, que alguien estaba con ella, y sí: oyó otra voz, la voz de un hombre, y se levantó sin hacer ruido, y caminó descalzo hasta la

puerta de su cuarto, y la abrió apenas, y miró por la rendija, y allí estaba esta buena mujer cuchicheando con Bullot…

Tomó su ropa, su falso pasaporte, ni siquiera se vistió, manoteó algunos francos (de esta buena mujer), y saltó por la ventana a través de la fiebre. Fue una jugada regia. Si la hubiese tramado, quizá no le salía tan bien.

Porque el pánico lo llevó, ni siquiera lo dejó temer, ya no pensar; y le devolvió en un segundo la fuerza que la fiebre le había comido durante meses. Corrió mientras se vestía, y no perdió el sur, que era su norte, ni un solo instante. Si lo hubiese planeado no le salía tan bien.

Al llegar al puesto fronterizo, el miedo todavía lo incendiaba. Pero cruzó sin problemas. Salió de Francia, y entró en España. Así de simple. Los gendarmes de un lado y del otro no le temían a los moribundos, habían visto muchos. Primero lo miraron con desconfianza, luego con asco, y por fin con lástima. Revisaron con desprecio su falso pasaporte, pero no lo rechazaron. Escucharon y no sus falsas historias, se encogieron de hombros, y lo dejaron pasar. De un lado y del otro. Así de simple.

Después de seis años de intentos fatales (que al cabo lo habían dejado como se lo veía ahora), por fin Hipólito Charles abandonaba el territorio de Francia sin más subterfugios que su falso pasaporte a nombre de Louis Feraud, y sin otra convicción que la pavura que lo empujaba. Si lo hubiese planeado…

Lástima que enseguida el Gran Ejército se le echó encima de nuevo.

Capítulo 17

A nadie le importaba quién era él; Él era Él, y adentro, detrás o debajo, no había más nada. Es decir, *adentro, detrás o debajo*, estaba el imperio que era Él, sí; pero El Imperio eran todos los otros, los demás, no él…

Él encarnaba el imperio, había emergido de ellos (en realidad Él sabía que se había *elevado desde* todos ellos *por sobre* todos ellos), y como ellos, sentía el orgullo de ser El Imperio. Más que ellos, desde luego, muchísimo más, porque él era Él, y cualquiera en su lugar viviría del asombro de ser Él, encendido por ser Él; apabullado por Sí Mismo, quizás, pero sin ningún otro temor porque sin dioses por encima, no quedan miedos ni esperanzas, sólo días y trabajo: el misterio del Tiempo, y los frutos de Su obra.

"Debe dormir más", insisten Sus médicos. Pero qué risa. *¿Dormirían ellos si fuesen Él?... ¿O más bien sucumbirían extasiados en la vigilia de la contemplación de tan magnífico destino?...*

Bah: nadie era Él: sólo él era Él.

Nadie podía decirle cómo ser Él, nadie sabía decirle cómo ser Él; y a nadie le importaba, tampoco, quién era él... *¿Alguien había pensado, en tal caso, alguna vez, en su pequeña soledad de las alturas, vasta como el silencio de los cielos; en sus angustias menores, en su incertidumbre humana, en su corazón de diario?...*

Lo burlaban en la escuela, era petiso, era italiano, era esquivo, distinto; lo burlaban las mujeres, era feo, torpe, desaliñado; Su propia esposa lo había burlado; y ahora lo burlaban Sus enemigos, la oposición, el resto del mundo, porque era italiano, porque era francés, porque era enorme, por lo que fuera...

Había días de tanta soledad que hasta llegaba a pensar o sentir que Su Guardia Imperial no era más que una burla de Su propio ejército, que a la vez era una sola gran burla de la Francia que se burlaba de los corsos, de los italianos, de los enanos, de los colosos…

Y mientras tanto ninguno de todos pensaba en él, en el pequeño Napoleón, el íntimo, el último, el único cierto, el único real, el que sostenía callado, sacrificial y triste, al Otro, al Inmenso, al Invicto,

al *Dedo de Dios en las tinieblas*, a Él, al *Nunca Vencido ni Burlado*. Nadie pensaba en él.

Era un ser sin importancia humana.

Sus hemorroides, Su sarna, Sus jaquecas –de una divina intensidad-, Sus volcánicos desórdenes digestivos, eran inventos de la oposición, rumores, mala leche, nada, campañas del enemigo, inteligencia barata. A Él no le dolía nada, y hasta Su propio culo estaba obligado a creérselo. Él era de un acero mejor que el acero. Sin dioses por encima, ni siquiera la carne se corrompe. Las hemorroides, la sarna, las úlceras y las jaquecas, eran desgracias humanas que no podían tocarlo porque Él no era humano, era otra cosa, un Deber, un Destino, la Historia. Él venia de Otro Lado, a reeditar Europa, a dibujar estados nuevos, inventar países, ordenar el mundo, inaugurar la Tierra con Su propia dinastía de príncipes, de archiduques y reyes: Su mariscal Bernardotte ya posee Dinamarca (*qué poco va demorar en traicionarme*, presiente que sabe); ya le dio Holanda a Su hermano Luis; a José le entregó Nápoles, y en breve le dará también España, en cuanto acabe con esos dos idiotas de Carlos y Fernando, par de monarcas inútiles que entre los dos no hacen uno. Ja. Allí los tiene encerrados ahora, en Bayona, para que se olviden España de una vez por todas, y los muy imbéciles la olvidan, ja…

¡Ah, si tuviera tiempo se revolcaría por el piso de la risa! Pero se ríe de rabia porque está apurado: allí están el hijo y el padre peleando voraces por la mitad de nada, por los restos de un reino invadido por los cuatro costados, por un pueblo feroz y furioso que no quiere a ninguno de los dos, y ellos dos allí, peleando inauditos en Su presencia, con Él ahí como si no estuviese allí, como si no fuese Él quien escribe la Historia, como si ya no tuviese decidido invadir España; como si una sola palabra Suya no bastara para decapitarlos en mitad de sus gritos para que sus dos cabezas rodaran cacareando por el noveno infierno del Quijote y Sancho…

El verdadero precio del poder es el hartazgo.

Allí estaban todas esas vírgenes de Bayona esperándolo cada noche bañadas y perfumadas y dispuestas, y Él harto… Allí estaba toda la Europa rendida a Sus pies o rindiéndose a Su paso, y Él harto… Allí estaban esos dos bobos, el padre y el hijo peleando por nada pero peleando con todo, y Él harto… Acaso de alguna manera los envidiaba: peleaban por nada pero peleaban con todo, tal vez porque sabían que no tenían nada. Él lo tenía todo, pronto también tendría España y Portugal, y ya nada más le quedaba Inglaterra… Vibró por un instante aferrado a las cuerdas de Su repentina

paradoja: *Lo tenía todo, y sólo le quedaba Inglaterra*. Sonrió, soltó esas cuerdas, y cayó sobre la vieja realidad, de nuevo Él. Harto.

Bueno, bueno, sí, sí, caballeros, majestades, don Carlos, don Fernando, por favor, cómo no, todo el poder a ustedes, mon Dieu, España para los dos, una para cada una, por qué no, bien podemos despedazar España y repartirla como les plazca, mis graciosas majestades; pero mientras tanto, si vosotros me lo permitís (o no), Yo despacharé 24 mil hombres al mando de Dupont, a través de los Pirineos, rumbo a Madrid, ¿qué tal?... No, no, no, no, ¡por favor!, de ninguna manera se trata de invadir España, qué va, don Carlos, don Fernando, ¡lejos de Mí!, ni pensarlo, cómo se les ocurre, ja, no; pero bueno, vamos: alguien debe ocuparse de expulsar a los ingleses de la Península, ¿o algunos de vosotros dos los quiere allí?...

Era tan fácil la guerra, el mundo, los hombres... Nada más había que avanzar, disponer y tomar. Ir, ver y vencer.

Ahora entraba en España, ya había tomado Portugal, el resto de Europa es todo Suyo desde Lisboa a Moscú, desde Nápoles a Berlín. Sólo Inglaterra le queda, y el juego habrá terminado. Y todo para nada. Para nadie. Para esa chusma de parásitos que ni lo deja ni lo quiere. Para Sus mariscales, Sus ministros, Su familia, y ninguno piensa en Él -en él-, ni uno solo de tantos lo quiere de verdad, sólo se aferran a Su carne, y se lo comen.

Dejó Bayona, decapitó a los dos reyes, al padre y al hijo: sin cortarles la cabeza, les arrancó España de las manos y ellos se quedaron sin nada, así, cacareando inaudibles en el noveno infierno del Quijote y Sancho.

¿Y todo para nadie?

¿O sólo para Él?

¿Pero qué Él, cuál?

Se descubrió etéreo, aéreo, insustancial, algo así como un siroco, cuyo nombre es lo que sopla, y cuyo cuerpo lo que toca; pero que pronto pasa y ya no es más.

Debía materializarse, comprendió.

Ya no podía esperar nada de ningún dios. (Conocía el oficio de los dioses, las debilidades Suyas a nuestra imagen y semejanza, sus crueldades, sus distracciones, la naturaleza bestial de sus designios divinos). Estaba solo. Encerrado en Su propia grandeza como un niño valiente en un castillo vacío.

Y la loba ya ni siquiera sangraba. Seca. Yerma. Solo.

Esa noche en Su sueño conducía a Sus tropas hacia una niebla en llamas; y sin embargo el frío las abatía. Despertó sudando sin saber dónde estaba ni para qué ni mucho más. A su lado desnuda

dormía todavía una de las vírgenes de Bayona como restos de arena de la playa de ayer. La fecundó arrepentido. *Eso* precisaba: un hijo, no un bastardo.

Ni siquiera *aquella* promesa había cumplido la muy perra. Ni un hijo de los muchos que iba a darle, le había dado. Puta. Perra. Mentirosa. Había perdido uno, sí -dijo ella, bah-, pero eran los días de Italia, los días de *hipólito charles*… Perra, puta… Mentirosa…

Arrasaría España. España y Portugal; sus ejércitos y sus pueblos, sus geografías, lo arrasaría y lo aplastaría todo. Todo

No le gustaba pensar en eso... perra.

Quedaría solo Inglaterra.

Inglaterra y Él.

Quizá ni siquiera fuera Suyo aquél aborto.

Y ahora sus mariscales le vienen con ese tal *Wesleswey, Wesleyley,* o como se llame…

¿Cómo todo Él podía concentrarse, aunque más no fuera un segundo, en esa mínima rata? Minuciosos y enormes los dolores y alegrías.

¿Wesleswey?...

Los dos jóvenes, los dos calientes, ardientes, en Su propia cama mientras Él estaba en Génova, en El Cairo, en el la hoguera de los celos encendida por la distancia...

Inglaterra es sólo una isla, nada más que una isla, y una isla es una isla es una isla es una isla…

Aplastará lo que vea, lo que sea...

(Bajo Su cuerpo en mecánica batalla, la virgen de Bayona le ofrece otras vírgenes mientras Él la fecunda. Le habla de sus hermanas, de sus primas, de otras amigas).

Sus mariscales dicen que ese *Wesleyley* ha combatido en la India, y que devasta a su paso; Sus médicos le dicen que se pudre como cualquiera; la vieja perra yerma lo persigue a los gritos con sus celos (¡Ella, sí, tan luego ella!); Sus ministros reclaman por todo y no resuelven nada; Sus soldados rezongan, batallan, matan, mueren, y rezongan… ¡Ah, si tuviera que oírlos a todos, responderles a todos!, ¡Él, tan sólo él, él solo!…

La virgen ya no es más. Desflora, engendra, deshecha y parte. El nombre de André Laglais cruza por su memoria como un pájaro la noche.

España se subleva, es hora de aplastarla, arrasarla…

Puta, puta, puta…

Nadie pensaba en él.

Capítulo 18

Sin embargo, después de tanto y todo, fue al final una victoria desabrida, ni siquiera la sintió: el miedo seguía en sus huesos, y el Gran Ejército sobre sus pasos.

Y entraba a una España de la que mejor haber salido.

Y para colmo el invierno, que lo cuerpeó allí mismo, bajando –cayendo- por entre los últimos contrafuertes de los Pirineos, sin comida ni agua ni más entusiasmo que esa alegría muerta de haber salido al fin de Francia, para descubrir allí que España también era Francia, y que el Gran Ejército volvía sobre sus pasos.

Eran los 24.000 hombres del general Pierre-Antoine Dupont enviados contra la Península por Napoleón Bonaparte como aliados del rey -o los reyes- que aún tenía encerrados en Bayona. 24.000 hombres enviados por Bonaparte para reunirse con un pueblo que no quería a ninguno de esos 24 mil hombres, ni a su general Dupont; ni a Bonaparte mucho menos; ni a sus propios reyes tampoco.

Claro que de todo esto Hipólito Charles no sabía nada, o casi nada. Charles nada más los vio aparecer de pronto entre las cumbres gastadas en lo alto de las montañas: veinticuatro mil hombres recortados incontables contra el sangriento sol de la mañana. Se metió en una cueva, y esperó a que pasen.

Dos días y dos noches mirándolos pasar, comiendo nieve para no morir de sed, y nada más.

Veinticuatro mil hombres. Soldados, caballos, cañones, pertrechos, carros, tiendas, camastros, mujeres, provisiones, municiones, soldados, caballos, cañones, pertrechos, carros, tiendas, camastros, mujeres, provisiones, municiones.

Dos días y dos noches mirándolos pasar escondido en esa cueva de frío, en ese agujero, hambriento, enfermo, amordazando su propia muerte con las manos para que no aúlle, y lo descubran y lo maten…

Al tercer día salió de su sepulcro. Esperó un día de más para estar bien seguro, y emergió a la luz, raquítico y afiebrado pero vivo todavía, y todavía capaz de caminar… o al menos de

arrastrarse.

Bajó -cayó- por esa ladera –despacio, andando, rodando-, y encontró sucesivamente una cabra, un pastor, una casa, un caserío, una aldea… Sabía un poco de español, y decidió usarlo, pero su acento francés fue todo lo contrario de una ayuda.

Tal como había imaginado, el bobo de Carlos IV sería aliado de Napoleón, pero eso no significaba que España y los españoles lo fueran. En absoluto. A todas esas gentes, descubrió enseguida, no les gustaban los franceses. Ni siquiera los españoles. Ellos eran catalanes y sólo gustaban de los catalanes. Y más aún desde que ese bobo de Carlos IV dejaba que Bonaparte entrara en España como si España fuera Francia.

Eso sí que no.

Aquellos catalanes no querían franceses allí.

Y mucho menos mendigos, enfermos y moribundos.

La gente ya no parecía tan buena.

Eran pueblos pequeños, mentes cerradas, miedos profundos… pronto sería famoso, se exponía demasiado. Ningún lugar era bueno para quedarse… Tal vez si alcanzaba Barcelona, quiso creer… Tal vez al amparo anónimo de las multitudes… ¡Ah, las grandes ciudades y sus variadas posibilidades de disolución!… Desde Barcelona sería más fácil embarcar hacia Cádiz, donde todos decían que había ingleses, muchos ingleses, ingleses ansiosos de abrazar traidores de Francia…

A mediados de febrero puso rumbo a Barcelona creyendo que el sol iba a guiarlo ya que no la buena gente.

Pero afiebrado como estaba, confundió el norte con el sur y tomó para el centro; creyó que el Tajo era el Ebro, que Zaragoza Lleida, que la noche la mañana, y apareció en Madrid, justo a comienzos de la primavera sangrienta de 1808.

De pronto a su alrededor el mundo se agitaba convulso en una lengua incomprensible, saturada de vocales como burbujas de un hervor. No podía entender lo que decían, así que debía descifrar lo que veía. Y lo que veía eran soldados armados, franceses y españoles, y acaso turcos o moros o cosas así; veía civiles, también, crispados; veía miedo en las miradas, gestos de peligro; y se oía un silbido en las voces parecido al terror.

No habla –no sabe ni le conviene-; ni siquiera piensa, o no piensa bien. La fiebre ha vuelto, y deja que se lo lleve (no puede con ella). Aún así, con los vestigios de su razón –o con la razón de su miedo-, se inventa un buen disfraz: se cuelga del cuello un cartelito que dice, en triste español: *“zordomudo”*.

La gente lo mira, y lo ayuda o se le ríe. Inmerso en la gran tragedia, no es más trágico que nadie. Pero al menos nadie tampoco advierte que es francés. Es sólo un *zordomudo;* algo mendiga, algo come, algo duerme, igual que un gato bajo la lluvia: cuando puede, donde puede, como puede, aterido, acorralado, asustado… más bien como una rata. Luego se termina abril, y mayo desata la masacre.

Sordo, mudo, analfabeto y afiebrado, sigue sin entender el caos que lo envuelve, sólo puede sentirlo, verlo, pero ya no descifrarlo. No se entiende. Era lunes pero no habían vuelto los mercados. Y sin embargo otro fermento levantaba las calles, y él estaba ahí, mendigando por los alrededores del Palacio Real porque había mucha gente como en los día de fiesta aunque no había fiesta ni nadie festejaba nada. Al contrario. Todos parecían enojados, oscuros, rabiosos.

A media mañana una patrulla de soldados franceses saca a empujones del Palacio a un muchacho muy joven que parece que era un infante, un príncipe, el rey o algo así. Eso no le gusta a nadie. Ni bien comienza la escena, todos esos civiles rabiosos alrededor del Palacio se erizan como un solo tigre. Los soldados franceses los enfrentan, y el tigre enfrenta a los soldados. Los soldados cada vez son más, y el tigre está cada vez más rabioso. Se alzan palos, vuelan piedras, silban los sables, todos corren y él corre más que todos pero nadie sabe hacia dónde, cuando el sol alcanza el mediodía, y el mediodía incendia España.

Decidió salir de Madrid cuando empezaron las muertes, cuando vio los primeros cadáveres, cuando vio que los hombres se morían histéricos y solitarios aún hervidos en su propio furia.

Dejó la Plaza Real, buscó la salida por todas partes, pero por todas partes la barbarie lo devolvía a la barbarie.

Vio fusilados, ahorcados, linchados, empalados, calcinados, descuartizados.

Los hombres y las mujeres y los animales eran lo mismo, y nadie valía más que la suerte que tuviera para escapar del fuego, de la espada, del fusil, de la metralla, de la cuerda, del cañón, de los palos, las piedras y los otros.

Al doblar una esquina dio con un callejón que salía a otra calle milagrosamente despejada.

Creyó otra vez en la salida.

Apuró el paso y empezó a correr hacia el final oscuro (sin fuego) y silencioso (sin estruendos, sin gritos) de la noche hacia su fondo.

Una aureola nerviosa de llamas alumbraba el cielo a sus espaldas.

La humanidad quedaba atrás, asesinándose con entusiasmo.

Ya no corría, pero creía que sí. Arrastraba los pies, agitado, sin aire casi.

En mitad del silencio y las sombras, se detuvo unos segundos y se apoyó contra una pared sin dejar de controlar ni el mismo suelo que pisaba.

La calle seguía a oscuras, callada, promisoria.

No corría, ya no era preciso correr, al parecer ya había salido de la ciudad, el caos y sus llamas y sus muertos no era más que un resplandor y retumbes a lo lejos, cuando de pronto oye pasos, alguien que corre, que viene, se acerca, aún a lo lejos, por la mitad de la acera hacia la entrada del callejón, un hombre, ve venir un hombre, uniformado… ¡un francés! ¡un soldado francés corre hacia él!...

Escapa, sin aire, sin piernas, empieza a correr, de nuevo sobre sus pasos, de regreso al exterminio donde lo espera la turba para matarlo igual, y corre, corre todo lo que puede pero el soldado francés que lo persigue, corre más y se le acerca.

Dobla una esquina, él, Charles, entra en un callejón sin salida pero recién se da cuenta cuando llega hasta el fondo y se topa con un muro no mucho más alto que él, pero sí que sus fuerzas.

Oye venir al francés, oye sus pasos, corre, corre y se le acerca.

Charles mira: el muro, el francés, el muro, el francés, y a cada lado nada, otro muro y otro muro, y de pronto descubre una montaña de desperdicios del tamaño de un hombre y se arroja en ella como en una madre. Se cubre, se tapa por completo. Sepultado en basura, ya no es más que basura él también.

Pero basura contenta: nadie lo ha visto.

El soldado francés recién entonces alcanza el final del callejón, y recién después, detrás, su patrulla…

Pero no…

El miedo, el apuro o la fiebre no lo dejaron evaluar correctamente la situación, no: el soldado francés no lo persigue, el soldado francés huye, escapa, él también, de esa patrulla que no es la suya, ni es patrulla tampoco: son nada más que tres españoles de los más rabiosos acorralando a un soldado francés desarmado. Solo y desarmado.

Lo que se narra a continuación, Hipólito Charles lo contempló en detalle desde su pestilente posición de privilegio, a menos de dos metros de distancia, invisible y seguro, pero con la trémula calma de un roedor.

Ya contra el último muro, el soldado francés, agitado y asustado,

tiembla.

Salta con su mirada de un español al otro sin detenerse en ninguno, y tiembla.

Los tres españoles, abiertos en arco, lo rodean y lo encierran, no le dan salida.

Hay un segundo, menos, durante el cual, los cuatro inmóviles, parece que hasta el aire se detiene, y luego sí, silban las tres navajas, y el resto fue como una danza, casi bella, casi romántica, violenta y veloz, y del todo sensual. Charles lo vio todo.

Apenas comenzada la danza, el soldado francés ya perdió el muro a sus espaldas y quedó en el centro de la furia de los tres españoles que se movían como si bailaran y hablaban como si cantaran mientras el francés giraba perdido sobre su propio eje en un intento por defenderse, cuando empezaron las cuchilladas.

Con un par de chasquidos lo dejaron sin su camisa, y en menos de dos giros de los tres, le cortaron tantas veces el pecho, la cara y la espalda, que pronto pareció recién salido de una tina de sangre. El soldado francés lanzaba gritos cortos, secos y desgarrados. Y todavía estaba en pie cuando empezaron a pincharlo sin parar, una vez y otra vez y otra vez; giraba aquí, y le daban allí; se protegía de éste, y lo perforaba aquél; se defendía de aquél y de éste, y lo clavaba el otro. Gritaba cada vez más, pero ahora los gritos se le ahogaban en su propia sangre.

Cayó de rodillas, agitando sus brazos como si sólo peleara con moscas, listo, ya terminado, ya pronto para derrumbarse del todo si se lo hubiesen permitido esos tres españoles tan rabiosos, que ni siquiera entonces pudieron parar.

Le cortaron una oreja como se corta una lonja de jamón en la abundancia, y luego le arrancaron la otra. El soldado francés ya ni siquiera gritaba. Se quiso echar hacia delante, pero un puntazo en el pecho lo echó para atrás, y otro seguido en la espalda lo devolvió hacia delante.

Y así le daban y le daban mientras giraban y cantaban y mientras Charles lo miraba todo hundido en esa montaña de basura, que, bendito sea Jesús, los tres españoles no vieron temblar con su respiración entrecortada, con su temblor, con su miedo. Con los espasmos de su vergüenza.

El soldado francés por fin logró caer. Hizo *plaf* contra el charco de su propia sangre, y se murió.

Los tres españoles guardaron sus navajas y desaparecieron entre risas y juramentos.

Charles esperó un largo rato, pero temiendo que volviera la

mañana, antes del alba, salió y se fue. Aunque siguió respirando toda esa montaña de mierda hasta su muerte.

Capítulo 19

"El día que digas: "te quiero menos"*, será el último día de mi vida. Si mi amor fuese lo suficientemente vil como para querer sin ser querido, lo despedazaré con los dientes"*… Ésta era de El Cairo, del verano del 98.

Revolvía esas cartas como si buscase entre sus páginas toda aquella vehemencia, ese desborde, *Su enfermiza pasión, su saludable indiferencia,* o más aún, algo más cruel: los motivos, las razones, las claves del por qué y del cómo había perdido todo aquello… Recordaba sí, en cambio, imborrable, *cuándo* lo había perdido*:* la mañana exacta en que dejó de pertenecerse para pertenecerle. Puede incluso precisar el camisón que llevaba puesto esa mañana, puede oír los tambores, ahí, abajo, sus redobles apagados por el frío; y recuerda también cuando por fin Lo vio, cuando le fue revelado, cuando se alzó magnánimo y magnífico ante sus ojos, hermoso, alto, bello por fin... Recuerda que se hincó, y que lo adoró; que tomó su pulgar erecto –¡bendito sea!-, y que lo besó largamente, con devoción devoradora…

De esa mañana retiene todos los detalles: por fin ella también podía ver lo que todos veían en Él, lo que a todos fascinaba, lo Grandioso, la Perfección, el Eslabón Hallado al cabo de millones de milenios de seres y más seres surgiendo sobre sí mismos... allí estaba por fin el Hombre al cabo de los hombres, y ella era Suya. Fue verlo y cayó de rodillas, convertida, bañada en lágrimas, disuelta a Sus pies, aferrada a Sus tobillos, arrastrada por Él, por Su pulgar apenas; y lo sube y lo baja a Su antojo, y se lo pasa por la cara, y se lo deja en la boca o se lo quita y la desboca y ella gime, jadea, sedienta, hincada, a la rastra, convertida como los otros. Ahora ella también podía verlo como lo veían todos, tan grande y tan alto y tan hermoso como era; ahora sí, recién ahí -mientras abajo a pocos metros redobla la muerte, mientras Hipólito Charles se mea en sus propios pantalones, mientras un cabo ajeno a todo ordena en un grito *carguen y apunten*-, recién entonces ella advertía Su belleza distinta y superior de humano más que humano. Ahora que bajaba y besaba Sus pies como debe besar una perra los pies de su amo, recién ahora apreciaba en detalle el cincelado jónico de Sus gemelos, la regia tensión de Sus tendones y ligamentos; Sus rodillas, tan bien esculpidas, ¡Sus muslos!… Escaló con la lengua Su breve

estatura en toda Su inmensidad, y antes de llegar al abdomen se perdió entre Sus piernas, y besó largamente Su bello pulgar definitivo.

Imploraba Su perdón, pero más allá del perdón, siguió sobando, y lo miraba.

La boca llena, los ojos fijos en Sus ojos, embelezada por Su rostro (¡ahora ella también podía verlo como todos!); Su hermosísimo rostro tallado para la posteridad, para que las generaciones incontables lo mirasen y admirasen por lo siglos de los siglos sin amén que lo corrompa, que lo arrugue ni lo marchite… ¡Por fin podía verlo ella también! Y sobaba Su pulgar, y lo miraba: Su rostro allí en lo alto como un paisaje del cielo; Su carita de niño eterno, de virgen macha, de angelito feroz adornado por un par cuernos, y otro par de cojones… ¡Qué estupendo animal! ¡Qué criatura más bella, fuera lo que fuera! ¡Cómo no sobarlo, besarlo y adorarlo!... ¡Ahora ella también podía verlo!... Sobaba y sobaba.

Su dedo sacro por fin se levantó, se alzó, bien duro, bien parado, tieso, rígido, y sin embargo, piadoso. Y el Hombre fue sobre la Tierra.

Y en ese instante ella estaba ahí, a Sus pies, hincada, bañada en lágrimas, bebiendo lo que le dieran, Suya por fin, por fin enamorada.

Ese día, esa mañana exacta, perdió *su sana indiferencia, Su enfermiza pasión*, cómo no recordarlo.

No dejó de repetirle nunca que la amaba; que no había amado, ni amaba, ni amaría a ninguna otra mujer; que ella era *Su norte, Su estrella*, y esas cosas, eso es cierto, sí… Pero desde entonces, ya Suya, ya dominada, reducida y conquistada, dejó de importarle, fue devorada por Su ayer, como tragada por Su vida, y nada más siguió Su marcha, sin dejarla ni llevarla, por encima de su amor como a través de Europa; cada día más lejos, más grande, inmenso, ya imposible, borroso entre batallas, entre amantes y conspiraciones que ella pagaba una por una con la culpa, los celos, la soledad y el miedo…

¿Tal vez también Teresa escapaba de su piel marchita, de sus tetas viejas, de sus últimos coágulos, del espejo anticipado que le mostraba su invierno?... ¿Ella también?... ¿Era posible?...

Ni belleza ni juventud ni mañana, sólo soledad, decrepitud y olvido, le quedaban. Y el monólogo monocorde de Bompland, a través de las estaciones. Nada más le queda… Ah: y un imperio que no es suyo, y un palacio vacío, y una memoria suficiente saturada de muertos.

¿Dónde estaba Teresa?... ¿Quién la tenía?... ¿Dónde estaba Él, ahora, ahora mismo, mientras allí ella llora entre sus rosas?... ¿Y ella?... ¿Dónde estaba ella, ella misma, ahora?

"No soy un dechado de virtudes", se lo había avisado, fue lo primero que le dijo… ¿Qué esperaba? ¿Un hijo?... Le había dado los dos que tenía, no tenía más, no daba más. Ese verano cumpliría 45 años. Su carne empezaba a llover, pero esa lluvia no reverdecía el valle seco de su vientre. Le hubiese gustado que Bompland le explicase por qué. El buen Bompland parecía saberlo todo sobre riego, fertilización y reproducción... *¿Por qué una carne que llueve seca la tierra que toca, mi querido Bompland?...*

La verdadera soledad no es propia de la vejez, pero sí de la sabiduría. No se podía crecer, aprender, saber y no extraviarse en un silencio cansado, indescifrable, denso como una niebla por donde se perdían los otros, todos, todo… hasta el camino de regreso.

Ahora era tarde. Ahora miraba el cielo y esperaba la noche desde cada mañana. Sólo eso. Y la noche llegaba. Indeclinable cada día.

Y Él no estaba nunca. Ahora mismo invadía Portugal, incendiaba España, no estaba, no.

Pero pronto llegaría.

Indeclinable también.

Como la noche.

Capítulo 20

Con la excusa de la muerte del abuelo primero y de la abuela después; la casa pudo vestir un infausto silencio que de otra forma no hubiesen sabido cómo explicarle al pequeño Paul, argamasa final entre esas dos piedras que eran Céline y Laglais, el uno para el otro.

Ella de a poco acabó por encerrarse sola en su sola ilusión; y si acaso la compartía con el pequeño Paul, Laglais lo ignoraba. Delante de él, Céline simplemente callaba, o apenas refería los hechos cotidianos de la superficie de la vida, los quehaceres de la casa, el goteo de sus necesidades, en fin, el rechinar de las clavijas de la supervivencia… Pero miraba las cosas como a través de las cosas, casi parapetada desde una mueca incierta, de a ratos inquietante, que Laglais atrapaba a veces, y que ella escondía enseguida.

Ella al cabo se fijó la costumbre de ir al correo de Franconville cada viernes por la mañana, y volvía con el mediodía, más triste, más fuerte, y más distante. Y no precisaba decirle a Laglais que otra vez no tenía noticias de su gran Paul. Ella callaba, y él entendía. Y los dos esperaban. En silencio, tácitos, los dos pacientes, los dos esquivos.

Pues si Céline se había encerrado sola en su ilusión aparte; Laglais se encerró en su orgullo. Le dio miedo la tristeza y prefirió la vanidad de su dolor, y así el silencio se lo llevó también… Cada vez más seguido se inventaba cabalgadas a solas con cualquier excusa o ninguna, y escapaba al correo. *Si lograba anticiparse a la carta, si lograba interceptarla*, pensaba –planeaba-, *tal vez alcanzaría a matarlo sin que ella lo supiera nunca. Era su sueño. Después de todo, si había traicionado al Destino, y el Destino lo había traicionado, ¿por qué no traicionarlo de nuevo?,* Laglais no era hombre de pensar estas cosas… antiguamente.

Y es que al acabar ese verano de 1808, se cumplirían tres años sin noticias de su gran Paul.

Hubo complicaciones, pronto estaremos juntos, confía en mí.

Tres años.

Hubo complicaciones, pronto estaremos juntos, confía en mí. Te amo. Paul.

Laglais también se había aprendido de memoria aquella esquela. Y tres años después, no sólo la recordaba, sino que ella, aún, confiaba en su gran Paul, y lo esperaba. Encerrada sola en su ilusión aparte como en un cofre de acero trancado por dentro.

Y aunque todavía dormían juntos; de a poco dejaron de hablarse, de a poco dejaron de tocarse, y donde hubo fuego, ya todo era cenizas. Y un día ni el pequeño Paul supo cómo hacer para mantenerlos unidos. Ya sólo Hipólito Charles podía lograrlo. Los dos pensaban en él, con nombres variados, con rostros variados, con suertes y destinos desde luego variados; pero los dos pensaban, el día entero, las noches vacías, en Hipólito Charles, en Paul Galois, en él, sólo en él.

Pero antes de matarlo -porque él iba a matarlo, iba a encontrarlo y lo iba a matar (de ser posible soñaba con degollarlo)-, pero antes de cortarle la garganta de lado a lado, se juró que iba a preguntarle *por qué,* sólo eso*: por qué le había mentido, por qué la dejó esperando, por qué se la había quitado, por qué la abandonó si la quería y para qué la quería si no la quería,* y luego sí, luego imaginaba hundirle su puñal bajo la nuez, y llevarlo así, de un lado al otro, de ida y vuelta... Seguramente sangraría mucho, sí… moriría despacio, muy despacio… sin voz para responderle *por qué*, quizá… pero con tiempo para reflexionar, seguro...

Eso pensaba Laglais por las noches, sin poder dormir, con los ojos fijos en la oscuridad; mientras Céline a su lado, miraba la misma nada, pensaba y pensaba como pensaba Laglais… pero con ella, nunca se sabía en qué.

1808 hizo lo mismo que todos los años: alcanzó diciembre, y se acabó. Sin embargo el silencio siguió lloviendo. Primero los tapó a ellos dos, después a los tres, y de a poco deshizo la casa en su abandono callado. Otra tormenta rompió de nuevo el ciprés que rompió de nuevo la verja del huerto, pero que ya nadie se molestó en reparar.

El silencio llovió tanto, que al final también se lo llevó al pequeño Paul, y allí no quedó más que eso: el deterioro, el invierno, y esa espera como el agua; donde se hundían, mudos, los tres.

Capítulo 21

Muchas personas simples, pacíficas y asustadas dejaron Madrid aquella misma primavera; Hipólito Charles no era el único. Algunos, pocos, iban hacia el norte, hacia Asturias o la Galicia; otros, muchos, -como él-, buscaban el sur, Badajoz, Sevilla, Huelva, Andalucía; donde decían que decían que otras cortes y tropas inglesas protegían a las personas simples, pacíficas y asustadas -como él-, de los asesinos de Bonaparte.

Su pasaporte a nombre de Louis Feraud acabó en el mismo fuego que incendió Madrid la noche del 2 de Mayo. No lo precisaba, no le servía más, peor aún: podía delatarlo. Y además ahora llevaba un salvoconducto mucho más eficaz: su cartelito de *"zordomudo"*. Había perdido más dientes y otros kilos, y esa mirada vidriosa de su fiebre básica, le daban en su conjunto un aire de frágil mental, que aquél cartelito malogrado, coronaba para su fortuna. La gente parecía buena otra vez, le convidaban de su pan y de su agua; y lo trataban con esa ternura recia, imperativa, tan propia de los españoles, inédita para él, y reparadora. Ya no iba solo.

Avanzaba hacia el sur, hacia el mar, hacia la nada o hacia el África, y marchaba junto a las huestes inmortales de los pobres de siempre. Cientos de hombres, miles, con sus mujeres y sus niños, con sus carros y sus mulas y sus cositas y sus nadas, pacíficos, simples, asustados, hermanados por el temor y por la fuga. Ya no iba solo, y agradecía. Siempre había lugar para uno más entre los desheredados de la Tierra. Lo llamaron Juan, le dieron un cuchillo, trataron de explicarle que debía defenderse, que todo francés era un asesino, y que debía matarlo. Ya no iba solo, ni desarmado. Pero tenía un miedo nuevo.

Ahora temía que la fiebre lo traicionara una noche, que lo hiciera hablar dormido como sabía que hacía, y que todos a su alrededor supieran entonces qué clase de *zordomudo* francés era en verdad ese infiltrado… No encontró otra solución que amordazarse para dormir noches, y así cada noche, antes de acostarse, sin que nadie lo viera, se llenaba la boca con el único pañuelo –sucio- que tenía. En tal caso más difícil fue simular una sordera. Cualquier ruido, cualquier estallido (de esos que estallaban sin parar), podían delatarlo. Pero entre la fiebre y el miedo, se le ocurrió una idea no menos estrambótica que su estrambótica situación. Sólo precisaba otro estallido de esos que estallaban sin parar.

Antes de llegar a Toledo, tuvo su oportunidad y la aprovechó. Se oyó un estruendo no demasiado lejano, todos se arrojaron al piso, y él también, pero inmediatamente, se levantó con los brazos alzados al cielo agradeciendo entre lágrimas el milagro de sus oídos por fin destapados… Todos se maravillaron con él, y todos agradecieron; algunos, incluso, allí cayeron de rodillas rezando a gritos, mientras alrededor continuaba la guerra, se escuchaban los cañonazos como truenos al sol, se inauguraban nuevos incendios, se calcinaban casas, cosas y cuerpos; y ellos agradecían y oraban, y aleluya-aleluya, claro… gentes sencillas, asustadas, cada vez menos pacíficas.

Era el verano de 1808, iban por el camino de Toledo a Málaga. Marchaban y marchaban. Todos huían. Todos temían y se temían. Cruzaban pueblos tan pequeños, que ni siquiera existían todavía; y otros tan antiguos, que ya no existían más. Conforme bajaban, los días se volvían tan secos y calientes que el polvo que levantaban con su marcha se quemaba en el aire y los quemaba. Marchaban y marchaban, a cada paso más hambrientos, asustados y temibles.

Los hombres a su alrededor parecían buenos, pero también parecían los hombres que habían descuartizado a ese soldado francés. Los hombres sólo parecían los hombres. Españoles, ingleses, franceses, los hombres eran los hombres y mataban y se mataban y había que temerles.

Pero en todos esos años de escapar y temer, él había almacenado en su alma la suficiente cantidad de miedo como para proteger con él a toda la humanidad; no sólo a esos pocos cientos o miles de infelices que marchaban ahora a su lado.

Todavía pensaba en Josefina, en su extorsión, en Céline, incluso en la felicidad, y siempre, en Bonaparte. Pero el hambre, la marcha, el calor, la tierra caliente en los pulmones, sus mordazas nocturnas, todos esos españoles alrededor, las orejas extirpadas de aquél soldado francés, su charco de sangre, la montaña de basura en que se huele todavía, el día y la noche, el sol y el rocío, no le dejaban mucho tiempo para más. Empezó a olvidar.

Es decir, en la mecánica de sus obsesiones, Céline, Josefina, los 50 mil francos, Bonaparte, los ingleses, sus cartas, la extorsión, todo eso, aún relampagueaba sobre su mente como los estertores esporádicos de una vida terminada, ya cocinada por la fiebre; pero aún los veía… El resto, en cambio, lo olvidó por completo: sus tiempos de noble edecán, de oficial intacto, los días mejores, las mil y una noches de su juventud, su juventud, su infancia y su adolescencia, la suma de sus sueños, su sonrisa deportiva, el rumbo

que llevaba, quién era, o quién había sido; de todo eso, ya, no le quedaba nada: no quedaba él, (seguramente ya habrá advertido el lector que para entonces llevaba un largo tiempo sin jugar ni pensar en jugar). De alguna manera, el olvido empezó a ser como una segunda fiebre, que también se lo comía.

Igual tuvo suerte. A medida que se acercaban al sur se acababa el verano y el calor no consiguió matarlo. Al llegar a una ciudad cuyo nombre nunca supo, desapareció, simplemente, sin avisar ni despedirse, ya estaba cansado de sus compañeros de ruta, toda esa gente que parecía tan buena, y tan feroz. No sabía muy bien por dónde andaba ni cuándo era. Había entrado a Jaén, y eran los finales del otoño de 1808. Ya toda España estaba en llamas, y cada español era un soldado, y cada francés un enemigo. Se apartó de todos. Todos eran temibles.

Siguió hacia Cádiz, de nuevo rumbo a Inglaterra. Sólo que esta vez se veía tan cerca, que a cada paso se sintió mejor, más fuerte y más lúcido. Mantuvo su mudez, y mejoró el personaje: llevaba el maxilar inferior colgando, la boca bien abierta, y se la señalaba con el índice mientras emitía tristes graznidos guturales compuestos sin consonantes. La gente fue buena otra vez.

Llegó a Cádiz justo cuando el otoño se desplegaba y otro invierno se le echaba encima. Pero estaba en Cádiz, había llegado. Era el final de su fuga. Era libre. Ningún invierno podría derrotarlo ahora.

Había imaginado distinto el corazón de Andalucía. La ciudad de Cádiz, moruna y tomada, parecía un puerto colonial de esos que los ingleses tenían por todo el mundo. Acostumbrados a pisar cualquier suelo como si fuera propio, los soldados británicos iban y venían por sus calles armados pero confiados, bebían y reían en sus bares, y el Gran Ejercito francés estaba tan lejos, que hasta parecía irreal.

Era libre por fin.

Ahora sí que había escapado a Su largísimo brazo.

Lo había logrado.

Un espasmo vital lo sacudió desde el alma. Recordó todo. Incluso las fechas: en pocas semanas se cumplirían nueve años desde que había empezado a huir. Nueve años desde la nochebuena fatal cuando recibió aquellos tres reyes y aquellos tres muertos. Vio la calle, su hotel, aquella madrugada; recorrió de ida y vuelta otra vez los puertos del norte; la vio a la señorita Brígida; a Céline y a Josefina, a Boinasse, y hasta al despótico bretón que lo empleó en Bethume; volvió a El Havre, a Le Treport, a Fécamp, a su días de estibador, de profesor de historia, de vendedor de telas; lo vio a

Bullot pero no temió porque ahora sí que lo vio muerto, boca abajo, acuchillado; se le cruzó el doctor Pomposo y cada uno de los incautos que estafó con sus tónicos; vio de nuevo a la buena mujer de la que huyó despavorido en Port Vendrés, y a los gendarmes de la frontera, y al soldado francés y a los tres españoles y sintió el hedor de la basura y sintió que todo eso, como la fiebre, ya no existía más. Lo había logrado. Era libre.

Pero aún era francés; y en ese momento, y en ese lugar; ser francés era una pésima ocurrencia.

No dejó de *ser* mudo por temor a su acento; pero en vez del cartelito con la zeta, escribió su nombre, su desgracia y procedencia en un pedazo sucio de papel que él le enseñaba a todo el mundo como si fuese un pasaporte: *Juan de Toledo. Mudo*. Y tal fue su nombre, condición y destino.

Cuidaba su descuidado aspecto porque sabía que ya no iba a lograr ningún otro tan inofensivo. En harapos, delgado, sin habla, resultaba insustancial por las calles de Cádiz, tan ajetreadas, tan nerviosas y susceptibles. Estorbaba, molestaba, ensuciaba, pero no preocupaba… Era sólo un mísero minusválido, medio loquito -porque la miseria es una especie de locura-, pero básicamente inofensivo. Su sonrisa desdentada, sus pacíficos modales, y su mirada estúpida, fueron su bendición, su fortuna y su coraza. Como quien impedido de ahogare, acaba respirando bajo el agua.

Y nada como la derrota si se quiere conocer a los demás. La gente no era buena, pero estaba llena de culpas. Pequeñas y grandes, eternas, antiguas, inmediatas, reales o no. Sólo había que saber detonarlas, cómo y cuándo. Por unas pocas monedas, espantaban la miseria de sus vidas. Siempre algo le daban. La gente no era mala, pero estaba llena de miedo. La habían asustado mucho. Él podía entenderlos, claro. Perfectamente. No había quizá nadie mejor en el mundo para demostrar lo que el miedo hacía con la gente. El otrora edecán del general Lecrerc, el atractivo, simpático y refinado teniente de húsares Hipólito Charles, poeta y soldado, delicioso conversador, jugador y juerguista; allí iba reducido a un mendigo tullido, miserable, traidor y asesino… La gente no era ni buena ni mala, sólo trataba de sobrevivir. Como los animales, se dijo, pero movidos por la culpa y asustados por sí mismos.

Sin embargo en los confines de la desdicha también hay alegrías. Ya entre los colmillos de otro invierno, un buen cura de Cádiz -un joven sacerdote que aún creía en lo que decía-, le dio cobijo en su parroquia, abrigo y comida junto a otros muchos desgraciados como

él, despojos de la suerte a quienes Dios recogía entre los muros helados de sus templos. Pero otra vez tampoco el frío consiguió matarlo.

Sopas aguadas, guisos fortuitos de *algo más vaca que carnero,* y mantas masticadas por sus propias pulgas, lo mantuvieron vivo a través del invierno, y para fines de marzo de 1809, todavía las gentes de Cádiz veían mendigar por sus calles al bobo bueno de Juan, el pobre mudo de Toledo, agradecido...

Voluntarioso aunque torpe, servicial casi servil, con su mudez y sin sus dientes, quintaesencia de la penuria, nada más daba lástima. Por encontrarle alguna excusa a su existencia, el buen cura que lo había acogido en su parroquia, terminó por conseguirle también un empleo. Lo mandó como sacristán a un pueblito cercano que se llamaba San Roque, a la iglesia de Santa María Coronada, donde había un cura párroco que no podía con todo… Y allí fue a dar con sus babas el bobo bueno de Juan, a prender y apagar cirios sin más destino después, a limpiar y lustrar santos, vírgenes y bronces hasta que un santo día el Señor lo recordara y recogiera en su infinita misericordia…

Por supuesto él tenía otros planes, distintos y mejores, y hasta llegó a pensar que esta vez Dios estaba de su lado cuando llegó a San Roque, y encontró ese regalo del cielo: aquella iglesia y sus feligreses, y ese cura tan borracho tan temprano. Ni en los mejores delirios de sus fiebres más altas hubiese imaginado un lugar más seguro para esperar al *enviado* de Josefina con sus 50 mil francos. Era el lugar perfecto. Apenas entró, caminó hasta al altar y se hincó agradecido.

Ahora sólo debía esperar, callado, mudo, quieto, atento, su redención: su dinero.

Una vez ya en sus manos los 50 mil francos, caminaría de nuevo sobre la Tierra igual que Lázaro: erguido...

Volvería a mirar a los demás sin miedo, sin vergüenzas, a sonreír sin patetismo -aunque sin dientes-, a vivir otra vez. Resucitaría. Todo iba bien.

Aquella iglesia, ese regalo de los dioses, era una señal divina. No había nada que temer. Era libre, y había encontrado sin buscarlo el lugar perfecto donde coronar con la victoria su extenuante campaña. Santa María Coronada. Le juró a la virgen su devoción eterna.

Después de todo los curas decían la verdad, allí estaba él para probarlo: había robado, fornicado y vuelto a fornicar con la mujer del prójimo; había mentido, traicionado, envidiado, codiciado y

matado; y a cambio allí recibía su gloriosa recompensa. Los curas tenían razón: *Dios vomitaba a los tibios.*

Una vieja feligresa lo condujo hasta su cuarto, le explicó sus horarios -le contó sin contarle algunas otras cuitas sobre el padre Simón (*no sólo bebe*, subrayó palaciega la vieja)- y apenas quedó a solas, comenzó a labrar la última carta que iba enviarle a Josefina. Ya sin ningún miedo ni más seudónimos.

Su Alteza Real, Josefina de Bonaparte:

Debería bastaros el encabezamiento y la firma para comprender que ya me encuentro a salvo, fuera de Francia, y entre los enemigos de tu marido…

Capítulo 22

La princesita tenía 18 años y era una virgen por completo apetecible.

Ya la había evaluado oportunamente. De estatura a Su par, pulposa y de buenas caderas, los pechos grandes, firmes, toda su carne gloriosamente nueva, y un rostro aniñado, ingenuo, de mirada curiosa, entre perdida y perversa.

El emperador ya la había evaluado oportunamente, claro. Inmejorable naturaleza y estupendo pedigrí: su madre había parido trece hijos, su abuela dieciséis, y veintiséis su bisabuela. Él sólo precisaba uno. Pero uno real. Que bastardos ya tenía como para armar otro ejército.

Evaluada por completo, y por completo apetecible; la joven archiduquesa María Luisa de Austria, sobrina de la guillotinada María Antonieta, hija del emperador de Austria Francisco I°, nieta de Leopoldo II° -emperador de lo que fuera el Sacro Imperio Romano Germánico-; descendiente de la Casa de los Habsburgo -la más antigua de las casas reales de Europa-, exactamente eso necesitaba Él: tierra fértil regada por sangre noble, y un par de gotas de Su semen único. Entonces tendría Su hijo como Dios tuvo el Suyo con Su propia virgen.

Terminaría de tomar España. Iría Él, personalmente, si es que sus ineptos mariscales no dejaban de cacarear espantados por ese *Wesleyley de hierro* o como se llame que le llaman a ese cretino británico que se cree gran cosa por haber devastado la India. Europa no es la India ni una isla, por mil carajos. Nunca ha visto la Tierra, ni Wesleyley ni nadie, un ejército como el Suyo. Terminaría de tomar España incluso contra aquellos borregos de sus propios habitantes, que incapaces de entenderlo, aún preferían el yugo de los ingleses a las cadenas de Su libertad. Terminaría de tomar España aunque tuviese que requisar uno por uno todos los cuchillos que decía Su hermano que ahora llenaban el aire. Terminaría de tomar España aunque tuviese que recurrir a Su bonito Alejandro de todas las Rusias. Con un ejército de los dos imperios ya no quedaría ningún otro imperio desde el Atlántico hasta el Atlántico. Si España era Suya, Inglaterra era abolida.

Sólo precisaba un hijo.

Real de sangre real, no bastardo de sangre bastarda.

En el otoño de 1808 entra por fin en España al frente de 25 mil hombres. Se lanza sobre Burgos y sobre Madrid, le devuelve la corona a Su hermano José, los españoles huyen, dejan la ciudad, se espantan, y se organizan. No se rinden ni los vence. Huyen y se ocultan como replegados bajo la tierra. Pues irá a por ellos hasta el centro de la Tierra si hace falta. Terminará de tomar España aunque cueste las últimas gotas que le quedan a las venas de Francia.

Después de todo sólo trata de explicarles a los humanos de qué se trata exactamente el *Sistema Continental*, el final de Inglaterra.

Es todo lo que le queda: Inglaterra.

Después no queda nada.

Precisa un hijo si no quiere que el vacío lo suceda.

Arroja más hombres contra esa Península brava. 50 mil, 70 mil, 100 mil, 200 mil. Los ingleses suben desde el sur, y Él baja desde el norte. Aquí y allá, se topan y se embisten.

Sir Arthur Colley Weslleley, se llama ese general. Ahora Él también se aprendió bien su nombre. Se lo grabó en julio de 1809, cuando el futuro duque de Wellington vence a Sus ejércitos en Talavera la Reina, acabando con un invicto que parecía eterno, y cuyos ecos redoblaron por toda Europa como las campanas urgentes de un ocaso inesperado.

Tanto y tanto redoblaron, que en Francia lo dieron por muerto, y decidieron suplantarlo.

A Él.

Sus ministros Fouché y Talleyrand, su mariscal y cuñado Joaquín Murat, su propia hermana Carolina, están involucrados en la conspiración.

Serpientes.

Deja 300 mil hombres en España y se vuelve.

Hienas.

Josefina tenía razón.

Pero Josefina está seca.

Revisa de nuevo: trece hermanos, diecisiete tíos, veintisiete abuelos, dieciocho años, sangre real, piel nueva, carne firme, generosas ubres. Eso precisa, no una perra vieja, sin dientes, mordida por todas partes, y yerma como las piedras volcánicas de Su añorada Córcega.

Pero Josefina tenía razón. Sabía lo que Él quería, lo había entendido siempre, y aunque lo había lastimado mucho -y lo había engañado demasiado-, Él no dejaba de amarla, no sabría cómo, todavía era *Su norte*, *Su estrella*. Lo protegía. Era lo único en la

Tierra que podía protegerlo.

Supersticiones de corso.

Ninguna batalla había sido tan difícil.

Peleaba contra Su propio imperio, contra Sí Mismo, contra el Destino. Eran Sus deseos contra Sus ambiciones; Sus principios contra Sus objetivos. Peleaba obligado a perder Su pasado o renunciar a Su porvenir. Atrapado entre la espada de Su vida, y la pared de Su destino. Era Él contra él.

No fusila a nadie. Llega a París a finales de ese verano, y los perdona a todos. (No los perdona, los precisa). Elige creer sus lastimosas mentiras y los deja vivir para ver cuándo lo matan. Está harto. Solo. Esta vez ni *Su estrella* puede ayudarlo. No fusila a nadie. Ha matado demasiado. *Mejor procrear*, se dice.

Pide un coche, Su Guardia, cruza París bajo la lluvia, cae la tarde, es el ocaso, empieza el otoño, se dirige a la Malmaison, va a concluir *esa* batalla, la batalla más difícil de su vida.

Oye doblar unas campanas, pero es Notre Dame, no Talavera la Reina. Piensa en Talavera la Reina; en ese Sir Weslleley y en la impericia de sus mariscales; pero piensa también en la primera vez que la vio, en sus hijos de ella ahora Suyos, en *su delta sedoso del valle de éxtasis*, en los días felices cuando *alcazaba el país de la miel…* y en Hipólito Charles, también, cómo no; y sin embargo, en ese instante, en el trayecto, mientras cruza París bajo la lluvia, aquella rata era algo más y mejor que un mal recuerdo: era más bien una excusa, un justo motivo, una especie de razón que le daba cierta razón a toda esa locura. Llovía demasiado. *No podía ser de otra forma*, se dijo al llegar. Era el final. Sintió miedo. Algo más raro que el miedo, pero que no conocía tampoco.

Capítulo 23

La carta temblaba entre sus manos mucho más de lo que hubiera temblado entre las manos del viento.

Su Alteza Imperial, Josefina de Bonaparte:

Debería bastaros el encabezamiento y la firma para advertir que ya me encuentro a salvo, fuera de Francia, y entre los enemigos de tu marido. En otras palabras: ya no preciso tu ayuda, ni siquiera tu dinero. Por todo lo cual os sugiero que toméis este último llamado mío, como un favor postrero de la amistad que tantas veces despreciasteis.

Entendedlo: no me quedan motivos para seguir esperándote. Si no tengo 50 mil francos en mis manos antes del próximo primero de julio, mis "nuevos amigos" doblarán el precio.

Estas son mis instrucciones, y no equivoquéis ninguna:

Vuestro enviado deberá ir a España, hasta un antiguo pueblo cerca de la ciudad de Cádiz llamado San Roque. Allí encontrará la iglesia de Santa María Coronada, donde deberá preguntar por "Juan de Toledo", diciendo que viene de parte de "doña Constanza". Así dará conmigo.

Os sugiero no intentéis engañarme porque lo lamentaréis. Y os exijo que la persona que enviéis supere los 60 años y no los 60 kilos. De lo contrario, mi próxima carta irá directo a la Malmaison, y las vuestras a mis nuevos amigos.

Recuerda: ya no me quedan razones para esperarte, ni para temeros.

Amistosamente

Hipólito Charles

PD: es el final

La carta temblaba entre sus manos mucho más de lo que hubiera temblado entre las manos del viento. Charles estaba a salvo, junto a los ingleses o no, pero evidentemente protegido. Había salido de Francia, estaba en territorio enemigo de Bonaparte, daba como domicilio una iglesia, y además el tono, la calma y la seguridad que evidenciaban otra vez su tono, y esa posdata: *es el final*. Era el final, sí. La carta entre sus manos temblaba tanto, que parecía viva pero herida de muerte.

Y no temblaba –ella-, por la sorpresa o el desconcierto, ni

siquiera por miedo. Estaba preparada, desde hacia meses, años quizás que venía preparándose, y había llegado la hora de la acción, del todo o la nada, y sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Por eso temblaba, ningún desconcierto.

Estaba lista, ansiosa, no aguantaba más. Llevaba meses, años, esperando ese momento. Alguna vez había confiado en la suerte o en la muerte para librarse de su extorsión, incluso un milagro llegó a esperar, le rezaba a su *buen diosito* por una solución divina, por despertar una mañana y descubrir que todo había sido sólo un sueño -una de esas pesadillas que la perseguían desde la infancia, y que la azotaban en su adolescencia, y que en su juventud supo cambiar por el vacío de las orgías para cruzar sin miedo sus noches-; pero no, esta vez no despertaba nunca ni dormía más. Charles desaparecía y volvía a aparecer, y cada vez que aparecía parecía más desalmado, más frío, más desesperado… ¡Cuánto error, y todo suyo!

Había llevado el juego demasiado lejos por estúpida por vanidad, por estúpida ella, por aburrimiento, porque su marido no estaba nunca -y cuando estaba era peor-; porque la vida se le iba y no se había dado cuenta -y cuando se dio cuenta descubrió que no podía detenerla y que ya no volvería ni un minuto de todo lo vivido-, porque se ahogaba, y porque… No debió escribirle nunca, seguro, ni siquiera aquella primera esquela para advertirle que su vida corría peligro… Traidor, ingrato… cobarde…

También era su culpa, es cierto, y no lo olvidaba. Pero ella sólo quiso ayudar, y luego, bueno… su fragilidad, su debilidad de siempre… su estupidez… Pero aún así, en su precaria concepción de lo que era -o debía ser- *la justicia divina*, sentía -creía saber-, que algo estaba mal, que no podía ser, que, sencillamente, había un error, y que su *buen diosito* se ocuparía de corregirlo. Seguro

Él y ella debían pagar, sí. Pero nadie más. Ella se había equivocado, y él había la traicionado. Nada tenía que ver nadie más. Así era. Y su *buen diosito* lo sabía. Sí. Ella se haría cargo de todo, y lo resolvería todo aunque lo perdiese todo. Así debía ser. No enviaría a nadie con el dinero. Iría ella, personalmente. Enmendaría su error. Nadie pagaría por ella. Sus pecados eran suyos. Estaba preparada. Y harta. Charles tenía razón: *era el final*. Llevaba meses preparándose. Años. Sólo esperaba *su* orden. Y ya lo tenía todo listo. El dinero, su equipaje, y hasta la posibilidad de no volver ni ver a sus hijas nunca más. Pero si volvía, si regresaba de Cádiz con todo resuelto, sería feliz. Se lo juró. Disfrutaría de la vida como no había hecho nunca, primero porque no sabía, después porque no la

dejaron, porque no podía, porque toda esta culpa, todo ese miedo, toda esa pesadilla, no la habían dejado. La buena noticia era que llegaba el final. La mala también.

Merced a los favores de un financista que no pudo resistirse a sus favores; cambió unos bonos -robados a su esposo (a un secretario de su esposo)-, por valor de más de 70 mil francos; y temprano una mañana dejó la casa a plena luz del día, embanderada en una vieja excusa de su vieja colección de excusas: dijo que se iba a visitar a su anciana tía Clotilde de Orly, y allí partió como si nada, ajena a cualquier otra cosa que no fuera su peinado y sus enceres, sin demasiado equipaje y sin despedirse de su esposo. Contenta incluso. La Teresa de siempre.

Capítulo 24

Tal vez por entonces Roma ya pagara traidores, pero el Destino jamás.

La última carta de Charles la recibió directamente Céline. Llegó al correo de Franconville un día jueves, y el viernes, como todos los viernes, Céline pasó por allí antes que nadie. Laglais no pudo interceptarla, anticiparse, matarlo. No tuvo esa suerte, esa chance, no era su destino, simplemente.

Su gran Paul por fin la mandaba llamar. Sus *complicaciones* se habían resuelto, y los mandaba llamar, a ella, y a su hijo.

Estaba en España, en un pequeño pueblo llamado San Roque, muy cerca de Cádiz. Ella sólo debía llegar hasta allí, hasta la iglesia de Santa María Coronada de San Roque, y preguntar por Juan de Toledo. Seguramente ese hombre la llevaría hasta su gran Paul, o le diría dónde estaba... No debía preocuparse, sólo obedecerlo: seguir sus instrucciones. Partir rumbo a España, a Cádiz, a San Roque, a la iglesia de Santa María Coronada: *el niño, ella, y nadie más.*

Los mandaba llamar.

Al fin.

En el breve trayecto entre el correo y la casa, Céline recuperó la juventud. Sus mejores fantasías, no eran, después de todo, meras fantasías. El amor existía. La felicidad era posible. Entre el correo y la casa, imaginó la dicha eterna, y la mejor manera de sacarse a Laglais de encima.

No sería fácil, lo sabía, y no lo fue. En ningún momento pensó en ocultarle la carta, ni la noticia: su gran Paul le había escrito y la mandaba llamar. Así estaban las cosas ahora. Su *"marido"* había vuelto. *Reaparecido*, bueno, tanto daba. No había mucho que agregar.

Por supuesto Laglais la convenció de ir con ella hasta asegurarse que se encontrara con él. Su *marido* estaba en España, y España estaba en guerra. El camino era largo y peligroso; y en tales circunstancias, de ninguna manera, podía él permitir que fuera sola ¡y con el niño!

Céline aceptó. No sólo estaban los riesgos y las complicaciones propias de un viaje tan largo, en tales circunstancias, y hacia una zona en guerra; sino también, le explicó Laglais, estaban los gastos del viaje –que él podía solventar y ella no-; y eso suponiendo que

sólo fuera cuestión de dinero, porque además debía cruzar una frontera, y ni ella ni el niño tenían pasaporte ninguno; y por mucho que ella no pudiera comprender qué cosa era un pasaporte, las autoridades de un lado y del otro se lo exigirían igual… Total, que sólo con Laglais, con su protección y su dinero, llegaría más rápido a donde tanto quería llegar. Laglais se lo explicó, y ella aceptó. Podrían moverse en diligencia de tramo a tramo ganando tiempo; comprarían un carro y caballos de posta, si les hicieran falta; y una vez en la frontera, si el paso se complicaba, él podría apelar a ciertos *privilegios* personales de los que nunca le había hablado todavía, *pues no le gustaba alardear*. La convenció.

Partieron al alba de un día de verano que ardió antes del mediodía. En diligencia, en coche, en carro, o a caballo, en lo más rápido que encontraran a su paso, corrieron hacia él ansiosos los dos por terminarlo todo cuanto antes. Hartos. Con el niño entre ambos como un último lazo, como el único eslabón que les quedaba o los cuidaba.

Viajaban y viajaban sin parar ni decirse más que lo imprescindible. El pequeño Paul tampoco decía nada. Con siete años -casi ocho-, se había vuelto un niño callado, siempre con el ceño fruncido y la mirada compungida como un hombre que ya supiera la vida. Pero era un niño muy valiente, y aunque su edad le impedía comprender en detalle la trama de los hechos, sentía los hechos, y también quería el final. Ninguno de los tres decía nada. Volaban.

De Franconville a París, de París a Poitiers, de Poitiers a Limoge, y de allí a Toulouse. Para a fines de agosto, alcanzaban la frontera más o menos a la altura del Monte Perdido, por donde Laglais –cuyo regimiento había estado alguna vez de maniobras en la Cerdanya-, creía recordar un paso más o menos oculto, posible y despejado. Creía. Pero el Gran Ejército hormigueaba sobre los Pirineos desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo.

No había paso tranquilo por ningún agujero.

Pudieron haberlos matado o encarcelado, pero lograron cruzar. Del lado francés bastó que Laglais llevase a un aparte a los gendarmes, y una vez a solas sacara a relucir por primera vez aquél salvoconducto con la *N* imperial que Él mismo le había dado. Del lado español, en cambio, hizo falta que Céline llevase a un aparte a los gendarmes, y una vez a solas sacara a relucir sus… Laglais y el pequeño Paul esperaron afuera. Los dos callados. Los dos iguales. Así lograron cruzar. Pero de aquél último silencio ya no volvió ninguno de los tres.

Entraron a España, bajaron los Pirineos, y se hundieron poco a poco en una guerra que recién comenzaba, y que ya se había tragado a miles y miles de hombres, mujeres y niños, como esos tres que iban ahí, esa mujer, ese hombre y ese niño, desprotegidos igual que tantos.

Cruzaron la frontera y cruzaron España. Laglais ya no era nada o casi nada. Su glorioso salvoconducto autografiado por Él, se convirtió en un peligroso secreto a medida que avanzaba y mermaban las tropas francesas. Se deshizo de todos su papeles, no dejó rastro de sí mismo, a no ser su pistola y su puñal. La pistola para defenderse, el puñal para degollarlo. Lejos de Francia, ajeno a su ejército, sin papeles, sin nombre, sin camaradas en quienes confiar, solo con esa mujer que no lo quería, por primera vez en su vida Laglais experimentó la inquietud que prodiga el desamparo.

Decidieron ser una familia otra vez. Míseros refugiados franceses que buscaban su lugar en el mundo lejos del *tirano atroz*. Tres más entre miles de refugiados que entonces ambulaban por toda Europa huyendo del hambre y de la guerra sin encontrar otra cosa que más hambre y más guerra por toda Europa. Eran franceses, sí, pero odiaban a Bonaparte. De Laglais ya no quedaba ni eso.

Pueblo a pueblo, cada vez se veían más soldados ingleses y menos franceses. Españoles había siempre, de un lado y del otro. Pero nada más inofensivo para todas esas tropas tan ocupadas en vigilarse y destruirse, que aquella breve familia aterrada. Se abrían para darles paso, y ellos agradecían sonrientes, humildes y temerosos. Y seguían su camino hacia el sur, hacia el final; cada vez más rápido, más urgidos, más callados los tres.

Llegaron a Cádiz en mitad el otoño, más o menos para la misma fecha en que llegó Teresa.

Todos juntos al mismo tiempo, sí.

No, ninguna casualidad, ni caprichos del cronista: el mismo Charles los había convocado, urgido él también, porque la vida cansa, la esperanza agota, y la desdicha desespera.

Capítulo 25

Teresa no tenía ninguna tía Clotilde en Orly, ni anciana ni joven, y su esposo lo sabía tan bien como ella. Pero así para su esposo, como para ella, esa era una de las excusas preferidas de su vieja colección de excusas, y tanto que, al cabo de los años, la anciana tía inexistente alcanzó a tener no sólo un nombre –Clotilde-, sino también un historial médico de enfermedades repentinas, y siempre gravísimas, aunque nunca mortales. Teresa debía socorrerla con frecuencia, y entonces se ausentaba durante días. No iba lejos (y jamás a Orly), más bien se perdía por ahí nomás, por París, en esa extraña dimensión que sólo habitaban ella, su etérea tía, y sus amantes.

Sin embargo esta vez el cochero la llevó efectivamente hasta Orly, y allí la dejó. Su marido sintió una especie de alegría cuando supo que tal vez después de todo fuera cierto que había una tía en Orly, y hasta jugó con la ilusión de que quizás se llamase Clotilde… Pero ya en Orly le perdieron le rastro para siempre; el cochero, su marido, y el mundo.

A partir de allí siguió sola. Llevaba dinero suficiente, así que se compró un boleto de primera en un moderno servicio de diligencias que cubría el tramo Orly-Nemours. Y se pasó todo el camino mordiéndose el llanto, aferrada a lo bueno de lo malo de su terrible situación: su matrimonio ya no existía; el vacío de los últimos años, había terminado. El esfuerzo cotidiano y constante de ser quien nunca fue, también. La pesadilla en que se había convertido su estúpido juego erótico con Charles, terminaría, ahora, en breve. Su amada Josefina no sería dañada. Su *buen diosito* pondría todo en su lugar. Ella era su instrumento.

En el camino se le ocurrió pensar que los curas decían la verdad -incluso los curas que fornicaban con ella-, y que *mentir era malo* y que también por eso pagaba ahora. Había mentido demasiado. De niña aprendió a mentirles a su padrastro y al padre de su padrastro, y luego a todos los hombres, y después y siempre a su marido; pero también le había mentido a sus hijas –para que nunca supieran qué clase de madre habían tenido-; y coronaba su culpa pensar que hasta le había mentido a Josefina, a su *hermana-madre-amante,* al único ser en el que sin embargo podía confiar, a ella también… No sólo le había ocultado su correspondencia con Charles después de

aquella prinera misiva, sino que también le había mentido cuando le contó que a que su abuelastro había matado a su padrastro y que ella había huido despavorida de aquél horrible viejo… todo eso era mentira. La verdad era que ella misma los había matado a los dos… Pero allí le juraba a su *buen diosito,* que, si la guiaba y la cuidaba y si le concedía la felicidad de volver junto a Josefina y a sus hijas; nunca más le mentiría a nadie en nada. Lo juró, y se lo juró. Su *buen diosito* no podía abandonarla, no.

Llegó a Nemours más animada, tomó un cuarto en uno de los mejores hoteles de la ciudad, se agasajó, ¡al fin sola!, con una buena cena en un muy buen restorante (divertida con la mirada de los demás comensales, distinguidos y atónitos por la bella dama sin compañía); y luego durmió después de mucho toda una noche entera. Y por la mañana no sólo se sintió nueva, libre, extrañamente libre (sólo era libre, nada más –ni menos-, pero por primera vez en su vida, ahí lo extraño); sino que una certeza inexplicable la eximía ya de toda duda y temor, ansiedad o angustia. El *buen diosito* estaba de su lado, sintió (la fe no es ilusión). Josefina no pagaría por su culpa. Mejor y más aún: todo sería resuelto y ya no quedaría en su alma ni siquiera la culpa.

Después de todo, ella también era inocente. Sólo había querido jugar, estaba aburrida, envejecía y era joven, y demasiado estúpida... *¿Pero tan cara debía pagarse la estupidez?* Si su *buen diosito* quería un culpable, allí lo tenía a Hipólito Charles. Él lo había arruinado todo, seguro. Él había traicionado a Josefina para después amenazarla y extorsionarla, él, Hipólito Charles, no ella, y por lo tanto, él debía pagar, no ella:.. Por eso no temía. Su *buen diosito* la guiaba sapiente *por el valle de las sombras.*

Aquella mañana en Nemours, de inmejorable humor, hizo compras, eligió ropas y calzados más cómodos –aunque no por ello menos sensuales-, se compró una maleta nueva y algunas otras cosas, cambió su peinado, alivió su maquillaje… se diría que rejuveneció. Y a juzgar por la reacción de todos los caballeros que la veían pasar, se diría que nunca en Nemours se había visto antes una mujer tan bella. Brillaba más que el día, y era un día estupendo.

Siguió en primera clase hasta Orleáns, pernoctó en el camino, en una posada aceptable; y un camarero de 20 años la satisfizo de manera también aceptable durante toda la noche.

Más joven aún, y de mejor humor todavía, siguió su viaje por la mañana, y para mediados de junio recién alcanzó Orleáns, sin casi preocuparse al comprender que ya no llegaría a San Roque en el

plazo impuesto por Charles.

Le escribió con sus códigos, firmando como *"el enviado de doña Constanza",* y diciéndole que estaba en camino, que llegaría cuánto antes, que el retraso era del todo involuntario, que la guerra y bla blá. Ante cualquier duda, el sello en el sobre refrendaba su contenido. Obediente, la dirigió a la iglesia de Santa María Coronada, San Roque, Cádiz, España, a nombre de Juan de Toledo. (Y le sonó a noble español).

En Orleáns compró más ropa, más cosas, precisó ya de un baúl, volvió a cambiar su peinado, y dio con una línea de perfumes y aguas carminativas, que no pudo resistir, se la compró completa. Llevaba mucho dinero. Pasó allí dos días y dos noches entre exquisitos restorantes, sobrios cafés, y más amantes de ocasión. En dicha oportunidad, se vieron beneficiados por la fortuna, tres caballeros: un vendedor de zapatos; un horrible sesentón conserje del hotel donde durmió -y que la sorprendió con su virilidad-, y un joven español, simpático y desaforado, traficante de armas… Luego siguió viaje, por supuesto en primera clase, en diligencia, hasta Limoges.

El mundo era infinito. La vida podía ser bella. Sólo había que viajar cómodamente, y descansar bien, y alimentarse y satisfacerse bien en cada posta. Y entonces la vida podía ser emocionante, llena de aventuras y romances como los folletines que leía a escondidas, y que ahora, a escondidas, creía protagonizar.

Todo lo que precisaba era arrancarse esa culpa del corazón, y a todos los hombres de su vida, y entonces también su vida podía ser maravillosa.

Estaba harta de los hombres, de todos los hombres: egoístas, mezquinos, cobardes, violentos, holgazanes, cochinos y mentirosos…

Si cumplía con su deber, con el mandato de su *buen diosito*, volvería con ella sin ninguna vergüenza, sin engaños ni culpas, y acaso un día, por qué no pensarlo, también Josefina podía ser libre, y entonces viajarían las dos juntas para siempre hasta caer rendidas al final de la Tierra, abrazadas, exhaustas, libres y felices, ya sin temor a la vejez, ni a la mirada de los hombres, ni a las otras mujeres: solas las dos y suficientes. Era un sueño tan bello como podía ser la vida.

Viajando mientras viajaba, se encontró sucesivamente en Limoges, Burdeos, Toulouse, Perpiñan, y de pronto una mañana alcanzó los Pirineos y esa frontera desdibujada por el constante ir y venir de tropas, de civiles y sospechas.

Pero no hay salvoconducto como la hermosura. Aquellos gendarmes, todos esos soldados, de un lado y del otro, detuvieron la guerra cuando la vieron, le indicaron el camino mejor, y dos caballeros españoles se ofrecieron para escoltarla por lo menos hasta Girona, hasta alguna posada más o menos digna, donde obtuvieron a solas su deliciosa recompensa. Los dos.

Si alguna ventaja guardaba sobre su propia ignorancia, era una relativa conciencia de la misma. Pero si algo sabía muy bien, si algo le había enseñado la vida desde muy niña, era que los hombres llevaban el cerebro entre las piernas, casi siempre colgando como una marioneta desalmada. Si se aprendían sus hilos, se manejaban sus vidas. Los hombres no eran más fuertes que el placer que llegaban a sentir, y al cabo del goce, caían vencidos, ya no respondían más, ni pensaban igual: satisfechos, extenuados, dispuestos a cualquier traición, jadeaban como degollados. Las mujeres no. Las mujeres no eran vencidas ni aún satisfechas.

Después de Gerona se adentró en la guerra; no en la masacre veloz de sus batallas, pero sí en la tensión constante de sus periferias. Cruzó ciudades y pueblos y aldeas aplastados por el silencio durante el día, y luego borrados por la oscuridad cuando la noche. Hombres y mujeres y niños ateridos por el miedo, desconfiados y sumisos, taimados, inquietantes. Era la guerra alrededor de la guerra: no la batalla y su tifón, sino la espera sorda, el futuro vacío, la muerte nuestra de cada día. Los hombres se habían vuelto locos.

Arreglaría sus cuentas con Charles y escaparía a América… Un apuesto oficial francés la había acompañado desde Barcelona a Tarragona; de allí siguió para Valencia con un refinado marqués que dijo ser de Castilla; pero a mediados de julio paseaba por Almería del brazo de un ganadero de Granada; y luego un oficial inglés, en secreto y de civil, fingiendo ser su esposo, la dejó en Almuñeca, donde embelezados ambos por sus playas y sus vinos, continuaron fingiendo su matrimonio durante dos noches más en un buen cuarto de hotel con vista al mar, a solas ya, innecesaria, apasionadamente… Y así continuaba, y así, se dijo, un día llegaría también hasta América.

Mientras tanto comenzaba agosto, terminaba su plazo, y recién iba camino de Málaga. Le preocupaba, sí, pero no dejó de escribirle a Charles desde cada lugar que pisaba, marcándole su marcha en el timbrado, explicándole su retraso, la guerra, en fin, los caminos… Le preocupaba, sí, pero sabía que la esperaría. Le llevaba 50 mil francos. Muchísimo dinero que él había esperado por muchísimo

tiempo. Esperaría un poco más. Lo sabía. Conocía a los hombres.

No temía. Atravesaba la guerra y la veía, pero la guerra no la tocaba. Parecía avanzar por un túnel de vidrio serena y segura entre el horror de los otros. Su *buen diosito* la cuidaba.

Llegó a Cádiz, sola, una mañana tan caliente de principios de setiembre, que el aire podía tocarse, y se astillaba.

Una francesa tan bella, en aquella Cádiz de las Cortes, tan poco después de Trafalgar, era un disfraz perfecto para un espía de *Boney*. Tan perfecto, que nadie la molestó. Se trataba de una peregrina angelical y devota, que en cumplimiento de una promesa, sólo quería llevar su secreta ofrenda a la iglesia de San Roque de Santa María Coronada.

Nadie la molestó, al contrario. Le indicaron el camino a San Roque, le dijeron exactamente cómo encontrar la iglesia una vez allá; y por supuesto, sacaban turno para acompañarla, cómo no… Pero ella prefirió seguir, es decir, explicó: su *buen diosito la acompañaba, la guiaba y la protegía*. No temía. Hacía calor. Respiraba nerviosa, pero confiada. Era el final.

Capítulo 26

Y tal vez fuera cierto que Teresa conocía a los hombres y sabía manejarlos. Al menos Hipólito Charles reaccionó y accionó tal y como ella lo había previsto. Ante cada una de las misivas del *enviado* -anunciando su llegada y explicando su retraso-, se enfureció primero, pensó en el dinero después, y decidió esperarla por fin. El timbrado de las cartas, refrendaba sus contenidos: el *enviado* y su dinero estaban cada vez más cerca: Burdeos, Toulouse, Perpiñan, Barcelona, Tarragona, Valencia, Almería, Almuñeca, Málaga, cada vez más cerca. En cualquier momento aparecería ahí. Debía estar atento, y lo estaba.

De alguna incierta forma, la fétida paz de aquella sacristía, se le metió en los huesos -sino en el alma-, y le transmitió cierto sosiego muy oportuno. Seguro ahora, alimentado, protegido, perdido el miedo; bajó la fiebre, levantó el ánimo, y se puso mejor. Más fuerte y del todo atento. Debía estarlo, y lo estaba. Él también se había preparado.

El padre Simón -párroco de aquella iglesia-, en verdad no respondía a otro dios que el dios de las botellas (y eso más allá de algunas otras debilidades que se permitía cada tanto con sus más jóvenes y fervientes feligreses, de esos que él mismo -ya desbocado por el vino, entre carcajadas fangosas-, solía llamar *"mis chupacirios"*). El resto de su tiempo terrenal, el padre Simón lo dedicaba a dormir sus resacas, excepto los domingos, cuando daba sus misas, bien aferrado al púlpito, a veces eufórico, a veces deprimido, pero siempre ininteligible. Rápido Charles lo manejó a su antojo.

Como todo universo poblado por humanos, aquella pequeña iglesia de San Roque, también tenía su infierno. Una jauría de mujeres mayores, devotas –y desde luego abstemias-, habían cercado al pobre cura con el sólo propósito de "recuperarlo", y hasta el vino santo de la misa le habían cambiado por limonada. Sitiado así, desesperado, perdido en el desierto de su propia sed, acorralado y solo en una lucha francamente desigual; la llegada del buen Juan de Toledo fue para el padre Simón más o menos equivalente a la Segunda Venida del Cristo. Mudo y bobo, el buen Juan de Toledo no le hizo faltar nunca su botella.

Como era de esperar, apenas lo vieron al cura tambaleándose de

nuevo por ahí, la guardia pretoriana de sus viejas sospechó del bobo Juan antes que de otro… pero se lo veía tan frágil, tan enfermito, tan creyente, y tan estúpido, que enseguida lo descartaron y consumieron lo que les quedaba de vida en buscar en vano al verdadero traficante… Pero desde entonces, mientras el padre Simón bebía o dormía -o convertía sus jovencitos-; Juan de Toledo, el bobo, el bueno, manejaba esa iglesia con mayor disposición que el Papa. (Que dicho sea de paso, a esa hora estaba encerrado en Fontainaibleu, secuestrado por Bonaparte, sin papel y sin pluma, endosando a Su nombre todos los poderes del Universo). Allí, en cambio, mandaba él: Juan de Toledo. Hipólito Charles.

Parapetado en su falsa idiotez y en su sacristía auténtica; cuando llegara *el enviado de Doña Constanza* allí no encontraría otra cosa, a simple vista, que un pobre mudo bobo, un montón de viejas locas, y un cura borracho. Ningún Hipólito Charles, ningún civil francés ex teniente de húsares, nada de eso. El efecto sorpresa, era suyo. Estaba preparado.

Para el padre Simón fueron días de gloria. Conforme se acercaba el *enviado*, más y más vino recibía en ofrenda. Algún tipo de bendición, de jubileo, estaba próximo; y lo gritaba en sus sermones, más eufórico que Juan el Bautista. El resto del tiempo dormía como Lázaro; y mientras tanto el bobo de Juan, laborioso, limpiaba y lustraba ese templo desde que él mismo abría sus puertas cada mañana, hasta que él mismo volvía a cerrarlas por las noches; puliendo vírgenes y candelabros; y atento a cada nuevo feligrés que apareciera con una pequeña maleta, con *más de sesenta años, y con menos de sesenta kilos*.

Claro que no sólo esperaba un hombre, sino también una mujer. Apenas recibido desde Orleáns el primer aviso del *enviado* probándole que estaba en camino con su dinero; decidió no esperar más -ya había esperado demasiado- y entonces le escribió a Céline. La mandó llamar.

Le dijo que la esperaba allí, en la iglesia de Santa Maria Coronada de San Roque, Cádiz, España; que trajera al pequeño Paul, que ya había *resuelto sus complicaciones*, que la amaba, que serían felices, y que ella también debía preguntar por un tal *Juan de Toledo*. Que por el momento no podía decirle nada más; que la esperaba. Que no tardara. Y que viniera sola: el niño, ella, y nadie más.

El bobo lo controlaba todo. Nadie podría sorprenderlo en aquella fortaleza suya, sacra, abierta, y sin embargo, inexpugnable. Sereno y protegido, de nuevo esperanzado, se puso cada vez mejor.

Más fuerte, más lúcido. Más confiado. Soñaba con su futuro limpio de todo su pasado, con su nueva vida y su familia… y sin embrago, por mucho que se esforzara y se desesperara, no conseguía el rostro de Céline. Su memoria luchaba con el agua del olvido, reconstruía sus facciones por fragmentos inasibles, sus ojos, la boca, su cuerpo… pero el olvido es agua y el agua deshace y se deshace... Buscaba los días en aquella casa, pero su mente disparaba imágenes vagas, inestables, perimidas… Habían pasado demasiados años. Ya no sería -no podía ser- una niña. Ya parecería una mujer, se dijo, toda una mujer, una hermosa mujer, una hermosa madre joven con su niño de siete u ocho años de la mano. *Eso* esperaba cada día: una mujer hermosa con su hijo, y un hombre viejo con su fortuna. Por eso quizá se confundió de esa forma, lógica y fatal.

El primer domingo de noviembre de 1809, muy temprano, apenas abrió los pórticos, aún antes de la misa de siete, aún antes de repicar las campanas llamando a los feligreses; mientras uno de los *chupacirios* preferidos del padre Simón lo ayudaba a vestirse; una mujer, sola, y muy hermosa, entró a la iglesia muy decidida, y fue directamente hacia él. Y le preguntó, en voz muy baja, y en francés, por *Juan de Toledo*.

Y él ahí, acaso encandilado por el alba, recién despierto o aún dormido, harto de tanto y todo, como aferrado a un espejismo, no le dio tiempo a decirle *de parte de quién venía*, y la abrazo emocionado; y al oído, en voz muy baja también -con el tono de alivio y de gracia que supone un milagro-, la llamó *Céline* y la apretó contra su pecho. Así comenzó el final.

Capítulo 27

Aquél domingo, como casi todos los domingos de su vida, el padre Simón fue resucitado a fuerza de mucho café negro mezclado con cenizas de nogal, la cabeza en remojo dentro de un cubo de agua con escarcha -si había-, y unos pocos y rápidos cachetazos que el bobo de Juan había aprendido a darle con la eficacia de un ángel. La misa debía comenzar. Ya todo estaba listo, incluso el sermón, cuyas parábolas inspiradoras, también le seleccionaba el bobo de Juan. Ese domingo, tan luego, había escogido un pasaje que creyó muy oportuno: *la ultima cena*, la traición de Judas, las promesas vanas de Pedro el Negador; el humano terror de Jesús frente al cáliz amargo del que sólo Dios se salvaba, y luego los romanos, el imperio, el látigo y la burla; en fin, todo muy lindo. Era su última misa y la quería así. Al cabo de su calvario y su cruz, antes de una hora, ascendería a los cielos de la libertad y la riqueza.

Era el domingo aquél cuando esperaba una hermosa mujer con un niño de la mano, y/o un anciano sexagenario con su dinero en su maleta; y en cambio llegó esa mujer hermosa, sin niño y sin maleta, pero preguntando sí por *Juan de Toledo.* Y Charles la abrazó, y la llamó *Céline*. Fueron segundos, menos quizás, ninguno de los dos tuvo demasiado tiempo para pensar. Era el momento de la acción. Teresa eligió creer que acaso esa confusión lo facilitara todo; y sin saber ni preguntarse quién podía ser esa tal *Céline*, con el mismo tono de apasionado alivio, lo abrazó, y lo llamó *Hipólito*. Charles advirtió su error, pero no se lo dijo. Jugó bien. Ahora la ventaja era suya.

Como pudo su mente, en la fracción de segundos que le dejó ese abrazo, ordenó los hechos; *leyó*, digamos -con frialdad profesional-, las barajas que tenía. Si esa hermosa mujer no era Céline, y en cambio sí sabía quién era él, pues entonces había sólo dos alternativas… acaso tres.

Una: esa hermosa mujer era el *enviado*, aunque el dinero no estaba con ella, pues ella ahí no traía más que una pequeña cartera de mano en la cual no cabían 50 mil francos, ni muchísimo menos. Y *dos*: esa hermosa mujer no era el *enviado,* y era, en cambio, su asesino: el sicario de Bonaparte que él había buscado y esperado durante todos esos años en cada hombre y en cada soldado que veía, para encontrarlo, al cabo, en una mujer, en una hermosa mujer ¡Perfecto!.. ¡Genial!... ¡Muy Suyo, cómo no!... La tercera

alternativa eran las dos primeras combinadas: aquella hermosa mujer era a un mismo tiempo el *enviado* y su asesino.

¿Acaso Josefina, en un acto de soberbia terminal había decidido matarlo en lugar de pagarle?....

El tiempo del abrazo terminó. Charles separó a esa hermosa mujer de su cuerpo, y la miró a los ojos, el rostro. Y sonrió. Otra vez la fatalidad era una mujer hermosa. Y la vio a Josefina mientras miraba a Teresa y pensaba en Céline.

Estaba preparado y alerta, y sin embargo fue sorprendido. Jugó rápido, precisaba tiempo. Los primeros feligreses se acercaban. Llevó a esa mujer a un aparte, y habló con ella sin dejarla hablar. Le preguntó si había tomado algún cuarto en San Roque, y ella asintió; él dedujo que allí tendría *su* dinero, y sin preguntarle más nada, en mínimos segundos apremiantes, le dijo cuánto la amaba, cuánto la había extrañado, y cuánto dinero estaba por recibir de un momento a otro, pero... pero resulta que allí mismo comenzaba la misa, y que él asistía al padre Simón, y que su repentina ausencia podía generar una gran revuelo, y acaso todo el pueblo saliera a buscarlo con la tenacidad moral y el desgano íntimo con que suele buscarse a un bobo de nadie perdido por fin… De manera que era mejor esperar a que terminara la misa, y luego sí: los dos juntos irían hasta su hotel, y allí él le demostraría después de tanto, cuánto la amaba todavía y cuánto la había extrañado mientras esperaban juntos al *enviado* y su fortuna… *su fortuna de los dos*.

Teresa nada más asentía o repetía su nombre alimentando la confusión: *oh, Hipólito, Hipólito*, susurraba en su oído, y por poco lo besa; pero allí los feligreses empezaban a llegar, y aún las campanas no habían doblado.

Las campanas de la iglesia de Santa María Coronada de San Roque, ese domingo, repicaron como nunca. El bobo bueno del sacristán parecía eufórico de pronto, afiebrado de nuevo, o rabioso por primera vez.

Tanto, tanto, tanto doblaron ese día las campanas, que nadie en San Roque consiguió seguir durmiendo, dejaron todos sus camas y sus casas, y sonámbulos casi, como las ratas de Hamelin, marcharon hacia la iglesia, aturdidos, poseídos o desesperados; como si después de esa misa, ya no hubiese más cielo para nadie.

Tanto y tanto y tanto doblaron ese día las campanas de San Roque, que hasta personas y familias que no eran de San Roque aparecieron allí ese primer domingo de noviembre. Por ejemplo, aquella hermosa mujer francesa; o esa familia de turistas, de viajeros o peregrinos, que eran lo que parecían ser a simple vista

Céline y Laglais y su pequeño Paul. Todos asistieron a esa misa esa mañana, como si fuera la última.

Céline, Laglais y el pequeño Paul, habían llegado a Cádiz el día anterior, el sábado. Durmieron esa noche en una pensión llena de soldados ingleses mintiendo ser pastores anglicanos expulsados de Francia por el villano de *Boney*… Aunque a decir verdad, no hicieron falta demasiadas explicaciones: el pequeño Paul funcionaba como un escudo que ni el mejor acero hubiese logrado. Su mínima presencia, los eximía de toda sospecha: eran sólo una familia de religiosos que nada más quería llegar al pueblo de San Roque, a la iglesia de Santa María Coronada… Cordiales y flemáticos, los soldados británicos les indicaron el mejor camino, y Laglais agradeció con pleitesía. Ya no quedaba nada de sí mismo, sintió mientras se rompía… Y ahora estaba allí: entrando en esa la iglesia con la sola esperanza de terminarlo todo.

Céline hubiese sido incapaz de dañar a papá Marcel. Sabía muy bien lo mucho que lo quería el pequeño Paul, y ella misma le había cobrado un sincero afecto muy parecido al cariño… Pero en cambio no veía ningún impedimento moral ni afectivo en matar al sargento André Laglais, maldito impostor que le había mentido a ella, a su hijo y a sus abuelos, durante tantos años… Por el contrario -y tan luego en nombre del pequeño Paul- sentía casi la obligación moral de eliminarlo. Su hijo no precisaba ningún mentiroso a su lado como ejemplo. En ese sentido, ya no tenía ninguna duda. Su dilema era *cuándo*, ni siquiera *cómo*.

Lo había descubierto (y sólo Laglais -en su derrumbe- no pudo imaginarlo), en una de sus tantas visitas semanales al correo de Franconville, cuando por primera vez el empleado le preguntó por *su marido*, el sargento Laglais, mientras se dibujaba con el índice, a través de la cara, su extraordinaria cicatriz. Así supo su verdadero nombre, quién era y qué; y por qué la ayudaba: *buscaba a su gran Paul ¿Por qué?* No le importaba *¿Para qué?* Para nada bueno, por eso ese inmundo sargento le había mentido siempre. Así lo supo o lo supuso. Pero desde ese día supo también que debía eliminarlo. Lo que aún no sabía era *cuándo*.

Usada, engañada, resentida por la traición, por el ardid, decidió utilizarlo ya sin ninguna piedad. Se valdría de su fuerza, de su dinero, y de sus posibilidades para encontrar a su gran Paul; y una vez logrado su objetivo, acabaría con Laglais. El *cómo* también lo tenía: pensaba envenenarlo. El problema era *cuándo*.

Alguna vez papá Marcel, asediado por las ratas del granero, había traído a la casa un poderoso veneno con el cual resolvió el

problema. Antes de partir, Céline había tomado una buena ración, para oportunamente echárselo en su comida. Aquél hombre tenía el paladar y la voracidad de un soldado: comía cualquier cosa, y mucho. Sería fácil. El problema era *cuándo*. *¿Durante el próximo desayuno? ¿Para el siguiente almuerzo? ¿En la última cena?*...

Pensó hacerlo ni bien llegaron a Cádiz, apenas quedaron a solas en aquel cuarto de pensión. Pero aún no habían encontrado a su gran Paul, todavía debían ir hasta San Roque, y decidió valerse de su protección hasta el final. Esperó. Apuró la partida, y esperó. Llegaría el momento y sabría reconocerlo. Estaba segura. Lo sentía. Ya no había dilemas ni dudas. Sólo la marcha y sus hechos.

Salieron de Cádiz aquél domingo antes del alba, todavía bajo la noche, los tres en dos caballos, fue lo más rápido que encontraron.

Llegaron a San Roque cuando más y más doblaban las campanas como felices de recibirlos.

Empezaba la misa.

Entraron.

Como una buena familia temerosa del Señor, se mezclaron y sentaron entre las otras familias, también temerosas.

La misa empezó.

El cura parecía borracho. A su izquierda había un monaguillo muy joven y muy feo, y a la derecha del padre, ahí por fin, su gran Paul: Hipólito Charles.

Céline tardó en reconocerlo (primero no pudo, después no quiso), pero al cabo lo admitió: allí estaba *su gran Paul*, vestigio de sí mismo, ultrajado por la vida, encarnando deshecho los sueños deshechos de la juventud, y aún así… aún así, se dijo, pensó, que lo amaba. No brotó de su corazón, no; pero puso tanto esfuerzo en sentirlo, que el sólo esfuerzo fue como el amor.

Laglais también lo reconoció. No por la cicatriz bajo el ojo, ni nada por el estilo, sino por los ojos de ella cuando la vio mirarlo. Palpó su puñal y su pistola. Sonrió. Ya no había ni habría más dolor. Las cosas recuperaban su sitio. *Cuídese de las putas, Laglais*. Volvía a ser un soldado Suyo. Era la hora de la acción y sólo la acción podía redimirlo de esa otra lucha que ocurría en su cabeza. Así pensaba Laglais.

Allí tenía su objetivo, le clavó los ojos: en la mira. Por fin. Allí estaba el fantasma, el espectro, el invisible: un triste saco de huesos para el cual no hacían falta puñales ni pistolas. Hizo crujir sus dedos justo en un bache de silencio de la misa, y se oyeron como el croar de diez fusiles. Una hermosa mujer, dos filas más adelante y a la izquierda, giró la cabeza para mirarlo. Reparó en su cicatriz, pero

aferró, en su cartera, su propia pistola.

Era una de las tantas cosas útiles e inútiles que se había comprado por el camino. Ésta se la había vendido para su protección aquél simpático español traficante de armas que había conocido en Málaga. Un *bibelots*, una joyita, una miniatura muy femenina, plateada con cachas de nácar, preciosa y letal. Le sudaban las manos. Apenas quedaran a solas, debería matarlo. Pensó en su padre y en su abuelo. (Bueno: en su padrastro y en su abuelastro, tanto daba). Sonrió con nostalgia. Recordó las dos *veces*.

Al padrastro, borracho, lo había llevado una tarde con promesas de altos placeres hasta un desfiladero más alto que sus placeres. Fue sólo empujarlo mientras se quitaba los pantalones.

Al abuelastro lo mató pocos días después, mientras dormía exhausto -y por supuesto, también borracho- al cabo de otra sesión de las suyas con ella. Le empezó a pegar con un palo de roble en la cabeza, primero muy fuerte, después menos, y de a poco más suave conforme su fuerza menguaba. Recordaba el ruido. Raro, seco, ahogado. Sonaba como una vasija de arcilla rellena de bosta y envuelta en un trapo cualquiera. Fue todo muy rápido, sí. Un mínimo segundo que duraba todavía. Demasiada sangre. Esta vez sería mejor, más limpio. El *buen diosito* la guiaba. En cuanto acabara la misa, irían a su hotel, o a donde él quisiera que fueran, y una vez tranquilos y a solas, sin testigos, le dispararía al pecho, al corazón. O a la cabeza. Más seguro a la cabeza, se dijo, se persignó otra vez; y allí nomás le juró a la Coronada su devoción eterna.

El padre Simón se cayó al piso. No estaba bien. El bobo de Juan lo ayudó a levantarse, tan solícito siempre; aunque ese día, advertían los feligreses habituales, el bobo parecía más bobo que nunca, embobado por aquella hermosa forastera de la tercera fila hacia la izquierda, a la cual no le sacaba sus bobos ojos de encima. La miraba fijo, enternecido y sonriente.

Pensaba asfixiarla o estrangularla con sus propias manos, o apuñalarla con un cortapapeles en forma de cruz propiedad del padre Simón, pero que él ya había guardado entre sus ropas. Luego de la misa, irían hasta su hotel. Si ella era *el enviado*, allí tendría su dinero, la mataría y lo tomaría. Y si no lo era, entonces era su asesina así que la mataría igual como había matado a Bullot, y luego escaparía por última vez, desaparecería de la faz de Europa. Ya lo había planeado todo. Con dinero o sin él escaparía hacia Algeciras, cruzaría a Tánger, huiría hacia América por África... No, ya no podría esperar a Céline, ni al pequeño Paul: las cosas se habían *complicado* de nuevo. Volvería a escribirles, sí. En cuanto

encontrara un lugar tranquilo, claro… Ni siquiera pensó que para entonces podía ser demasiado tarde, que a lo mejor Céline y el pequeño Paul ya estaban en camino hacia él; que así corría el riesgo de perderla para siempre, ni lo pensó… En ese momento sólo pensaba en esa hermosa dama de la tercera fila hacia la izquierda. Pensaba en amordazarla, o quizá estrangularla, o acaso mejor acuchillarla… En hacer el menor ruido posible, en eso pensaba el bobo.

Laglais, en cambio, pensaba en matarlo apenas salieran de la iglesia, allí mismo, en el tumulto habitual de los fieles después de la misa; delante de todos, sí: ya no le importaba más nada. Sabía que logrado su objetivo, le resultaría imposible escapar con vida. Apenas matara a Charles, fuera donde fuera, y como fuera, Céline lo denunciaría... Nunca lo había querido, lo sabía. La llamó *puta*, pero no se lo dijo. Miró al pequeño Paul con una tristeza que no merecía ni siquiera la muerte.

El latín del padre Simón, destrozado por sus propios hipos y sus eructos, sonaba como un lenguaje diabólico que no era preciso entender para temer.

Laglais estaba asustado. Había llegado al final del camino, ya no podía retroceder, y allí tenía, a su lado, lo único que había amado en su vida (por fin se lo dijo): esa mujer y ese niño; y sin embargo, sabía, en cuanto ese cura terminara con su parloteo, los perdería para siempre porque ya los había perdido. Sucediera lo que sucediera. Alzó la cara y clavó los ojos en el techo como si fuera el cielo, como si dijera sin decir *aparta de mí este cáliz amargo*.

El pequeño Paul no podía entender exactamente lo que sucedía, pero podía sentirlo, exactamente, en toda su gravedad. La voz del padre Simón era lo más terrible que había oído en su vida. Algo muy malo estaba por ocurrir entre todas aquellas personas sentadas y tan quietas y tan silenciosas y obedientes. De pie. Se pararon. Nos sentamos. Se sentaron. De rodillas. Se hincaron. El pequeño Paul no podía explicarle a nadie qué era lo que sucedía, pero sí podía sentirlo entre la bruma de los inciensos y el perfume cadavérico de las flores muertas.

Teresa se persignaba sin parar. Bajaba la cabeza, y oraba; inaudible, llorando. Pensaba en Josefina tan lejos, en sus hijas, y en todos los malditos hombres de toda su vida que nunca la habían dejado ser feliz. Ni siquiera intentarlo. Nunca. Desde su cuna hasta allí. Clavó sus ojos en Charles, y Charles tuvo miedo.

La vio llorar, y temió que se escapara. Con su dinero. Con su única oportunidad de salir de ese pozo de espanto en el que se

había hundido su vida alguna vez dorada. Allí estaba *el bobo, el mudo, el nadie*. Todos habían colaborado para enseñarle a odiar. Y lo habían hecho muy bien, cómo no. Ahora los odiaba a todos, y tanto, que ya ni siquiera les temía. Ahora todo lo que temía era que esa mujer despareciera con su dinero, con su única oportunidad de... En mitad del sermón hizo chillar las campanillas, y el padre Simón, desconcertado, perdido, se saltó la eucaristía y largó la comunión.

El estallido de los coros y los órganos sobresaltaron al pequeño Paul, y puso en alerta a los demás. Algo empezaba a suceder. Era el final. Laglais palpó su pistola. Céline lo miró sin mirarlo. Teresa volvió a persignarse mientras se encomendaba a su *buen diosito;* y Charles decidió mejor acuchillarla con aquel cortapapeles del padre Simón. Sería lo más fácil, y lo más silencioso.

Menos el pequeño Paul, comulgaron todos. Sostenido por sus dos monaguillos, el padre Simón repartió el pan de su cuerpo y el vino de su sangre, y todos tragaron. A su turno, Laglais clavó la mirada en Charles, y Céline en su Paul. Pero el bobo de Juan sólo tenía ojos para esa mujer tan hermosa, que por fin entonces detectó Céline.

Las dos mujeres cruzaron una sola mirada. Teresa no entendió. Céline tampoco.

El padre Simón remató la liturgia, alzó sus brazos al cielo, descompuso algunas frases más en un latín distinto, y a una sola señal del bobo de Juan, rompieron los himnos, el órgano y los coros, y se terminó la misa.

Despacio, arrastrando los pies, compactados en su propio murmullo, los fieles dejaron el templo, perdonados todos.

Amparado por la confusión, Charles desapareció sin que Céline ni Laglais vieran por dónde ni cómo.

Laglais les ordenó a Céline y al pequeño Paul que lo esperasen afuera, mientas él buscaba a papá Paul, pero por supuesto sólo el niño obedeció. Céline no había llegado hasta allí para dejarlo solo. Fueron juntos.

Pero no lo encontraron. Se metieron en la sacristía, anduvieron los pasillos de toda la parroquia, sus galerías interiores, bajaron y subieron el campanario, abrieron cada puerta que vieron, cada cuarto, y nada. Sólo se toparon con algunas viejas muy atareadas, y con el padre Simón, durmiendo como desmayado, todavía con sus hábitos, boca abajo sobre un catre. Charles, su gran Paul, había desaparecido.

Se apuraron en salir, y una vez en la calle, allí estaban todos: los

cien o ciento cincuenta devotos que habían llenado la iglesia esa mañana, sus mujeres y sus mantillas y sus abanicos y sus mejores vestidos y sus muchas enaguas; y los hombres erguidos, rectos, importantes en sus trajes, conversando sus negocios, fumando y mintiendo con sus conciencias recién lavadas; y alrededor sus infinitos niños, felices en su ignorancia, inocentes aún, pero ya todos dispuestos a ser como sus padres cuanto antes… y entre todos, y de todos, por allí se alejaba Charles, el bueno de Juan, ante la sorpresa y la sorna de los feligreses de San Roque, que por fin lo veían al bobo con una mujer… ¡y tan guapa por cierto!

Céline se clavó sobre sus pasos. *¿Quién era esa mujer?* El repentino ardor amargo de los celos le hizo pensar incluso que de verdad lo amaba todavía.

Laglais se detuvo con ella, y la miró. Expectante, casi sonriente: allí lo tenía por fin a *su gran Paul,* el mismo mierda traidor que *su Hipólito Charles*. Ahora ella también podía verlo.

Reaccionó y se puso en marcha, ciega, muda, despacio, cautelosa, fijos los ojos en él, en ellos, en la pareja, en su gran Paul y en esa hermosa mujer que iba con él ahora, cuando hacía tan poco él le había escrito diciéndole a ella que la amaba y la extrañaba y que la estaba esperando, y que… Tenía que haber un error, seguro. Tal vez aquella mujer, se dijo, fuera su hermana, o quizás una prima; o tal vez una benefactora que se ocupaba de los menesterosos como él; al fin y al cabo, esa hermosa mujer parecía muy rica y demasiado hermosa para un pobre sacristán enfermo y deshecho como su gran Paul –le dolió y se animó-, sí, seguramente estaba confundida, quiso creer, y casi lo consigue; cuando entonces *su gran Paul* y esa mujer tan hermosa, entraron juntos a un hotel, y de la mano.

Volvió a detenerse, y Laglais con ella. Otra vez expectante, pero ya no sonriente. El rostro de Céline había enrojecido, y se tensaba. Su belleza, estirada por la furia, desapareció. Laglais le miró los pechos. Subían y bajaban como a punto de explotar; no agitados, despacio, acompasadamente, en combustión… Toda ella parecía a punto de estallar, desolada, burlada, otra vez traicionada pero ahora por él, tan luego por él, por *su gran Paul*; que al fin y al cabo, allí estaba, valía lo mismo que el inmundo impostor del sargento Laglais. Todo valía lo mismo: nada. Así terminaban lo sueños de su juventud, que eran los únicos de su vida. *¿Por qué?*

Avanzó. Laglais con ella.

Entraron también al hotel, pero el conserje los detuvo. Céline le preguntó por el cuarto de la pareja que había ingresado antes de

ellos. El conserje, sobrio, negó toda información. Laglais lo tomó del cuello y le puso su pistola en la sien.

-- Cuarto 19, primer andar -escupió el conserje.

Subieron.

El conserje aprovechó para escapar.

16.

17.

18.

19. Cuarto 19.

Laglais echó la puerta abajo de una sola patada.

Tarde.

Entre el desorden completo de una pelea reciente, destacaba, tendida boca abajo, sobre la cama (el tronco sobre el colchón, las piernas por el piso), aquella hermosa mujer, bañada en sangre, con un cuchillo clavado en su espalda, y otras varias incisiones junto a la empuñadura. A su lado, de pie, Hipólito Charles, también bañado en sangre –aunque no suya-, apretaba en cada mano montones de billetes; desorbitado, desencajado, mudo de nuevo, con los ojos redondos de asombro como si hubiese despertado en ese cuerpo de repente.

Por un segundo -o dos, no más-, se miraron los tres sin entender muy bien nada: el desorden, el cuchillo, la sangre, el cadáver, el dinero. Miraban y se miraban. Céline miraba sin explicarse a la mujer muerta. Laglais miraba el rostro de Charles buscando todavía aquella marca bajo el ojo que había buscado tanto; y Charles, consumido por el desconcierto, sin entender quién era quién, miraba sin ver enceguecido entre relámpagos de otras visiones, otros hechos y otros muertos … Pero ese instante duró nada, un segundo, acaso dos, no más. Inmediatamente, se sucedieron varios movimientos, pero tan rápidos todos, que parecieron sólo uno.

Charles apenas giró su torso para mirarlos mejor, a Céline y Laglais –tratando todavía de entenderlos-, pero sin soltar los billetes, sin parpadear, perdido.

Laglais llevó su mano derecha detrás de la cintura, donde guardaba su puñal, y en el acto, inevitable, decorrió los faldones de su levita, descubriendo para Céline, la culata de su pistola que asomaba desde su pantalón.

En lo que fue un reflejo, Céline la tomó y le disparó.

Tarde también.

Laglais cayó, el disparo a tan corta distancia le entró por la oreja derecha, le voló la parte superior del cráneo, y lo arrojó dos o tres metros más allá. Pero para entonces ya había lanzado su puñal,

certero al corazón de Charles, quien sin salir de su asombro, aún de pie -y ni siquiera más desconcertado que antes-, miró el cuchillo, la empuñadura perpendicular contra su pecho, acto seguido miró a Céline, y con los ojos a través de sus ojos, antes de caer, alcanzó a preguntarle: *¿Bullot?* Luego sí, por fin se hincó y se fue de cara contra el piso.

En ese momento regresaba el conserje con una patrulla de gendarmes.

En San Roque ese domingo no se aburrieron ni las estatuas.

Pero en la iglesia de la Coronada, hasta muy tarde, quedaron las puertas abiertas, y sólo un ciego sobre sus escalinatas pidiendo limosna, y un niño de pie como un soldado, esperando a sus padres.

Capítulo 28

La lluvia era una muralla de vidrio que parecía levantarse desde la tierra como hacen las murallas, y no caer desde el cielo como haría la lluvia. Ella comenzó a llorar apenas lo vio bajar de Su coche, y también su llanto fue como la lluvia: una muralla de vidrio. Más cerca y más lejos, tronaba todo el cielo, se rompía. El llanto, la muralla o la lluvia –lo que fuera-, se alzaba o caía entre ellos, esmerilada y ruidosa, borrándolos a los dos. De un lado había quedado Él, y ella del otro lado.

Las columnas de la Malmaison temblaban como agotadas de sostener sus propios techos. Todo el palacio temblaba, y aún así, hasta él último y el más nuevo y el más insensible de los sirvientes de la casa, sabía que ese temblor no era producto de la tormenta ni del viento o la lluvia; ni tampoco se permitieron jugar con los alaridos del llanto de la señora -que retumbaban por toda la casa como relámpagos atrapados rebotando contra las paredes, por las escaleras, entre las columnas y por los corredores, abatiendo hasta el último silencio del último rincón de ese inmenso palacio, al fin y al cabo tan endeble-. No: no era el volcán desbocado de su pena, ni la tormenta afuera, ni el calvario adentro; ni siquiera Su lloro, Su terrible lloro de león malherido -agudo, sofocado, macho-, no, nada de eso. Era otra cosa lo que hacía temblar todo el palacio, estructura, cimientos y techos; *algo* que allí en esa casa, en ese instante, en ese mundo, nadie podía comprender aún; quizá ni siquiera Ellos (Ellos tal vez menos que nadie, encerrados ahí arriba, a solas con el final); algo que sólo El Tiempo lograría evaluar con la distancia, con los siglos de los siglos que fueran necesarios para medir con exactitud la violencia de ese sismo concentrado y total que estremecía la Historia; y del cual el palacio de la Malmaison, era apenas su epicentro.

Tampoco se terminaba el amor o lo que fuera, no se rompía un matrimonio, ni siquiera el matrimonio más importante del mundo; no era que se acababa la exitosa sociedad de la puta y el soldadito que llegaron a ser reyes; no, nada de eso hacía temblar la casa, la tierra y el cielo.

Estallaba la Historia, eso era.

Una grieta como un abismo hacia el cielo se abría sobre la superficie del Destino Humano, y ellos, Napoleón y Josefina, los dos, eran nada más los primeros en caer. De ahí los gritos, los alaridos, el dolor y el horror: tras ellos caería todo. Los dos lo sabían aunque los dos lo ignoraban. Por eso lloraban tanto.

Afuera y adentro de la casa y de sus almas, el llanto empezó a subir como la lluvia, y a taparlos. Ella le imploraba a ras del piso, y Él se arrastraba con ella… Entre las marejadas de su martirio no pudo no recordar la última y única vez que se había arrastrado así, por el suelo, tras Él, clamando por Charles, besando Su pulgar inquisitivo… si hasta pensó en preguntarle si lo había matado o no, si se había permitido, Emperador de Francia, Su barata vendetta de corso primario, casi se lo pregunta, casi… pero el llanto subía como un océano nuevo que venía para llevárselos, a ella, a Ellos, y a sus recuerdos; a Charles, a Jim, al padre de sus hijos, y a todos sus muertos. El llanto se lo llevaba todo, podrida lluvia.

Lloraba tanto que no pudo advertir cuánto lloraba Él, que entre sollozos sin aire, entre gemidos de niño, le decía de nuevo que ella era *Su estrella, Su norte, Su luz,* que *"razones de estado lo obligaban a casarse con un vientre, un útero apenas*", pero que nada de eso debía hacerle pensar que Él ya no la amaba porque Él la amaba como nunca había amado ni amaría jamás a ninguna otra mujer; oh, no, no era por eso que debía dejarla; *"repudiarla"*, sí, bueno, la palabra era *"repudiarla"*, pero eso eran nada más que tecnicismos, palabras, términos, burocracia, no era culpa Suya, eso estaba en las leyes, en los protocolos, Él debía *repudiarla*, cierto, pero que fuera a *repudiarla* no significaba que ya no la quisiera, que no la amara más, porque Él de verdad la amaba, ni qué decirlo, ni qué dudarlo, pero el imperio, mi querida, El Imperio, Su Imperio (no él, que él hubiese sido feliz con ella hasta el día de Su muerte sin necesidad de ningún engendro), pero El Imperio, mi querida, Su Imperio, preciaba un hijo, un hijo Suyo, real, no bastardo, y bueno… que tan luego se le había cruzado esta magnífica oportunidad de tomar la rajita nueva y el vientre prolífico de la masticable princesita de los Habsburgo con su carne tan suave y tan firme, con sus tetas tan grandes, tan duras y llenas de leche, y su vientre intacto para empezar de cero la dinastía real de los Bonaparte-Borbón con la que tanto Él había soñado y ella siempre lo supo, como sabía también que era por culpa de su vientre baldío, de sus tetas marchitas, de su cosa toda de perra vieja, desdentada y reseca, que Él no tenía un hijo todavía; pero no, no era que no la amaba, la amaba más que nunca, sólo que ese año Él iba a cumplir 40 y ella 50 y ya ni sangre

ni leche ni mierda daban sus tetas derretidas, lloraba y se arrastraba, se arrodillaba y le juraba como nunca había hecho ante nadie, y ella bien lo sabía, no precisaba desmayarse, tirarse al piso, ¡por favor, mi querida!, claro que la amaba, no era por eso que la dejaba: era que ya no le importaba más, ni ella ni Él importaban ya, sólo El Imperio, Su Imperio importaba ahora, Su bendito imperio maldito que se extendía y se expandía y los tapaba y los tragaba como hacía el llanto con Ellos y con el resto, con la casa y las cosas, con el ayer y la esperanza, con ese mínimo instante mismo que era el último que les quedaba; todo flotaba o se hundía en los mares del diluvio del llanto, y el llanto también.

Los sirvientes más viejos de la casa no se animaron ni siquiera a pensarlo, tal vez por eso ninguno de ellos -testigo presenciales del origen del fin-, pudo advertirle al porvenir lo que estaba sucediendo en esa casa esa tarde ya casi devorada por su noche, ahí arriba, en ese cuarto, donde ahora los dioses de la Historia (acaso aburridos, acaso abusados), abandonaban a la deriva sobre los ríos del llanto a sus dos juguetes preferidos: la Pareja Superior que llevaban años labrando sin otra arcilla que una mestiza descastada, devenida en noble y prostituta; y un soldadito plebeyo, pobre y enano, que no tenía más que su capa sin insignias, y su espada invencible… Con ese barro, esos dioses, en menos de una década, habían sin embargo logrado aquel magnifico animal mitológico con alas de águila, cuerpo de sirena y cabeza de dragón. Los sirvientes más viejos de la casa no se animaron a pensarlo –acaso ninguno de ellos fuera capaz de semejante analogía-, pero arriba en ese cuarto, agonizaba algo así como el último Unicornio. Y Sus específicos dioses no hacían nada por salvarlo. Aburridos o abusados, o hartos ellos también.

Cayó la noche, pero ni la lluvia ni el llanto dejaron de llover y de llorar.

Se abrazaron y se besaron y se consolaron sin consuelo ninguno cuando vieron que ellos dos ya no eran nada tampoco; que todo el ayer y su mañana, se fulminaba en ese instante, con ese rayo de Su mano; cuando comprendieron que ni siquiera Su mano era Suya tampoco –ya no Sus rayos-; que no había más nada que hacer, que era el final, que no quedaban después, ni antes, ni quizás. Se besaron entre lágrimas y la sal de esos besos terminó de ahogarlos.

Miraron a su alrededor y descubrieron que ya no quedaba nada sobre la Tierra.

No estaba la gente, las cosas, los árboles, los animales. Todo se había ido. Sólo quedaban ellos y el llanto, sin dioses que se lo expliquen, ni Tierra que se lo beba.

Negra en su ignorancia, tampoco la noche hizo nada por ellos.

Si fuera posible pensar bajo el llanto, ella se hubiera preguntado por qué lloraba tanto si hacía tanto y tanto que lo estaba esperando, así, con Su adiós y Su repudio, con Su perrita nueva, con Su dinastía de siempre, con Sus viejas heridas, Sus eternos reproches, Su amor de montaña y Su delirio. Lo estaba esperando. Y la lluvia como un llanto, aquí se lo traía. Lo sabía. Lo esperaba. Pero bajo las aguas del llanto es imposible pensar.

De haber pensado hubiese sabido que lloraba porque sabía mucho más de lo mucho que sabía.

Sabía sin saber que aquella noche, esa lluvia y ese llanto, no eran augurios sino trompetas, redobles de tambores que no prometían, que no amenazaban: que anunciaban.

Porque el miedo recuerda también lo que viene, y allí sabía sin saber del lodazal de España que se tragaba a sus tropas como el llanto se los tragaba a ellos; sabía la inminente traición de Alejandro, las sucesivas conspiraciones, Su desesperación final; sabía Borodino sin siquiera saber que existía esa ciudad; vio la aurora imposible de un invierno ardiente; vio las cúpulas de Moscú envueltas en llamas bajo el llanto; lo vio a Él, escondido en el fondo de un trineo atravesando de regreso Su derrota, más sólo que el Sol igual que un rey rumbo al oprobio y el cadalso, ni siquiera la vida ni la muerte: el escarnio y el hastío. Lo sabía sin saberlo, y le gritaba, lo llamaba, le imploraba y le decía que ni siquiera el Sol cruzaba la noche sin morir… Pero Él no podía entenderlo porque también la luna se hundía bajo el llanto. Negra en su ignorancia, la noche los pisó a su paso, y la madrugada se extendió interminable.

Para entonces el llanto ya había tomado todo el palacio y sus jardines, la lluvia no cesaba, y el uno y la otra comenzaron a correr por las calles de París. El llanto y el agua. El agua era de lluvia, pero el llanto no era agua. Tenía la sustancia del agua, pero su esencia era la niebla. Tenía la densidad de una bruma, pero se comportaba como el dolor, que igual que el agua, anega, se queda y come.

Luego el llanto alcanzó el Sena y se expandió por Su imperio como Su imperio.

Quien esa noche no supiera que aquello era sólo llanto, bien pudo haberlo confundido con la sangre que por entonces lavaba toda Europa. Pero era llanto. Ni siquiera lluvia.

Parecía lluvia porque entre las cortinas de sus borrascas aparecían y desaprecian viejos muertos sonrientes, o vivos apenados por la vida.

Lo vio al mulato Jim, con su cuerda al cuello (le espantó recordar el bailecito final de sus pies en el aire); lo vio al padre de sus hijos, con su cabeza en una cesta repleta de cabezas; lo vio a Barrás, que la llamaba; la vio a Teresa, asqueada de su carne, asustada de su invierno; lo vio a su padre, a su hermana de blanco, al caballo que la embestía en la prisión de las Carmelitas… vivos y muertos volvían y se perdían entre los vendavales de ese llanto tan parecido a la lluvia, y que no más era, en su tormenta, resignación. Puro llanto.

Escuchaba Su voz, todavía, sí… algo le decía sobre mantener el título de emperatriz, y no oyó bien cuántos millones de renta anual Le iba dejar de por vida, hasta que la soledad se terminara; más el palacio de la Malmaison; y si así lo quería, también Fontainaibleu; y por supuesto todos sus sirvientes y secretarios y cocheros y coches y modistos, y más sirvientes si lo deseaba; sí, escuchaba Su voz, todavía sí, pero ya no Lo veía, el llanto también se Lo llevaba…

Esta vez Le besó Sus veinte dedos uno por uno, largamente, pero ya ninguno se alzó. Inertes, ninguno la perdonó, ni la mató. Nada más se abrieron y la soltaron, la abandonaron, la dejaron caer hacia el fondo de ese abismo sin gravedad ni final, despacio, así, abandonada, nada más caer, sólo caer...

El llanto corrió hacia el norte y hacia el este más allá de Francia, y se abrazó al Rin, al Danubio, al Niemen. Corrió hacia el sur y hacia el oeste, y desbordó los Pirineos, y bañó España, aPortugal, la Península entera, los dos mares que la ciñen, tomó el Atlántico y ya todo fue llanto, sólo llanto…

El siglo que habían parido juntos, duraba nada más que eso: diez años, una miseria de la gloria. Y ahora venía el crepúsculo, un raro esplendor de Cien Días, y una noche eterna pero helada. El mismo llanto que le enseñaba el mañana, allí ahogaba sus gritos; y como Él no podía oírla, se ahogaba también.

La madrugada no hizo nada por Ellos ni por nadie. Se comió la noche agazapada sobre sí misma, los miró hundirse despacio, y después los arrojó sobre el alba como en una playa vacía donde ya no hubiera nada que esperar.

Ninguno de los dos se dijo *adiós*. La pequeña palabrita emergió de las aguas del llanto como un nuevo continente, y ya la Tierra fue otra. Ellos no eran más Ellos, y el mundo tampoco era el mundo de Ellos. Cuando el llanto bajara y la lluvia se detuviera y las gentes y las cosas volvieran a surgir bajo la luz, la creación empezaría de nuevo pero ya sin Ellos. Otros tiempos se posarían sobre el Tiempo, y de todo ese dolor quedaría nada más que su piedra caliza, el

sedimento antiguo de los primeros escándalos, sus incontables amantes multiplicándose con los siglos; sus orgías, Sus cartas nunca respondidas, su origen incierto, sus mentiras, sus traiciones, su larga marcha por las alcobas de la intriga; su antigua amistad con Robespierre decapitado -y ella no-; su primer esposo decapitado –y ella no-; sus viejos amantes desterrados o perseguidos, *las manos de la muerte*; sólo esas cosas quedarían: la ceniza, no la luz, ni el fuego, ni la brasa… También por eso lloraba como lloraba. Lo sabía.

Biógrafos despiadados, historiadores sin corazón, escribas y fariseos hipócritas y envidiosos, no iban a perdonarle jamás haber sembrado entre sus piernas un esclavo negro; y haber cosechado de allí mismo un emperador incomparable… Novelistas impúdicos, apremiados por editores voraces, regresarían a por ella eternamente para recomponer su vida con pedacitos rotos de verdades falsas; o con verdades auténticas pero amalgamadas con mentiras pequeñas, lo sabía… la sacarían de su tumba cada mañana, y volverían a desvestirla, a buscarle su sonrisa desdentada; la obligarían sin descanso a ser otra vez la puta a sueldo de Barrás, a dejarse fornicar por un caballo en el convento de Las Carmelitas; se lo traerían de nuevo al pobre Hipólito Charles y ella debería besarlo y acostarse con él mientras su marido tomaba Italia, ocupaba Egipto, lo fusilaba y no, los perdonaba y no, hasta volver a dejarla de nuevo por esa mocosa 30 años más joven que ella; a *repudiarla*, a romperle de nuevo el corazón; debería pasar por esa noche y esa lluvia y ese llanto una vez y otra vez, condenada por el resto de su muerte a la memoria de los siglos, a ser Josefina Bonaparte, la Emperatriz Josefina, Nuestra Señora de las Victorias, la esposa de Napoleón, la Protectora de los Humildes, no la dejarían morir nunca más, los historiadores, los biógrafos, los novelistas y los dramaturgos que no la habían conocido ni querido, no le perdonarían nada nunca ni la dejarían morir; que ni siquiera iban a creerle que de verdad Lo había amado de verdad, y tanto, pero tanto, que allí más que nada lloraba por Él, porque se quedaba solo, porque ya nadie iba a cuidarlo; porque no tenía ni un amigo; porque ni Sus propios hermanos y hermanas lo querían de verdad; porque esa mocosa de María Luisa acabaría abandonándolo por un espía inglés, por un diplomático alemán, por un traficante sueco; porque se Lo iban a encerrar muy lejos y muy solo y Lo iban a dejar morir sin siquiera matarlo, o Lo iban a matar tan despacio que al final iba a vivir nada más que para morirse, y ella no iba a estar ahí para tomarle la mano, para una última caricia, para abrazarlo mientras se iba, y para jurarle ante la muerte, a Él, al menos a él, que de verdad lo

había amado tanto. Por eso lloraba como lloraba.

Y ninguno de los dos se dijo adiós, el llanto nada más se los llevó.

La noche terminó sin que jamás volviera el día; incluso cesó la lluvia, pero el llanto siguió llorando hasta cubrir toda la Tierra, y después el nuevo sol no hizo más que dorarlo de un rojo muy parecido a la sangre.

A Él lo espera el esplendor, la noche y el invierno. Rusia.

A ella la espera Bompland.

Sus rosas la esperan.

Nada más la espera.

Epílogo

El 16 de diciembre de 1809 se anunció oficialmente el divorcio de la pareja imperial, junto a la abdicación *voluntaria* de la emperatriz Josefina.

El 2 de abril de 1810, Napoleón Bonaparte se casó en segundas nupcias con la archiduquesa María Luisa de Austria. Ese mismo año, el imperio napoleónico alcanzó su mayor extensión.

El 20 de marzo de 1811, la emperatriz María Luisa dio a luz un varón que nació muerto pero resucitó enseguida. El niño fue bautizado con el nombre de Napoleón II°, y ungido Rey de Roma antes de recibir su primer baño. El emperador Bonaparte decretó obligatoria la alegría.

"Este matrimonio me ha perdido: he puesto el pie en un abismo cubierto de flores", le decía a sus mariscales, entre displicente y contento, feliz con el niño, enamorado de su joven y bella esposa, cada día más gordo, más desinteresado en los asuntos de su gobierno, y hasta casi *apático* -podría decirse-, frente a la suerte de los miles y miles de soldados que arrojaba cada mañana a la hoguera inútil de España.

El *Sistema Continental* fue un tiro por la culata. El bloqueo y su embargo dañaron menos a Inglaterra -sobrada de colonias para abastecer, comerciar y endeudar-; que a la propia Europa, aislada en su solo viejo continente sin más alternativas que comerse a sí misma.

En 1812, el zar Alejandro de Rusia, estrangulado por el hambre, rompió sus acuerdos con Bonaparte y retomó el comercio con Gran Bretaña.

Interrumpida así Su plácida vida familiar, de pésimo humor, el emperador reunió en pocas semanas un ejército de 650 mil hombres, y marchó contra Rusia.

El mundo ya conoce esa historia: seis meses después, de aquél ejército nunca visto, sobrevivieron nada más que 50 mil hombres que retrocedían hambreados, o desertaban enloquecidos, o quedaban ahí, sobre la estepas bajo la nieve, congelados hasta que la primavera siguiente se ocupara de pudrirlos. Invictos pero diezmados.

Y allí Bonaparte, incógnito, solo, hundido en el fondo de un trineo sin estandartes ni custodia, recorre Su propia derrota de regreso a París tal cual lo había visto Josefina entre los vendavales del llanto.

Un ejército aliado de 450 mil hombres, marcha ya sobre Francia. Wellington sube y baja los Pirineos, Blücher viene del este seguido de Alejandro; Su propio Bernadotte acecha desde Bélgica. Cuatrocientos cincuenta mil hombres, detrás de uno solo. Malherida la fiera, las hienas ya no temen.

En 1813 le quedan todavía algunos triunfos huecos, y varias derrotas importantes. En mayo vence en Lützen y en Bautzen; pero Alejandro ya se alió con los prusianos; y el 21 de junio Wellington aniquila a Sus tropas en Vitoria, al pie de los Pirineos, ahí ya.

Pretende resistir, reorganizar el Gran Ejército, retomar la ofensiva… pero Sus mariscales ya no quieren pelear; son generales hartos por quince años de guerra, inflamados de honores, de títulos, de fama y de riquezas; ya no buscan otra cosa más que un poco de sosiego para disfrutar de tanta gloria. *"Preferían ser mariscales de Luis XV"*, dirá sabio, resignado, perito en hombres. Con Sus ministros y Su familia, hace mucho que no cuenta sino para traicionarlo.

A principios de 1814, decide comandar personalmente la resistencia, y deja París. Se despide de su esposa y de su hijo: *regresaré pronto*, les promete; no los verá nunca más.

Vence en Champaubert, Montmirail, Vauchamp y Montereau; pero el 31 de marzo los ejércitos aliados de Prusia y Rusia pisan París, y todo termina.

El 6 de abril de 1814, abdica. No quiere, se niega, intenta matarse, bebe veneno de una botellita que lleva colgada al cuello desde que sabe qué solo que está… pero no es Su suerte: sobrevive. La botellita tiene años, el veneno está vencido. Se retuerce durante horas entre vómitos, ahogos y convulsiones, pero no muere, abdica.

El 20 de abril de 1814, marcha hacia la isla de Elba condenado a un destierro definitivo que durará menos de un año.

Josefina se quedó llorando entre sus rosas en el palacio de la Malmaison hasta que en febrero de 1814, cuando ya los aliados sitiaban París, el miedo -más los vestigios de su vanidad- la llevan a escapar. Toma sus mejores vestidos, sus mejores perfumes y sus joyas, y deja el palacio, sus sirvientes, sus rosas, Bompland, lo demás... Pero ante la insolente indiferencia de los invasores, que al cabo de semanas ni siquiera preguntan por ella, mancillado su ego, a fines de marzo, vuelve a la Malmaison, y en un destello crepuscular tan propio de la muerte, recurre para sobrevivir a la mejor de sus armas: su proverbial puerilidad.

Cambió su clásico peinado griego por uno más suelto, sensual y moderno; sus vestidos fueron cada vez más ligeros, ajustados, escotados y transparentes; y su comportamiento cobró esa algarabía infantil que parece ignorancia o inconciencia a los 20, y estupidez a los 50.

Volvió a dar grandes fiestas en el palacio de la Malmaison, a coquetear con los oficiales británicos, portugueses, suecos, belgas, holandeses, alemanes; probó incluso seducir al rey de Prusia; y hasta flirteó con el zar Alejandro, 15 años más joven que ella, pero no para ella, que en el delirio de su final, celebraba como si supiera qué poco le quedaba.

El 22 de mayo de 1814, dio la última de sus fiestas. Por la mañana se había quejado de un ligero dolor de garganta, y por la noche salió a bailar por los jardines con el zar Alejandro, descalza bajo las estrellas sobre el rocío nocturno. El 23 no se levantó. El 28 la fiebre la había consumido. Murió el 29.

Napoleón se enteró algunas semanas más tarde, en su destierro de Elba, y merced a un periódico que le llegó por casualidad; pues ninguno de los Suyos se atrevía a decírselo. Testigos presenciales dejaron escrito que se encerró durante días en un raro silencio dolorido y temible.

El 27 de febrero de 1815 se hartó de la sola piedra de esa isla, y volvió a Francia.

Esa historia también es conocida. Se le llamó *Los Cien Días* porque fueron poco más de tres meses durante los cuales repitió, concentrada, compactada y perfecta, toda Su epopeya: Su ascenso, Su esplendor y Su caída.

El 1° de marzo pisó las playas de Cannes, y a partir de allí, el pueblo de Francia, y el ejército, volvieron a ser Suyos a Su paso.

El 20 de marzo entró en Paris. Luis XVIII ya no estaba.

Las púas del miedo erizaron el mundo. En pleno congreso de Viena, las potencias aliadas -reunidas allí para repartirse Europa-,

supieron de Su retorno y se unieron para aniquilarlo de una vez por todas.

Antes de un mes Su ministro de guerra movilizó más de 100 mil hombres… *Cien mil niños*, en verdad, pues aquella sí que era la última sangre de las venas de Francia: chicos de 15, 14, y hasta de 13 años, inflamados de importancia y patriotismo, ignorantes, ingenuos, pobres; todavía llevan sus ropas de campesinos bajo el capote militar que les dieron -usado, ajado y ensangrentado-; y van armados con mosquetes algunos, otros hasta tienen municiones, y la gran mayoría llevan palos y nada… Los llaman los *maríaluisas* porque han elegido a la nueva emperatriz como su Señora de las Victorias. Parecen niños disfrazados de soldados; "*soldaditos de plomo"*, desprecia en Su cara Metternich, el canciller de Austria; y sin embargo, todos ellos están dispuestos a matar o morir por el Emperador y por Francia.

A principios de junio de 1815, al frente de 128 mil hombres, Napoleón deja París y sale a buscar al enemigo rumbo a los campos de Flandes, por el camino de Charleroi.

La noche del 15 atraviesa el Sambre, arrasan al primer ejército que se les cruza, y siguen hacia el norte. Se acercan a un pequeño pueblito que dicen los mapas que se llama Waterloo.

Pero esa historia también es conocida.

Tras la derrota, Napoleón Bonaparte fue confinado a la isla de Santa Helena, en mitad del Atlántico sur, 2000 kilómetros más allá de cualquier continente y de la humanidad; y donde muere seis años más tarde, el 5 de mayo de 1821, debido a trastornos estomacales que todavía se discuten.

Menos conocida para el mundo fue en cambio la suerte del pequeño Paul y de su madre, la joven aquí llamada Céline, y cuyo nombre completo o real fue sepultado en el olvido que ella misma eligió para sí.

Aquél domingo de noviembre de 1809, el pequeño y sereno pueblo de San Roque se estremeció como poseído –casi eufórico- por el escándalo del caso *de los tres franceses muertos, y la francesita asesina*.

El conserje intimidado por Laglais -al entrar hotel-, volvió acompañado por cuatro gendarmes lo más rápido que pudo, pero demasiado tarde. En el cuarto 19 encontraron la escena donde antes se detuvo este relato: los tres cadáveres, dos de ellos acuchillados, el otro sin la parte superior del cráneo, y aquella *francesita* de pie, con

el arma todavía en la mano, aún humeante, y la mirada ida; ahí pero ausente.

De inmediato detenida; dos días después fue trasladada a Cádiz, allí juzgada, y al cabo absuelta.

Asesorada por un astuto leguleyo, maduro y viudo (y que hasta matrimonio le propuso); alegó en su defensa no conocer a la muerta del cuchillo en la espalda, pero en cambio sí al muerto del cuchillo en el pecho: a la sazón su marido, el padre de su hijo; y tan luego por eso, por defenderlo a él, fue que se vio obligada a dispararle al otro muerto sin cabeza del balazo: el soldado francés André Laglais… a la sazón sargento de la Guardia Imperial de Napoleón Bonaparte.

Según su versión de los hechos expuesta durante el juicio; el malvado Laglais la había obligado, bajo amenazas de muerte, a guiarlo hasta su esposo con el fin de asesinarlo, pues resulta que su *marido* era un peligroso enemigo del régimen napoleónico... El *bobo mudo y bueno de Juan de Toledo* no parecía tal cosa, pero aquel tribunal no se detuvo en el detalle, la declaró inocente por *legítima defensa*, y la dejaron ir.

El proceso entero duró apenas dos semanas, durante las cuales el pequeño Paul fue alojado primero en la iglesia de la Coronada, y después en la alcaidía de Cádiz, bajo la custodia del cuerpo de gendarmes, donde nadie tuvo nada que reclamar del sereno, digno y recio comportamiento del muchacho.

Liberada su madre, se volvieron juntos a Francia, pero una vez allí, el pequeño Paul se negó a seguir a su lado. Exigió entrar en la escuela militar, o amenazó con escaparse para siempre de su casa y de su madre.

A fines de 1810, con ocho años casi nueve, el pequeño Paul ingresó en la Escuela Militar de París inscripto por su propia decisión bajo el nombre de Paul Savoir. Y para marzo de 1815, con trece casi catorce, pasó a ser uno de los jóvenes *maríaluisas* que entonces reforzaron la gloriosa Guardia Imperial diezmada en Rusia, y de la que tanto y tan bien le había hablado *papá Marcel*.

Y seguramente *papá Marcel* hubiese estado muy orgulloso de su muchacho: el chico llegó a combatir con Él, con Bonaparte.

Soldado del 1° de Tiradores de la Guardia Joven al mando del general Duhesne, a fines de mayo de 1815 marchó con esas tropas sobre Bélgica; y recibió su bautismo de fuego en los campos de Waterloo, el 18 de junio, hacia el final de la tarde y la batalla.

Primera línea, murió enseguida. En lo que habría de ser la última avanzada de la Guardia Imperial; su regimiento y el 4° de

Cazadores intentaron tomar las alturas del monte Saint Jean, pero una vez arriba se toparon sin esperarlo con el diluvio de la metralla de la 2° División de Lord Hill, oculta cuerpo a tierra entre los altos pastos de la meseta, y aparecida de pronto en la cara de los franceses. Mil quinientos fusiles a sólo 40 metros. De pronto.

Allí quedó el pequeño Paul, junto a los otros 60 mil cuerpos que al cabo de tres días de combates tapizaron las colinas de Waterloo, pero que esta vez el verano de Flandes pudrió sin demoras.

Notificada por el ejército de la muerte de su hijo, Céline abandonó la realidad.

En octubre de 1815 entró en la orden de las Carmelitas Descalzas, cumplió votos de silencio, pobreza y castidad; y murió a la edad de 73 años en un convento de Marsella, consagrada al olvido y sin saber qué sentir bajo la paradoja del imperio de Napoleón III°.

Daniel Ares
Buenos Aires, agosto de 2005
Arraial D'Ajuda, mayo de 2006

Noticia del autor:

Daniel Ares nació en Buenos Aires en 1956. En los intersticios del periodismo –oficio que ejerció durante más de veinte años en casi todos los grandes medios argentinos (siendo editor jefe, redactor a sueldo, columnista, corresponsal de guerra, cronista de fortuna)-; buscó suerte como ejecutivo de una multinacional, empleado bancario, navegante (cruzó el Atlántico a vela), fue guía turístico, posadero, vendedor ambulante, obrero gráfico... Pero siempre escribió.

Son suyas y públicas las novelas *La Curva de la risa, Banderas en los balcones, Popper, la Patagonia del oro* (traducida al griego y al alemán), y *El asesino entre el centeno,* y el libro de no ficción *Historias de Escritores.* Todos de próxima aparición bajo este sello y en este formato, así como también su obra aún inédita.

Retirado de lo que dio en llamar el "*periodismo industrial*", actualmente Daniel Ares escribe y edita su blog *El Martiyo* (*elmartiyo.blospot.com*), mientras prepara la autopublicación independiente de toda su obra.

Pero escribe siempre.

Ediciones del Martiyo